# Corazón de Hielo

entre el Odio y el deseo




Se odian,
pero se necesitan.

SILVIE BASSET

**CORAZÓN DE HIELO: Entre el odio y el deseo**

# Corazón de Hielo

entre el Odio y el deseo




SILVIE BASSET




**JUGADOR DE HOCKEY X PATINADORA — ENEMIES TO LOVERS — RIVALES — COMEDIA ROMÁNTICA UNIVERSITARIA — NEW ADULT — SLOW BURN — ÉL SE ENAMORA PRIMERO**

Él es Sebastian Maxwell, capitán del equipo de hockey de la Universidad de Míchigan.

Famoso, implacable, arrogante… y demasiado irresistible para su propio bien.

Ella es Winter Grace, la promesa del patinaje artístico.

Disciplinada, reservada, y con cero interés en convertirse en otro trofeo del chico malo del hielo.

Cuando sus mundos chocan en la pista, el campus entero vibra con la chispa entre ellos.

Cada mirada es un desafío.

Cada roce, una provocación.

Cada enfrentamiento, un nuevo motivo para odiarse.

Pero el destino los obliga a compartir más de lo que imaginaban.

Y pronto descubrirán que…

Dos corazones de hielo pueden esconder el fuego más peligroso.

Un enemies to lovers universitario con chispa, tensión, humor y un Gladiador dispuesto a rendirse solo ante el amor.

**Sumário**

**Sinopsis**
Ficha Técnica
Todos los derechos reservados
Nota de la Autora
Ilustraciones
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la Autora

# Ficha Técnica

SILVIE BASSET – Copyright
© 2025 – 1ª Edición en Español

**Autora:** Silvie Basset
**Traducción**: Silvie Basset
**Portada y Edición**: Silvie Basset
**Revisión**: Camila Brinck
**Lectura Beta**: Flávia Diniz, Daiane Moraes y Gle Rodrigues
**Ilustraciones**: Lobitchan, Vampiraart, Tacyla Priscila y TTSukiart

Obra original publicada en portugués (Brasil), 2024.

**Todos los derechos reservados**




**Obra protegida por la Ley n.º 9.610/98 (Ley de Derechos de Autor).**

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida, transmitida o grabada, por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia u otro, sin la autorización previa y por escrito de la autora.




¡Y finalmente, nuestro jugador de hockey dejó de ser solo un proyecto! ¡Uhuuu!

Es con muchísima alegría que les traigo esta historia.
Sí, otro bullying romance… para variar, ¿no? (risas).

Para quienes ya están conmigo desde hace tiempo, ¡bienvenidas al mundo del hockey en el Silvieverso!
Y para quienes llegaron hasta aquí por medio de él, espero que se enamoren de nuestra pareja fuego y hielo (sí, no pude

resistirme a la comparación). Siéntanse cómodas para entrar… y quedarse.

Este es un romance enemies to lovers con ese toque de comedia que tanto amamos.

Se van a odiar de verdad.

Es un slow burn lleno de tensión, con una química que se siente en cada gesto… incluso de ese tipo que te dan ganas de darles un buen golpe… a los dos.

Nuestra pareja es intensa y tiene un sentido del humor bastante peculiar.

Pero prometo muchas risas… lágrimas, más lágrimas… más risas, momentos de calor extremo y… un final que deja el corazón bien calientito.

Este es el primer romance de la serie Gladiadores del Hockey, así que el trasfondo de la historia se irá desarrollando en los próximos libros. Aquí tenemos el happy ending de Sebastian y Winter.

¡Atención! En ningún momento tuve la intención de ser experta en el deporte en sí. El foco aquí es el romance.

Los diálogos —y algunas frases también— están intencionalmente escritos de forma más informal, para que parezca que están ahí, cerquita de nosotras.

Hay algunos triggers que vale la pena mencionar: duelo, abuso parental y sobredosis medicamentosa.

Contiene escenas de sexo descriptivas y consumo de alcohol.

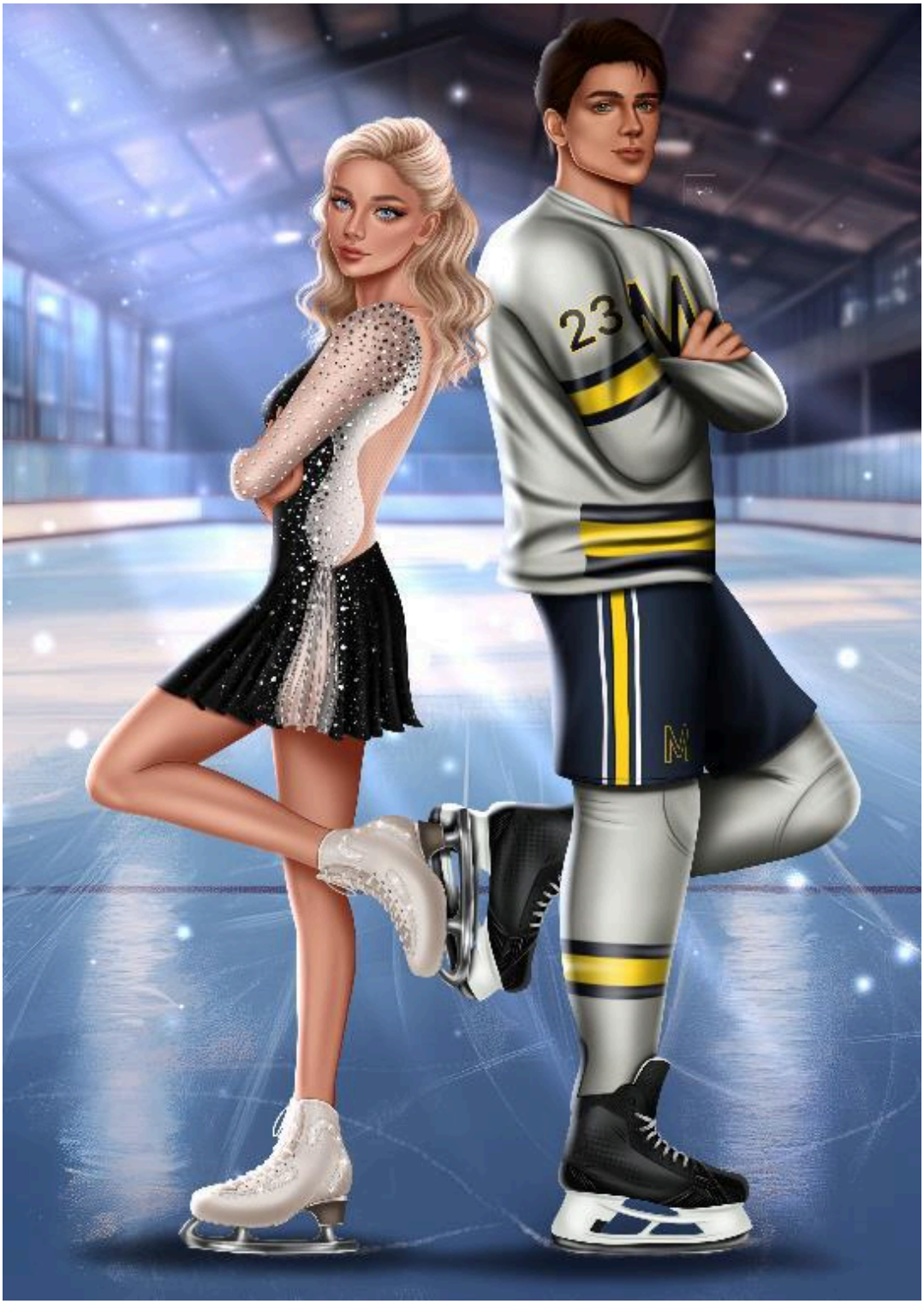
Creo que eso es todo...

Y ahora sí, espero que disfruten de nuestro primer Gladiador y se enamoren de nuestra protagonista, que va a poner su mundo de cabeza.

# Ilustraciones

**Estan em los respectivos capítulos.**

Pero me gustaria darles un regalo ahora.


23

**Prólogo**

W i n t e r  G r a c e




Sebastian Maxwell es el capitán del equipo de hockey... y mi enemigo número uno.

Se ganó el primer lugar en mi lista negra desde el primer día en el campus de la Universidad de Michigan y, por cómo van las cosas, va a quedarse allí por mucho tiempo.

Cada vez que se cruza en mi camino, la maldita imagen de esos abdominales marcados da vueltas en mi cabeza.

Y ahí estoy otra vez, paralizada, reviviendo la escena:

La habitación parece encogerse, cada detalle me asfixia.

El sonido de él —ese gruñido grave, puro placer— resuena en mis pesadillas… y en sueños que me hacen despertar empapada, ardiendo con una mezcla de sensaciones que eu preferiría no analizar.

Es un sonido que me quema la piel de rabia y vergüenza, y una sensación que nunca admitiría. Al menos, no en voz alta.

Katherine, mi compañera de cuarto, demostró su talento de amazona cabalgando sobre él, tan concentrada que ni notó la puerta abriéndose.

— Eso, nena… sigue así —ordenó él, sujetando su trasero, marcando el ritmo con cada embestida más salvaje.

Su voz ronca, cargada de deseo, fue uno de los sonidos más sexys que escuché en mi vida.

Y aunque no fuera dirigido a mí, mi vientre se tensó con una urgencia tan absurda como humillante.

Por un segundo… quise estar en su lugar.

Pero todo cambió en un instante.

El calor que ardía entre mis piernas se congeló como si una maldita glacial se hubiera teletransportado desde el ecuador hasta el polo norte.

El capitán del hockey firmó su sentencia de muerte cuando, llevado por un impulso de limpieza, destruyó mi sudadera favorita. Mi sudadera.

Mi refugio nocturno en la ausencia de mi mejor mitad.

Y él la trató como si fuera un trapo cualquiera… sucio y desechable.

Me quedé en shock, incapaz de moverme. Solo noté que tenía el celular en la mano cuando los clics se mezclaron con los gemidos.

Sin querer, capturé toda la escena… y más tarde descubriría que esas imágenes valían millones.

O una venganza.

Obvio que elegí la segunda opción.

Mi deseo se transformó en odio puro.

Pensé: voy a convertir su vida en un infierno.

Él no tenía idea de lo que había hecho, mucho menos de quién era yo… pero pronto lo descubriría.

Lo que no imaginé era que, al hacer eso, estaba caminando directo hacia ese infierno.

Y él iba a estar ahí… justo a mi lado.

**Capítulo 1**

W i n t e r  G r a c e




*Comienzo de la Guerra Declarada*

—¿De verdad llegaste y no viniste a verme, Winter? — reclama Brooke, haciendo un puchero a la cámara durante la videollamada. Mi amiga tenía un talento especial para pillarme con las manos en la masa, sobre todo cuando quería llegar a la universidad sin hacer ruido. Atendí su llamada justo cuando volvía del mercado al estacionamiento del dormitorio.

—Tú no estabas en casa, y no iba a quedarme plantada frente a la Kappa, ¿verdad? — respondo, arqueando las cejas dos veces. Sería patético de mi parte quedarme delante de la fraternidad que ya dejó bien claro que no tenía más lugar para mí.

Eso es lo que pasa cuando llegas a la universidad quince días después del inicio del semestre. A mi favor: necesitaba ese intercambio que hice en mi año sabático. España fue justo lo que necesitaba. Además de que mi español me lo agradece muchísimo, el viaje me hizo bien.

Pude haber venido antes. Pero quería terminar el curso de finanzas que empecé en la Universidad de Barcelona. Algo que sumaría a mi currículum. Y también… tenía miedo de volver.

Me quedé allá el mayor tiempo posible. Nada iba a cambiar lo que sentía por dentro. Esa sensación de que me faltaba algo cada vez que despertaba me seguiría para siempre. Pero estar lejos… ayudó un poco.

Mis padres me miraban con pesar cada vez que se cruzaban conmigo. Lamentablemente, tener el rostro idéntico al de la hija que ya no estaba entre nosotros era un recordatorio diario para ellos.

Alejarme fue mejor para todos.

Me hizo bien. Nuevos aires, nuevas personas y nadie mirándome con lástima. Ni revisando por encima de mi hombro como si mi hermana pudiera aparecer en cualquier momento. A veces, ni yo misma me reconocía en el espejo: juraría que era ella.

Cuando tu hermana gemela muere, mirarte al espejo se vuelve un castigo.

La extrañaba tanto. No quería seguir compitiendo, pero mamá siempre decía que Summer no querría que me rindiera. Que su muerte sería en vano si lo hiciera.

El encuentro perfecto de dos estaciones sobre la pista de hielo: Summer y Winter. Así nos presentaban muchos locutores.

Durante esos dieciocho meses, me arrastré por los entrenamientos. Encontré una pista en Barcelona que se volvió mi refugio secreto.

Me cansé de tardar en entrar al hielo con la esperanza absurda de que ella pudiera aparecer.

No lo haría.

Nunca más.

Respiro hondo, sacudiendo esos pensamientos antes de que me consuman por completo. Sigo caminando hacia el edificio del dormitorio, cargando las bolsas con lo que compré en el Walmart.

Me di cuenta de que no tenía sábanas… ni snacks para el día a día, tan pronto como dejé mi maleta en el cuarto. Al final, pasé más tiempo entre pasillos de lo que planeaba, y lo que iba a ser un paseo de 20 minutos se convirtió en más de una hora.

—¡Llegaste justo a la hora del almuerzo, señora Winter! Podrías haber venido con nosotras a entrenar un rato —se queja, haciendo morritos.

—Nah… estaba cansada. —Ella y Sid solían patinar los domingos por la tarde.

Mis amigas siguieron con el plan apenas salieron del instituto. Y en cuanto ingresaron a Michigan, se unieron al equipo de patinaje artístico.

Cuando avisé que no estaría en el primer día de clase para que me dieran la bienvenida, Sid se puso furiosa. Quería hacerme el rito de iniciación de la Kappa Kappa Gamma. Pero me retrasé a propósito… y terminé perdiendo eso. Y la vacante. Por ahora, al menos.

—¿Dónde está Sid?

—Se fue al bar con unas chicas. Está detrás de un novato que entró al equipo de fútbol americano —dice, con un gesto de mano como si no fuera gran cosa. Y lo era. Sidney coqueteando siempre era normal entre nosotras. —Hoy hay partido, y la gente se junta en un bar cerca de aquí.

—Seguro ya conocen todos los bares del campus.

—Mi amor, ¡tú también deberías conocerlos todos! Pero te perdiste el día del rito.

—El famoso rito… —respondo con un tono burlón.

No era nada nuevo y nuestras madres nos prepararon para eso. Tía Anne, la madre de Sid, fue quien inventó el rito.

Las novatas tenían que pedirle una bebida a un desconocido. Si no lo lograban, se tomaban un shot de tequila. Lo que no sabían era que la bebida no tenía que ser alcohólica. Podía ser una coca, y nadie acabaría abrazando el váter.

—El rito —repite, guiñando un ojo. —En fin… Sid debe estar pegada al chico que quiso hacerse el encantador con las Kappa. Le pidió una bebida con ese discursito meloso… bueno, ya te imaginarás cómo termina eso.

Suelto una risa discreta. Sí, me lo imagino perfecto.

—Tiene que dormir temprano. Mañana me presento en la pista a primera hora, y ustedes dijeron que no faltarían al entrenamiento —le recuerdo.

—Si no aparece en media hora, empiezo a llamarla sin parar, ¿ok?

—¡Me gusta! —digo, ajustando la correa de la bolsa en mi hombro mientras camino.

—¿Ya conociste a Katy? —pregunta, refiriéndose a mi compañera de cuarto, Katherine Weimer.

—Muy por encima. Dijo algo de ver el partido… debe estar en ese bar al que fue Sid.

Si el chisme del campus era cierto, Katy era de la Delta Zeta. Pero la echaron por meterse con el capitán del equipo de hockey, que al parecer era propiedad exclusiva de la presidenta de esa fraternidad.

Que se joda. Me miró como si yo fuera una piedra en su zapato. Claramente no estaba feliz con que yo compartiera su habitación, que hasta entonces era solo suya.

La chica no era novata y solo intercambió algunas palabras cuando vio mis patines. Quiso presumir que ya formaba parte del equipo de la entrenadora Elis. Elis Willians. La misma que ha llevado a más patinadores a las Olimpiadas que nadie.

Además de ser una leyenda en el patinaje artístico, todo el mundo en la universidad conoce su historia de amor con el entrenador del equipo de hockey, Jake Willians. Era casi un cuento de hadas, de esos que a todo el mundo le encanta repetir.

El jugador prometedor de hockey y la patinadora que se enamoraron. Como la vida de casados les bastaba, ambos dejaron sus carreras para entrenar a la próxima generación.

Ser entrenada por Elis no solo significaba aprender con una de las mejores del mundo, sino también formar parte de algo más grande que medallas y competencias.

Las pruebas de selección eran mañana. Y solo de pensarlo, mi corazón se acelera.

Giro a la izquierda para encarar el primer tramo de escaleras.

—¿En qué piso estás? —pregunta Brooke.

—Tercero.

—Gira la cámara, quiero ver. Creo que no conozco ese edificio.

—Un segundo… listo. — Apunto la cámara hacia el pasillo amplio, mostrando algunas puertas.

—Debe estar bueno vivir ahí.

—Excepto por la parte de compartir el baño con unas cincuenta chicas… sí, supongo que está bien.

—Aquí tenemos uno para cada seis —comenta, y reprimo una mueca. Tal vez aceptar el email de tía Karon no habría sido tan mala idea.

—¡Llegué! —Le muestro la plaquita con el número 32 en la puerta.

—Quiero ver tu suite, amiga. —No puedo evitar soltar una carcajada… y entonces, el impacto.

Y… ¿¡en mi cama!?

Hay un tipo acostado mientras Katy cabalga desesperadamente, completamente desnuda.

—¿Están…? —escucho la voz susurrada de Brooke. Cuelgo de inmediato.

Estoy en shock, en trance… hasta que el tipo empieza a correrse. Un gruñido profundo y sexy que recorre mi cuerpo como un rayo.

No puedo parpadear. Katherine se baja de él y chupa el condón, lamiendo el líquido perlado que sale disparado por todos los lados.

¿Está acabando sobre mi cama? Miro a un lado y su cama está impecable. ¡Hija de puta!

—¿¡Qué carajos estás haciendo!? —dirijo mi atención al dios nórdico de piel clara y cabello oscuro. Su miembro está medio erecto y es… ¡Carajo!

Levanto la mirada hacia su rostro, aún incrédula ante el espectáculo. El sujeto parece igual de confundido cuando Katherine continúa con la actuación, en la que claramente uno de los protagonistas no está tan convencido.

—Dicen que eres dulce… quería probar — responde, limpiándose la comisura de los labios y lamiéndose los dedos.

—¿Y tú creíste que hablaban de mi semen? —frunce el ceño con una cara que de simpática no tiene nada. —Mierda, Katherine. ¿¡Te das cuenta de la cagada que hiciste!?

De un salto, ya está de pie, revisando su abdomen ahora completamente embadurnado.

El hijo de puta es guapo. Su cabello oscuro tiene un corte irregular que, incluso despeinado, lo hace aún más atractivo. Y sus ojos… ¿son verde claro? ¿Avellana? No sé. Mi visión está nublada por el shock.

¡Winter! ¡Se corrió en tu cama! grita mi mente, inútilmente, justo cuando mi mirada baja a su torso desnudo.

Mis ojos desobedientes siguen el recorrido de sus abdominales marcados y siento el calor subir por mis mejillas al presenciar ese momento íntimo. Mierda. Pero esta habitación también es mía.

No alcanzo a prever su siguiente movimiento, hasta que su mano se posa justo sobre mi sudadera favorita.

La sudadera de mi hermana.

Con la que duermo abrazada todas las noches.

No… no… no, no, nooooo.

Grito por dentro, pero nada sale. Solo consigo apuntar con la cámara aún encendida hacia la escena. Como en automático, aprieto el botón de mi celular y disparo varias fotos del asqueroso espectáculo.

Él se limpia y lanza la prenda al suelo como si fuera un trapo sucio.

Mi garganta se cierra, mis ojos arden y el aire se vuelve casi inexistente a mi alrededor.

¡Carajo!

Bajo el celular, doy un paso adelante y levanto la sudadera, sosteniéndola con dos dedos por la parte que parece más limpia.

Furia y odio comienzan una pelea interna que termina en una explosión de calor en mi pecho.

Siento el ardor subir por mi cuello hasta enrojecerme toda la cara.

Mis fosas nasales se dilatan con cada exhalación rabiosa.

—¡Tú… tú…! —gruño, dando un paso más cerca.

—Ah… mierda. —Ya está casi vestido—. No me digas que también vas a lamer mi semen de ese trapo, ¿eh? —suelta, con una voz cargada de sarcasmo.

—Voy a hacer que tú lamas tu propio semen, pedazo de imbécil —escupo, furiosa.

—Ups… —Katherine me mira con precaución. Apenas nos conocemos, pero la muy lista supo reconocer un volcán a punto de estallar.

—¿Ups? ¿¡Traes a un tipo a nuestro cuarto sin decirme nada!? ¿Estás loca? ¿Y si yo hubiera estado aquí?

—Pensé que estabas en el bar 213.

—¡Llegué hoy! —respondo, crispada.

—¿Y qué? Muchas novatas se van de bar el primer día —replica despreocupada, encogiéndose de hombros.

—Y tú… —me giro hacia el sujeto que ya iba camino a la puerta—. Esta era mi sudadera favorita, pedazo de mierda. ¡Y la usaste para limpiarte la… la porquería!

—Es solo una sudadera… te compro otra —dice con total desdén—. Y ni siquiera hace tanto frío como para dormir con eso, loca.

¿Loca?

Debo estar en una dimensión paralela en la que Darth Vader reencarnó en un dios nórdico caliente, pero con afición por limpiar semen con ropa ajena… no hay otra explicación.

—¿Ni siquiera hace tanto frío…? —repito, incrédula, sin saber si lanzarme a su cuello o al de mi compañera de cuarto—. ¿Ni siquiera hace tanto frío?

Este idiota jamás entendería que no importa el clima afuera.

La sustancia pegajosa alcanza mis dedos y termino tirando la sudadera al suelo.

Mierda.

Era la sudadera favorita de Summer.

Aunque no haga frío, no puedo dormir si no la abrazo.

Veo la tela estirada en el piso, y mi autocontrol desaparece.

Las lágrimas que intento contener son tan tercas como lo era mi hermana.

Observo la "S" bordada en ese tono lila oscuro, completamente arruinada por la asquerosa mancha.

Mi garganta se aprieta, lista para estallar con un sollozo.

Un gruñido masculino de desaprobación resuena en la habitación.

Levanto la vista.

Él me mira, evaluando mi reacción con expresión severa, como si yo fuera una cría mimada.

—¡Lárgate de aquí, imbécil! ¡Fuera de mi cuarto! —grito, sacudiendo la cabeza y empujándolo hacia la puerta.

—Nadie me dice qué hacer, rubiecita mimada. Entro y salgo de donde me da la gana.

—Gatito, creo que deberías irte… —dice Katherine en voz baja, ahora intentando calmar la situación.

—¡No soy una mimada! —mi voz sale una octava más aguda.

—Y estás llorando como una —señala. ¿Es que este tipo no ama su vida?—. Te compro otra sudadera, princesita. No hace falta llorar.

Le doy una bofetada que resuena con fuerza.

Lo toma completamente desprevenido.

Después, lo empujo con todas mis fuerzas hacia la salida.

Tropieza hacia atrás, porque claramente no lo esperaba.

Nunca en un millón de años habría podido mover a un hombre de su tamaño… si no fuera por el factor sorpresa.

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer… —gruñe.

No. Él no tiene idea…

En el instituto, nadie quería estar en mi lista negra.

Summer solía ponerme límites.

Ahora… ya no hay quien frene mis impulsos.

Mi pecho se oprime con la presión que siempre me golpea cuando su ausencia me cae encima.

—Lindo… por favor… —murmura mi compañera de cuarto, sin saber qué hacer.

—Está bien… me voy. Pero que sepas que no me asustan las amenazas, llorona —responde, saliendo del cuarto y apuntándome con el dedo.

Apenas la puerta se cierra con un golpe seco, mi mirada vuelve al suelo, al bulto de tela cubierto de esa porquería brillante.

Ah… imbécil. Vas a aprender que yo no hago amenazas.

Normalmente… solo doy el aviso de lo que está por venir.

Vuelvo la vista a la pantalla del celular.

Justo en una de las fotos que tomé hace un rato.

Sí… creo que muy pronto lo sabrá.

**Capítulo 2**

W i n t e r  G r a c e




La selección para el equipo de Elis Willians se llevaría a cabo en la arena Yost Ice, que normalmente está reservada para los entrenamientos de hockey. La pista Ann Arbor Ice Cube, donde suelen entrenar las patinadoras artísticas, estaba en mantenimiento de emergencia por un problema en el sistema de refrigeración.

Para una persona metódica como yo, que esperaba patinar en un lugar y terminó sorprendida por el cambio de escenario, fue un golpe duro para la ansiedad. Mi corazón galopaba en el pecho mientras intentaba calmar la respiración.

Termino el doble lazo en el patín derecho y me acomodo en el banco, cruzando los brazos sobre el pecho, notando la mirada inquisitiva de Brooke. Sidney había ido al vestuario para usar el baño. Ayer, solo regresó del bar después de la trigésima llamada de nuestra amiga. Necesitaba echarse agua en la cara para mantenerse despierta.

Sid ya estaba entonada, como siempre. Amaba las fiestas y ahora era una de las organizadoras de la Kappa Kappa Gamma.

En la secundaria, las mejores fiestas eran en su mansión, claro. Era nuestro lugar secreto cuando la tía Anne acompañaba al tío Jackson en sus viajes. Privilegios que solo la hija de un jugador de los Detroit Lions podía tener. Durante los playoffs o el Super Bowl, la casa quedaba vacía. Esas semanas eran nuestras.

Empezamos con las fiestas en segundo año. Después de la primera, todos pedían más. No tardaron en llegar los chicos más guapos de otras escuelas, tratando de impresionar. Con cada fiesta, la popularidad de Sidney — y la nuestra, de rebote — solo crecía.

Sobre todo cuando Josh Gallagher, el quarterback del equipo de fútbol americano, empezó a interesarse por Summer. No se perdía ni una fiesta, y traía a sus amigos, que traían más amigos, y así…

Su amor por mi hermana era tan intenso que era de los pocos que podía distinguirnos. A primera vista, era casi imposible, pero yo no era tan extrovertida como Summer. Por más que intentara, su carisma era imposible de imitar.

Después, muchas chicas querían estar en nuestro círculo. No es que fuera el objetivo. Nos gustaban las fiestas. La popularidad fue un extra.

Summer adoraba ser popular. Y su fama creció cuando empezó a salir con Josh. Él estaba con ella cuando todo pasó. Cuando la perdí para siempre…

Nunca pude culpar al quarterback. Aunque sabía lo que ella estaba haciendo con su cuerpo, dijo que le pidió muchas veces que parara. Pero mi hermana supo engañar hasta a su novio.

Suspiro fuerte con ese recuerdo que aprieta el pecho. Todo ocurrió en el último año. Josh venía a visitarla siempre que podía, ya que había ingresado en la NYU. El noviazgo a distancia no le permitía controlar las pastillas que mi hermana tomaba.

Yo tampoco vi nada. Siempre me dormía antes que ella y pensaba que era normal, porque me cansaba más en los entrenamientos. No tenía idea de que todo eso era por culpa del Averall. No sabía.

Summer quería ser la mejor en los estudios y la mejor en el hielo. Era perfecta tanto en individual como en dúo conmigo. Los entrenamientos me dejaban exhausta, y no me importaba no tener notas perfectas como ella. Sacar un "B+" de vez en cuando no me quitaba el sueño… a ella sí.

La última fiesta me la quitó. Nos la quitó.

Me sentí perdida. Por eso decidí tomar un año sabático e ir a España.

Mi plaza en la universidad ya estaba asegurada, y sabía que encontraría a mis amigas al año siguiente. El rector me lo garantizó. El certificado de defunción de mi hermana fue motivo suficiente para aceptar el pedido de mis padres.

Además, las familias de mis amigas tenían influencia, y movieron los hilos para que pudiera posponer mi entrada. El duelo es aprender a sobrevivir. Y todos estábamos sobreviviendo a la pérdida de Summer.

Éramos un cuarteto inseparable.

A veces, en eventos escolares, bailábamos coreografías juntas solo por diversión.

Suspiro de nuevo al recordar. Luego, bajo la cabeza, concentrándome mientras ato fuerte los patines. Las correas tienen que estar firmes, como parte de mí. Necesito sentir que cada movimiento será preciso, sin margen de error. Como pretendo que sean mis días en la universidad.

Elegí mi body negro de mangas largas, con un escote tipo canoa en la espalda. Lo combiné con una falda rosa corta de tela ligera, sobre leggings negras y unas polainas rosadas que hacen juego con la falda. Todo está bien. Pero la presión en el pecho sigue ahí.

—Entonces… ¿qué fue eso de anoche? —Brooke pregunta con voz baja, para que nadie escuche. Su mirada directa no me deja escapar.

Suelto el aire, agotada. Segundos después, la miro. Mi amiga me observa con esos ojazos castaños oscuros rodeados de pestañas que harían llorar de envidia a cualquier maquillador. Es hermosa, con una belleza delicada. Su largo cabello oscuro está recogido en un moño despeinado y su ropa de entrenamiento, a diferencia de la mía, tiene un estilo relajado: una chaqueta oversize, camiseta básica y leggings negras.

—Nada importante. —Intento zafarme, sentándome más recta en el banco mientras observo a las chicas que entran a la pista

para calentar. Estábamos esperando a Sid para hacer lo mismo.

—Yo diría que sí es un poco importante que hubiera un tipo en tu cama la primera noche en la residencia, Win —Brooke me fulmina con la mirada. Murmuro un insulto por lo bajo. Eso pasa cuando tienes amigas desde que naciste. —¿Pasó algo más?

Niego con la cabeza. Sabe que estoy afectada, y, sinceramente, no sé cuánto más podré evitar el tema.

—Winter… —Inclina la cabeza, esperando una respuesta mejor.

En ese momento, vemos regresar a Sidney, lo que me da tiempo. Al verla, noto que mi look es un punto medio entre el suyo y el de Brooke. Summer y yo éramos eso: el equilibrio entre ellas dos. Sid es la más fashion. Su estilo siempre fue muy Barbie. Hoy lleva una chaqueta blanca de Nike sobre unas leggings con detalles dorados.

Está a unos metros, acomodándose la coleta rubio oscura. Los reflejos dorados brillan bajo la luz de la pista, y sus ojos azules escanean el lugar. Pero su ceño fruncido indica que escuchó parte de la conversación. Mierda.

Respiro profundo, dejando que el aire frío me llene los pulmones. Miro al costado y veo a una chica con un buzo amplio sobre sus leggings blancas… y la rabia del día anterior vuelve con fuerza, quemándome la garganta. Brooke había visto parte del escándalo en videollamada.

Me llenó la bandeja de entrada con preguntas. No respondí. Solo dije que contaría todo por la mañana. Estaba en shock. Lloré hasta dormirme, mirando el buzo de mi hermana todo manchado en el suelo. Katherine, por su parte, solo se puso su antifaz y los audífonos para ignorarme por completo.

Lo mismo está haciendo ahora, en la otra punta de la pista con algunas patinadoras mayores. Noto otro grupo con más chicas también. Quizás son de la Delta Zeta, de donde fue expulsada. No sé. Pero todas están allí solo para animar a sus favoritas. Hoy no hay entrenamiento. Es día de selección.

—Ese maldito se limpió con el buzo de Summer… —digo al fin.

—¿El mismo con el que duermes cada noche, bebé? —Sidney se sienta a mi otro lado con una expresión preocupada. Seguramente ya sabía lo que había pasado. Brooke no se lo habría guardado.

—Espera… necesito entender esto —Brooke sacude la cabeza, repasando lo último que vio en la videollamada conmigo—. Katy estaba montando al tipo… desnuda.

—Estaban cogiendo, Broo —Sid reformula sin rodeos.

—¿En tu cama? —pregunta Brooke, horrorizada. Asiento con la cabeza, bufando enseguida.

—¿Y por qué no usó su cama?

—La pregunta del millón —respondo con sarcasmo—. Supongo que no quería ensuciar sus sábanas. Vaya una a saber…

—Zorra —suelta Sidney.

—Descarada —completa Brooke.

—Sí… todo eso y más. La muy tarada armó un show porque quería "probar" el semen del tipo, que según dicen, tiene fama de ser dulce —revuelvo los ojos.

—¿Dónde está el buzo? —pregunta Brooke, frunciendo la nariz, probablemente imaginando el desastre.

—Lo metí en la mochila. Después de esto voy directo a la lavandería. Pero antes…

—¿Qué vas a hacer, loca? —Sid pregunta con cautela. Mis represalias nunca fueron sutiles. Gané cierta fama en el instituto por eso. Digamos que odiaba el bullying… y amaba repartir justicia.

En otras palabras: todo el mundo sabía que no debían meterse conmigo… o su coche acabaría en el río. Bueno… eso fue lo último que hice. Papá nunca debió enseñarme a hacer un puente de encendido. En fin…

Ese tipo lo merecía. Igual que este idiota lo va a merecer.

—Tomaste una foto, ¿verdad? —Sid hace un gesto con la mano pidiendo mi celular—. ¿Dónde está? Quiero ver al bombón del

lechazo dulce.

Suelto una risa por el apodo y saco el celular de mi minibolso, donde también llevo una botella de agua. Les muestro la imagen.

—Puta madre… —murmura Sid, llevándose la mano a la boca, impactada—. Está…

—¿Qué? —Brooke le arrebata el celular y repite el gesto—. Es que… él es…

—¿Un reverendo hijo de puta? —intento terminar la frase por ellas.

—Es Sebastian Maxwell, amiga —Sid suelta nombre y apellido.

—¿Y…?

—Es el capitán del equipo de hockey, Winter —añade, como si yo tuviera la obligación de saberlo—. Y líder de los Gladiadores.

—¿Qué?

—Los Gladiadores del Hielo, Win —Brooke refresca mi memoria, que sigue un poco en las sombras. Sigo con cara de "¿y eso qué?", así que continúa—: Los bombones del hielo, mana. Te dijimos que los llaman así desde siempre.

—Ah… los idiotas que se creen dioses —digo, al fin recordando.

Al principio, la idea me parecía simpática. Eran cuatro amigos que llegaron juntos a la universidad, como nosotras.

Pero ahora… sabiendo que el capitán del equipo y líder de los Gladiadores es un cretino absoluto… les tomé asco.

—Puede ser el líder del banquillo, si depende de mí —murmuro, guardando el celular en mi bolso otra vez.

—¿Qué piensas hacer? —Brooke me mira preocupada. La indignación inicial ha sido reemplazada por la duda. Sabe cuánto me afectó todo esto… pero también le teme a las consecuencias.

—¿Demostrar que con Winter Lauren Grace no se juega? —Me señalo a mí misma. Sí, un poco arrogante. Sidney suelta una risita baja y niega con la cabeza.

—Amiga, la gente puede agarrarte bronca si haces algo contra el niño mimado del campus —Brooke intenta protegerme del ídolo con semen de oro.

—¿Niño mimado? —pongo cara de hastío mientras ajusto los cordones de los patines con más fuerza—. Seguro es otro idiota que se cree especial por saber jugar al hockey.

—Bueno… es especial. Al menos para toda esa gente que babea por él —Sid responde, recogiendo un mechón de su melena rubia detrás de la oreja—. Mira a Kathy, tu compañera de cuarto. Prefirió que la expulsaran de la Delta Zeta con tal de acostarse con un tipo que la va a dejar después de un par de revolcones.

—¿Y cómo sabes que la va a dejar? La chica es guapísima. Podrían… —empiezo a decir, recordando la escena. Sí, estaba furiosa, pero negar que ambos eran atractivos sería mentirme.

—No, Win. Él no sale con nadie. Es su regla número uno y todo el mundo lo sabe —responde con firmeza.

—¿Y entonces qué pasa con esa tal Chloe?

—Él dice que es solo una amiga. Ella dice que él es suyo. En fin… —Sid se encoge de hombros—. La chica prefiere seguir ahí, marcando territorio, aunque él se acueste con media universidad. Vaya una a saber.

—Afff… falta de amor propio —comento.

—Literal —Brooke asiente.

—Bueno… que se jodan todos. No vine aquí para meterme en disputas amorosas. Solo quiero darle una lección al idiota ese.

—Nada de andar compartiendo fotos de la poronga ajena, amiga. Además de ser inmoral, es ilegal —me advierte Sid.

—¿Estás loca? —le suelto—. Solo voy a mostrárselas a quien tiene que poner orden en este basurero. El rector Edward Hathaway va a ver estas fotos.

—Seguro va a llamar al entrenador Jake —dice Brooke con lógica—. Lo van a suspender justo al comienzo de la temporada.

—Ihh… estamos en el horno —Sid se queja, suspirando y apoyando los codos en las rodillas.

—Nadie está en el horno. Él es quien va a arder —afirmo convencida—. Vamos, chicas. ¡Somos nosotras! ¿Se les olvidó? Éramos las reinas del instituto. Dábamos las mejores fiestas. ¡Y vamos a serlo aquí también! ¡Por Dios, la madre de Sid inventó el rito de iniciación de la Kappa y todo el mundo lo hace hasta hoy!

—Winter… esto es la universidad. Todavía no somos nadie —Brooke intenta poner los pies en la tierra.

—Todavía… amiga. Me estaban esperando, lo sé —le guiño, dándole un beso en el hombro. Ambas sonríen.

Después de lo de Summer, todas quedamos rotas. Pero teníamos que intentar. Yo tenía que intentarlo. Y ellas también.

—Escuchen —digo, acomodándome el recogido—. Ese tipo merece una lección. Y ustedes lo saben. ¿Es popular? Que se joda. Vamos a demostrar de qué estamos hechas.

—Ya estás dejando claro que eres la chica problemática que todos temen —Sid recuerda mi reputación, y yo le apunto con el dedo, guiñándole un ojo.

—Y en la próxima fiesta, todos sabrán que soy amiga de la mejor bartender del mundo —le digo a Brooke. Ella suspira y aprieta los labios. Sé que, desde lo de Summer, dejó de preparar tragos. Pero no fue su culpa. Nadie tuvo la culpa.

—Vamos… —les digo, extendiendo mi mano al centro, esperando que pongan las suyas.

—Quiero un set nuevo de cocteleras —exige Brooke, poniendo la mano primero. Siempre fue la reina del malabarismo con botellas. Tenía una colección. Pero, desde entonces, no volvió a hacer un solo cóctel. Si ahora lo pide, será mío el deber de regalárselo.

—Hecho.

Un silbato nos saca de la conversación. La entrenadora nos está llamando para calentar.

Puede parecer una tontería… pero me sentí especial al notar que ella nos tenía en la mira.

—¿Qué pensaste presentar para la prueba? —pregunta Brooke mientras patina a mi lado.

—¿Tiene que ser individual?

—No necesariamente. El año pasado Charlotte y Emma hicieron algo juntas.

—¿Entonces se puede hacer un trío? —pregunto con una sonrisa, deseando que mis amigas me ayuden con esa coreografía que solíamos usar solo por diversión.

—Un segundo. —Sid patina hasta donde está la entrenadora, que revisa la pista con las manos en la cintura y una tablilla en la mano.

La observo hablar con ella y ver cómo la entrenadora nos mira… y luego asiente. En cuanto Sid se vuelve hacia nosotras, levanta ambos pulgares con una sonrisa brillante.

Eso era todo lo que necesitaba. Puede que no esté Summer, pero ellas están aquí. Conmigo.

**Capítulo 3**

W i n t e r  G r a c e




La brisa fría que venía desde la pista, con cada patinadora que pasaba junto a nosotras, erizaba los pelitos de mi nuca. No era un escalofrío de miedo, sino de esos que sentía minutos antes de cada competencia.

Estábamos viendo las presentaciones, que sucedían una tras otra con apenas cinco minutos de intervalo para un calentamiento rápido. Después, la entrenadora llamaba el nombre de la siguiente chica.

No seguía ningún orden específico. Parecía elegir al azar, y mis nervios estaban a flor de piel porque yo seguía esperando, ansiosa.

Hasta que finalmente llega mi turno. Soy la última candidata.

La Sra. Willians pronuncia mi nombre:

—¡Grace! —siento ese frisson al escuchar la voz poderosa de la entrenadora—. Al centro —ordena—. ¿Segura de que no quieres hacerla individual? —repite, dando a entender que muchas chicas terminaron perdiéndose cuando eligieron patinar en grupo con amigas que ya eran integrantes del equipo.

Pero la afinidad que tengo con las chicas es tan natural que, a veces, sentimos que nuestros cuerpos se conectan al deslizar sobre el hielo.

Mi inseguridad aparece más cuando estoy sola.

Asiento con la cabeza, y mis dos amigas patinan para colocarse una a mi derecha y otra a mi izquierda. Nos miramos… y compartimos esa sonrisa traviesa por la canción que elegimos. Un clásico nuestro. Y de Summer.

Fue con esa canción que mi hermana se ganó el corazón de Josh. Primero fue su amiga, después le dijo —sin rodeos— que quería ser su novia. Obvio, dejando bien claro que la ex, que lo engañaba descaradamente, estaba fuera del juego.

De repente, la voz de Avril Lavigne explota en los altavoces con la canción *Girlfriend*, y empezamos a mover los brazos al ritmo del pop rock.

Apenas termina el primer estribillo, comenzamos a patinar en línea, lado a lado, aumentando la velocidad con cada paso, abriendo la pista.

Nuestras cuchillas se deslizan con sincronía perfecta.

Brooke, Sidney y yo nos movemos como un solo cuerpo.

Cada paso, cada giro… todo fluye con naturalidad, como si supiéramos lo que sigue sin pensarlo.

Es como si el hielo fuera una extensión de nosotras mismas.

Nuestras piernas cruzan suavemente en un axel doble, y siento el roce del hielo bajo mis cuchillas. Brooke me lanza una mirada de lado, una sonrisa pícara formándose en sus labios.

En el ritmo creciente de la música, giramos en una pirueta upright, brazos extendidos, creando un círculo perfecto en sincronía.

En el estribillo, aceleramos:

*?? "Hey, hey, you, you*
*I don't like your girlfriend*
*No way, no way*
*I think you need a new one*
*Hey, hey, you, you*
*I could be your girlfriend…"* 🎶

Cada vez que escucho ese coro, sonrío.

Recuerdo a Summer señalándose a sí misma frente a Josh cuando sonaba esa parte… feliz, auténtica, tan ella.

Inhalo profundo.

Esto también es tuyo, mana.

Flexiono las rodillas, ganando velocidad.

La adrenalina se dispara cuando ejecutamos una secuencia de axels dobles. Uno, dos giros en el aire, con los cuerpos perfectamente alineados.

Al aterrizar, el hielo canta bajo nuestros patines.

La música sube.

Estamos en la cima.

De pronto, las tres corremos hacia el centro, mirándonos fijamente como si fuésemos a chocar.

Ese es nuestro toque especial. Solo nosotras lo hacemos.

Y las reacciones no tardan.

Se oyen gritos y exclamaciones de asombro.

No me había dado cuenta de que el público había crecido.

—¡Ey, nena! No tengo novia y te acepto ya mismo si querés —grita una voz masculina desde el otro lado.

Giro el rostro y veo al equipo de hockey observando nuestro show. Frunzo el ceño al notar que el chico lleva una jersey diferente a las otras.

Vuelvo a concentrarme en la coreografía y seguimos con los movimientos.

En el último segundo, me giro en un lutz triple, recogiendo los brazos mientras mis pies giran en un solo punto.

Ese salto… solo Summer y Brooke lo hacían. Sid y yo solíamos optar por el axel, que no era básico, pero tampoco tan complejo.

Pero hoy… yo necesitaba hacerlo. Por ella.

Sid y Brooke eligieron el axel esta vez, como si supieran que yo intentaría algo más.

Aterrizamos. Nuestros cuerpos se deslizan con precisión.

Las piernas se estiran en una posición spiral, cada una de nosotras con una pierna elevada, desafiando al hielo con elegancia.

Las miradas de Brooke y Sidney se encuentran con la mía.

Sonríen. Orgullosas.

Para cerrar, ejecutamos un salchow doble, girando con precisión quirúrgica.

Al aterrizar por última vez, nos deslizamos hasta el centro de la pista y cerramos en una pose poderosa, una al lado de la otra, brazos elevados, respiración agitada, pero los rostros encendidos de pura alegría.

—¡Uhuuuuu! ¡Esooo! —el mismo tipo grita, demasiado emocionado.

—Afff… idiota —Brooke refunfuña.

Sid lo mira divertida, aceptando el piropo.

—¿Quién es?

—Austin Prince. Uno de los Gladiadores, amiga —responde Brooke mientras patinamos de regreso al banco junto a las otras candidatas—. Ahora la pista es de ellos. Nuestro entrenamiento real es por la tarde. La entrenadora reservó este horario solo para la selección.

—Ah… —murmuro, comprendiendo.

—Y ese de ahí es el que querés mandar al banquillo —Sid señala al jugador que habla con el entrenador, sin prestarnos atención.

Me incomoda esa indiferencia.

¿No me reconoció?

Digo… le metí un bofetón bien dado.

Pero, claro… ¿yo qué esperaba? ¿Que devolviera mi odio con odio?

Quizá no fui la primera en pegarle. Con lo idiota que es, seguramente ya lo hicieron otras.

Que se joda.

—Austin está bueno —comenta Sid, sonriendo de lado—. ¿Estás segura de que vas a cagarla con uno de los Gladiadores?

—¿De qué lado estás?

—Del tuyo, obvio. Pero igual…

—Poner límites no impide que vos te lo agarres, Sid. Y si ya está pidiendo una novia… debe ser fácil.

—Lo es. Prince es uno de los más mujeriegos de la uni —agrega Brooke.

—Al menos son sinceros. Si quieren solo sexo, lo dicen. Prince salió con una chica tres meses el año pasado. No es como Sebastian con su "regla del desapego" —Sid suelta otro chisme.

—Bueno… crucen los dedos y recen para que una de esas vacantes sea mía, ¿sí? —digo, acomodándome mejor en el banco.

—¿De verdad creés que Elis Willians va a dejar fuera a una chica que puede hacer un lutz así? —Brooke resalta mi hazaña. Sonrío.

—Ojalá.

Pasan diez minutos.

La entrenadora se planta frente a nosotras.

El equipo de hockey ya empezó su entrenamiento, lanzando discos libremente.

Austin patina cerca, lanza un beso a Sid y Brooke.

Cuando me ve, ladea la cabeza, notando que soy una novata.

Me guiña un ojo.

Yo niego con la cabeza, pero sonrío. Tiene carisma.

¿Seguirá coqueteando después de que descubra lo que pienso hacer con su amigo?

Veremos.

—Bien… ¡chicas! —la voz de la entrenadora me saca del trance—. Gracias a todas las que se presentaron. Créanme cuando les digo que este año fue especialmente difícil elegir solo cinco. Son todas increíbles. Pero… no hay manera de que todas entren. —Mira su tabla y empieza a decir los nombres de quienes no fueron seleccionadas.

Mi mamá siempre decía que lo hace así para que nadie sepa quién fue su favorita. Si dijera directamente los nombres de las que pasaron, todos medirían el orden.

Pero con cada nombre que dice, mi estómago se revuelve.

Voy a necesitar pastillas para el mareo al salir de aquí.

Cierro los ojos.

Aprieto las manos de mis amigas.

Espero.

—Amiga… ya está —Brooke susurra—. Terminó, Win. Entraste.

Abro los ojos de golpe. Algunas chicas se abrazan.

—¿Entré?

—Obvio que sí, reina —Sidney dice, dándome un codazo—. ¿Festejamos hoy en el 213?

—¿Qué tiene ese lugar que te gusta tanto? —pregunta Brooke.

—¿Mesa de billar? ¿Cerveza fría? ¿Y todos los bombones de la uni? —Sid responde. Brooke suelta una risita. Yo también.

—¡Vamos! Hay que celebrarlo.

—Yo me apunto —respondo enseguida, demasiado feliz. Esta era mi meta. Mía… y de Summer.

—Bueno, está bien… Solo porque tenemos un rito pendiente para cierta personita —Brooke y Sid sonríen con complicidad.

Ni me quejo. Bebería con ellas feliz.

Y ese rito sería un par de shots en conjunto. ¡De una!

Después de recibir las felicitaciones de la entrenadora, vamos al vestuario.

Necesito cambiarme antes de ir a la rectoría… y pasar por la lavandería.

Hoy estuvo lleno de emociones.

Y los próximos días van a marcar el inicio real de mi vida universitaria.

Siempre fui la problemática del grupo. No iba a cambiar ahora.

Especialmente cuando tengo una razón de peso para declarar la guerra al número uno del hielo.

Sebastian Maxwell puede ser el rey del hielo…

Pero yo estoy lista para destronarlo.

**Capítulo 4**

S e b a s t i a n  M a x w e l l




Tomo mi palo y empiezo a enrollar la cinta en la hoja, pasando el rollo con cuidado. El movimiento es casi automático, parte de mi rutina antes de cada entrenamiento.

En cuanto termino, agarro el tarro de cera y froto una capa fina sobre la hoja para asegurarme de que el control del puck sea perfecto.

Estoy completamente distraído, a pesar de que los chicos hablan a los gritos sobre lo que pasó en la fiesta de anoche, cuando el ruido de las puertas del vestuario me saca de mi mundo.

—¡Eh, Sanders! ¿Lograste quitar el grafiti del coche? —le pregunto a mi amigo Kyle, que entra al vestuario con retraso.

Ayer, mientras yo me encerraba con Katherine, mis amigos llevaron la fiesta hasta la fraternidad. Y, lamentablemente, lo que iba a ser algo pequeño se salió de control. Muy de control.

Parece que hay una estúpida costumbre entre algunos invitados de pensar que el estacionamiento de la universidad forma parte de nuestra casa. Por eso, estoy cagado de miedo de que el rector Hathaway me llame de nuevo a su despacho.

Como presidente de la Alpha Tau Omega, una de mis funciones es responder por las cagadas de algunos inmaduros que justifican el vandalismo con el alcohol. La última vez, solo recibimos

una multa, y la pagamos limpiando la pista de Yost Ice durante un mes.

Después de ese incidente, sabía que nuestra reputación no andaba muy bien.

Solo que esta vez, Kyle fue una de las víctimas, y le pintaron el coche entero con insultos al azar. Solo espero que la cosa no escale.

—¡Malditos hijos de puta! Si descubro quién hizo esa mierda… —gruñe, dejando claro que aún no logró remover todo.

Le escribieron desde el capó hasta las puertas. Cosas tipo "experto en el sexo" y hasta una que hablaba del tamaño de su polla.

—Al menos te pusieron que estás bueno, cabrón —se burla Austin, ya casi completamente vestido, solo le falta la jersey de entrenamiento.

Ese hijo de puta seguro se pondrá otra vez la de los Gladiadores solo para que el entrenador le grite. Idiota.

Pero lo hace todos los años, el primer mes de clases. Dice que da suerte, porque llegamos a las finales cuando lo hizo.

Eso fue hace dos años, ya que antes era nuestro primer año en la uni.

—Podrían decirlo en mi cara, no en mi coche —murmura Kyle, frustrado, abriendo su casillero.

—¿Por qué haces eso, tío? —le señala a Austin la camiseta con el logo.

—Ponte la jersey de entrenamiento, Prince. No hagas que el *coach* se cabree tan temprano —le advierto mientras ajusto los guantes del otro lado del vestuario.

Siempre fue el loco del grupo.

Nuestro grupo se conoce desde la infancia, cuando nos veíamos en el lago Boardman.

Yo, Austin Prince, Kyle Sanders y Jordan Miller: los Gladiadores del Hielo.

Un apodo que nos siguió hasta la universidad. O que nosotros trajimos, mejor dicho.

Nos une el amor por el hockey. De niños, todos queríamos ser profesionales.

Hoy… no sé. Algunos parece que cambiaron de opinión. Solo el tiempo lo dirá.

Pero lo que sí sé es que tenemos nivel para entrar en la liga.

Austin —que de príncipe solo tiene el apellido— es ágil en el hielo. Y, aunque cargue el equipo encima, tiene fuerza en las piernas para sorprender a cualquier rival con sus saltos hacia el gol.

Jordan es pura velocidad.

Y Kyle completa con potencia en la defensa.

Por eso, somos implacables. Y el apodo de Gladiadores nos queda perfecto.

Austin fue el que creó las camisetas con el logo "Gladiadores del Hielo". Todavía estábamos en primero del insti, en Traverse City.

Unos mocosos con una sola meta: dominar la pista.

El nombre salió en medio de un partido, cuando Austin gritó a los rivales que se prepararan para enfrentar a los Gladiadores.

Estaba obsesionado con la peli de Russell Crowe.

Dimos vuelta el marcador, y el cabrón nos abrazó a mí, a Kyle y a Jordan, llamándonos guerreros sobre el hielo.

Después apareció con unos bocetos que fuimos puliendo hasta que el logo quedó como queríamos: un casco de gladiador, dos palos cruzados y un puck en el centro.

Ese mismo año, nuestra química y talento nos llevaron al campeonato estatal por primera vez.

Y no solo participamos. Lo ganamos.

La idea de Austin pegó tanto que todo el equipo empezó a llamarnos así. Era como si fuéramos la élite.

Y ahora, en la universidad, esa identidad sigue viva.

Los Gladiadores del Hielo no somos solo nosotros cuatro.

Cualquiera que pase nuestra iniciación lleva el nombre con orgullo.

Y como capitán, sé que esa unión es lo que nos hace fuertes.

Pero cabrear al entrenador en la primera semana de entrenamiento no es una táctica muy inteligente.

Sobre todo porque todos terminamos pagando el precio.

—Haz tus mierdas cuando el entreno sea por la tarde. Ya sabes lo malhumorado que es el *Coach* por la mañana —le lanzo.

—Hoy hay pruebas para el equipo artístico. Y la señora Williams ya llegó —responde Austin.

—¿Y la pista de Ann Arbor? —pregunto, refiriéndome al espacio exclusivo para patinaje artístico.

—Está cerrada. La Sra. Williams pidió entrenar aquí por un mes. Tranquilo, el *Coach* no va a explotar. Relájate —dice Austin, mientras Kyle niega con la cabeza.

No es la primera vez que el equipo de artístico usa nuestra pista.

También nosotros usamos la suya cuando una de las dos está en mantenimiento.

Las mañanas en que aparece Elis Williams, el *Coach* suele estar de mejor humor.

Al menos… hasta que su esposa se va.

Dicen que cuando estudiaban juntos, la señora Williams era una patinadora brillante, capaz de hipnotizar a cualquiera.

Y Jake Williams, nuestro entrenador, era la promesa del hockey.

Eran tan distintos… pero al mismo tiempo, se complementaban como si estuvieran destinados.

Eso decían todas las revistas cuando ambos se retiraron.

Valientes y locos.

Pero cada uno tiene su sueño.

El mío está bien lejos de atarme a una chica.

Y menos cuando puedo tenerlas a todas.

El sonido del adhesivo al torcerse sobre el palo me trae de vuelta al presente.

Y frunzo el ceño al darme cuenta de lo que me espera cuando entre a la pista.

Mierda.

Si el equipo artístico está en la pista… ¿estarán también Katherine? ¿Y Chloe?

Si hay que compartir de nuevo el espacio con las chicas, significa lidiar con el drama de Chloe.

Y sinceramente… ya estoy hasta los huevos.

Al principio, no me importaba. La tía está buena.

Pero ya me cansé de tener que desmentirla cada vez que me ve con otra.

La loca decía que yo era suyo.

Ahora, además de una, tengo dos colgadas.

La pirada de Katherine.

Debería poner una regla: no salir más de una vez con la misma chica.

Todas piensan que pueden ponerle correa a mi polla.

No tengo ánimo para lidiar con la segunda.

Me manda nudes desde que salí de su habitación anoche.

Como si ver su coño fuera a borrar el hecho de que cagó todo al no mencionar a su nueva compañera de cuarto.

Y… mierda. Me pasé de listo al limpiarme con el primer trapo que vi cuando me quité el condón.

¿Quién iba a saber que era el hoodie de una novata?

Y si hubiera sabido que había otra tía, ni habría ido.

Las últimas veces, Katherine juraba estar sola en el dormitorio.

Pero la quemazón en la cara tras el bofetón de la rubia y mi orgullo herido son prueba de que no.

—¿Qué cara es esa, bro? —pregunta Jordan, el tercer gladiador oficial, mientras calienta con estiramientos.

Le lanzo una sonrisa sin humor, intentando borrar la escena.

—Nada.

Él hace un gesto de "ya sé" y vuelve a lo suyo.

En ese momento, mi otro amigo, con su sonrisa de Joker, me analiza.

—Tienes cara de que te abofetearon otra vez, ¿eh?

—¿Por qué carajo te conté lo que pasó, Austin? —me quejo, arrepentido.

—Tío… —Abre los brazos—. Llegaste con la marca de cinco dedos en la cara. Cualquiera sabría que te pegó una chica.

—Y no pudo ser la Katy. Esa se te tira al piso para que la pises —suelta Kyle.

—Exacto —dice Austin, y Jordan asiente.

La cara de los tres es puro descojone.

—Qué valiente ella —comenta Theo Rodrigues, nuestro otro defensor, uniéndose a la conversación.

Y cuando me doy cuenta, todo el equipo nos está escuchando.

Siento la rabia subir, igual que la quemazón de la cachetada.

—Una loca. Eso es lo que es —gruño, saliendo hacia la pista.

—La loca es Katherine. Pero la pregunta es, bro… —Austin se apura para caminar a mi lado por el pasillo ancho—. ¿Tu leche es dulce o qué?

—¿Y tú por qué quieres saber? ¿Te apetece chupármela? —le espeto, de mala hostia.

—Eres guapo, Sebs. Pero me va el coño. Solo tenía curiosidad. ¿Y si la mía también lo es? —Y se mira la entrepierna.

No me lo creo. Estoy rodeado de idiotas.

—¡Eh, Mason! ¿La leche es dulce? —grita, sin vergüenza.

—¿Mason te la chupó? —pregunta Jordan, del otro lado, directo.

—¡Claro que no!

—Entonces, ¿por qué le preguntas, tío?

—Pues será el mismo sabor, ¿no? Y a él le gusta —justifica Austin, como si nada.

—No debe ser igual, porque la chica quería saber si la de Sebastian era dulce —suelta Kyle, y ya siento que estoy en un puto manicomio.

—Depende del tipo —dice Mason en voz alta desde el fondo del grupo.

Claramente, todo el equipo sigue la conversación.

—¿Pueden olvidarlo ya? —respondo con fastidio—. Seguro alguien dijo que yo era dulce como... amable, y la chica entendió otra cosa. —Paso la mano por la cara—. Carajo... ni sé por qué seguimos hablando de esto.

—Austin, ¿no estuviste con Thaís el sábado? Ella salió con Sebs. Pregúntale —sugiere Jordan.

Austin pone cara de que se lo está planteando.

Me ignoran completamente.

—Como no paren, voy a haceros mierda en la pista. En serio —los amenazo, y en respuesta recibo gritos afeminados de burla.

Estamos a punto de llegar al banco cuando una música animada me sorprende.

Normalmente, las canciones que suenan durante los entrenamientos de patinaje artístico son clásicas, no algo con beat fuerte.

— Carajo… mira eso —Kyle señala el centro de la pista donde tres patinadoras hacen su presentación—. Siempre me encanta empezar el entrenamiento con esta vista —dice extasiado.

Saltan tan cerca una de la otra que cualquier error podría terminar en un accidente con las cuchillas. Pero lo hacen con una sincronía perfecta.

—¿Hoy no era la selección de las novatas? —pregunta Austin sin apartar los ojos del trío.

—Eso fue lo que dijo el *Coach* Williams —respondo, igual de hipnotizado por sus movimientos.

La canción no es de mi estilo, suena adolescente, pero el ritmo acelerado contagia.

—Pero esa de ahí es Brooke, ¿no, Kyle?

—¿Y por qué me lo preguntas a mí? Cualquiera puede decirlo.

—Tú lo sabrías mejor —Austin no pierde la oportunidad de picarlo.

—Solo estuve con la chica una vez, tío. Una sola.

—Suficiente para obsesionarte con ella —responde Austin sin dejar de mirar el hielo—. Yo también lo estaría. Está buenísima.

—No estoy obsesionado con ella. Solo compartimos unas clases.

—Entonces no te va a molestar si me la tiro, ¿no?

—No es para ti —afirma Kyle, cruzándose de brazos y haciendo un puchero. Austin chasquea la lengua, como diciendo "te lo dije".

—¿Será que la esposa del *coach* está probando alguna coreografía nueva? Porque si yo fuera juez, estas chicas estarían en la final —comenta Jordan.

Echo una mirada rápida. Todos están embobados viendo el espectáculo.

Prince da un paso al frente con una sonrisa boba, como un crío frente a una juguetería.

—Brooke y Sidney son veteranas, pero a la otra no la había visto nunca —dice, girando hacia nosotros en busca de respuestas.

Nadie sabe.

Señala a la tercera patinadora, que está entre las dos, levantando las cejas en pregunta.

No es que esté tan curioso como él, pero las tres tienen talento.

Solo por eso estoy mirando con más atención.

Y es entonces cuando mis ojos reconocen a la rubia con el leotardo negro y faldita rosa.

—Ay, mierda…

—¿Otra vez con eso, capitán? ¿Vamos a hablar de tu leche de nuevo? —bromea Austin, pero su cara cambia cuando me ve. Algo no va bien.

Vuelve a mirar al trío.

—¿La rubia es la del hoodie?

Veo cómo se le curva la boca en una sonrisa maliciosa.

—Ni empieces… —le advierto.

—Solo iba a decir que está buenísima.

—Buena y demasiado brava para mi gusto —gruño.

En ese momento, las tres patinadoras aceleran hacia el centro al mismo tiempo, dando la impresión de que van a chocar. Pero cada una salta en una dirección distinta, girando en su eje.

El salto de la novata es más complejo. Un lutz.

Conozco los nombres porque ya conviví demasiado tiempo compartiendo la pista con las artísticas.

—Brava, buena y talentosa —concluye Austin—. ¿Entonces, cuándo compramos el hoodie de la nena?

—¿Hace falta? —Todos me miran como si hubiera dicho una herejía.

—Vale, vale. Ya pensaba hacerlo sin que me jodieran, idiotas. Después del entrenamiento, ¿va?

—¿Recuerdas el color del que manchaste? Sería bueno comprar uno parecido —comenta Austin, y hago un escaneo mental de lo que pasó anoche.

—No lo sé. Tenía una "S", creo. Algún tono entre rosa y lila… mierda. ¿Tiene que ser exacto?

—Mándale un mensaje a tu hermana, Sebs. Ella debe saber qué tipo de hoodie regalar como disculpa por dejarlo… dulce —sugiere, acentuando la última palabra con sorna.

No le respondo, porque esta vez su idea es buena.

Emory podría darme alguna marca. Preguntar a otra chica qué ropa comprar como disculpa es un buen consejo.

Mi hermana tiene buen gusto. Solo que no sé si quiero que sepa lo que pasó. Y ella preguntará.

Puedo decirle que arruiné el hoodie de una chica y quiero reponerlo.

No tiene por qué saber con qué lo manché, ¿no?

La idea de que Emys sepa lo que un hombre le hace a una mujer me irrita.

¿He estado con chicas de 18? Claro.

Pero para mi paz mental, prefiero imaginar que mi hermanita va para monja.

En fin. Necesito ayuda para reponer la ropa de la leona.

No es que la rubia de mano pesada se lo merezca… pero su mirada jodida me incomodó toda la noche.

Solo era un hoodie. Y lavar mi semen resolvería el problema.

Pero tener una hermana menor me enseñó varias cosas.

Si alguien le frotara la polla a una prenda suya sin permiso, me pondría como loco. Y una bofetada sería poca cosa.

Por eso, incluso antes de que Prince lo mencionara, ya pensaba en comprar uno nuevo.

Apenas mando el mensaje desde el celular, levanto la mirada y veo que la coreografía de las chicas termina.

Los cabrones a mi lado gritan, y claro que Austin no va a perder la oportunidad de hacer una payasada con la letra de la canción: *Girlfriend,* de Avril Lavigne.

Emys me volvía loco escuchando a esa cantante, y esa maldita canción se me queda en la cabeza todo el día.

Austin toma su palo y se prepara para entrar en el hielo. Los demás lo siguen, y pronto están todos deslizándose y adueñándose del espacio.

Antes de entrar yo, saco el celular que había guardado en el interior del pantalón y escribo:

**Seb: Oye, ¿alguna idea de un hoodie cool? Tiene que ser bueno.**

Ella va a tardar, como siempre. Así que lo guardo de nuevo y me concentro en la pista.

Austin patina frente a mí.

—Cuando Emys te responda, dile que le mando un beso —dice con esa sonrisita de cabrón, sabiendo que me va a cabrear.

—Cállate, Prince —gruño, sabiendo que solo está jodiendo.

Pongo cara de pocos amigos mientras él suelta una risa hueca.

Niego con la cabeza y escucho al *Coach* Williams llamarme.

Levanto la mano y voy hacia él, escondiendo una sonrisa por culpa de mi amigo idiota.

—¡PRINCE, QUÍTATE ESA MALDITA JERSEY! —grita el entrenador, tal como esperábamos.

Austin hace un gesto como si no supiera qué está pasando.

Luego pone cara de niño bueno, y el *coach* levanta la mano en señal de "me da igual".

Mi amigo sonríe y vuelve al hielo.

Entonces el técnico se vuelve hacia mí.

—Maxwell —empieza, cruzado de brazos—. Quiero que estés concentrado hoy. Deja las distracciones fuera del hielo. Si el equipo no está alineado, nos van a aplastar.

Asiento con seriedad.

—Puede dejarlo, *Coach*. Estoy listo para ponerlos en línea.

—Más te vale —responde, dándome una palmada en la espalda—. Ellos te siguen. No lo olvides. Tienes que dar el ejemplo. Dentro y fuera de aquí, chico.

Esa última parte me toma por sorpresa, y vuelvo a preocuparme por la posibilidad de que se haya enterado de la fiesta de anoche.

La última vez, nos advirtió que habría sanciones.

Después entro a la pista para el calentamiento.

Soy el centro y el capitán.

Mi rol es organizar el ataque y asegurarme de que todos estén en sus posiciones.

Pero antes de enfocarme, mi mente vuelve a la escena de las tres patinadoras que dieron un show aparte.

La nena debe ser amiga de Brooke y Sidney.

La forma en que interactuaron al terminar la coreografía no deja dudas.

Sentí sus ojos clavarse en mí en el segundo en que pisé el hielo, pero no le di el gusto de devolverle la mirada.

No. Puede que no me haya portado bien anoche, pero ese bofetón fue demasiado.

Respiro hondo. ¡Carajo!

Ni siquiera debería estar en este maldito edificio para empezar.

La última frase del *Coach* es un recordatorio de la responsabilidad que tengo.

Mierda. Si se entera, sería mucho peor que solo una fiesta.

No sé qué castigo me caería, pero seguro no se limita a limpiar la arena.

Menos con la evidencia de mi polvo en la ropa de una novata.

Estoy pensando en ese maldito hoodie cuando de repente Austin me da un empujón y me roba el puck.

Idiota.

Ríe y se lanza hacia la portería.

Yo niego con la cabeza, intentando concentrarme de nuevo.

Necesito enfocarme en el juego.

Pero algo me dice que este pequeño incidente me va a perseguir más de lo que quisiera.

**Capítulo 5**

W i n t e r  G r a c e




El cielo está tan azul que parece un pecado tener que perder parte de mi mañana resolviendo el "problema Sebastian Maxwell".

No soportaba la idea de cargar con el semen de un imbécil en la mochila, así que decidí saltarme las clases de la mañana para encontrar una lavandería y hablar con el rector.

Mi horario decía que tenía Psicología del Deporte a la una de la tarde y luego Marketing. Después me reuniría con las chicas para entrenar un rato en el gimnasio del campus.

Quería exprimir mi cuerpo para desenfocar la mente de los problemas. Tal vez olvidar que mi primer día en la universidad fue una mierda.

Eso era lo que hacía Summer. Bueno, en realidad, ella entrenaba demasiado, estudiaba demasiado… y dormía demasiado poco.

Una noche me desperté de madrugada y la vi estudiando, usando justamente ese hoodie que llevo ahora en la mochila.

Solo pensé en lo dedicada que era mi hermana y en lo mucho que yo fallaba en comparación.

Jamás imaginé que ese era uno de los tantos episodios en los que ya usaba la medicación que se la llevó.

Se intoxicaba poco a poco, cada vez más.

Mi pecho se aprieta con el recuerdo. Una sensación de vacío que no consigo llenar.

Darme cuenta ahora de lo ciega que estuve me atormenta.

Debí haber notado las señales: el cansancio disfrazado de dedicación, las ojeras escondidas con maquillaje, el humor cambiante sin razón aparente.

Pero estaba tan centrada en mí misma, en mis propios errores, que nunca presté suficiente atención para ver lo que pasaba justo delante de mis narices.

Si hubiera hecho preguntas, insistido en ayudarla, o simplemente estado más atenta… tal vez las cosas serían diferentes.

Debí haber visto que su ritmo era inhumano, que nadie puede con todo sin que algo esté mal.

Lo único que queda es esta sensación constante de pérdida. Como si me hubieran arrancado una parte de mí.

Cierro los ojos con fuerza, abrazando contra mí el bolso de deporte que guarda su hoodie favorito.

Dormía con él todas las noches frías.

Yo tenía uno parecido, pero en lugar de ser lila, era rosa claro y tenía la letra "W" bordada.

Y ese imbécil lo usó para limpiarse… Qué rabia.

Camino con fuerza, deseando haber cerrado el puño para romperle la nariz, no solo darle una bofetada.

Sebastian merecía algo mucho peor. Y merecía a alguien que lo enfrentara, porque acá nadie parecía dispuesto a juzgar al gladiador número uno.

Me da igual. Yo sí lo haré. No me da miedo entrar a la arena.

Camino por la parte central del campus, rodeada de edificios de ladrillo antiguos.

El sonido de mis pasos se mezcla con el viento que canta a mi alrededor mientras cruzo la Diag, la gran plaza en el corazón de la Universidad de Míchigan.

El lugar está casi vacío por la hora. Muchos estudiantes están en clase.

La rectoría no está tan lejos de la arena Yost Ice, donde fue la selección. Pero el camino es lo suficientemente largo para repasar mi estrategia.

Finalmente veo el edificio de la rectoría frente a mí. Grandes ventanales de vidrio y una arquitectura moderna que contrasta con los otros edificios del campus.

Siento el peso de la decisión acercarse junto con la puerta de entrada. Es ahora.

—Hora de empezar la guerra, Sunny. Es por ti… —susurro para mí misma mientras atravieso las puertas.

Ni siquiera el aire acondicionado cambia la sensación de que esto va a calentarse de verdad.

Observo que la recepción está iluminada de forma suave, con muebles antiguos y una mujer tras el mostrador.

Lleva gafas de lectura y está tan concentrada en su computadora que no me ve de inmediato.

Doy un paso al frente y, con la voz más firme que puedo reunir, me presento:

—Buenos días. Tengo una reunión con el rector Hathaway.

Ella levanta la mirada con lentitud, como si no tuviera prisa por nada en el mundo, y me observa por encima de las gafas.

—¿Nombre, por favor?

—Winter. Winter Lauren Grace. Él me está esperando —digo, intentando disimular la ansiedad.

Llamé apenas salí de la selección y creo que fue esta misma mujer quien me dijo que el rector estaba disponible.

En cuanto lo recuerda, alza las cejas con reconocimiento.

—Ah, sí. Disculpa. Hablamos hace poco. Puedes subir, segundo piso. Su despacho es el último a la derecha. —Me dedica una sonrisa educada.

Asiento y murmuro un "gracias".

Camino en la dirección indicada, subiendo las escaleras con una mezcla de determinación y nervios.

El pasillo parece más largo de lo que realmente es, y con cada paso me pregunto si debería dar marcha atrás.

Pero no puedo.

Cuando llego a la puerta del rector, respiro hondo antes de golpear.

—Adelante —responde una voz grave desde adentro.

Abro la puerta y me encuentro con Edward Hathaway, un hombre de rasgos austeros.

Alto, con cabello gris cuidadosamente peinado hacia atrás, sin un solo pelo fuera de lugar.

Lleva gafas de montura fina que acentúan su formalidad, más aún con su traje gris oscuro y corbata azul marino.

Incluso sentado detrás de ese gran escritorio de madera oscura, su presencia domina la sala.

Cada movimiento suyo parece calculado.

—Srta. Grace, por favor, tome asiento. Imagino que ha venido por algo importante ya que pidió urgencia —dice en tono serio, aunque con un deje de aburrimiento.

Me siento en la silla de cuero frente a él, tratando de encontrar las palabras.

—Sí, señor. Es una situación urgente —me enderezo con la postura firme que la patinaje me ha dado a lo largo de los años.

—Me pareció curioso que pidiera una reunión en su primer día aquí. Espero que no tenga que ver con su rechazo de la fraternidad Kappa —menciona, como si pensara que estoy aquí para pedir una intervención por no estar a gusto en el dormitorio.

Ah, entonces es eso. Quizá es lo que más escucha en los primeros días.

Compartir baño con 50 chicas debe de ser realmente motivo de consulta para muchas.

Yo tampoco estoy feliz con el dormitorio, pero lo que me trajo aquí no son cincuenta chicas… es un solo chico.

—En realidad, sé que no puedo salir del dormitorio femenino por ahora, señor. Mi visita es por otro motivo. Algo que ocurrió en mi

primer día y que me sorprendió que una universidad de prestigio permitiera tal transgresión.

—¿Transgresión? —pregunta, mirándome por encima de las gafas—. Ahora sí me estoy preocupando, señorita.

Es ahora. No puedo titubear.

—Ayer llegué a mi dormitorio y presencié una escena que no debería haber visto.

No quiero perjudicar a mi compañera de cuarto, ya que vamos a convivir quién sabe cuánto tiempo. Pero…

—¿Su compañera está implicada? —me interrumpe, y no puedo evitar apretar los labios.

Mi cara debe reflejar lo que siento, porque el rector carraspea como disculpa.

—Encontré a mi compañera de cuarto en una situación íntima con un alumno.

Y me sorprendió porque fui advertida de que está prohibida la entrada de varones al dormitorio femenino.

—En efecto —dice recostándose en la silla, aspirando por la nariz, mostrando desagrado—. Puede estar segura de que el alumno será sancionado por semejante… transgresión —repite mi palabra con un gesto de mano.

Inspiro profundo y suelto el aire. Me siento respaldada.

—Perfecto. Fue una situación realmente embarazosa —digo, notando una chispa de duda en su mirada.

—¿Sabe decirme quién fue el alumno?

—Sí. Fue Sebastian Maxwell —respondo sin dudar.

Tal vez fue idea mía, pero juro que el rector parpadeó dos veces. Como si se lo pensara mejor.

—¿Está segura?

Ay, no… pienso, recordando la historia de los Gladiadores. ¿En serio?

—Sí. Y puedo probarlo —abro la galería de fotos justo donde se ve a Sebastian medio empalmado mientras la otra chica le lame el aire alrededor de la polla.

La cara del rector al ver la imagen no tiene precio.

Me arrepiento de no tener la cámara apuntándole.

Demasiada suerte tener dos momentos capturados, ¿no?

Veo el instante exacto en que el rector Hathaway traga en seco.

Se acomoda el cuello de la camisa como si la corbata le apretara más de la cuenta.

Apago la pantalla del celular.

—Espero que sepa el problema que estaría causando si esta foto se difundiera, jovencita. —Ahora el trato cambió. Ya no soy "señorita", sino "jovencita". Como si la culpable fuera yo. ¡Carajo!

—No tengo ninguna intención de difundirla, señor.

Solo quise demostrar que pasé por una situación ofensiva en una residencia universitaria.

Ni siquiera se la mostré a mis padres, y preferiría no tener que hacerlo.

Escucho cómo el rector respira con fuerza. Sí… ahora lo ha entendido.

—No será necesario. Trataremos esta transgresión en confidencialidad, castigando únicamente a los responsables —dice, mientras teclea algo en su ordenador. Luego toma el teléfono de su escritorio.

—Señora Lawson, necesito que contacte al señor Maxwell… —Pausa y murmura algo—. Sí. El abuelo. Después dígale a Sebastian que se presente en rectoría tras sus clases.

Gracias.

Cuelga y me mira.

—Por favor, señorita… necesito que me demuestre que ha borrado las fotos del señor Maxwell de su teléfono —pide, con tono más de orden que de sugerencia.

—No tenía ninguna intención de conservarlas —me encojo de hombros.

Abro la galería, selecciono las imágenes comprometedoras y le muestro cómo las borro.

El suspiro de alivio del rector me arranca una sonrisa sarcástica.

Sabe que esas fotos eran mi seguro… y una prueba muy grave contra su institución.

Borrarlas protege no solo a Sebastian, sino a todos los implicados.

Lo único que tengo como respaldo ahora… son mis amigas.

—Se aplicará una multa y probablemente Sebastian sufrirá alguna sanción en el equipo de hockey.

Además, le pido disculpas en nombre de la Universidad de Míchigan, señorita Grace —dice, pasándose una mano por el cabello.

Volvemos a "señorita". Perfecto.

—¿Y Katherine?

—¿Su compañera? —pregunta. Asiento.

—Veremos cuál será su castigo. Supongo que no querrá seguir compartiendo habitación con ella, ¿verdad?

Asiento de nuevo.

—No estamos en condiciones de mantener la cordialidad necesaria, señor.

—Lo imagino. Bueno… vamos a ver si tenemos alguna habitación libre.

Tuvimos varias transferencias la semana pasada.

Con eso, podré reubicarla sin problema —dice, revisando unos papeles.

—Gracias, señor —agradezco, notando que el rector parece tan molesto como alguien con responsabilidad debería estar.

Respiro aliviada.

—Si eso es todo… —dice. Aunque sus palabras son cortantes, su expresión sigue siendo educada.

Asiento y salgo de la sala.

Al salir, siento cómo el peso que me oprimía el pecho empieza a disiparse.

El frío en el pasillo ya no se siente tan cortante, como si la decisión que tomé hubiera liberado un poco de espacio dentro de

mí.

Mi mente avanza con esa sensación de pequeña victoria, y mientras camino por el campus, un pensamiento me hace sonreír:

El juego ha comenzado.

**Marcador: Winter 1, Sebastian 0.**



**Capítulo 6**

S e b a s t i a n  M a x w e l l




Miro otra vez el mensaje de texto y siento esa puta ansiedad que siempre me acompaña cada vez que me llaman a la rectoría.

Rectoría: Buenas tardes, Sr. Maxwell. Favor de presentarse en el despacho del rector al finalizar las clases.

Estaba volviendo del centro comercial con una bolsa que contenía un hoodie rosa. Había aprovechado el hueco antes de mi última clase del día.

—Uff… se armó —dice Prince, leyendo el mensaje por encima de mi hombro mientras lame su helado de vainilla.

—¿A ver? —Sanders se apoya del otro lado, casi untándome el helado de chocolate.

—¿Quién te escribió? —Jordan, que viene justo detrás, me da una palmadita en el hombro.

Cada vez que salimos es así. A veces me siento como el papá que lleva a los hijos de paseo, porque normalmente voy en el centro de la manada.

—¿Será que alguien se quejó por las pintadas? —pregunta Kyle, medio en serio, medio en broma—. Había más coches rayados además del mío —añade.

—Y ni se puede saber quién estaba ahí, Miller. Como el Donuts abra la boca… cagamos —dice Jordan, refiriéndose al

guardia nocturno que ronda las fraternidades.

Dato: no se llama Donuts, pero como siempre le compramos su silencio con una caja llena de rosquillas, el pobre se ganó el apodo.

—Solo nos delató la última vez porque Austin se olvidó de ponerle el donut de chocolate, tío —recuerda Miller.

—Y esta mañana puse hasta dos extras —responde Prince, orgulloso.

—Si la fiesta hubiera quedado en el bar, nada de esto pasaba —repito lo que advertí ayer, y nadie me hizo caso.

—Vamos, Sebs. Dentro de poco empiezan los entrenos en serio y se acabó la joda. Estamos cumpliendo con nuestro deber como anfitriones de la uni. Si no somos nosotros los que damos la bienvenida a las novatas, ¿entonces quién?

—Sabes que las bienvenidas de Michigan fueron hace quince días, ¿no? —le recuerdo. Él levanta las cejas con cara de me vale verga.

—Olvídalo. —Resoplo, rindiéndome—. Mejor voy a resolver esto ya. Apunta bien en la próxima clase por mí, inútil —le digo, ya que compartimos horario. Ambos estamos en administración de empresas.

—Pero el mensaje dice que vayas después… —se alarga en la última palabra.

—Y tengo ansiedad. Prefiero arrancar la tirita de una vez. —Le paso la bolsa con el hoodie de la rubia problemática—. Guárdalo en mi cuarto y déjame en la rectoría. Cuanto antes termine con esto, mejor. Pero dejo el aviso: tenemos que hacer algo con los idiotas que estacionan donde no deben.

—Deberíamos hacer oficial la regla de "prohibido aparcar en el campus" —sugiere Jordan, y todos murmuramos en acuerdo.

—¿Cuál es la siguiente clase? —pregunta Austin, mientras Kyle desactiva la alarma del coche. Hoy le tocaba manejar a él.

—¿Cuándo vas a empezar a leer el calendario, tío?

—Es el primer mes. Dame un respiro. —Y ni al final del semestre se lo aprendía… En fin.

—Marketing. Con la profesora Penelope Daustin, ¿recuerdas?

—¿La de las gafas de gata?

—Esa misma.

—Esa mujer está loca.

—No más que tú —le suelto, con media sonrisa.

Austin pone los ojos en blanco, mientras Kyle suelta una risa por lo bajo abriendo la puerta del coche. Es entonces cuando noto las palabras que mi amigo no logró quitar con el lavado de esta mañana.

"Mi príncipe del hielo, llámame", decía en la carrocería.

Y abajo, un número de teléfono.

—Tío, el príncipe aquí soy yo —Austin se señala.

—Entonces te mando la factura del lavadero, ya que usaron mi coche como buzón de mensajes —dice Kyle, entrando al asiento del conductor.

Nosotros vamos ocupando los demás. Yo como siempre me siento adelante.

—Del otro lado había una regla dibujada con la marca de 23 centímetros —se ríe Jordan—. Así que es obvio que el mensaje era para él.

—¡Mi polla no es pequeña, cabrón! —responde Prince, indignado—. ¡Veinte es tamaño top! Y nadie se ha quejado.

Eso pasa cuando eres amigo de toda la vida.

Digamos que, en la pubertad, hicimos una apuesta… y medimos nuestras pollas.

Kyle me ganó por medio centímetro. Jordan quedó tercero, con veintiuno.

Y Prince se amargó una semana entera.

Solo lo superó porque fue el primero en perder la virginidad. Su ego sobrevivió por compensación práctica.

—Austin, mete la maldita cabeza en el coche. No veo atrás con tu cuerpo ahí —manda Kyle, mientras Prince anota algo en el

celular.

—Estoy guardando el número de la chica. Espera un poco —explica, sonriendo—. Tú mismo dijiste que era para mí. —Y su cara se ilumina. Seguro vio la foto de perfil. —Está buena. ¿Sabes quién es? —Se la muestra a Jordan, que niega. Después me pasa la pantalla: una morena de ojos claros.

—Es Isabelle. Ya me la tiré —digo, recordando a la chica. Creo que está en el equipo de vóley.

—¿Y qué tal?

—Está buena. Buen culo. Sabe lo que quiere y no me rompió las pelotas.

—¿Estabas borracho? —pregunta Kyle.

—¿Qué?

—Para que una chica no te rompa las pelotas…

Pienso un poco. Sé que me la tiré, y que estuvo bueno.

—Tal vez… —respondo. Fue en una fiesta de la Delta Zeta.

Se miran entre ellos como si se leyeran la mente.

—Chloe —dicen los dos a la vez.

—Ella no… —Y me detengo. Lo pienso bien. Sí. Debería haber notado el cambio en la actitud de la morena y cómo Chloe se me pegó dos días después.

La cabrona fue lista. Dejó de exigirme algo serio el día que le dejé claro que no quería nada formal.

Pero eso no le impidió sabotear a las otras con las que salía.

Respiro hondo, cayendo en la cuenta del desinterés repentino de Isabelle.

No es que yo le escribiera después, pero antes solía recibir más mensajes de las chicas. Hasta que Chloe se volvió más regular.

Carajo. Tengo que ponerle fin a esta mierda.

—Bueno… pero ya no estás interesado en ella, ¿no?

—Puedes quedártela.

—Genial. Le voy a escribir —dice Austin, feliz.

Nosotros no tenemos la regla de "no tocar a las que ya tocó el otro".

Salvo si la chica significa algo. Por eso, cuando Kyle reclamó a Brooke más temprano, básicamente admitió lo que ya sabíamos: le gusta en serio.

—Tengo que llevar mi coche a un taller decente. No puedo seguir manejando con una regla y "23 centímetros" dibujados.

—¿Y si lo pulimos? —propone Jordan.

—Es una opción —respondo.

Las siguientes conversaciones giran en torno a las mil maneras de quitar rayones de un coche.

—¿Quieres que vaya contigo, Sebs? —pregunta Austin. Ni me di cuenta de que ya estábamos frente a la rectoría.

—Mejor no. El rector pidió verme solo a mí. Tal vez así la sanción sea más leve. —Todos asienten.

—Entonces nos vemos en casa. Dale, James. Mi clase empieza en 15 minutos —dice Austin, dándole tres palmadas en el hombro a Kyle, que gruñe por su descaro.

El camino hasta la fraternidad no era tan largo.

Justamente por eso tuvimos problemas ayer, por los idiotas que aparcaron dentro del campus.

—Nos vemos, capitán —dice Jordan, y los demás murmuran lo mismo mientras bajo del coche y subo las escaleras.

En cuanto cruzo las puertas automáticas de cristal, Penley me mira con una sonrisa pequeña y una mirada tensa.

Le devuelvo la sonrisa y suspiro, preguntándome por qué carajo me mira así. Mierda. Esto va a ser peor de lo que pensaba.

—Ya lo anuncio, Sebastian —dice.

Un minuto después, la secretaria del rector me avisa que puedo subir.

Asiento y camino hacia la oficina que, lamentablemente, conozco mejor de lo que me gustaría.

Cuando cruzo el umbral de la puerta de roble, noto que el rostro del señor Hathaway está mucho más severo que de

costumbre.

Mierda… ¿habrán rayado también su coche?

Me mira por encima de las gafas, con los labios apretados, y mientras niega con la cabeza, gira lentamente la pantalla de su ordenador hacia mí.

Ahora sí, pensé. Hora de ver las fotos que prueban la fiesta de anoche.

Pero no.

La imagen que aparece es mil veces peor.

—¿Qué mierda estás haciendo, Sebastian? ¿¡Crees que estoy pagando tus estudios para que conviertas la universidad en tu puticlub personal!?

La voz grave y potente del senador Gregory Maxwell retumba, destrozando los pequeños altavoces de la pantalla frente a mí.

Cierro los ojos de forma automática, convencido de que el coche del rector había sido vandalizado.

—¿No fue suficiente con el maldito escándalo que casi me hizo perder la última campaña...? ¿Ahora también quieres manchar aún más el nombre de esta familia? —continúa Gregory, su imagen dominando la pantalla, mientras yo sigo de pie, inmóvil.

El escándalo al que se refiere ocurrió hace cinco años. Me lo echa en cara cada vez que puede.

Había bebido. Me atraparon conduciendo bajo los efectos del alcohol. Una cagada, lo sé.

Pero bebí para olvidar lo que había pasado esa tarde.

Cometí la estupidez de subirme al auto borracho para volver a casa.

Mierda. Todavía me cuesta vivir con una mentira.

Si mamá no me hubiera convencido de que era lo mejor, incluso para Emory, jamás habría aceptado.

Si él no me lo hubiera pedido cuando aún podía...

Aquel día volqué el coche y, con suerte, solo me rompí un brazo.

Salí ileso del accidente, pero no del escarnio público.

"Nieto del senador Gregory Maxwell sufre accidente por conducir ebrio"

Desde entonces, no volví a conducir.

Cuando lo necesito, alguno de los chicos se ofrece como chófer. Y eso… lo agradezco un montón.

Mi pena fue reducida gracias a las influencias de Gregory.

Trabajé durante un año sirviendo cenas en dos albergues. Me sorprendió la cantidad de familias que dependían de esos lugares, aunque fuera temporalmente.

Exhalo, cansado de escuchar siempre lo mismo. Mi mente aprendió a nublarse para evitar el choque.

Miro de reojo al rector Hathaway, pero él permanece impasible, testigo de la explosión de mi abuelo.

—Y lo peor de todo —Gregory prosigue, con los ojos chispeando en la pantalla— es que eres tan idiota como para dejar evidencia. ¿¡Fotos!? ¿Qué diablos estabas pensando?

—Yo no sabía que ella... —intento empezar, pero me corta.

—¿¡No sabías!? ¿¡No sabías!? —gruñe, golpeando la mesa con los dedos—. Lo que sí sé es que no estás tomando en serio las oportunidades que te di.

Te conseguí una plaza en la mejor universidad, te abrí puertas, y ¿qué haces tú? Te comportas como un crío mimado.

Esto se acaba hoy. Si vuelvo a escuchar sobre otra cagada tuya, sea con chicas, fiestas o lo que sea... —su voz baja a un susurro peligroso.

La amenaza queda flotando. No necesita decirla.

Su carta bajo la manga siempre está ahí, controlándome.

Trago saliva, conteniendo las ganas de mandarlo a la mierda.

Cada vez que escucho ese discurso, la rabia me sube por la garganta.

Fui yo quien pasó noches enteras estudiando para el SAT.

Fui yo quien sacó una nota suficiente para conseguir becas completas: Wisconsin, Minnesota…

Pero yo quería Michigan.

Había entrado con media beca.

Mis amigos también venían.

Nuestro sueño. Otra opción no existía.

Así que ese discurso de mierda que da solo para impresionar al rector… no es más que teatro.

Igual que sus discursos en el Senado.

—Senador Maxwell... —Por fin, Hathaway interviene. Su voz firme, aunque cuidadosa—. La situación se está tratando con la seriedad debida. La alumna eliminó las fotos y estoy seguro de que evitaremos que esto se haga público.

Mi abuelo entrecierra los ojos, como si pudiera ver el alma del rector a través de la pantalla.

—Más te vale. No estoy pagando para tapar escándalos, Hathaway. Estoy pagando para que mi nieto se convierta en alguien decente.

Alguien que honre el apellido Maxwell —dice, volviendo a mirarme—. No me hagas arrepentirme de haber apostado por ti.

"Haber apostado por mí", porque ya no podía hacerlo con su propio hijo.

Mi padre nunca más sería una opción.

Siempre vi cómo mi padre sufría bajo el control de Gregory Maxwell.

Cada movimiento suyo estaba moldeado, manipulado.

Yo era solo un niño, pero incluso entonces sentía el peso que eso le ponía encima.

En ese entonces, no entendía por qué no se defendía.

Ahora lo sé.

Y lo que más me jode… es que yo estoy exactamente en la misma posición.

El ciclo se repite.

Siento rabia. Mucha.

Rabia hacia mi abuelo, por arruinar la vida de mi padre y hacer lo mismo conmigo.

Pero lo que más me corroe por dentro es la ausencia de mi padre.

De alguien que me mire y me entienda.

A veces siento pena por él, como si también fuera víctima.

Otras veces, solo una jodida saudade inexplicable.

Solo sé que debería estar aquí. Conmigo.

—Hathaway, convoque al entrenador Williams. Quizá lo mejor sea que mi nieto se quede en el banco los primeros partidos —dice, con veneno en cada palabra—. Tal vez así recuerde para qué está en esta universidad.

Levanto la mirada al rector, esta vez deseando que diga algo.

El hockey es lo único que me mantiene cuerdo.

Mi refugio dentro del caos.

En el hielo, todo tiene sentido.

Puedo deslizarme, prever movimientos, controlar el ritmo.

A diferencia del resto de mi vida, que es un puto desastre.

Allí, mis emociones se quedan fuera. Esperándome.

Pero el suspiro de Hathaway me lo deja claro: estoy jodido.

—Los primeros partidos son importantes, no puedo…

—Mínimo tres, Hathaway —me ignora por completo—. Estaré atento a que se cumpla.

—*Coach* Williams ya fue informado, senador. Él tomará las medidas correspondientes luego de esta reunión —responde Hathaway con el rostro tenso, claramente incómodo.

Como fanático que es, sabe que quedarse sin su capitán al inicio de la temporada puede joder al equipo.

Mierda. Estoy condenado.

Y todo por culpa de la rubiecita hija de puta.

Mi culpa por haber arruinado su hoodie se disipa como humo cuando la realidad me golpea de frente.

No tenía ni idea de que había ido al rector. Mucho menos que tenía fotos.

¿Cómo coño las consiguió?

Si no fuera por ella, ni siquiera me habrían llamado aquí.

Donuts hizo bien su trabajo. Nadie supo de la fiesta.

Mi visita era únicamente por haber ido al dormitorio femenino.

Siempre lo hicimos.

Carajo, todos lo hacemos.

Es tradición aparecer a escondidas en la habitación de alguna chica.

¿Y ella va y me delata? ¿Siendo novata?

La cabrona acaba de firmar su sentencia de muerte.

La voy a matar. En serio.

—No creas que esta conversación terminó, Sebastian.

Tienes que venir a la reunión de accionistas dentro de 15 días.

No toleraré otra ausencia —me ordena, alzando un dedo al aire.

—Estaré presente —respondo sin rechistar, justo como él quiere.

Veo su satisfacción cuando se recuesta en la silla.

—Hasta pronto, nieto. Y espero que tengamos menos encuentros como este, Hathaway —dice, despidiéndose también del rector.

—Yo también —responde Hathaway, seco.

La videollamada termina. La imagen de mi abuelo desaparece.

—¿Puedo irme, señor? —le pregunto al rector.

Él inhala profundo y exhala con fuerza.

—Sí, Maxwell. Entienda que esta vez no pude mantener a su abuelo al margen. La situación era más grave de lo que parece. Involucraste a alguien que tenía fotos comprometedoras. Y aunque creo que la alumna no es del tipo que difunde esas cosas…

—Lo sé —lo interrumpo.

Pudimos haberlo manejado sin Gregory.

Pero el rector también estaba cubriéndose el culo.

Temía que la rubia mostrara esas fotos al mundo.

Y contra eso, no puedo hacer nada. Solo sonreír y asentir.

—*Coach* Williams hablará contigo mañana. Más allá de lo que pidió tu abuelo, la suspensión iba a pasar igual.

—Entendido. ¿Algo más, señor?

—No, Maxwell. Puedes retirarte.

Asiento. Le agradezco por ni siquiera haberme pedido que me sentara.

Giro sobre mis talones y salgo.

Mis pies pesan como ladrillos en el suelo.

Mientras marcho fuera del edificio, empiezo a planear todas las formas posibles de torturar a la nueva patinadora de Michigan.

¿Ella me mandó al infierno?

Felicidades.

Ahora es mi obligación, como veterano…

Arrastrarla conmigo.

**Capítulo 7**

W i n t e r  G r a c e




El bar 213 está a reventar. Las chicas dijeron que siempre está así por las noches. Empiezo a preguntarme si esta gente entró a la universidad para estudiar o para beber. Más aún cuando veo a la mayoría del alumnado con sus tarros de cerveza en la mano. Esta noche, nosotras tres nos unimos a ese club.

El mural que ocupa gran parte de una de las paredes del fondo es la prueba viviente de que vamos a venir aquí cada vez que tengamos algo que celebrar. Había una foto de nuestras madres, mostrando sonrisas enormes mientras levantaban sus tarros en señal de victoria. A diferencia de ellas, nuestra foto tendría que haber sido un cuarteto, pero ahora… el número también refleja nuestra nueva realidad.

Suelto un suspiro fuerte, tratando de aligerar la tristeza de que esta pequeña victoria sea solo mía. Ya no la comparto con ella. Nunca más la compartiré.

—Deja esa carita triste, Wi —me susurra Brooke al oído—. Hoy toca celebrar.

Le devuelvo una sonrisa pequeña y acepto mi tarro lleno de cerveza. Tiene razón. Entré al equipo que tanto soñé durante la secundaria, y lo hice junto a mis amigas. Ellas decían que mi plaza estaba asegurada desde el momento en que Elis Williams me viera deslizar sobre el hielo.

Mi confianza nunca fue mi fuerte. Más aún porque mi confianza murió hace dieciocho meses. Se llamaba Summer.

El sonido de los tacos chocando con las bolas de billar y las voces mezcladas con risas suena como una escena sacada de Gossip Girl o Riverdale.

Mis amigas están listas para dominar el lugar, y las miradas masculinas que nos rodearon apenas cruzamos la puerta indican que lo lograron. Brooke lleva un mono corto de mezclilla con un top negro: simple, pero que realza su estilo relajado y cool. Sid, más atrevida, usa unos shorts cortísimos y una blusita de tirantes que deja claro que no vino a pasar desapercibida.

Yo opté por algo más cómodo, pero con un toque de encanto: un short crema tipo cargo a medio muslo y un crop top rosa que muestra justo la cantidad correcta de piel.

Llevamos más de una hora en la mesa del fondo. Sid va ganando. Tiene esa sonrisita arrogante en los labios mientras se inclina para embocar la última bola rayada, la número 11.

Con un movimiento preciso, la vemos golpear y la bola gira suavemente hasta colarse en el agujero de la esquina.

—Esto ya está siendo demasiado fácil —presume Sid, guiñándonos un ojo mientras se prepara para ir por la bola ocho.

Yo estoy justo detrás, con dos bolas sólidas aún sobre la mesa. Ya había metido la dos, tres y cinco, pero la seis está atrapada en una esquina complicada, junto a una bola rayada que me estorba.

Brooke, en cambio, se apoya en el taco con cara de pocos amigos, claramente frustrada con su desempeño.

—Nunca fui buena con el taco —refunfuña, impaciente.

—Eres muy apresurada, reina. Tienes que ver el ángulo —le enseña Sid, colocándose de espaldas y… ¡Pow! Escuchamos el golpe y vemos cómo la bola ocho desaparece como si nada.

—Ángulo, esquina, bola… todo me recuerda a matemáticas, y soy pésima en eso. Si fuera escribir una historia, tendría más lógica.

—Contamos todo el tiempo en la pista, Broo. Solo que aquí las cuentas son distintas —le digo, analizando la mesa. Mi siguiente tiro era complicado y esperaba que Sid fallara. Así podríamos empatar.

—Esto es geometría. En la pista es aritmética. Siempre fui mala en la primera —deja el taco en el soporte—. Voy por más cerveza. Denme sus tarros —los toma por el asa y se dirige a la barra.

—Mierda —por fin, Sid falla.

—¡Uhuuu! —celebro, dando un saltito al costado de la mesa, buscando el mejor ángulo para meter la bola.

—No me voy a quejar, porque sigo arriba —dice la rubia con una sonrisa ladeada.

—Y sabes que no por mucho —le devuelvo la sonrisa, mordiendo la punta de mi lengua sin darme cuenta. Echo el codo hacia atrás, inclinándome sobre la mesa, visualizando una línea imaginaria entre el taco, la bola y la tronera. Me concentro, y…

Siento un golpe que me hace perder el ángulo.

—¡Carajo! —reclamo, girando de golpe para ver quién fue el imbécil que me empujó.

—Ups… mi culpa, rubia.

No es un imbécil. Es el imbécil.

Hago una medición rápida con la mirada entre las mesas y confirmo que tenía espacio de sobra para pasar sin tocarme.

—Lo hiciste a propósito —acuso, viendo su sonrisa maliciosa.

—¿Yo? Jamás —responde con ironía, tomando un trago de su tarro y relamiéndose los labios de forma descaradamente provocadora. Mis ojos siguen el movimiento por instinto. Instinto de supervivencia cuando estás cerca de un virus.

Entonces, otros dos jugadores rodean nuestra mesa, ocupando el espacio. ¿Pero qué coño…?

—Oye, nena, estuviste brutal hoy en la pista —dice uno, que reconozco como Austin Prince, acercándose a Sidney. Mi amiga

primero me lanza una mirada de advertencia, y al ver que asiento con la cabeza, relajando el gesto, sonríe y responde:

—¿Tú crees? —se recoge un mechón suelto detrás de la oreja, gesto que parecería inocente si no la conociera.

Por el rabillo del ojo, noto cómo Sebastian observa nuestra interacción. Dos segundos después, se ríe con sarcasmo y suelta:

—Vaya… no sabía que la líder de la manada estaba tarde para inscribirse a la uni —me provoca, apoyándose con arrogancia en la mesa.

—Y yo no sabía que los perros hablaban —respondo sin filtros, y cuando él sonríe con picardía, me doy cuenta de que le di munición al enemigo.

—Estoy entrenado, rubia. Hablo, doy la patita y hasta muerdo si me lo piden —él me mira de arriba abajo—. Pero tú no me das motivos.

—Gracias a Dios… —murmuro, rodando los ojos.

—Hay chicas que suplican por una mordida mía.

—Yo no soy "cualquier chica".

—Eso está claro. Nadie más se atrevería a repartir fotos de mi polla por todo el campus —lanza la bomba, atrayendo miradas de las mesas cercanas.

—No repartí nada.

—¿Pero sí admites que la tomaste? —pregunta, más bien afirma. No suelo mentir, y por eso me quedo sin palabras.

Los murmullos alrededor confirman que caí en la trampa.

—Ella no tomó ninguna foto tuya. Fuiste tú quien entró en su cuarto. Winter estaba hablando conmigo por videollamada, y cuando vi la cagada, fui yo quien hizo la captura —Brooke, con su talento para torcer la verdad, me defiende.

Y en parte, es verdad.

—¿Y por qué querrías una foto de la polla de Sebastian, Broo? —otro amigo del idiota, que se ve molesto, pregunta.

—Soy futura periodista, Kyle. Siempre estoy atenta a las noticias —responde con desdén—. Y estaba mostrándome el dormitorio. No pensé que me encontraría con una poronga en primer plano.

Frunzo el ceño, sospechando que hay más detrás de esa explicación tan elaborada.

—¿Estás feliz de que tu notita provocó que suspendieran a Sebs por tres partidos, Broo? Espero que tus amigas de fraternidad sepan a quién culpar por tener a nuestro capitán en la banca al inicio de la temporada —el grandulón se le echa encima a Brooke.

—La responsable debería ser quien mostró las fotos, ¿no es así, Winter? —Sebastian sigue señalándome—. ¿O necesitas que tus amigas te cubran?

Ah… definitivamente no me conoce.

—No estoy diciendo que no mostré la foto a alguien. Solo que no la anduve compartiendo por ahí —replico, apretando los ojos hacia él—. Si te suspendieron, es porque te lo merecías. Estabas en el dormitorio de chicas por la noche, haciendo… haciendo…

—¿Follándome rico a tu compañera de cuarto? —ofrece la respuesta que yo no quería dar—. ¿Querías estar en su lugar? ¿Por eso corriste a chivarme con el rector?

—Yo mal te conozco, cabrón.

—Pero babeaste por mi polla al punto de guardar una foto.

—La borré en cuanto el rector Hathaway la vio. Y no, muchas gracias. No tengo interés en babear por nada, mucho menos en probar la famosa "poronga dulce del campus" —me arrepiento en cuanto lo digo, justo al escuchar su risa arrogante.

—Tío, vas a tener que contarnos tu secreto. Yo también quiero tener una poronga dulce —Austin comenta mientras le pasa la tiza al taco de Sid, como si ese fuera el tema del día.

—Dicen que se logra comiendo mucha fruta o piña —mi amiga, distraída con los encantos del tipo, le sigue el juego.

—Con razón. Sebs siempre pide pizza con piña.

—Y desayuna ensalada de frutas cada mañana —otro idiota aparece con unos tarros, claramente escuchando la conversación. Si ya somos cuatro, debe ser Jordan. Reparte las cervezas y luego observa nuestra mesa—. ¿Jugamos también?

—Esta mesa ya está ocupada —digo firme, sosteniendo el taco frente a mí como si fuera una lanza.

—¿Qué pasa, rubia? ¿No te la bancás? ¿Solo eres buena difamando? —Sebastian no se rinde. Vino aquí a provocarme.

—No difamé a nadie. Solo puse en su lugar a alguien que se cree el rey del campus.

—Ahí está el detalle, rubia: yo no me lo creo —dice mientras toma un trago de cerveza sin quitarme los ojos de encima. Está claro que lo cree firmemente.

—¿Entonces? ¿Jugamos o qué? —Austin empieza a reacomodar las bolas ya embocadas. Si Sebastian es el rey, este Prince idiota se cree el príncipe, porque ni siquiera espera nuestra aprobación. Sid hace un puchero y yo solo resoplo.

—Solo voy a mirar. Se me fue la gana de jugar —digo.

—¿Te dio miedo, rubia?

—Sí… mucho. Mira qué terror —respondo con sarcasmo. No iba a caer en su jueguito.

—Perfecto. No me gusta jugar con traidoras.

—No traicioné a nadie.

—Traicionaste al equipo, al dejar a nuestro capitán fuera —Kyle interviene, y Brooke murmura algo.

—¿Saben qué? Hay otras seis mesas en el bar. Vayan a joder a otra parte. Estoy segura de que la primera mesa allá va a estar feliz de jugar con ustedes —señalo la mesa con tres chicas y un chico que se reían del espectáculo.

—Nos gusta esta —Jordan señala una plaquita dorada justo sobre el marcador con el título "Gladiadores del Hielo".

Mierda. ¿Esto es persecución divina?

—Vamos, preciosa. Solo una partida… —Austin rodea la mesa, empujándome ligeramente el hombro con el suyo—. ¿Qué puede tener de malo?

—Lo malo es compartir el aire con un patán —cruzo los brazos, ya sin el taco.

—Es la primera vez que intentan insultarme con un cumplido —replica Sebastian, tomando un taco del soporte.

—"Patán" no es un cumplido, idiota.

—Ah… para mí sí. Mejor ser un patán que una mojigata frígida.

—No soy mojigata, ni frígida —mi voz se alza un poco. Siento el calor subiendo al rostro, y no sé si es por la vergüenza de las risas alrededor o por la rabia—. Y no tengo que jugar contra ustedes.

—MO.JI.GA.TA —pronuncia sílaba por sílaba.

Sabía que no debía afectarme lo que él decía, pero esa palabra retumba en mi cabeza, trayendo recuerdos que preferiría mantener enterrados. Era justo lo que temía cargar a la universidad: el maldito apodo de "virgen del hielo".

Así que, con toda mi madurez emocional, le arrebato el taco que acababa de elegir y acepto el desafío.

—¿Cuál es la consecuencia?

Él sonríe, triunfante porque piqué el anzuelo. Gruño por lo bajo, furiosa conmigo misma.

No es que tenga que demostrarle nada a Sebastian o a nadie, pero la verdad es que, a pesar de toda mi actitud dura, mi experiencia con chicos es mínima. Summer era la extrovertida, rodeada de admiradores. Yo era la hermana "problemática", la que daba tanto trabajo que ni valía la pena intentar algo.

Y, en parte, lo hacía a propósito. Nunca quise ser fácil. Y ahora estaba aquí, atrapada en este ciclo de inseguridad y provocación.

—Como somos cuatro contra tres, vamos en parejas. ¿Va? —Sebastian mira a sus amigos, esperando aprobación.

Tengo ganas de preguntarle quién es el líder de la banda, solo por molestar. Pero me contengo.

—Paso. Prefiero ver la masacre desde lejos —Kyle se apoya en la columna junto al soporte de tacos con su tarro en la mano. Jordan hace un gesto de "me rajo" y se va a jugar con los de la mesa vecina. Se notaba que se conocían, y al ver una camiseta de la fraternidad Alpha, confirmé que eran todos del mismo saco.

—Prince es mejor que yo, bro. Y Sid es jodidamente buena —dice Jordan—. Yo me voy a jugar con Mason y Steven. Pero ver perder a la rubia… eso no me lo pierdo —los tres murmuran algo con sonrisas cómplices.

—Veo que todos quieren venganza, ¿eh? —comento.

—La cagaste con el equipo, Gelito. Deberías saber que eso se paga —retruca Prince, haciendo chasquear la lengua mientras pasa tiza por la punta del taco.

—¿Gelito…? —Sebastian repite el apodo—. Me gusta. Perfecto para alguien que seguro es frígida.

—No. Soy. Frígida —puntúo con fuerza. Más risas. ¡Carajo!

Si él quería provocarme… pues que lo hiciera. Tal vez, al menos por una noche, pudiera dejar atrás a esa "virgen del hielo" del pasado.

—Qué bueno, rubia. Así no te dará vergüenza cumplir la consecuencia si pierdes.

¿Conoces ese sentido arácnido que tiene Spider-Man cuando hay peligro?

El mío llegó… con un delay del tamaño de Júpiter.

**Capítulo 8**

S e b a s t i a n  M a x w e l l




Austin y Jordan habían insistido en que viniéramos antes, pero Sanders seguía furioso por la pintada en su coche, y yo no podía dejar de pensar en la chica que jodió con nuestro inicio de temporada… justo el año en que nos preparábamos para el campeonato nacional de la NCAA.

Mi rabia, sin embargo, era compartida por todo el equipo. Y por eso, tanto los jugadores como toda la fraternidad se sumarían a cualquier locura que yo dijera para hacerle la vida imposible a la bruja en el campus.

No era solo cosa mía. Todo el equipo estaba frustrado. Habíamos entrenado duro durante la pretemporada, y la competencia de la NCAA era nuestra oportunidad para demostrar nuestra fuerza e intentar llegar al Frozen Four.

Un tropiezo causado por una denuncia estúpida nos había costado partidos importantes.

Por supuesto, la primera orden fue dejarla fuera de los límites. Nadie —y quiero decir nadie— podía siquiera pensar en acercarse a ella. Estaba fuera de juego. Totalmente prohibida. No se trataba de posesión, sino de justicia. Si alguien se atrevía a romper esa regla, sabía que se estaba comprando una pelea con todos nosotros.

¿Ella me dejó en el banquillo? Ah…, chica. Yo la pondría en un lugar mucho peor.

Ahora estamos los cuatro aquí, rodeando a la rubia y sus amigas, para empezar el juego.

No soy el capitán del equipo por casualidad. Fue muy fácil notar los puntos débiles de la rubia. Su orgullo sería su ruina. Mover las piezas del ajedrez nunca fue tan sencillo. Soy un maestro del juego sucio y, aunque patinara muy bien en equipo, no tenía la malicia para enfrentarse a un rival.

Yo sí la tenía.

Llamarla frígida y puritana pareció surtir el efecto que necesitaba para empezar a ponerla en su sitio. Es decir, en el banquillo y fuera de cualquier círculo social.

Que fuera amiga de las dos patinadoras más codiciadas del campus jugaba en mi contra. Y más todavía cuando la rubiecita estaba tan buena como ellas. Escuché un millón de quejas en la fraternidad cuando dije que estaba prohibida.

Me da igual. Yo mismo quería follarme hasta el último rincón de ella. En este momento, su boca atrevida.

No. Es una desgraciada que nunca sabrá si mi corrida es dulce.

Carajo. Me doy un bofetón mental por este pensamiento idiota. Al fin y al cabo, fue eso lo que le dio a la rubia el motivo para sentirse con derecho a joderme.

—¿Y cuál sería esa consecuencia? —su voz, un poco tensa, me hace sonreír.

—¿El que gane tiene derecho a exigir que la pareja perdedora cumpla una consecuencia? —respondo con otra pregunta irónica.

—¿Y qué sería? —ella imita mi tono, mostrando esos dientes perfectamente alineados en una sonrisa falsa.

—Algo interesante. —Esta vez es Prince quien interviene, recorriendo a Sid de arriba abajo con la mirada.

—No voy a besar a nadie ni a quitarme la ropa —la rubiecita se apresura a decir.

—Te crees demasiado, chica. ¿Por qué piensas que alguien querría besarte o verte desnuda, eh? —la desprecio, pensando lo hipócrita que soy. Estoy absolutamente seguro de que todos en este bar que gusten de chocho querrían ver su culo empinado y sin nada encima.

Por una fracción de segundo, veo un destello de inseguridad brillar en sus iris azules. Pasa rápido. Y enseguida, su cara se contorsiona con pura rabia.

—No sé… quizá quien guste de mujeres. —El demonio salta sobre la mesa y desliza los dedos por dentro del top, levantando un poco la tela y dejando ver parte de su piel pálida.

Tardo un momento en darme cuenta de que estaba tragando más saliva de lo normal, cautivo de su movimiento.

Frunzo los labios en una línea dura y aparto la mirada de inmediato.

Respiro hondo, soltando el aire en una larga y continua exhalación. Winter Grace puede estar buena, pero ya me he tirado a muchas tan buenas como ella. La patinadora no es tan especial como para alterarme así. Nada ni nadie lo es.

—Tío, mejor límpiate la baba. — Prince aparece a mi lado, pasando el dedo por la comisura de mi boca.

—Lárgate, idiota. —Le aparto la mano de un golpe. Él suelta una risa floja.

—Vamos, no puedes negar que está buena —justifica mi amigo —. Vamos a fastidiarle la vida, sí, pero no hay que hacerse el ciego —susurra la última parte.

—¿Y bien? ¿Ya se acobardaron? Puedo pedir mi consecuencia ya, si se rinden —Sidney bromea desde el otro lado de la mesa, observándonos.

—Ni de coña, guapa. Y si quieres quedarte sin ropa para mí, me encantará. Pero me gustaría más que lo hicieras en mi habitación o en mi coche. Tú eliges.

—Pervertido — murmura Winter, y me contengo alzando una ceja en desafío antes de volver a llamarla puritana. Ella simplemente me saca la lengua tan rápido que me entran ganas de reír.

Solo que no. No es graciosa.

—¿Van a ser caballeros y dejar que las damas empiecen? —Sid intenta usar su encanto.

—Soy un gladiador, nena. Aquí no hay caballerosidad —dice Austin, y quizá no se da cuenta, pero a Sidney no le gustó mucho.

—Vamos a jugar bolas impares para nosotros y pares para ustedes, ¿vale? —pregunto. La chivata parece que va a protestar, pero su amiga sacude la cabeza para aceptar. Perfecto. Cuanto antes empecemos, mejor. Prince, abre tú.

Mi amigo arma el triángulo y luego da la tacada inicial. La explosión es un mosaico de colores sobre el paño verde de la mesa.

—Buen tiro, pero no lo suficiente para derribar nada —comenta Sidney con una sonrisa que hace que Austin levante las cejas.

—Todavía me estoy calentando, nena. Cuidado con las expectativas —responde, guiñándole un ojo. La chica pone los ojos en blanco, pero no puede evitar una pequeña sonrisa.

Winter toma el taco, evaluando la mesa antes de dar su primer golpe. Se posiciona con cuidado, pero su nerviosismo es evidente. Sidney se acerca más, observando con atención.

—Relaja los hombros, nena. Estás muy tensa —dice su amiga.

—Fácil decirlo para ti, que eres una profesional en esto, ¿no? —rezonga Winter, ajustando el taco.

Luego respira hondo, su pecho sube y baja, mostrando el contorno de las colinas de piel bajo el maldito top rosa. Cuando golpea, siento una vibración extraña, como si estuviera deseando que la rubia acertara.

¿Qué coño es esto?

Sigo la trayectoria de la bola blanca, que apenas roza una de las bolas impares sin meter ninguna.

—Te lo dije… había que relajarse — murmura Sidney, chasqueando la lengua. Winter le lanza una mirada asesina, mientras Austin y yo aguantamos la risa.

—Sid, no estás ayudando —comenta Brooke, que estaba junto a Winter.

—Déjame mostrarte cómo se hace —digo, acercándome. Apunto con el taco, concentrado en el juego. Ajusto la postura, deslizo el taco entre mis dedos con precisión y entonces doy un tiro perfecto.

Carajo… soy buenísimo.

La bola blanca golpea una de las pares, seguida de otra; ambas se deslizan y caen en agujeros opuestos al mismo tiempo.

Los murmullos del bar cada vez que hago una de estas nunca me cansan. ¿Orgulloso y con un ego de millones? Culpable.

—Vaya, quién diría que el gladiador sabe lo que hace —comenta Winter, cruzándose de brazos. —Tal vez no seas tan inútil después de todo, Maxwell.

—Ah, te encantaría que fuera verdad, ¿no? —devuelvo con provocación —. Pero qué puedo decir… soy bueno en todo lo que hago.

—Pasaste pocas veces por la fila de la humildad —replica Winter, manteniendo el sarcasmo desde que me acerqué a ella.

—No hace falta humildad cuando se tiene habilidad. —Me encojo de hombros y le paso el taco a Austin —. Tu turno, Prince.

Él acomoda el taco con una sonrisa confiada, claramente más interesado en la consecuencia que podría pedirle a Sidney que en el propio juego. Apunta a la bola, pero antes de golpear, mira directamente a su objetivo de la noche.

—Si meto esta bola, me debes un beso —dice, cargado de seguridad.

—¿La consecuencia no es al final de la partida? —Sidney pregunta, juguetona.

—Podemos hacer una sumatoria de puntos.

—Estás cambiando las reglas —protesta Winter al instante.

—Tu consecuencia la dará Sebs, nena. Así que relájate. —Austin, sin querer, también apaga el brillo de la rubia. Sin embargo, por lo visto, consigue el efecto contrario, porque Sidney frunce el ceño al notar que el cuerpo de su amiga se encoge.

Sí… tío. Lo estás haciendo fatal si quieres ligarte a la amiga del demonio.

—Creo que mi consecuencia también será al final, Austin. Así que acierta bien, porque si fallas, quizá no sea tan buena contigo —su comentario confirma mis sospechas. Prince acaba de pegarse un tiro en el pie y perder el polvo que creía tener asegurado.

Pienso que se va a molestar, pero lo veo encogerse de hombros y seguir con su juego.

—Me gusta el desafío —responde Austin, metiendo una de las bolas impares, que rueda por el paño hasta caer en la tronera —. Y no voy a ganar solo un beso.

—Nada mal —comenta Sidney —. Solo que todavía no has ganado el juego, así que no cantes victoria.

Con una precisión que sorprende incluso a Winter, Sidney se coloca y da un golpe firme. La bola blanca choca contra dos bolas pares. La segunda duda un poco más en la tronera, pero sigue el mismo destino de la otra, desapareciendo en el agujero.

—Eres demasiado buena para ser verdad, nena.

Winter observa la interacción entre ellos con una expresión que deduzco es para que Sidney no salga a defenderme. Algo que no iba a pasar.

Si algo he aprendido sobre la gente —y por la dinámica que he visto hoy— es que esa chica defendería a su amiga con uñas y dientes.

—Vamos, Wi. Enséñale que eres buena —dice Brooke, guiñándole un ojo para animarla. Ellas se miran y, si la idea fuera matarme con la mirada, sería víctima de un homicidio masivo… con solo tres asesinas. Las tres parecían estar planeando mi muerte de todas las formas posibles.

Lo que es completamente desproporcionado frente a lo que hizo su amiga. Me mandó al banquillo en pleno inicio de temporada por manchar un simple sudadera. ¡La jodida sudadera!

—¿Otra jarra, Broo? Voy a por una para mí —oigo que Kyle ofrece, y la chica, igual que Sidney antes, también mira a la rubiecita.

Ella se encoge de hombros, dejando claro otra vez que no pasa nada si sus amigas salen con mis amigos. A mí también me da igual con quién salgan… salvo si es con la propia rubia.

Luego, se acomoda para tirar.

—¡Ahí está! Sabe hacer algo más que ir con el cuento — no puedo evitar soltar la pulla.

—No es ir con el cuento cuando la persona comete un error. Y tú, Maxwell, lo cometiste —responde, frunciendo el ceño.

Unas jugadas después, estamos prácticamente empatados.

Sidney avanza hasta la mesa y se coloca para su siguiente tiro. Claramente tiene más práctica que Winter y juega con una calma que hace que parezca fácil. Golpea la bola con precisión, y otra impar cae en la tronera, seguida de otra que rebota un poco en el borde antes de caer.

—Esto no es justo —protesta Austin, fingiendo un gesto dolido hacia mí—. Pensé que íbamos a ganar fácil.

—Eso te pasa por subestimar a las chicas —responde Sidney con una sonrisa triunfante.

Tomo el taco, dándole más tiza a la punta mientras observo la mesa. Busco el mejor ángulo y termino distrayéndome con la mirada desafiante de la rubiecita. Parece uno de esos perritos pomerania: bonito, pero irritante con ese ladrido agudo que taladra los oídos.

—Cuidado, Winter. Si sigues mirándome así, te vas a enamorar.

— Imposible — suelta una risa fría. — Quizá solo intento descubrir cuál es tu punto débil, Maxwell. Y por ahora, puedo decir que es un ego desproporcionado.

— Ya veremos — respondo antes de dar un tiro certero, metiendo dos bolas y cerrando la partida —. Como dije, no es ego… es habilidad.

— ¿Puedo pedir mi consecuencia? — pregunta Austin a Sidney, que suspira sin el entusiasmo inicial y asiente con la cabeza. Él lo reconsidera, y por lo visto decide no acabar la noche como quería. Se dio cuenta de que la amiga de Winter perdió el interés. Y en ese caso, Prince jamás forzaría la situación. Era solo un coqueteo. Nada serio.

—Da igual. Ya no quiero.

—Ah… pero yo sí. — Doy un paso al frente —. ¿Lista, rubiecita problemática?

—Vaya apodo de mierda, ¿no? Cero creatividad para el gladiador del hockey.

—Es gladiador del hielo. Pero me da igual. Llámame como quieras… después de esto. —Tomo dos jarras, sabiendo que le pagaré a la limpiadora del bar una buena suma después. Va a valer la pena —. Sube a la mesa y haz tu mejor baile mientras te echas la cerveza encima, nena —digo, guiñándole un ojo mientras le paso las bebidas.

—Wi, no tienes que hacerlo.

—En el 213, quien apuesta paga o no vuelve —grita alguien desde el frente. Entonces me doy cuenta de que todo el bar nos estaba mirando.

—Paga la apuesta, rubiecita. Ya has hecho bastante mierda por hoy —dice Jordan. Brooke aparece rápidamente al lado de Winter, intentando quitarle una de las jarras.

—Amiga, no tienes que hacer esto. Ni siquiera tenemos que volver aquí.

—Pero a ustedes les gusta este lugar —sussurra. — Y… — veo su mirada hacia la pared que antes tenía fotos de exalumnos. — Este sitio cuenta una historia. Ustedes lo saben.

El bar 213 era un símbolo para mucha gente. Quizá tenían más motivos que un simple baño de cerveza para seguir viniendo.

— Es solo cerveza —dice, encogiéndose de hombros.

—Sí… la cerveza no se pega como el semen —concluyo, recordando la sudadera. Su cara cambia de derrotada a pura determinación y rabia.

Tira de las jarras hacia ella y, de un salto, sube a la mesa.

—Será solo un baño, sin baile. No te mereces un baile mío. Pero si quieres verme mojada, querido… disfruta la vista. Esta será la única forma de verme así delante de ti.

Su discurso activa un modo peligroso dentro de mí. Me gustan los desafíos, y dejarla deseando de mí sonaba a castigo perfecto.

Ah… demonio… acabas de darme más ideas para atormentarte.

Levanta las jarras sobre la cabeza, echando el cuello hacia atrás y vaciándolas desde la altura de sus pechos. El líquido baja lentamente, dibujando las curvas de piel y… ¡Carajo! ¿La rubia no lleva sujetador?

De inmediato mi polla da un respingo, endureciéndose en tiempo récord. Esos pechos redondos cabrían perfectamente en mis manos. Sus ojos siguen clavados en mí, desafiándome a seguir mirando.

Cruzo los brazos, sin preocuparme por el bulto evidente en mis vaqueros. Me da igual. Ella ya piensa que soy un pervertido. Y, seamos sinceros, la vista es excitante hasta para un mojigato. Levanto una comisura de los labios, soltando el aire por la nariz en una risa muda por el pensamiento.

—¿Cumplí la consecuencia, capitán suplente? —Winter baja de la mesa, entregando las jarras vacías y analizándome de arriba abajo. Sus ojos se detienen unos segundos en mi entrepierna, con una sonrisa convencida.

Me inclino hacia ella para hablarle al oído.

—Acabas de enseñarles las tetas a la mitad de las fraternidades. Espero que de verdad no seas pudorosa —le digo, tirando de su cintura y sintiendo cómo su cuerpo se tensa—. Y

peor… dejaste claro que me quieres entre tus piernas, porque tienes los pezoncitos duros como piedras y no apartaste la mirada de mí.

—No es eso. ¡La cerveza estaba fría! —responde, empujándome por los hombros.

—Sigue diciéndolo hasta que te lo creas. —Muerdo la comisura de mi boca, dándole espacio—. Pero no esperes mucho de mí. De este cabrón, solo te vas a mojar así.

—Perfecto. Porque me das asco, idiota.

—Lo dudo. —Avanzo un poco más, acercándome de nuevo —. Seguro guardaste la sudadera para lamer mi corrida todos los días. Si te doy asco de verdad, quiero ver que tiras a la basura ese trapo.

—¡Mi sudadera no es un trapo! —sus ojos se enrojecen y veo el brillo de las lágrimas acumulándose. Nunca me gustó hacer llorar a una mujer, pero esta chica logró sacarme de quicio en menos de 24 horas.

—Parecía uno cuando lo usé para limpiarme —sonrío, viendo la primera lágrima caer—. Ah, y la próxima vez que me folle a Katy, asegúrate de tener otra prenda tuya cerca, porque te vas a volver adicta a mi corrida.

Otra vez me sorprende la audacia de la rubiecita, que me suelta otro bofetón ardiente.

—Ayyy… con razón los cinco dedos de ayer. Sabe pegar —gime Austin en tono de broma.

—Cállate, Prince —ordena Jordan, dejando claro que no es momento para bromas.

—¿Debo ir al rector y decir que me agrediste, rubiecita? —provoco—. Así acabarás en el banquillo de la Sra. Williams y sabrás cómo me siento.

—Tengo la foto —Kyle levanta el móvil, y Brooke abre la boca en un "oh" para él.

Pero la amiga de Winter, tan loca como ella, agarra el teléfono rápido y sube a la mesa de billar para alejarse.

—¡Brooke, devuélveme el puto teléfono!

—No tienes derecho, Ky. Nadie aquí lo tiene. Él provocó la reacción de Winter. —Baja de la mesa y le devuelve el móvil a mi amigo, supongo que con la foto borrada.

Luego, las dos se colocan junto a Winter, tomándole las manos.

—Deberías medir tus palabras, Sebastian. Lamentablemente, el capitán de nuestro equipo de hockey es un idiota —me suelta Brooke—. Vamos.

La rubiecita solo sacude la cabeza y me da la espalda.

—Ah… una cosa más —Sidney vuelve y se planta delante de mí. Inclino la cabeza, confundido, sin entender lo que quiere hasta que siento su rodilla subir de golpe entre mis piernas.

El dolor insoportable en las pelotas me hace doblarme hacia adelante, sujetándome con ambas manos para intentar contener la quemazón que se expande por toda la zona.

—¡Carajo! —gimo en voz baja. Mis amigos protestan a mi alrededor y vienen a ayudarme… dos minutos tarde.

—Esto es para que tu corrida se vuelva batido, imbécil. Y nunca más hables de la sudadera de Summer, cabrón.

Luego se va, siguiendo el pasillo que se abrió para que pasaran sus amigas, dejando un rastro de cerveza por todo el bar.

¿De qué mierda está hablando?

¿Y quién coño es Summer?

—¡Hostia, tío! ¿Estás bien? Vaya patada en los huevos —Prince me sujeta por los hombros. Me enderezo despacio, dándome cuenta de que empecé el juego en desventaja.

Aunque haya anotado un punto, Winter Grace no entró en la partida sola. Debería haber sabido que jugaría tan sucio como las fotos.

Ah, rubiecita… esto no ha hecho más que empezar.

**Marcador: Winter 1, Sebastian 1.**


WINTER
01
VS
01
SEBASTIAN
A PATINADORA
O JOGADOR

**Capítulo 9**

W i n t e r  G r a c e




Estoy en la sala de estar de la Kappa Kappa Gamma, sentada en el sofá, rodeada por más de treinta chicas. Algunas están en la alfombra, otras apretadas en los demás sofás y sillones del lugar.

El edificio de la hermandad es una construcción que parece una mansión de ensueño, con su fachada en tonos claros y cuatro plantas. Me impresionó su exterior, pero el interior… wow. Quitaba el aliento.

Brooke y Sidney me contaron que cada piso tiene seis habitaciones, excepto el último, que alberga un gran salón común. Ese salón se usa como estudio de danza, música e incluso para relajarse.

Hay algunos instrumentos musicales disponibles, incluido un piano de cola en una esquina, donado por una antigua residente de la hermandad. Broo me dijo que una de las chicas toca y canta, pero no recuerdo exactamente cuál. Solo que es un talento oculto y no se presenta para muchos. Pero aquí, en la hermandad, siempre es difícil mantener un secreto, como dijeron mis amigas.

Aun así, tienen una especie de pacto de silencio. Nadie puede revelar la verdad de una Kappa. Pienso que cuando yo sea una, voy a necesitar mucho ese silencio para hacerle la vida imposible a cierto gladiador sin que me pillen.

Arriba también está la habitación de las líderes. Quería conocerla, pero todavía estaba emocionalmente tocada.

Acabo de contarle todo lo ocurrido a todas las Kappas. No logré memorizar todos los nombres, excepto el de la presidenta, Riley Davis, y el de su vicepresidenta y mejor amiga, Paige Matthews. Las dos son el típico estereotipo de animadora: cuerpos esculturales y, incluso sin maquillaje, parecen recién salidas de la portada de una revista de moda.

Riley tiene el cabello color almendra y unos ojos azules tan vibrantes que parecen fluorescentes. Paige es pelirroja, con ojos verdes expresivos y unas cuantas pecas en la cara que la hacen aún más perfecta.

Están acomodadas en el sillón a mi lado. Riley sentada, mientras Paige está encaramada en el brazo acolchado. Las dos me miran con ojos cálidos y empáticos.

—Gracias, Cameron —agradece Riley a una morena preciosa de piel oliva que le entrega un vaso de agua, que enseguida me pasa a mí. Ok. Otro nombre que guardar.

Todas están pendientes, escuchando lo que pasó entre Sebastian y yo, y sobre cómo limpió su corrida en la sudadera de mi hermana gemela fallecida. Lo mucho que esa herida sigue doliendo y cómo trató la memoria de mi gemela como un trapo.

—Una mierda esa regla estúpida de que no podemos tener más chicas en una habitación —protesta Brooke, sentada en el suelo junto a mí—. Eres tan chiquitita que cabrías perfectamente en mi cama.

—No sería la primera vez que dormimos en una cama individual —recuerda Sidney, hablando de las veces que acampábamos y terminábamos compartiendo colchones inflables de una plaza.

Ella y Brooke solían quedarse con una gemela cada una. Decían que era más fácil compartir espacio con nosotras porque éramos más pequeñas que ellas.

A mí y a Summer nunca nos molestó nuestro metro cincuenta y cinco. Era suficiente para nosotras. Y en el hielo, éramos

gigantes.

—Hoy es tu segundo día, ¿no? —confirma Paige. Asiento con la cabeza.

—Vaya… y ya lograste entrar en la lista negra de los gladiadores.

—Qué mierda. Nunca pensé que Sebastian pudiera ser tan imbécil —Riley suena indignada.

—Realmente hace buena pareja con Chloe —añade otra chica que está sentada más lejos en la alfombra. Tiene un estilo nerd, lleva gafas de montura negra y el pelo largo y oscuro recogido en un moño flojo arriba. Si no me equivoco, alguien la llamó Maddie. Como las demás, lleva pijama; el suyo es una camiseta larga tipo jersey de manga corta.

—Chloe es una perra. Pero por lo que contaron, ¿ella no estaba allí con él, verdad? —pregunta Riley.

—Esto fue obra de los gladiadores, sin mano de la abeja reina —responde Brooke.

—Una pena. Porque hasta me gustaría que lo fuera, para no tener que odiar a los guapos del campus —insiste Paige, intentando encontrar una excusa para ellos.

—Ay, Paige, eres terrible. Una temporada te obsesionas con los de básquet, otra con los de fútbol americano… ¿y ahora hockey? —Ester, una veterana, niega con la cabeza, suspirando.

—Creo que voy a volver a los de básquet. Allí, de grande, solo estaba el… —Hace un gesto con las dos manos, midiendo algo absurdamente enorme. La broma disipa un poco la tensión.

—Bueno… creo que es el momento perfecto para darles una sorpresa. —Ester, que estaba sentada en el suelo, se levanta y mira alrededor—. Recibí mi carta de aceptación en pre-law en Detroit. Me voy en una semana.

—¿En serio? ¡Wow, Ester! ¡Felicidades! —exclama Maddie, saltando para abrazarla.

—Gracias, mi pequeña Padawan —la nerd se ríe y le empuja el hombro, quejándose del apodo. Ester sonríe con complicidad,

apretándola de lado. Luego se dirige a todas—: Pero eso también significa que queda una cama libre… así que… hay una cama libre —canta, mirándonos a Brooke, Sidney y a mí.

—¿Puedo postularme para la plaza, Riley? —pregunto tímidamente.

—Chica, ya habrías pasado con el espectáculo que diste en el hielo esta mañana. Fuiste la primera elección de Elis. Solo que no lo sabes por esa regla que inventó para que nadie se sintiera menos. Pero vi tu nombre en lo más alto de la lista, nena.

—Sin contar que, viviendo aquí, llamarás la atención de los gladiadores hacia nuestra hermandad —añade Paige—. Dudo que en la próxima fiesta no aparezcan y dejen a las Delta Zeta chupándose el dedo.

Algunas chicas murmuran en acuerdo.

—Sabes que ahora soy la enemiga número uno de ellos, ¿no?

—Y eso significa que harán de todo para vigilarte, bebé —Riley me guiña—. Pero vamos a protegerte. Al fin y al cabo, acabas de convertirte en una Kappa.

Brooke se inclina hacia mí para susurrar:

—En la última fiesta, Chloe nos saboteó haciendo otra el mismo día —me explica—. Queremos venganza.

Sonrío con ironía. Yo también la quiero.

Independientemente de la bofetada que le di a Sebastian y de la patada que le dio Sid, todavía merece pagar por su lengua venenosa. Su asiento en el banquillo me parece poco para el daño que me hizo hoy.

—¿En serio? —miro a mi alrededor, buscando ver si las demás están de acuerdo—. ¿No hay prueba de novatada?

—Por el olor a cerveza de tu ropa, superaste la prueba con estilo —responde Cameron con una gran sonrisa. Creo que las ganas de atraer la atención del cuarteto infernal me acaban de dar la plaza que quería.

Las chicas están jugando con lo que tienen. En este caso, el odio de Sebastian Maxwell hacia mí.

—¿Puedo mudarme la semana que viene? —pregunto, con alegría renovada.

—Como dijeron tus amigas, eres pequeñita. Creo que después de lo de Katy, nadie se opondrá. ¿Verdad, chicas? —pregunta Riley. Y aunque algunas no dicen nada, la mayoría expresa sonidos de aprobación.

La presidenta usó sus dos monedas para que me aceptaran en la hermandad. Aunque algunas Kappas sean pro-Gladiadores y estén en mi contra, saber que tendrían a esos chicos en nuestras fiestas contaba a mi favor.

—Cuando Ester se mude, yo bajo al segundo piso —dice Cameron, mirando a Brooke y Sidney—. Sé que quieren estar juntas las tres, y no me importa bajar. Serían menos escaleras al día —añade con una guiñada.

—¿De verdad, Cam? —pregunta Brooke. La morena asiente sonriendo, y tanto ella como Sidney la abrazan.

—Me da un poco de cosa. Siento que estoy invadiendo tu espacio —digo, mirando mis manos.

—Qué va… somos todas Kappas. Solo no te abrazo porque… chica… me estoy emborrachando solo con el olor. ¿No quieres darte una ducha? Sube y aprovecha nuestro baño.

—Pero no traje otra ropa y vinimos directo del bar…

—Amiga, ni lo digas. Sabes que puedes coger ropa nuestra —ofrece Sid—. Vamos, así aprovechas y conoces nuestro espacio.

—Pero luego tengo que ir a buscar mis cosas al dormitorio. No quiero perder otra clase —aclaro—. Y mis patines. Tenemos entrenamiento mañana, ¿recuerdas?

—Calzamos lo mismo y tengo patines extra, Wi —interviene Brooke con una sonrisa cómplice. Ellas dos estaban tan felices como yo con cómo se estaba dando todo—. Sabes que no tienes excusa.

Las miro y suelto un suspiro teatral. Estoy más que acostumbrada al lado protector de mis mejores amigas y sé que

sería imposible convencerlas de lo contrario. Cuando Brooke y Sid deciden algo, no hay escapatoria.

—Vale, vale. Ganaron —digo, sonriendo de lado—. Vamos.

Sidney y Brooke celebran y me agarran de los brazos, guiándome fuera de la sala de estar. Pasamos por los pasillos anchos y decorados de la casa, con paredes en tonos pastel y molduras que me recuerdan a esas mansiones de película.

Subimos por la escalera de madera hasta el tercer piso, llegando a un pasillo ancho con ocho puertas, cuatro a cada lado. El pasillo está decorado con fotos antiguas de exintegrantes, momentos de fiestas temáticas y eventos sociales, mostrando la tradición de la hermandad a lo largo de los años. Sabía que las dos últimas puertas eran los baños compartidos del piso.

—Nuestra habitación es la primera a la izquierda —indica Brooke. Ella y Sidney entran primero y yo las sigo sin dudar.

—Wi, siéntete como en casa —dice Brooke, ya abriendo un cajón lleno de ropa—. Elige lo que quieras y luego jugamos a cara o cruz para ver quién duerme abrazada a la mascota —bromea.

—¡Oye! Si es por edad, la gemela es mía, que cumplo 21 antes que ustedes —suelta Sidney. Mi cara se apaga al instante. Hace tiempo que no me llamaban "gemela" y la mención hace que me ardan los ojos otra vez.

—Ay, mierda… perdón, Wi —su voz se apaga.

Se acercan a mí.

—No es tu culpa, Sid. No es culpa de nadie que ella ya no esté —confieso, dejando que las lágrimas caigan. Siento el abrazo de mis amigas rodeándome—. Esto es solo el resto del llanto de antes.

—Ese idiota… —Brooke se enoja.

—Vamos… olvidémoslo, ¿sí? —me seco el rostro con las manos—. Entré en la Kappa y hoy él duerme con las pelotas doloridas —intento sonreír.

—Debiste darle más fuerte —resopla Sidney, y luego suelta una risita.

—¿Qué tal si juntamos las camas y dormimos todas juntas, eh? —propongo, queriendo recuperar el ánimo de antes—. Solo hay que quitar la mesita de noche y…

—¡Buena, Win! —En un segundo estamos moviendo el cuarto.

—¿Haciendo lío, chicas? —aparece Cameron con una sonrisa —. ¿Necesitas algo, Winter?

—Creo que ahora necesito ropa —me giro a Brooke—. ¿Y aquel champú de fresa? —Ahora a Sidney.

—Aquí, amiga —Brooke me pasa un short y una camiseta de pijama.

—Y el champú está en la tercera repisa del baño. Cada una tenemos nuestro espacio —añade Sid.

—El tuyo será el segundo junto con Michelle. Ojo, que le gusta compartir perfumes —advierte Cam—. Si te gusta mucho uno, mejor guárdalo en la habitación.

—Anotado —sonrío, sintiéndome acogida.

—Anda, ve y tráeme esa ropa sucia que la meto en la lavadora. Yo también tengo cosas que lavar —continúa, en tono casi maternal. Asiento y salgo hacia la puerta del baño.

Voy a quitarme la cerveza del cuerpo… y también la humillación infantil a la que Maxwell me hizo pasar esta mañana. Mostrar mis pechos a toda la sección masculina no me afectó tanto como él pensaba.

No me avergüenzo de mi cuerpo. Lo que me quema por dentro es que lo hiciera por pura humillación, como si pudiera reducirme a eso.

Y si él cree que voy a dejarlo pasar… está muy equivocado.

El agua caliente cae sobre mi piel, arrastrando el olor a cerveza, pero no consigue llevarse la imagen de su sonrisa soberbia ni el ardor en mi pecho cada vez que recuerdo sus palabras.

Cierro los ojos, dejo que el vapor me envuelva y tomo una decisión silenciosa: Sebastian Maxwell va a arrepentirse de haber cruzado mi camino.

Cuando termino, me seco con una toalla suave que huele a jazmín y me pongo la ropa prestada. El algodón limpio es como un pequeño abrazo que me recuerda que, al menos aquí, estoy a salvo… y que ahora tengo una hermandad entera dispuesta a cubrirme las espaldas.

Bajo de nuevo al salón, con el cabello húmedo y una nueva determinación latiendo junto con mi pulso. Las chicas siguen charlando, algunas con tazas de té, otras riendo de anécdotas que no alcanzo a entender del todo.

Pero algo me dice que pronto voy a formar parte de esas historias.

Y cuando eso pase, el "capitán" de los Gladiadores descubrirá que no soy tan fácil de derribar.

**Capítulo 10**

W i n t e r  G r a c e




Tenía la energía renovada. Por más duros que hubieran sido los dos primeros días en el campus —contando que llegué el lunes y hoy era miércoles—, este tercer día estaba compensando todo el sacrificio.

No todo… si contamos con el desastre llamado Sebastian.

En fin. Me niego a pensar en él. Por más inevitable que haya sido esta mañana.

Me puse tensa cuando fuimos a la pista, ya que seguiríamos usando la arena Yost Ice hasta que la destinada al patinaje artístico terminara las reparaciones.

Respiré hondo y me preparé para enfrentar de frente al enemigo.

Entrar en el infierno y pedir no ver al diablo es prácticamente imposible, ¿no?

Sin embargo, por un milagro —o por un dolor de estómago fingido de Brooke—, la entrenadora nos dejó salir unos minutos antes de lo previsto.

Mi amiga está loca, lo sé. Y menos mal. Sabía que no estaba preparada para encontrarme con el sujeto de la corrida dulce después de lo de ayer.

—Sobreviviste, nena, ¿ves? —Sid me abraza de lado—. Ni siquiera hay forma de cruzarte con los gladiadores. —Hace una voz grave al decir el apodo—. El vestuario de ellos está al otro lado.

Nosotras estábamos usando el de su equipo rival, que quedaba justo en la dirección opuesta.

—¿Tenemos tiempo de pasar por el dormitorio antes de tu primera clase, Win? —Brooke pregunta, más ansiosa que yo por la mudanza.

—Solo media hora. Creo que es poco, ¿no? Hay que cruzar el campus. Mejor vamos a la hora del almuerzo.

—Ah… ¿y si vamos ya? —Brooke insiste.

—Yo paso, ¿eh? Ni estoy vestida para eso —Sid se señala a sí misma, mostrando el outfit de hoy: una blusita blanca delicada, con volantes en las mangas, una minifalda vaquera y botas texanas. Cada prenda parecía de un estilo distinto, pero Sid conseguía que funcionara—. Voy para allá porque quiero pasar por la biblioteca antes de clase. ¿Almuerzo, sí? —confirma el horario para recoger mi maleta. Asiento—. Perfecto. Nos vemos frente al dormitorio. Y deja el puchero, Broo. Eres tú la que quiere llegar tarde a la clase de inglés.

Ella suelta el aire, frustrada, dejando claro que sí, esa era la intención.

—No quiero llegar tarde, Broo. Ya me salté esa clase. Y todo el mundo dice que el profesor de estrategia adora elegir a un alumno para atormentarlo. No quiero entrar en su radar. Así que anda… —la tomo del brazo y la jalo.

—Está bien, está bien. Almuerzo… —refunfuña, siguiéndome en dirección opuesta a Sid. Le hacemos un gesto con la mano para despedirnos.

En cuanto llegamos frente al edificio donde tenía clase, siento que voy vestida para la ocasión equivocada. Estoy delante de un templo griego en vez de un edificio universitario. Las inmensas columnas parecen hechas para agradar a algún dios académico. ¿Será que Zeus y Atenea abrieron una sucursal para debates filosóficos aquí?

Espero que los profesores no se comporten como dioses caprichosos, exigiendo sacrificios. ¡Dios me libre!

—Win, voy para allá. —Brooke señala un pasillo amplio y luminoso gracias a las enormes ventanas—. ¿O quieres que vaya contigo?

—Estoy bien, amiga. Sin servicio de niñera por ahora —levanto la mano y la agito en el aire—. Ve, ve… y si quieres llegar tarde, escóndete en el baño.

—¿Lees la mente? Eso es justo lo que voy a hacer.

—Entonces… ahora sí vete. Yo también tengo que correr. —Me doy la vuelta, agitando la mano y caminando rápido para mostrarle que todo estaba bien.

Ahora era el momento.

Enfrentar las consecuencias con la cabeza en alto. Tuve que ducharme dos veces ayer para quitarme el olor a cebada. Pero el problema real fue la blusa que quedó transparente. El orgullo es una mierda cuando tienes que salir de un sitio con la cabeza erguida. Y el pecho estirado… mierda al cuadrado.

Camino prácticamente por el centro del pasillo, chocando de vez en cuando con alguien. Casi parecía intencional.

Tal vez lo era.

Por lo visto, buena parte de los estudiantes de este edificio eran aficionados al hockey. Sí… por las caras torcidas y los murmullos, lo eran. ¡Genial! Quería ver dónde quedaba mi taquilla, y estaba justo en ese pasillo, pero desistí ante la calurosa bienvenida. Mejor venir con las chicas después.

Hoy solo traía el archivador y el portátil en la mochila, no sería mucho peso para cargar de un lado a otro. Pero sabía que pronto se llenaría de libros. Y no tenía ninguna intención de vivir en lo alto de una torre de iglesia, haciendo amistad con gárgolas de piedra. No, gracias.

Al final, llegué con tiempo a clase. Elegí la tercera fila y me senté en un pupitre libre. Saqué el material y me acomodé mientras el profesor de Estrategia Empresarial no entraba.

—¿Tú no eres la chica de la cerveza? —una chica de la fila de delante gira el cuello para mirarme—. Sí que lo eres. Eres tú —constata, sin darme tiempo a responder.

Le devuelvo una sonrisa forzada, sin intención de hacerme amiga de alguien que me llama "la chica de la cerveza".

—¿La que pateó a Sebastian, Avery? —otra chica, de largo pelo liso teñido de un rojo intenso, le pregunta a la primera.

—La que pateó fue Sidney, Chloe. Te lo conté ayer —aclara la tal Avery, una rubia con las puntas rosadas, dándole nombre a la otra.

¿Chloe? ¿No es ella la novia del asno?

Oh, Dios… ¿en serio? Cuando creo que me libro de un problema, aparece otro.

—Sabes que tu presencia no es bienvenida en ninguna fiesta de Delta Zeta, ¿verdad? —Chloe lo suelta como si me estuviera dando un castigo épico. Por favor…—. Podrías haber hablado solo de Katy. Ahí no habría problema. Pero justo poner a nuestro capitán en el banquillo… la cagaste, novata.

Suelto el aire, cansada de oír su voz irritante.

—Sabes que los dos estaban juntos en la habitación, ¿no? O sea… muy juntos —no me contengo.

—Yo soy su chica. Las demás no importan. —La risa sarcástica que me escapa es completamente involuntaria, lo juro.

—¿Le contaste eso? Porque sinceramente… creo que él no lo sabe —respondo, solo para confirmar si no estoy en una dimensión paralela en la que las mujeres son más machistas que los hombres.

—Tienes suerte de que Elis te viera con potencial. Porque si dependiera de mí… —Chloe hace un gesto de desdén, como si su opinión fuera vital para el mundo.

—Si dependiera de ti, probablemente ya estaría en el próximo vuelo de regreso a casa, ¿verdad? —replico, intentando sonar lo más desinteresada posible.

En realidad, mi sangre hervía, pero no le iba a dar ese gusto.

Avery, que observaba claramente aprobando las palabras de su majestad ignorante, suelta una risita venenosa que no me da nada de tranquilidad. Su expresión deja claro que está disfrutando cada aguijonazo.

—Apuesto cien dólares a que no aguantas hasta fin de año —instiga la amiga diabólica. Exhalo con fuerza, aburrida, lo que hace que frunza el ceño ante mi resistencia a dejarme intimidar—. Vamos a ver tu caída desde primera fila. El golpe será feo.

¿Será ahora cuando debería preocuparme?

Contengo las ganas de poner los ojos en blanco. Estas dos creen que viven en una película adolescente de los 2000.

—Ya veremos, ¿no? —alzo las cejas varias veces, cruzando los brazos y esperando sin paciencia a que vuelvan la atención al frente y se olviden de mí.

—Ni apuesto cincuenta. Buena suerte, novata —dice Chloe, dándose finalmente la vuelta, aparentemente aburrida por mi falta de reacción—. La vas a necesitar.

Carajo, qué pesado. Estas veteranas viven en una telenovela, creyendo que todo el mundo debe arrodillarse ante su pedestal.

Respiro hondo al ver al profesor entrar en la sala e intento concentrarme en el contenido sobre estrategias empresariales. Mejor eso que pensar en las amenazas de Chloe y Avery. Zorras.

Tenía que mantener el foco y no dejar que esas tonterías me desviaran del propósito que tenía allí.

Cuando terminan las clases de la mañana, salgo del edificio y voy directo al punto de encuentro que acordé con Brooke y Sidney.

Fuimos al dormitorio y recogimos todas mis cosas. Aún no había tenido tiempo de deshacer las maletas, así que fue todo bastante rápido. Cuando me di cuenta, ya estaba entrando en la hermandad que sería mi casa los próximos años.

Brooke se deja caer en el sofá de la sala, junto a Cameron, que estaba comiendo una manzana y mirando el móvil. Riley estaba sentada a su lado, hojeando una revista cualquiera. Otras chicas

paseaban por la sala, yendo hacia la cocina o subiendo las escaleras, sin prestarnos demasiada atención.

Supongo que así es vivir en una residencia con tanta gente. Cada una tiene sus prioridades. Y por muy unida que sea Kappa Kappa Gamma, todavía hay subgrupos dentro de los subgrupos.

—Pensé que iban a tardar más —Cam sonríe, haciéndome señas para que me siente a su lado.

—Tengo pocas cosas. No hizo falta mucho —digo, dejando la mochila en el suelo y dejándome caer en el sofá junto a ellas—. Ah, y conocí a Chloe y Avery. Tuve que contenerme para no romperle la nariz perfecta.

—Es cirugía, amiga —informa Brooke, sentándose en uno de los sillones.

—Lo sospeché.

—No hablen mal, que se la hizo mi padre —apunta Cameron, en tono burlón y orgulloso.

—Con razón eres tan perfecta —replico, intentando entrar en el mismo nivel de humor de las chicas.

—Esto de aquí es todo natural, querida. Papá y mamá hicieron un gran trabajo. —Sigue con una sonrisa traviesa, señalando de la cara al cuerpo.

—Excepto las tetas. —Riley levanta un dedo.

—¿Y eso no cuenta igual como algo heredado de mis padres? —bromea Cameron.

—Tonta. —Riley le lanza un cojín a la cara y todas reímos.

Todavía estaba conociendo a las chicas, y saber que el padre de Cam era cirujano plástico decía mucho de ella. Más aún siendo estudiante de premedicina.

En ese momento, Ester entra en la sala con una jarra llena de una bebida ambarina y algunos vasos. Las chicas vuelan como moscas a la miel, extendiendo los vasos para que la veterana las sirva.

—¿Qué es?

—Té helado. ¿Quieres?

Niego con la cabeza. Ester se acomoda en el enorme sofá y se une a la conversación:

—Si oí bien, ¿ya conociste a la abeja reina de Delta Zeta?

—Ay de ustedes si me llaman abeja reina de Kappa, ¿eh? —Riley casi se atraganta, queriendo contradecir rápido.

—Uhhh… ¿pero no lo eres? —Cam recibe un manotazo en el hombro por parte de nuestra presidenta, sonriendo después.

—Es broma, amiga. Eres nuestro abejorro.

—¿Eh? —Riley frunce el ceño con una mueca de falsa sorpresa, haciendo que todas soltemos carcajadas. Ella termina uniéndose a la risa también.

—Pero volvamos al tema Chloe. La semana que viene ya no tendré tanto acceso a los chismes —comenta Ester—. ¿Qué hizo esa víbora?

—Ah, ya sabes. Lo básico. Avisar que no soy bienvenida en sus fiestas y que su "presencia" es intocable —digo, haciendo comillas en el aire—. Solo porque es mi veterana y la novia de Sebastian, y bla, bla, bla…

—Zorras. No les hagas caso. Y eso de "novia de Sebastian" es una exageración enorme —explica Cameron, sirviéndose de la otra jarra de té helado.

—Él siempre dice que no sale en serio con nadie —añade otra chica que parecía interesada en la conversación, acercándose. Lleva un uniforme de animadora. Recuerdo que la noche anterior estaba en el grupo de chicas menos amistosas, pero ahora parecía más neutral.

—Créeme, lo sé muy bien —Ester sonríe con picardía, bebiendo un sorbo de té—. Y, mira, no es solo palabrería. Sebastian le deja claro a todas lo que van a encontrar.

—Sí, es como un Don Juan moderno, ¿no? —comenta Cameron, con un brillo divertido en los ojos.

—Mira, podrá ser lo que sea, pero hay que reconocerlo: sabe encontrar ese punto… y esa lengua… hum —Riley añade, soltando un pequeño gemido al final.

—Eso es cierto —Cameron asiente, riendo—. Realmente sabe hacer que valga la pena.

Cada una suelta risas y se miran con complicidad, como si compartieran un secreto. El estómago se me revuelve con un malestar que no termino de entender.

No puedo evitar bufar resignada.

—Pero es un idiota —Riley intenta restarle importancia a las habilidades del capitán al ver mi gesto.

—Es guapo. Y por la cantidad de chicas… —hago un gesto con la mano—. No tienen que enfadarse con él por mí.

—Sinceramente… —la animadora que se había acercado interviene—. Ni siquiera se puede. Es simpático… y delicioso. Pero…

—Pero creo que tú nunca lo sabrás —remata otra animadora a su lado, con una cara de falso "lo siento".

Yo no lo sentía.

Sebastian Maxwell es un idiota completo.

—¿Alguien más quiere té helado? —Paige aparece con otra jarra y varios vasos—. Aprovechen mientras Ester todavía está aquí. Después, tendremos que soportar el de la cafetería.

Se sienta en el suelo y coloca todo sobre la mesa baja, llenando los vasos para Riley y Cameron. Con tantos elogios, decido aceptar y tomo uno.

—¡Dios! ¡Qué rico! —elogio sinceramente al sentir el frescor inmediato de las raspas de limón mezcladas con el sabor del mate—. Creo que nunca había tomado un té tan bueno.

—Acabas de asumir el puesto de una de nuestras mejores bartenders, linda. Asegúrate de aprender algunas recetas en estos últimos días de Ester con nosotras, por favor —dice, con una dulzura exigente que no esperaba de la pelirroja.

—Voy a usar los talentos de mi amiga Brooke para librarme de eso. —La señalo, y ella se encoge de hombros con una sonrisa tímida.

—¿Brooke sabe? —interviene Riley.

—Es la mejor barmaid que he conocido. Hace los mejores tragos con vodka, tequila o lo que le pongas en las manos.

Todas miran a mi amiga y a Sidney con evidente sorpresa.

—Ella pidió que no lo contara —se defiende Sid, mirando preocupada a Brooke. Vaya. Pensé que ya habría hecho algo en las fiestas de las Kappa. Durante el intercambio, siempre hablábamos de las clases y de cómo se integraban en la hermandad. No pensé que estaría revelando un talento que prefería mantener oculto.

Pero sabía por qué. Y eso íbamos a cambiarlo. Ella misma pidió una coctelera nueva, y voy a conseguirla cuanto antes.

—Siempre las veía a ustedes preparando las bebidas y… —Brooke me mira, con culpa y tristeza en los ojos. Nego con la cabeza para quitarle ese peso.

—No fue culpa tuya —digo de inmediato—. Summer estaba fuera de control, Broo.

Ella suspira, y una lágrima le cae por la mejilla.

—Creo que me pierdo algo aquí. ¿Quieren quedarse solas? —Riley percibe la tensión y ofrece espacio.

Respiro hondo. No quiero más secretos ni remordimientos. He aprendido que hablar ayuda, y quizá eso es justo lo que nos faltaba para sanar.

—Summer, mi hermana gemela, murió de sobredosis.

—En una de nuestras fiestas en mi casa —añade Sid, acercándose más a Brooke.

—Brooke le había servido su trago favorito —aclaro, acariciándole la pierna.

—Caballo de fuego —dice Brooke, con la voz quebrada—. No había bebido mucho. Pero yo no sabía que tomaba esa medicación. No lo sabía…

—¿Qué llevaba ese caballo? —pregunta Cameron, y Riley la fulmina con la mirada—. Perdón. Solo tenía curiosidad.

—Whisky, licor de canela, un jarabe especial de pimienta que hace mi madre, medio limón y hielo. Le gustaba poner una guindilla

para decorar, pero Summer solía comérsela para presumir de lo dura que era. —Sonrío con tristeza—. Era divertida.

—Era increíble —añade Sidney, con la voz cargada de emoción—. Parecía siempre estar en control, ¿sabes? —Hace una pausa—. Nunca vi que algo anduviera mal.

—Nadie lo vio —murmuro, mirando al suelo—. Era invencible. Summer era de esas personas que todos miraban y pensaban: "Es perfecta".

Lo que nadie sabía era que se estaba rompiendo por dentro para mantener todos esos pedazos unidos.

El silencio que siguió pesaba con todo lo no dicho, con todo lo que no supimos ver.

—Yo debí haberlo notado… —susurra Brooke—. No sabía que tomaba Adderall, ni que lo mezclaba con alcohol.

Le tomo la mano con fuerza.

—Nadie lo sabía. Ella lo ocultó a propósito. Tal vez pensaba que si mostraba una debilidad, ya no la verían igual.

—Pero ahora lo sabemos —dice Sid, secándose una lágrima —. Y eso es lo que duele. Porque la verdad es que no tenía que ser perfecta. Solo tenía que ser ella misma, y la habríamos querido igual.

Esa era la peor parte. Saberlo ahora, cuando ya era demasiado tarde para decírselo.

—Sé que todo esto parece insoportable ahora, pero parte de lidiar con el dolor es entender que la culpa forma parte del duelo. Solo que no podemos dejar que nos consuma —dice Riley con una calma que me sorprende.

La miro, intentando entender quién es. No hace ni una semana que la conozco, y parece siempre saber qué decir.

Antes de poder preguntarle, Brooke interviene:

—Riley tiene razón. Estudia psicología —explica, secándose las lágrimas y forzando una sonrisa—. Así que sabe bien cómo procesar estas cosas.

—Aquí tenemos terapia gratis, chicas —dice Cameron, abrazando a Riley por el cuello. Ambas ríen.

—Algún día le paso la cuenta a tu padre. A ver si me pone tetas —bromea Riley, llevando las manos al pecho.

—Por eso siempre aciertas con las palabras —Sid asiente—. Somos casi tus conejillos de Indias. —Suelta una risita, alejando la melancolía.

Brooke sigue algo nostálgica, suspirando entre risas. Cam, sin estudiar psicología, se acerca a ella.

—No se lo tomen a mal, ¿eh? Pero quiero probar ese Caballo de Fuego —dice Cameron, sonriendo, animando a Brooke a recuperar su faceta de barmaid.

Ella finalmente suelta una risa sincera y nos mira a las dos. Asiento, dándole fuerza.

—Quizá este sea difícil, Cam. Era el trago de Summer —Cameron parece preocupada por haber ido demasiado lejos—. Pero puedo hacer uno especial en su honor, ¿qué te parece? —Su suspiro de alivio lo dice todo.

—¡Es oficial! ¡La mejor barmaid de Michigan ha vuelto y es Kappa, gente! —Sid ríe.

—¿Cuándo será la próxima fiesta? —Paige le pregunta a Riley, entusiasmada.

—No tenemos fecha fija aún. Pero podríamos organizar una… fiesta de disfraces. ¿Qué opinan? —Riley se anima—. Y… para que conste, ustedes tres tienen prohibido ir de patinadoras.

Nos miramos, como si realmente hubiera pasado por nuestra mente, y terminamos riendo.

—¿Bailarina sigue siendo opción? —pregunto, pensando en uno de mis leotardos favoritos.

—Desarrolla el tema, nena. Suéltate con la creatividad —sugiere Paige—. Puedo ayudarte. Me encanta hacer disfraces.

—Ella estudia diseño de moda. Así que estarás en buenas manos si aceptas —explica Ester, llenando el último vaso de té para sí misma—. Lástima que esa me la pierdo.

—Siempre puedes venir, amiga. Y seguro que tendrás otras fiestas donde vas —Paige le guiña un ojo.

—Sí… voy a renovar mi lista de chicos —sonríe con picardía.

La ligereza vuelve al grupo. Las risas salen más naturales y pronto estamos discutiendo el calendario para fijar la fecha de la fiesta.

Tengo que correr a comprar la coctelera que le prometí. Mis amigas parecen empezar a sanar. El alivio es sutil, como una respiración larga tras aguantar el aire demasiado tiempo. Todavía hay dolor, un vacío que Summer dejó, pero vernos reír y hablar de fiestas y tragos hace que el peso se sienta menos aplastante.

Eso era.

Mi semana estaba mejorando y pronto el desastre del primer día sería un recuerdo borroso, cubierto por muchos otros momentos como este.

Ojalá así sea.

**Capítulo 11**

S e b a s t i a n  M a x w e l l




Estoy aquí, sentado en el banquillo, sujetando el stick con tanta fuerza que me empiezan a doler los dedos. El sonido de los patines raspando el hielo y los gritos de los chicos resuenan en la arena, pero lo único en lo que puedo concentrarme es en que debería estar ahí con ellos, con los gladiadores.

No aquí, atrapado en este banco como si fuera un novato cualquiera. Apenas pude poner un pie en el hielo y ya recibí una fulminada con los ojos, seguida de un gesto del *Coach* Williams para que me quedara sentado. Mierda.

Está de pie cerca de la línea, observando cada jugada con esa cara de que va a explotar en cualquier segundo. Ni siquiera me mira, pero sé que la charla viene en camino.

Metí la pata. Vale, eso lo admito, pero ¡carajo! No es como si hubiera matado a alguien. El maldito rector Hathaway es un lamebotas de mierda. Escuchó a mi abuelo y siguió sus órdenes como un corderito asustado del lobo, pasando la exigencia al *Coach*.

Williams podría haberse hecho el desentendido, pero la amenaza del senador pesa más que una simple bronca a su nieto. Todos sabíamos que contrariarlo podría provocar una ola de mala prensa para la universidad y para nuestro equipo. Sí, mi abuelo es el mismísimo diablo y haría cualquier cosa para demostrar su poder.

Y yo sabía perfectamente de lo que es capaz.

—¡Maxwell! —la voz del *Coach* corta el ruido del entrenamiento y siento que todo mi cuerpo se tensa—. Ven aquí.

Suelto un suspiro, me levanto y arrastro los patines hasta él. No sirve fingir que estoy ocupado o que no oí. Es ahora. Me preparo para el discurso, y no decepciona:

—¿Tienes idea de la mierda que hiciste? —empieza, con los ojos fijos en mí como si quisiera atravesarme—. ¿Te pillo en el dormitorio femenino, Maxwell? ¿Crees que esa es la imagen de un capitán?

—No estaba haciendo nada grave, *Coach* —murmuro, pero su cara solo empeora.

—¿Nada grave? —repite, y me preparo para el grito—. Te suspendieron por tres partidos. Tres partidos importantes, joder. ¿Crees que eso no importa?

Me quedo callado. Sé que estoy jodido, y no sirve de nada justificarme. Pero, carajo, solo quería divertirme un poco. Todo el mundo mete la pata de vez en cuando, ¿no?

—Te puse como capitán de este equipo porque vi potencial en ti —continúa, más serio, más calmado, lo que lo hace peor—. Pero tienes que empezar a comportarte como tal. No se trata solo de ganar o perder en el hielo, Maxwell. Es responsabilidad, disciplina. Y, sinceramente, me estás mostrando lo contrario.

Aprieto la mandíbula, conteniéndome para no soltarle una grosería. Sé que tiene razón, pero mi temperamento explosivo no se calla:

—Déjeme preguntarle algo, *Coach*… —la pregunta se me escapa antes de poder frenarla—. ¿Nunca pasó una noche en el dormitorio femenino en su época de universidad? —Una sonrisa cínica se dibuja en mi cara. No puedo evitarlo.

Me mira unos segundos, serio, sin inmutarse. Pero sé que mi provocación dio en el blanco, aunque sea un poco. Puede fingir que siempre fue el Señor Correcto, pero nadie es tan santo.

—La diferencia, Maxwell —responde por fin, sin alterarse—, es que yo sabía cuándo y dónde cagarla. Y no al inicio de la maldita

temporada. No dejaba que interfiriera con mi equipo, y tú sí. Eso es lo que te separa de ser un buen jugador y de ser el capitán.

Me quedo callado, tragándome el orgullo. Tiene un punto. Pero ser capitán tiene más presión de la que imaginaba. Lo dejo hablar, procesando sus palabras.

—Ahora, ve a entrenar como si te fuera la vida en ello —cierra, sin margen para discusión—. Estás fuera tres partidos, pero cuando vuelvas, demuestra que mereces esa maldita C en el pecho. O la pierdes.

Le hago un gesto con la cabeza, sin entusiasmo, y entro al hielo. La rabia burbujea en mí al pensar que estaré en el banquillo por culpa de la maldita rubia.

Gelito. El apodo que Prince le puso le queda perfecto. Puede parecer guapa de lejos, pero cuando estás en medio de ella, solo quieres que pase rápido. Inoportuna de mierda, como una tormenta que te deja encerrado cuando tienes algo importante que hacer. En mi caso, el inicio de temporada.

Bufé recordando su reacción al apodo. Parecía molestarle, así que lo mejor es dejarlo como su nombre permanente.

En ese momento, siento que mi stick vibra: Austin me pasa el puck, rápido y certero.

—¡Despierta, tío! Deja de pensar en la Gelito rubia —Prince me suelta, como si me hubiera leído la mente.

Me deslizo por la pista, yendo directo contra Jordan, que me bloquea. Intenta quitarme el puck.

—Vas a tener que hacerlo mejor que eso, tío —le grito, esquivándolo con una finta.

Estamos en equipos opuestos, como le gusta al *Coach* en los entrenamientos, para que nos desafiemos entre nosotros. A veces deja que los gladiadores brillen, pero en la previa del show, las estrellas necesitan afinarse.

—¿Ah, sí? ¡Ya veremos! —Jordan carga de nuevo y esta vez acierta en mi stick, robándome el puck—. ¡Te pillé, hijo de puta! —se ríe, victorioso.

Pongo los ojos en blanco y acelero.

—Aguanta, estrella, que el entrenamiento ni empezó —respondo con firmeza.

Austin patina a mi lado, listo para recuperar el puck.

—Concéntrate, Maxwell, o vas a pasar más tiempo en el banquillo.

—¡En el banquillo, mis cojones! Ya tendré que verlos a ustedes jugar sin mí el resto del mes.

—Y este sábado es contra Notre Dame —Kyle se acerca, molesto, y todos bajamos un poco el ritmo.

—¿No cae una pasada por el 213 esta noche? Ayer apenas mojé la garganta con la escenita de la Gelito —Prince provoca, sabiendo cuál será mi respuesta de capitán.

—Voy a estar en el banquillo y ustedes solo tienen dos días más para entrenar con Zack —asiento en dirección al jugador que ocupará mi posición—. Despertarse con resaca no es opción, Prince.

—No costaba intentar —resopla.

—¿Qué mierda hacen? —grita el *Coach* Williams—. ¡Si quieren chismear, váyanse a bordar, desgraciados! —nos señala la salida con un gesto exagerado.

—Peeeh… se acabó el recreo, chicas —Mason aparece de la nada, robándole el puck a Jordan y avanzando por la banda.

El tipo era rápido, no se podía negar. Pasa perfecto a Zack que, de un tiro, marca gol. Jordan se ríe por lo bajo mientras Prince y yo soltamos un improperio.

—Vamos a jugar de verdad —le ordeno a mi compañero de equipo. Nos convertimos en una dupla, rápidos y furiosos, persiguiendo el puck.

Kyle patina en la dirección contraria, ya anticipando nuestra jugada.

—Él te espera para el screen —Prince intenta susurrar, casi imposible con nuestro ritmo.

—Inversa en la zona —ordeno. Él asiente. Ejecutamos la jugada habitual, pero veo a Zack y Mason venir hacia nosotros como

misiles.

Esquivo al primero y giro para tener el hueco que esperan para el tiro, pero en el último segundo me inclino y voy directo a portería, dejando el puck a Prince. Él aprovecha la distracción del portero y marca. ¡GOL!

—¡Carajo! —Kyle grita, más eufórico que enfadado, reacción rara para estar en el equipo contrario.

Austin me da un empujón de lado.

—¡Así sí, coño! Ahora sí…

Miro alrededor, viendo al equipo. Mi equipo. Y me doy cuenta de que me gusta la sensación de ser su capitán. Que la responsabilidad vale la pena.

—Tenemos que sorprender a Notre Dame. Nuestras jugadas están demasiado cantadas —les señalo lo que noté al cambiar de posición con Austin. Ellos murmuran de acuerdo, y saber que aporto algo me da un subidón.

Entrenamos una hora más, intercambiando posiciones como sugerí. Cuando acaba, soy el último en salir del hielo.

—Eso es lo que hace un capitán, Maxwell —*Coach* Williams me pone la mano en el hombro—. No te pierdas por quien no merece tu atención, hijo.

Le sostengo la mirada. Ese "hijo" me da un golpe en el pecho que no necesitaba. Mierda.

Aprieta los labios, dándose cuenta al instante de mi reacción. Sabe leer a sus jugadores como nadie, y por eso sabe cuánto me remueve esa palabra.

—De dondequiera que esté, sé que está orgulloso de ti, Maxwell —dice, refiriéndose a mi viejo—. Salvo cuando te pillan en la habitación de una chica.

Suelto una risa floja para disimular el nudo en la garganta.

Luego, se dirige a su despacho por el pasillo central.

Me quito los guantes y noto la vibración en mi celular, que había dejado en el banco. Pensé que se quedaría ahí todo el tiempo y por eso lo llevé al hielo. Cuando abro la app de mensajes, leo el

nombre de Emis. No pierdo tiempo y llamo a mi hermana, que atiende al segundo tono.

—Qué tal, mi hermano favorito. —Su voz suena juguetona. Respiro aliviado.

—Soy tu único hermano.

—¡Y favorito, fíjate! —sigue con la broma.

—Dime, Emis. ¿Por qué la llamada a estas horas? Podría estar entrenando.

—Por eso te mandé el mensaje. Duh… —replica—. Quería saber si funcionó lo de la sudadera de la chica. ¿Puedo pensar por fin que voy a tener cuñadita?

Me dan ganas de soltar una carcajada, porque Winter Grace, alias Gelito, sería todo menos cuñada de mi hermana.

—Todavía no se la di —opto por lo más fácil—. No la encontré.

—Ah… Pero, hermano… Entonces… ya que compraste la sudadera para ella, ¿podrías comprarme una a mí también?

—Emis, ni siquiera es invierno.

—Pero me gustó tantooo… Y yo fui quien la eligió. Así que es lo justo —se queja. Sonrío y no la contradigo, asintiendo aunque ella no me vea—. Y cuando vengas de visita, me la traes.

La visita. No se refería a que yo fuera a casa, sino al viaje que solíamos hacer cada tres meses. Fue parte del trato para aceptarlo.

—La llevo. —Mi voz sale baja. Ella lo nota. Nos quedamos en silencio unos minutos, hasta que respiro hondo—. ¿Cómo está mamá?

—Ah, ya sabes… inventando cosas. Ahora decidió hacer un curso de cocina —dice Emis con tono burlón, aprovechando para cambiar de tema—. Está toda emocionada. Lo malo es cuando me toca ser conejillo de indias para sus recetas. Consejo: huye del brownie de café. No tiene ni idea de que el café es diferente del chocolate, te lo juro.

Sonrío y siento mi corazón más tranquilo.

—Emis, tengo que irme.

—Está bien. —Suspira fuerte—. Te quiero, Sebs.

—Yo también te quiero. —Cuelgo con esa sensación de nostalgia que siempre me atrapa.

—¡Eh, tío! Si tardas mucho, vas a tener que irte a pie —me llama Jordan desde el pasillo, ya duchado y con la mochila al hombro. Todavía era de mañana y necesitaba que lo llevara para no llegar tarde a su primera clase.

—¿Para que después vuelvas arrepentido, grandullón? —Cumplió esa amenaza una vez, y como me lié con una de las Marias Patines en el vestuario, ni me importó si llegaba tarde o no. Pero como es un blando, volvió a buscarme, todo preocupado.

—Hoy no hay María Patines. Así que, muévete. —Dejo escapar una risa ligera y me dirijo al vestuario.

Las risas y murmullos de mi equipo llenaban el ambiente, y era un ruido bienvenido para traer mi atención de vuelta al presente.

¿El pasado? Congelado como un paisaje de invierno, imposible de cambiar.

¿El futuro… hoy? Espero que algo muy distinto a lo que mi abuelo quiere para mí. Sin duda.




Austin y yo entramos codo a codo en el aula, y desde que me encontró por el pasillo lleva mirándome con la sonrisa del Joker todo el tiempo.

—Pero qué carajo, Prince… ¿vas a soltarlo o no?

—No quiero arruinar el momento. Pero, tío… te juro que me estoy muriendo por dentro.

—Si me entero de que metiste la pata… y quedaste con Avery otra vez para engancharme en una cita doble con Chloe… —digo en tono de amenaza—. En serio, no puedo volver a salir con esa loca.

—Confía en mí. Chloe es lo de menos en la clase de la señora Daustin.

Suelto el aire con fastidio mientras caminamos hacia una de las filas del medio. El aula, como las demás del edificio, parecía un anfiteatro, con las sillas dispuestas en hileras escalonadas.

No había un lugar fijo para esta clase, y últimamente elegíamos uno a varios metros de distancia de la chica que claramente tenía problemas con la palabra "no". Sin mencionar su pésima comprensión: cada vez que decía "no quiero", ella entendía "siéntate encima".

Algunas noches, cuando necesitaba un polvo rápido, no me quejaba. Pero Chloe nunca fue más que eso. Su insistencia fue lo que provocó que repitiera en mi cama más de una vez.

Apenas pasamos junto a la pelirroja y su inseparable escudera Avery, entramos en la fila y nos acomodamos. La clase de Marketing de la profesora siempre estaba llena, una de las más concurridas, así que quedaban pocas opciones.

Todas las sillas estaban prácticamente ocupadas, salvo tres delante de nosotros. Prince suspira frustrado al ver que la profesora ya entraba en el aula.

—Vaya… ¿será que ella…? —Deja la frase a medias cuando una rubia bajita entra apresurada y corre a uno de los asientos libres, sin notar quién está cerca.

—Ah, no… —Me giro hacia Prince con una sonrisa diabólica. Me estiro tanto los labios que hasta me duele la cara—. Esto no es solo una sorpresa, es un regalo.

Mi amigo arquea una ceja y me devuelve la sonrisa con aire conspirador. La observo sacar el portátil y dejar el bolso bajo la mesa. Parece ajena a todo. La nariz levantada y la postura perfecta son la nata de la arrogancia. Para ser una novata, Gelito se sentía demasiado cómoda.

—¿Y bien? ¿Cuál es el plan?

—Todavía estoy estudiando al enemigo —respondo en voz baja.

—¿Quieres correr el rumor de que la gata se acuesta con todos? ¿O vamos a elaborar algo más?

—Vamos a ser más profesionales —le contesto con una sonrisa maliciosa.

La profesora empieza la clase, y eso nos obliga a centrarnos.

Noto que Chloe está casi sentada de espaldas a la señora Daustin, de tanto girarse para mirar atrás. Inclino un poco la cabeza hacia ella, en una pregunta muda. La ironía es evidente: sé exactamente qué la está molestando.

Winter era una rubita hija de puta, pero aun así estaba buenísima. Y Chloe, por lo visto, quería dejar claro quién mandaba, sobre todo para la novata. Apostaría a que escuchó sobre mi reto de la cerveza y ahora intenta marcar territorio.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo al frente, viendo a la señora Daustin caminar con las manos a la espalda, analizando la sala. Su voz no es potente, pero su dicción enérgica capta la atención de todos.

—La exposición del cuerpo en los medios no es ninguna novedad —dice, mirando a cada uno—. Desde la antigüedad, la desnudez se ha usado para vender. Esculturas, pinturas… El cuerpo humano como pieza de arte, como medio de comunicación. Y hoy, en redes sociales, anuncios… sigue siendo una herramienta poderosa.

He visto esto. Marcas usando mujeres buenorras para vender cualquier cosa. La profesora tiene razón, es un hecho.

—Entonces, vamos a ver… —Sus ojos recorren las filas—. Hoy en día, si fueran profesionales del marketing, ¿usarían la exposición del cuerpo como herramienta de promoción?

La sala se agita, sabiendo que elegirá a alguien como víctima. La mayoría evita su mirada. Aunque su clase sea popular, Penelope Daustin es temida.

Las historias sobre cómo escoge a una "víctima" por clase para ver quién tiene agallas para argumentar corren por los pasillos.

Yo suelo enfrentar los retos de frente, y por eso mantuve la mirada firme. Me doy cuenta de que la rubia delante de mí tampoco teme al peligro. Cruza los brazos con postura erguida y la cabeza en un ángulo que indica la misma actitud que la mía.

—Winter Grace —dice la profesora, y el nombre parece tener eco en la sala—. ¿Qué opinas de este enfoque?

Todas las miradas se vuelven hacia ella. Chloe ya se ha girado casi por completo, mirando a Winter con sonrisa de depredadora.

Veo cómo sus hombros suben y bajan en una respiración profunda. Enfrentar a un témpano es una cosa. Caer en un agujero

en el hielo es otra.

—Creo que la exposición del cuerpo puede desvalorizar a una persona —su voz es firme, aunque distingo un leve temblor de incomodidad—. La convierte en un objeto, ¿sabe? Va más allá del marketing.

—Fácil decirlo cuando no tienes mucho que mostrar, ¿no? —escupe Chloe con una sonrisa venenosa. La sala estalla en risas. Veo a Winter apretar los puños y, antes de que yo intervenga, levanta el mentón.

—Tenga o no, no es asunto tuyo. Pero suelo valorarme demasiado como persona… a diferencia de otras que persiguen a quien ni las mira.

La sala queda en silencio. Nadie esperaba que una novata se enfrentara a la presidenta de Delta Zeta. Y menos con todos los que quieren ir a las fiestas de esa fraternidad. La parte masculina, por razones obvias.

—Dígame, señorita… —la señora Daustin interviene, buscando el apellido de Winter en una hoja sobre su mesa—. Grace, ¿verdad? —La chica asiente—. Para usted, ¿los modelos que trabajan con su imagen quedan desvalorizados cuando la campaña se enfoca en sus cuerpos? —La profesora la incita a seguir.

—Si el marketing se centra en la desnudez y no en lo que se pretende vender… —responde ella.

—Entonces… para usted, ¿todas las campañas deberían hacerse de forma sacra? ¿La belleza de los cuerpos, admirada desde la antigüedad por motivos que van más allá de nuestro consciente, desvaloriza al ser humano? ¿Eso quiere decir?

Oigo a la rubita tartamudear y me muerdo el labio inferior para contener la risa al ver que prácticamente se acaba de hundir sola.

Unas risitas ahogadas se esparcen por el aula. Ella resopla, los hombros cayendo en derrota. Como no responde, la profesora continúa la clase.

—Si quiere defender la moral, está en la clase equivocada, querida. Filosofía queda al otro lado del edificio. Aquí es Marketing

—replica la señora Daustin con sequedad—. El cuerpo humano no es algo de lo que avergonzarse, al contrario. Nuestros ojos son atraídos por la belleza, buscando los estereotipos de forma inconsciente —explica—. Las mujeres buscan músculos en los hombres por la herencia genética que aún persiste, queriendo un macho que las proteja. Los hombres buscan mujeres con curvas, ya sea en el pecho para amamantar, o en las caderas para la procreación masiva.

—Esta clase se está pareciendo más a anatomía que a marketing —murmura Austin a mi lado.

—Creo que la profe tiene un punto —respondo en el mismo tono.

—El marketing es justamente saber vender con las herramientas que trabajan todos los sentidos. Y cuando tenemos solo lo visual… —La señora Daustin hace una pausa, mirando a cada uno de nosotros como si revelara un secreto— es ahí cuando el cuerpo se convierte en una de esas herramientas. El atractivo de la estética, la sensualidad… Todo eso influye en la percepción de la gente. Un cuerpo puede vender una idea, una emoción o incluso un estilo de vida.

Winter empieza a refunfuñar por lo bajo y no me resisto a inclinarme para oírla.

—Yo nunca me desnudaría delante de nadie para vender nada —dice en voz baja, para sí misma… y sin saberlo, para mí.

—Curioso que digas eso, Gelito —le susurro al oído, sintiendo cómo se tensa al instante—. No parecías tan tímida cuando te bañaste en cerveza… ¿recuerdas? Cuando estabas empapada, sin sujetador, enseñando las tetas a todo el mundo.

Ella gira despacio, como si se preparara para ver un fantasma. Sus ojos asustados serían más divertidos si no fuera por esa sensación rara de tener su cara tan cerca de la mía.

Frunzo el ceño rápidamente, apartándome de golpe.

—¿Qué tal, Gelito? —la saluda Austin con una sonrisa amplia, y al mismo tiempo promete problemas. Porque sí, íbamos a ser un gran problema para ella.

—Sé que la vista es irresistible, pero la clase es para allá. —Levanto una ceja, sonrío de lado y señalo con el mentón hacia el frente—. Creo que ya tuviste suficiente bofetada para tentar a la suerte otra vez, Gelito.

—Deja de llamarme así —ordena entre dientes.

—No veo otro apodo mejor para ti. La chica que quiere un anuncio de bikini con mujeres en burka. —Niejo con la cabeza, sin dejar de sonreír con ironía—. Más te vale estudiar mucho si no quieres suspender esta asignatura.

—¿Algún problema, señor Maxwell? —Nuestra conversación ha llamado la atención de la señora Daustin.

—No, profesora. Solo le decía a Winter que un anuncio de bikini con monjas no era buena idea. Pero está jodidamente difícil convencerla de lo contrario. —La sala vuelve a estallar en risas, y hasta la señora Daustin se lleva una mano a la boca para ocultar una sonrisa.

Winter me fulmina con una mirada de puro odio, roja como un tomate. Le guiño un ojo y ella gira rápido hacia el frente. Oigo a Austin a mi lado, intentando disimular la risa.

—Te estás superando, hermano —susurra, divertido.

Me inclino hacia él, manteniendo la voz baja.

—Esto es solo el comienzo —le advierto, ampliando mi sonrisa mientras planifico la siguiente jugada.

—No espero menos de ti.

—No va a saber ni qué la golpeó.

El intercambio de miradas entre nosotros lo decía todo. Austin suelta una risa perversa y yo me recuesto en la silla, satisfecho con mi plan.

Ah… Gelito… no tienes idea de lo que se te viene encima.

**Capítulo 13**

W i n t e r  G r a c e




Mi fin de semana había empezado de maravilla… hasta que recibí la noticia de que el equipo de hockey perdió contra Notre Dame en casa.

A partir de ahí, todo fue una mierda.

Digamos que tenía al 70 % de la fraternidad a mi favor. El otro 30 % podía ser infinitamente irritante. Decidí encerrarme en la comodidad de mi nueva cama.

Sid y Brooke no insistieron en que saliera de la habitación. Terminaron acompañándome mientras veíamos un capítulo de la serie turca de la que nos enganchamos en el segundo episodio, cuando Cameron nos obligó a verla.

Para que te hagas una idea, vamos por el episodio 54 de 121. Así que, definitivamente, llevamos mucho tiempo en el único lugar seguro. Las miradas acusadoras que recibí de algunas chicas eran como dardos envenenados.

Todo porque dejé al capitán de los Gladiadores del Hielo en el banquillo. Digamos que la noticia corrió por todos lados y Sebastian Maxwell estaba sumando puntos en nuestro juego.

Nunca había estado tan feliz de que llegara un lunes en toda mi vida. Quería centrarme en los entrenamientos de patinaje para poner mi sueño en práctica.

El Sectional Championships es a finales de octubre, y si quiero que Elis Williams me ponga como titular en el equipo, tengo

que dar lo mejor de mí. Este tipo de competición define carreras.

La entrenadora Williams pudo haber quedado contenta conmigo en la selección, pero también le gustaba Avery —amiga de Chloe— y aun así la escuché señalar varios errores que la patinadora experimentada estaba cometiendo.

Eso fue lo que confirmé en los entrenamientos de la semana pasada.

La entrenadora Williams tiene esa forma de evaluar cada movimiento y cada error sin decir una sola palabra durante la práctica, para luego, al final, soltarlo todo de golpe.

El ánimo de algunas parecía resentido por la cantidad de observaciones, incluida la amiga de la víbora. Hasta sentí cierta empatía al verla cabizbaja.

—¿Lista para otro entrenamiento, guapa? —Sid ya se deslizaba en la pista mientras yo terminaba de ajustar mis polainas sobre los patines.

—Lo más que puedo estar. —En ese momento, algunas chicas pasan detrás de ella, cuchicheando y mirándome con desprecio. Soplo el aire, intentando no parecer aburrida, aunque por dentro estoy molesta.

—Sabes que todo el mundo lo olvidará en cuanto ganen el próximo partido, ¿no? —me consuela Brooke.

—¿Y si no ganan? —pregunta Sid, como pensando en voz alta, y recibe un codazo de Brooke. Ella me lanza una mirada pidiendo disculpas.

—Que se jodan esas chicas. Las Kappas están de mi lado. —Miro alrededor y veo que algunas de ellas están patinando justo con las de cara amarga—. Bueno… no todas.

—Eres dura, amiga. Y si me ayudas con unas bebidas en la fiesta de disfraces, estoy segura de que se les pasará la bronca por lo de Sebastian —sugiere Brooke, mencionando la fiesta que Riley quería organizar.

—Entonces todavía me quedan más de diez días aguantando el bullying… —concluyo, recordando la fecha que mencionaron.

—Van a ganar el próximo partido y todo estará bien —insiste mi amiga más optimista.

No quería desear que el equipo de hockey ganara, menos si eso beneficiaba a mi enemigo. Pero confieso que la presión de ser novata en la universidad era mayor de lo que imaginaba. Aquí no tengo mi casa para esconderme. Estoy prácticamente 24 horas rodeada de alumnos de Michigan. Debe de ser por eso.

—¡Vamos! —la voz firme de la entrenadora indica que empieza el entrenamiento—. Dos vueltas de calentamiento alrededor de la pista. Quiero ver cómo ganan velocidad poco a poco.

Las tres empezamos a patinar alrededor de la arena, como se nos indicó. Una fila de patinadoras y patinadores seguía la misma dirección, en un ritmo sincronizado, intentando ser más rápidos unos que otros.

—¡Eh, Sid! —uno de los patinadores nos adelanta, saludándola con una sonrisita de lado. Los otros dos solo asienten con la cabeza.

—Por favor, no empieces otra vez a salir con ellos —pide Brooke, y enseguida giro el rostro hacia la primera, que se encoge de hombros.

—Están buenos —declara, como si fuera suficiente justificación para salir con los únicos tres patinadores hombres.

—Provocaste un lío porque Connor se puso celoso de Logan por ti.

—Le dije que no quería nada serio —se defiende Sidney—. Él fue el que se hizo el tonto.

—¡Espera! —levanto una mano—. ¿Y ese que nos saludó quién es? —pregunto por el rubio de rizos y ojos claros.

—Brandon. Sid salió con él la semana pasada.

—Besa bien —informa, despidiéndose con la mano—. Pero Logan también besaba bien. —Suspira—. Y me enteré tarde de que me usó para poner celoso a su novio, Mason, del equipo de hockey.

—Vaya lío… ¿saliste con Connor y Logan?

—Connor quería una relación, Logan quería vengarse de Mason. En fin… —explica Sid, agitando una mano.

—Y tú no querías nada serio con ninguno —remata Brooke, con una mueca.

—No… pero servir de venganza fue peor que un corazón roto. Cuando Cameron me lo contó, me sentí fatal.

—A ver si entendí, ¿el único fuera de la lista era Brandon? —pregunto.

El equipo de patinaje lo forman quince atletas, y solo tres de ellos son hombres: Logan Reed, Brandon Morgan y Connor Hayes.

—Sobre todo cuando hizo pareja contigo en el último Sectional Championships, ¿verdad, amiga? —recuerda Brooke. Yo había visto los vídeos y consiguieron una buena puntuación. No fue suficiente para pasar a la final, eso sí.

Según ella, la dupla se rompió precisamente después de que Sid se metiera en medio de esa relación.

—Y esta vez prefiero hacer pareja con Brandon. Él entiende lo que es diversión sin compromiso. Y… no tiene novio —puntualiza.

—Ya empezamos otra vez… —protesta Brooke, aumentando la velocidad de su patinaje.

La *Coach* Elis da más órdenes, ahora indicando una secuencia de saltos. Nos colocamos en fila doble, usando la pista como dos carriles para que dos patinadores salten al mismo tiempo.

—¡Nadie sale de aquí hasta que acierten al menos dos seguidos! —ordena enérgica, cuando la segunda patinadora falla más de una vez.

Voy por mi quinto intento cuando me llama aparte. La *Coach* hace un gesto para que me acerque, mientras una señora muy estilosa conversa animadamente con ella.

La observo mejor y casi estoy segura de que son amigas de toda la vida.

—Winter, Anabela acaba de contarme que te ofreciste como modelo en su clase. ¡Felicidades, chica! No sabes cuánto te lo

agradezco —la señora Williams suena más joven y relajada—. Esta mujer siempre abusa de mí.

—No seas dramática, Lis. Te encanta ser mi musa —la mujer, Anabela, sonríe con complicidad—. Pero tu patinadora se ofreció para ser musa de mi clase y no mía. Bueno… al final será mía también.

—Y-yo no…

—Ya hablé con tu profesor de la próxima clase y te ha dispensado. No te preocupes, solo necesito que te cambies rápido. Mi clase empieza en quince minutos y tenemos que prepararte.

—Vamos, chica. Me encantó la iniciativa. Hay que valorar el departamento de artes de esta universidad, sobre todo cuando la profesora de arte nos ayuda mucho con las coreografías.

—Solo te aguanto porque soy tu mejor amiga —le oigo decir a mis espaldas, mientras la entrenadora prácticamente me empuja hacia los vestuarios.

Obedezco, entendiendo que no era exactamente una orden explícita, pero sí una orden. Tengo una larga lista de personas que me odian y, si quiero caerle bien a la entrenadora, contradecirla diciendo que jamás me apunté para ser musa no parecía inteligente.

—¿Qué pasa, Win? —pregunta Sid, con Brooke a su lado.

—Parece que hubo un error y me inscribieron como musa en la clase de arte.

—Ah… Anabela siempre elige a un atleta para que sus alumnos lo dibujen. Es normal.

—Solo me parece raro que dijera que yo me inscribí. Y yo…

—Amiga, no le niegues el favor a la mejor amiga de la *Coach* —aconseja Brooke—. Solo tendrás que quedarte una hora sin moverte y listo.

—Está bien… —alargo la frase, insegura. Decido callarme y verlo como un plan a largo plazo. Si fue un error o no, mi nombre sonaría más entre la *Coach* y su mejor amiga. Eso significaba más posibilidades de aparecer en las coreografías principales, pienso.

Diez minutos después, estoy detrás de un biombo en la clase de arte, agarrada a una sábana que cubre mi cuerpo, con mi ropa reducida a la ropa interior. Mierda. Todo parecía más una broma pesada.

—Lista, querida. Estamos listos para ti —dice Anabela, una mujer que puede desvestir a otra en milisegundos.

Juro que ni tuve tiempo de respirar y, cuando me di cuenta, estaba desnuda, cubriéndome el pecho con las manos. Solo me dio la sábana porque notó mi timidez inicial. Según ella. Mi timidez es ad eternum.

Respiro hondo, dando pasos hacia atrás como si caminara al matadero. Tropiezo y la sábana se desliza un poco. Decido abrir los ojos antes de enseñar una teta a la clase antes de tiempo.

¡Dios! ¿Por qué me haces esto?

El banco en el centro de la sala, con caballetes alrededor, parece más una guillotina en la que preferiría poner el cuello antes que el trasero. El primer intento de saltar para que mis nalgas alcanzaran la altura del asiento es un desastre total.

Además de banco, ¡era altísimo! Mierda por partida doble.

—Deja que te ayude… Gelito. —Mi espalda se enfría al oír el apodo que el desgraciado me puso, justo cuando mis ojos se topan con su cara.

—Tú… —constato lo obvio, evidente en la sonrisa del demonio en el que me apoyé por instinto en mi segundo intento.

—Yo… ¿qué? —su voz cargada de malicia responde implícitamente.

—Hijo de puta —susurro, intentando recolocar la sábana que no ayuda, enredándose y bajando lo suficiente como para dejar un pecho al descubierto. Pongo una mano encima enseguida, notando que la tela que me cubría ha bajado hasta la cintura. Miro hacia abajo y veo que Sebastian tiene el pie en la punta de la sábana. Gruño y él suelta una risa.

—Cuidado, Gelito —advierte—. O vas a perder puntos con tu *Coach*. No querrás quedarte fuera del equipo en el próximo

campeonato, ¿verdad? —dice con sarcasmo, alejándose para volver a uno de los caballetes. ¿Sebastian en una clase de arte?

—Perfecto, querida. Pero siéntete libre, ¿de acuerdo? Recuerda que aquí todos somos artistas —resalta Anabela, gesticulando con un pincel hacia los demás alumnos. Pero mis ojos no se apartan de la sonrisa descarada de cierto jugador de hockey.

¿Sebastian Maxwell, un artista?

Solo si era para pintar su obra final y desaparecer como Van Gogh. Mi mente se llena de ideas para que diera su última pincelada.

Permanezco sentada en el banco, con una pierna apoyada en el suelo y medio trasero en el asiento, sujetando la sábana como si mi vida dependiera de ello. Tal vez mi dignidad sí dependía.

Sus ojos me observan con diversión maliciosa, dejándome claro que había preparado esta trampa para mí. Maldito. Tendré que mejorar mi juego. Sebastian Maxwell se estaba mostrando como un jugador habilidoso, pero pocos llegaban a mi nivel.

Y él… ah… él iba a descubrir que esta Gelito sabía hervir, sobre todo cuando la venganza no era fría… sino caliente. Muy caliente.

**Marcador: Winter 1, Sebastian 2.**



**Capítulo 14**

S e b a s t i a n  M a x w e l l




—Si sigues mirando su dibujo, voy a jurar que estás detrás de Gelito —se burla Austin, hijo de puta, Prince. Y cierro la pantalla del portátil donde estaba la foto del dibujo que había hecho de Winter.

No soy artista profesional. Pero me gusta dibujar como hobby, y casi siempre lo hago solo con lápiz y sombreado. Y el dibujo que hice de Gelito quedó perfecto, sobre todo porque capté a la perfección sus ojos llenos de rabia dirigidos hacia mí.

—Solo sería para follar con odio —digo, cruzando los brazos y sentado de forma despreocupada en el pupitre junto a él.

—El sexo con rabia es una delicia, pero con odio… nunca lo he probado. En unos días me cuentas.

—¡Vete a la mierda! —Él sigue con una sonrisa idiota mientras teclea algo en su portátil—. No voy a follar con ella, pero sí voy a seguir jodiéndole la vida. Eso sí.

—Si tú lo dices.

Estábamos unos minutos adelantados en la clase de marketing de la señora Daustin, lo cual era un fastidio, ya que cierta pelirroja se había sentado justo delante de mí y se inclinaba para mostrar la blonda de su braguita por el hueco del pupitre, o deslizaba la mano hacia atrás intentando acariciar mi espinilla.

Odio estar encogido en el asiento. Así que o lidiaba con la mano larga de Chloe o cambiaba de lugar otra vez. Bufé cuando empezó a subir mi pantalón y tuve que detener su mano en seco.

—Deja esa mierda, Chloe.

—Nunca te quejaste antes de que mi mano estuviera en ti —se lamenta con voz de niña.

—Eso era porque tu mano estaba en mi polla. —Me arrepiento en cuanto las palabras salen de mi boca y su mirada baja a mi entrepierna, dejando claro que volvió a captar el mensaje de forma equivocada—. No —la prevengo.

—Pues después, entonces —dice, mordiéndose el labio inferior para provocarme. Pero ni siquiera se me pone media dura.

—Estás tan jodido —Austin sigue con su sonrisa burlona. Bufé, irritado.

Minutos después, repaso el aula con la vista para asegurarme de que cierta rubia aún no ha llegado.

—Dudo que venga, tío —mi amigo parece leerme la mente —. Debe estar huyendo de ti como el diablo huye de la cruz después de la clase de arte.

—Ya había enseñado las tetas antes.

—Estaba en un bar, con sus amigas y una camiseta.

—Era un crop top —lo corrijo, y recibo una mirada divertida por saber identificar la prenda que llevaba. Me da igual—. Y se mojó. Todo el mundo pudo ver que no llevaba sujetador.

—Aun así, había un trozo de tela. Eres maquiavélico, colega. No me creo que pisaras la sábana en la clase de Anabela —niega con la cabeza, sonriendo. Esa última información no la di yo, sino otro alumno de la clase de Anabela que estaba cabreado con la rubia por mi culpa. ¿Iba yo a aprovecharme de los fanáticos del hockey para darle una lección a Gelito? Por supuesto.

Incluso después de estar en ese pedestal, prácticamente desnuda, bajó con la nariz en alto, como si nada en el mundo pudiera sacudir su ego. Ah… ella no tenía ni idea de que el mío era mucho mayor.

Estoy sonriendo justo cuando el gnomo rubio sube por el pasillo y pasa junto a nosotros, sentándose justo detrás de mí.

—Pensé que no vendrías —le suelto, mirándola por encima del hombro. Ella me saca la lengua sin responderme.

Antes de que pueda provocarla más, la puerta del aula se abre y la profesora Daustin entra con su eterna carpeta, marchando hacia el frente. El taconeo retumba en el suelo y todos enderezan la espalda al instante. En la clase anterior ya probamos su didáctica terrorista. Nadie quiere ser su próxima víctima.

—Bien, vamos a desarrollar el tema de la semana pasada… —empieza—. Estuve pensando mucho sobre el debate y las opiniones opuestas sobre la publicidad que explota la sexualidad, ¿y adivinen? Decidí que vamos a hacer un trabajo que sumará a la nota final del semestre.

—Otro trabajo en pareja —murmura Austin—. ¿Puede ser como la última vez? Yo hago el de Finanzas y tú asumes este, ¿vale?

Asiento. Llevamos haciéndolo desde el primer año. Así terminamos todo más rápido. Yo hago un trabajo y pongo su nombre, él hace otro y pone el mío. Ambos ganamos.

La señora Daustin sigue explicando lo que espera del proyecto, pero mi atención está en los ruiditos que hace Winter a cada instante. Sopla el aire y pasa las hojas de su cuaderno. Luego empieza a golpear la mesa con el bolígrafo.

De reojo, casi puedo sentir su mirada clavada en mí, sin necesidad de girarme. Y, sinceramente, eso solo me hace sonreír más.

—¿Nunca paras? —le susurro, por encima del hombro.

—Si te molesta, cambia de sitio —responde igual de bajo.

—Por si no lo notaste, no hay dónde moverme, Gelito. Y llegaste tarde.

—Y no me molesta —replica rápido, demasiado cómoda en su asiento. Entrecierro los ojos, viéndola con rabia. Ego gigante, ¿recuerdas?

—¿Quieres volver a posar para la clase de Anabela, Gelito? —la amenazo con mi último as bajo la manga.

—¿Por qué? ¿Quieres otro dibujo mío para correrte por la noche, Dulce Porra? —Austin suelta una carcajada al oír el apodo y le doy un codazo.

—Ah… puedes estar segura de que me correré, pero será viendo en vivo a una chica caliente y no a un iceberg. —Escucho cómo crujen sus dedos, señal de que toqué fibra. No fue difícil averiguar su apodo en el instituto; muchos de su escuela entraron en Michigan.

La Virgen de Hielo. Decían que era una de las estrellas del patinaje junto con su hermana. Y ahora estaba aquí, en mi territorio. La hermana probablemente se fue a otra universidad. Con eso ya tenía material para usar contra Gelito.

Saber que el apodo que Prince le puso encajaba con el bullying que había sufrido antes fue un bono extra.

Sonrío, victorioso, y me giro al frente, viendo que Chloe y Avery me miran con sonrisas satisfechas por haber humillado a su compañera de equipo.

Por alguna razón, me incomoda verlas aprobando mi actitud. Sacudo la cabeza para quitarme esa sensación. Debe ser por la falta de compañerismo que tienen, en un equipo que debería estar unido. Eso es. Exactamente eso.

Unos minutos después, oigo caer el bolígrafo. Espero la próxima provocación, pensando que se inclinará hacia delante para recogerlo. Pero lo que siento es una respiración fuerte en mi oído y… una lamida en el lóbulo. Una descarga directa a la cabeza de mi polla. ¡Carajo! Me quedo inmóvil.

¿Qué coño está haciendo Winter?

Controlo mi respiración en bocanadas cortas, esperando su siguiente movimiento. Sus labios, carnosos y suaves, humedecen el hueco de mi cuello, seguidos de un leve mordisco.

El vello de mi cuerpo se eriza y el escalofrío agradable que recorre mi espalda anticipando su siguiente toque es… diferente para mí. Muy diferente. Vuelve a pasar la lengua y miro alrededor,

comprobando que nadie ve lo que hace. Estamos al fondo. La loca sabe que su tamaño lo esconde todo.

—Soy un iceberg al que has hecho de todo por ver desnudo, ¿no? —Traza otro círculo con la lengua en mi nuca y no puedo evitar un pequeño gemido. Me muevo en la silla por la presión creciente en mi entrepierna. Menos mal que la tengo apuntando hacia arriba en la boxer y hoy llevo pantalón de chándal. Si no, tendría que recolocarme.

Mantengo el rostro al frente, queriendo ver hasta dónde llega. Si me giro, la provocación se acaba. Y esto está interesante de cojones.

—Tu apodo pasó de Virgen de Hielo a Gelito. Deberías agradecerme con un nude, al menos —susurro, con algo de burla. ¿Tendrá razón Austin y acabaré follándome a la chica con odio?

Mis cejas se fruncen, notando que mi erección dura como una roca es puro reflejo de la excitación por provocar a mi pequeño demonio.

—No soy de las que envían nudes, Sebastian —me dice, soplando en mi oído. Mi polla late al escuchar mi nombre en su boca. Tengo unas ganas locas de girarme y devorar esa boca insolente.

El clímax llega cuando siento su mano pequeña deslizarse por encima de mi pantalón, rumbo a mi parque de atracciones. ¿Quiere comprobar que estoy duro?

Debería apartar su mano ya, pero el deseo crudo de querer más de la rubia me deja congelado. Me falta el aire, como si me hubiera convertido en estatua.

Entonces, me sorprende con un mordisco fuerte en la nuca que debería doler, pero me deja a punto de correrme. Y… de repente, algo viscoso y frío cae justo sobre mi polla.

—¡Pero qué cojones! —exclamo en voz alta, saliendo del trance y llamando la atención de todos. Mierda. Y para colmo, mi entrepierna está cubierta por un líquido blanco y pegajoso.

—Uy… profesora. Maxwell se tomó tan en serio lo del marketing que acabó corriéndose viendo los nudes que piensa usar

en el trabajo —dice Winter, alto, y toda la clase se ríe al verme como si realmente me hubiera corrido en los pantalones. Algo que no es mentira… pero la corrida estaría dentro, no fuera.

—Mentirosa. Me echaste la porquería en la polla.

—¿Y de dónde voy a sacar yo corrida, idiota? No soy hermafrodita —responde, alzando el mentón.

—Solo vi tus tetas, guapa. La parte de abajo nunca me la enseñaste, así que… —Se pone de puntillas para darme otro manotazo, pero esta vez lo detengo en el aire.

Ella gruñe bajo, y yo sonrío por detener su ataque.

—Sebs, enséñale el portátil, baby. Así todos verán que ella miente —propone Chloe, y Austin ya me tiende el laptop. La profesora está justo detrás, esperando explicación.

Se lo doy para que lo mire y, si me manda fuera, la rubia vendrá conmigo, porque fue ella quien gritó que me corrí en clase. Aunque nadie viera sus provocaciones.

La muy cabrona lo planeó todo para joderme.

Cojo el portátil y se lo entrego a la profesora, que lo abre enseguida. Así verá que es imposible que me haya corrido ahí. Y, carajo… ¿alguien puede provocar este desastre en un pantalón de chándal?

Flashbacks de nuestro primer encuentro me asaltan, y su cara contorsionada de tristeza y rabia encaja con mi situación actual. Sí… pero mi corrida no es tan blanca. Decido tocar y noto la textura similar. Mierda.

Austin solo se ríe como una hiena viendo el espectáculo.

—Maxwell, salga de mi clase —ordena la profesora, devolviéndome el portátil—. No voy a llevar esto más arriba porque ya tienes suficientes problemas en tu expediente.

—Profesora, yo no…

—Interrumpiste mi clase. Punto. Ahora sal y ve a limpiarte —me corta, volviendo al frente—. Bien, todos, empiecen la actividad de la pizarra y entréguenla al final. Vale medio punto y creo que muchos lo van a necesitar. —Me clava esa mirada fría de autoridad.

Me vuelvo hacia Gelito, que ya está en su sitio, con una sonrisa satisfecha mientras hace el ejercicio.

—Hija de puta —murmuro, cogiendo mi mochila.

—Debiste esconder mejor los nudes de tus chicas y no dejarlos en la pantalla del portátil, idiota. —Levanta la mirada, con esa sonrisa arrogante—. Te jodiste por pervertido. ¿Quién manda tener mujeres desnudas de fondo de pantalla?

Suelto aire con desprecio, recordando lo que realmente había ahí y que hizo que la profesora me echara. El dibujo que hice de Winter podía mostrar un poco más de piel de lo que enseñó en la clase de arte.

¿Qué culpa tengo yo si la imagen de su pezón duro no salió de mi cabeza, y dibujarla con ellos al descubierto y el rostro contorsionado de placer fue lo que terminé poniendo en la hoja del Sketchbook, eh?

Me agacho, cojo la mochila y me la echo al hombro, evitando tocar la porquería que me hizo.

Antes de salir, le echo una última mirada a Gelito, con esa sonrisa de "gané" como si hubiera vencido el juego.

Ah, mi demonio… no sabes que solo hemos pasado de nivel. Eso es todo.

**Marcador: Winter 2, Sebastian 2.**



**Capítulo 15**

S e b a s t i a n  M a x w e l l




Es como si tuviera hormigas en el culo de tanto que me remuevo en esta maldita banca. El ruido de la afición, que siempre me ha encendido como un ritmo salvaje en el pecho, ahora es otro factor que me molesta cuando lo único que quiero es gritarles a los hijos de puta de mis amigos que están cagándola.

¡Carajo!

¡Yo debería estar ahí! Pero no…

Estoy sentado aquí, en este maldito banquillo, mientras Zack J. está en el hielo, patinando en mi lugar. Cada vez que da una vuelta, siento todo mi cuerpo queriendo gritar de frustración.

Acomodo los auriculares conectados al sistema de comunicación. Es la única forma de dar órdenes desde aquí.

Los Spartan son nuestros mayores rivales, y eso viene de siempre. Los Wolverines de la University of Michigan contra los Spartans de la Michigan State.

Nuestro grupo, los cuatro Gladiadores, formamos parte de ese todo, los Wolverines. Nuestro escudo es el de la Universidad de Michigan. Y hoy jugamos fuera de casa, lo que empeora aún más mi

angustia, porque sé que mi equipo necesita a su capitán ahí, y no aquí… sentado en esta maldita banca.

East Lansing está a unos 160 kilómetros de Ann Arbor. Llegamos por la mañana e hicimos un pequeño entrenamiento por la tarde, en el que participé. Para luego… calentar el banco y gritar por unos malditos auriculares. Aprieto los dientes con fuerza al ver a Prince perder el disco. Giro la cara con brusquedad, pero enseguida vuelvo a enfocarme.

Maldito gnomo rubio bocazas. Debería estar en el hielo, no aquí sentado.

Por lo menos Austin, Kyle y Jordan están ahí. El *coach* puso en mi lugar a Zack J., que ha mostrado más velocidad que los demás para acompañar a los Gladiadores. No puedo quitarles el mérito a Mason Carter y Theo Rodríguez, que hacen una defensa excelente.

—Prince, carajo, ¡cubre al de la derecha, que viene directo! —mi voz sale áspera y veo a mi amigo golpearse el casco como queja por mi grito. Vale, tal vez fue un poco alto.

Enseguida me responde con una risa burlona, su voz sonando fuerte en mi oído:

—Tranquilo, capitán. En la próxima lo tumbo. Solo estoy calentando.

Se acerca al número 12 de los Spartan, un grandullón, y le mete el hombro con fuerza, estampándolo contra el cristal. El golpe suena alto, y todo el estadio vibra con los gritos de la afición. Hijo de puta. Así sí.

—¿Ves? —dice, con la voz llena de adrenalina—. Está en el suelo, cap.

Suelto una risa corta. Su confianza insoportable irritaría a cualquiera que no lo conociera… y que no tuviera un ego tan grande como el suyo en el hielo. Yo no puedo evitarlo tampoco. Prácticamente nací con patines. Somos los Gladiadores, coño, los únicos que jugamos como si el hielo fuera nuestra casa.

—¡Jordan, cubre el centro, hostia, que si no se cuelan! —grito aún más alto cuando veo al número 8 de los Spartan venir con

velocidad.

Jordan es ágil, uno de los mejores defensas que he visto. Patina hacia el tipo y le bloquea el paso. El cabrón de los Spartan no tiene oportunidad.

—¿Defensa suficiente para ti, Sebs? —mi otro amigo suelta por el micro, con la respiración agitada.

—¡Así se hace, carajo! —respondo, esbozando una sonrisa—. Solo haz tu trabajo y mantén a esos idiotas fuera de nuestra zona.

El *coach* Williams está justo detrás de mí, con los brazos cruzados y esa mirada crítica. Siempre parece a punto de explotar, y cuando el equipo va perdiendo, se pone aún más tenso que yo.

Quiero pedirle entrar, pero su mirada severa me deja claro que voy a seguir exactamente donde estoy. Mierda. Este banco es una tortura.

Austin intercepta el disco y se lo pasa rápido a Kyle, que avanza por la derecha a toda velocidad. Contengo la respiración por un segundo, viéndolo superar a dos jugadores de los Spartan como si fueran amateurs.

—¡Kyle, fóllatelos a todos! —grito, apenas conteniendo la emoción.

Hace un giro perfecto alrededor del número 9 de los Spartan y lanza el disco directo al frente de la portería. Su portero intenta pararlo, pero Austin llega volando y empuja el disco dentro de la red con un golpe firme. El sonido del silbato es música para mis oídos, y la afición enloquece.

—¡¡¡GOOOOOOOL!!! —Jordan grita por el micro, su voz alta y distorsionada por la emoción.

—¡Carajoooo! —exclamo riendo, mientras el equipo celebra en el hielo.

Pero la risa no dura. Los Spartan no han venido a jugar, y la cosa se pone seria cuando cargan con todo. El número 14 es rápido, y antes de darme cuenta, está driblando a Theo con facilidad.

—¡Rodríguez, coño, cubre al tío! —grito, pero ya es tarde. El cabrón se mete en nuestra zona.

Y… ¡hijo de puta! Mierda.

El partido sigue y los Spartan nos están presionando cada vez más. El gol de Austin queda olvidado mientras nuestros rivales se pasean a placer en su casa.

Mierda.

El partido termina con otra derrota. Cuatro a uno. Solo hicimos un maldito gol.

Veo a mi equipo salir cabizbajo del hielo, y la "C" en mi pecho nunca me ha pesado tanto como ahora. Lo peor es no poder hacer nada más que seguirlos del mismo modo.

La confianza del inicio se perdió rápido después del segundo gol. Yo debería haber estado ahí, gritándoles que mantuvieran la calma y reorganizaran las jugadas. Siento un calor subirme por la espalda al recordar esos ojos azules y la nariz altiva que me dejaron clavado en el banquillo.

¡Carajo, Gelito! ¡Mira la mierda que has hecho!



Nuestro domingo básicamente fue todos los tíos de la fraternidad tirados en la sala central, viendo el campeonato de fútbol americano y comiendo pizza. Hicimos un montón de nada, conscientes de que a la mañana siguiente la bronca caería con todo, y por eso necesitábamos ese descanso mental para aguantar la charla del entrenador.

El lunes llegó demasiado rápido, acompañado de un mensaje del *coach* para que estuviéramos antes de la hora del entrenamiento en la pista.

Mierda.

Estoy bajando las escaleras cuando veo a Mason, todavía en calzoncillos, dirigiéndose medio dormido al baño.

—¡Eh, tío! Llegas tarde. ¡Muévete! ¿No viste el mensaje del *coach*? —Él me mira, confundido, y luego vuelve a su cuarto para coger el móvil.

—No me llegó nada, cap —me dice, mostrándome la pantalla. Austin aparece detrás de mí, con una camiseta blanca, mirando la pantalla de nuestro compañero.

—Pues… a mí sí me llegó —dice Austin, enseñando el mismo mensaje que leí más temprano.

—¡Me da igual! Tengo que irme. Logan acaba de llamar desde el hospital —Mason lo suelta rápido y entra al baño del pasillo.

—¿Volvió con el novio? —le pregunto a Austin, que se encoge de hombros.

—Volvieron el mes pasado, Sebs —responde Jordan, que pasa junto a nosotros. Nuestros cuartos estaban en el mismo piso y, gracias a un pequeño soborno del senador, cada uno consiguió una habitación para sí mismo.

Que se joda. La influencia de mi abuelo tenía que servirme de algo, ya que me aguanto todas sus exigencias.

—Vamos, antes de que el *coach* se cabree —dice Jordan, adelantándose hacia la cocina.

—¿Tú también recibiste el mensaje? —levanto el móvil para comprobarlo. Él asiente.

Al llegar al espacio, que tenía una cocina totalmente equipada de concepto abierto y una enorme mesa de comedor al lado, encontramos a Kyle moviendo las sartenes.

—¡Eh! —lo llamo—. ¿Hiciste huevos? —El olor me estaba haciendo la boca agua.

—Hice para todos los convocados. Quiero decir… —mira por encima del hombro—. Para nosotros.

—¿Qué quieres decir, tío? —pregunta Austin, sentándose en uno de los taburetes de la isla y repartiendo los platos para mí y Jordan.

Kyle, como buen cocinero y el más capacitado para encargarse del desayuno —su madre le enseñó a cocinar antes de

que viniera a la uni—, sirve huevos para cada uno. Luego se sirve él.

Voy a la nevera y saco el zumo de naranja para mí y Jordan, y la leche chocolatada para Austin.

—¿Hoy vas a tomar whey? —le pregunto a Kyle antes de cerrar la nevera. Sé que a veces mezcla la proteína con leche, pero otras veces se toma el chocolatado de Austin.

Niega con la cabeza, así que sigo con la segunda opción.

Todos hacemos algo en la cocina, ayudando y conociendo los gustos de cada uno por los años viviendo juntos y por una amistad de años. Ni siquiera recuerdo la primera vez que dormí en casa de alguno de ellos. Hace tanto tiempo que esta rutina y unión son parte de nosotros. Es como si fuéramos uno solo con cuatro personalidades distintas. ¿Se entiende?

Tal vez no…

—¿Por qué nos llamó solo a nosotros? Estoy en el banquillo, tío… no tiene sentido, y…

—Vamos a hablar con él durante el entrenamiento de patinaje artístico. Prepara el corazón, ¿eh? —bromea Austin, levantando una ceja y hablando de ella por lo bajo.

Mierda.

—Su oficina no está en la pista. Así que, que se joda. No tengo ganas de lidiar con Winter hoy —me siento en la isla y empiezo a comer la rodaja de piña que me gusta tomar en ayunas. Una manía que mi hermana me inculcó cuando se inventó una dieta de desintoxicación y me obligó a hacerla con ella. Emis y sus locuras. Lo peor es que ahora, si no como la dichosa piña, siento que mi día ni empieza.

Voy por la mitad cuando siento que me roban el trozo.

—Dame eso. Quiero empezar a comer piña también —Austin lo mete entero en la boca antes de que pueda quejarme.

—¿Te volviste idiota? —le doy un manotazo en la nuca.

—¡Ay, coño! No. Es que quiero ver si lo de la "corrida" es verdad.

—Estás completamente loco, te lo juro.

Él se ríe y el jugo le escurre por la comisura de la boca. Idiota.

Terminamos rápido y vamos hacia la camioneta de Kyle. Tenía una de esas pickups negras gigantes que parecían una pizarra para las chicas que querían dejar mensajes en nuestras fiestas.

Por suerte, ya se libró de los grafitis. Y no tenemos que andar por ahí con una polla dibujada en la puerta y el número 23. Porque, encima, el 23 era mi número en la camiseta, pero la polla era de Kyle. Rarísimo de cojones.

—¿Sabes qué pasó con Logan? —pregunto, ajustándome el cinturón de seguridad en el asiento del copiloto.

—Parece que chocó de camino al entrenamiento esta mañana —responde Kyle, encendiendo el motor. Mi pecho se acelera al instante con el maldito recuerdo. Y mi amigo se apresura a decir: — Están todos bien. No fue nada grave, ¿ok? —se asegura.

Respiro hondo, empujando al fondo de mi mente lo que me atormenta. Nadie tiene por qué cargar con mi mierda todo el tiempo.

**Capítulo 16**
S e b a s t i a n  M a x w e l l




Minutos después, ahí estábamos los cuatro entrando en la arena Yost Ice, escuchando una música más movida de lo que

esperábamos al toparnos con el entrenamiento del equipo de patinaje artístico.

El *coach* Williams no estaba en su despacho, sino esperándonos en el pasillo.

—¡Agarren los patines! —señala nuestro vestuario—. Rápido. Pueden ponérselos después.

Entramos a toda prisa, cogiendo los patines para luego seguirlo.

Mi espalda se endereza automáticamente cuando me doy cuenta de que, sí, íbamos a encontrarnos con el gnomo rubio endemoniado. Mierda.

—Hola, baby —saluda el *coach* a su esposa, que lo recibe con un beso suave en los labios mientras él la rodea por la cintura. Se quedan viendo a las patinadoras en la pista, que están divididas en grupos, haciendo una secuencia de saltos, una tras otra.

Elis Williams acaricia el rostro de su marido y luego patina hasta el centro para llamar a las chicas. A veces… poquísimas veces, en realidad, envidio a mi entrenador por haber encontrado a la persona.

Se me pasa rápido. Pero es imposible verlos y no querer ese sentimiento que tantos buscan y pocos encuentran.

—¡Atención! —la señora Williams llama a sus chicas—. Vengan aquí —pide, gesticulando con una mano.

Solo distingo a Chloe, que me dedica una sonrisa enorme al verme. Le devuelvo un saludo breve. Mi vida está tan jodida que hundirme en un coño caliente más tarde tal vez mejore mi humor. No me da tiempo de buscar a nadie más: la mirada autoritaria que recibimos del hombre frente a nosotros me corta la distracción.

—Pónganse los patines —ordena nuestro *coach*, y no cuestionamos. Aún estábamos esperando la bronca por el partido, que todavía no había llegado, así que parecíamos niños castigados obedeciendo sin chistar.

—Recibimos la noticia del accidente de los chicos esta mañana. Están bien, pero Logan se torció el tobillo, Brandon se

rompió el brazo y Connor se fracturó una costilla —informa Elis Williams, con pesar en la voz—. Fue un accidente feo.

Algunas patinadoras bajan la cabeza, apenadas por sus compañeros, mientras otras murmuran preocupadas por la ausencia de las parejas masculinas para las competiciones.

Nos miramos entre nosotros: Jordan y Kyle preocupados, y Austin con una sonrisita para Sidney. Mierda. ¿En serio no se toma nada en serio?

¿Por qué coño cree que solo estamos nosotros aquí?

En ese momento, la Gelito aparece detrás de sus amigas. Manos en la cintura, ojos fijos en su entrenadora. La veo tensarse en cuanto nos ve ahí también.

No debía ser cosa suya, al fin y al cabo. Su cara de sorpresa dejaba claro que no tenía idea de lo que nuestros entrenadores estaban planeando. Yo tampoco lo sabía, pero empecé a atar cabos en cuanto Elis soltó lo de las fracturas de sus patinadores.

El *coach* Williams por fin nos mira, mientras su esposa sigue hablando y calmando a sus patinadoras.

—Tienen una oportunidad para que Sebastian vuelva al equipo en el próximo partido —levanta un dedo—. Lis necesita patinadores hombres para el Sectional Championships. Y… sé bien que donde esté uno, estará el otro.

Sin querer, soplo hacia un lado en señal de desaprobación. Es involuntario. Kyle me da un codazo discreto y Jordan me manda callar por lo bajo.

Levanto la vista, igual que cuando bufé, y mis ojos van directos al lugar donde está la Gelito. Solo para comprobar si también había descubierto el motivo de nuestra presencia.

Cejas fruncidas, rostro enrojecido más allá del esfuerzo físico: sí, lo ha pillado.

Winter parece incómoda, y el hecho de saber que no le gusta la idea hace que mi opinión cambie.

—No somos bailarines, *coach*. Somos jugadores de hockey —puntualiza Kyle.

—No necesitan saber bailar, solo patinar. Y levantar a estas chicas pesa menos que las hombreras que usan en los entrenamientos.

—¿Y las coreografías? —insisto—. No se puede hacer si no sabes bailar, *coach*.

—No me vengas con esa mierda, Maxwell. Estoy harto de verlos grabando vídeos para subir esas coreografías ridículas a internet —chasquea la lengua, manos en la cintura—. Ustedes cuatro saben bailar —nos dice.

—Eso… el *coach* tiene razón —asiente Austin.

—Cállate, Prince —le ordeno.

—Tío, es la oportunidad que tenemos. ¡Vamos a aprovecharla! —dice, levantando una mano hacia la pista y señalando a las chicas—. O… hacer cualquier otra cosa… —añade en un murmullo arrastrado, con una insinuación y una sonrisa de medio lado.

Miro a la rubia, que está con cara de pocos amigos, y termino sumándome a la intención de mi amigo.

—Propongo lo siguiente —nos mira serio el *coach* Williams—: entrenarán con las patinadoras que Lis elija. Y Maxwell vuelve a la pista en el próximo partido.

—¿Está diciendo que mi castigo de otro partido se va a alargar un mes entero? —pregunto, tanteando si puedo negociar.

—Si pierden el próximo juego, tendrán que trabajar duro para mantener una puntuación decente para el Frozen Four. Y un poco más de entrenamiento no les va a hacer daño —contesta—. Al contrario, hasta puede mejorar su rendimiento.

—¿Y por qué solo nosotros? —pregunta Kyle.

—Porque son los únicos que he visto mover el culo, carajo. Y también porque harían cualquier cosa para que Maxwell vuelva antes de tiempo.

—Yo estoy dentro. No aguanto más perder y el caps nos hace falta —Prince es el primero en deslizarse sobre la pista, dejándonos la decisión.

—Por mí… —Jordan se encoge de hombros y lo sigue.

Miro al grandullón Sanders, que evalúa a las chicas con ojo analítico.

—Si la cagas otra vez… —murmura sin mirarme. Pero al final sigue a los demás y asiente al *coach*.

—¿Puedo al menos elegir con quién voy a hacer pareja? —levanto las cejas, agotando la paciencia inexistente del entrenador.

Él gruñe bajo y tengo mi respuesta cuando paso junto a él, patinando hasta mis amigos.

—Bueno… para que no estemos incompletos, mi marido me sugirió esta mañana pedir a algunos de sus chicos que entrenaran con ustedes —Elis explica nuestra presencia a sus chicas.

—Ay, qué bien. Yo voy con Sebastian —anuncia Chloe, viniendo hacia mí y cogiendo mi mano. Pienso en apartarla, pero incluso para mí sería demasiado cabrón, así que me quedo quieto.

—Será por sorteo, señorita Edwards —aclara la entrenadora —. No se preocupe, estará en el sorteo, ya que es de las mejores en coreografía en pareja. Voy a aprovechar para anunciar cómo planeé el próximo equipo.

—Tenemos cuatro patinadores voluntarios, pero voy a elegir solo dos parejas. Así que habrá una competición interna, ¿ok? —se asegura de que lo entendamos—. Y vamos a participar también en la competición en grupo —añade, mirando a las tres inseparables—. Brooke, Sidney y Winter… vamos a trabajar mejor esa coreografía del primer día. Tiene potencial.

Las chicas se toman de las manos, tan ansiosas como su *coach*. Las demás patinadoras murmuran y nos miran como si fuéramos trozos de carne. La mano de Chloe aprieta la mía y yo mantengo los dedos estirados, sin entrelazarlos.

—Aquí tienes, baby —nuestro *coach* le entrega una caja con papelitos doblados.

—Perfecto —ella coge la caja—. Jordan, vamos contigo primero.

—Avery —lee Elis—. Serás la pareja de Jordan.

—Solo será el próximo mes, tranquilo —le dice Kyle para calmarlo.

—Próximo… Kyle Sanders.

—Brooke Roberts —anuncia Elis. Ella le dedica una sonrisa discreta. Kyle le lanza una guiñada y ella aparta la vista.

—Austin Prince.

—Chloe Edwards.

—No, *coach*. Esto está mal. Yo tengo que ser la pareja de Sebastian, él…

—Él será la pareja de Winter —sentencia Elis, sorprendiendo a todo el equipo. Incluso Winter parece impactada.

—Winter acaba de entrar y nunca ha competido en pareja —insiste Chloe.

—¿Y qué? Winter sabe patinar en dúo. Ser levantada no será problema si el compañero es lo bastante fuerte —replica—. Además, habrá selección interna.

—Tienen dos semanas para entrenar y prepararse —advierte nuestro entrenador—. Solo unas semanas con las chicas y el capitán vuelve al próximo partido. ¿Entendido?

Miro a mis amigos, que asienten. Luego, a la rubia demonio. Sonrío de lado. El destino tiene formas curiosas de ayudarme.

—Si veo que no te esfuerzas, Maxwell, la suspensión se alarga a toda la temporada —me advierte el *coach*.

—Sí, *coach* —respondemos todos.

—Perfecto.

—¡Vamos, chicos! Necesitan saber el peso de sus compañeras —nos llama Elis.

Winter me mira con su ya habitual expresión de furia.

—Parece que vamos a pasar mucho tiempo juntos, Gelito —murmuro, acercándome con una sonrisa más evidente.

—Levanten a las chicas por la cintura. Chicas… mejor rodeen con las piernas hasta que ellos puedan levantarlas de un tirón.

Winter me mira inquieta y luego a mí, que sigo sonriendo.

—Cuando quieras, Gelito —le susurro al oído.

Ella salta y me rodea con las piernas. Empiezo a patinar, alejándonos de los demás.

—Podrías ayudar también, Maxwell —protesta.

—Claro… —pongo una mano en cada nalga y aprieto, solo para provocarla.

—Idiota —me pellizca el hombro.

—¿Qué pasa? ¿Quieres que te suelte? —Y la suelto de golpe, haciéndola caer de culo al hielo—. Ups.

—¡Maxwell! —ruge el *coach* desde el otro lado. Levanto las manos, disculpándome, y le ofrezco la mano a Winter solo porque él nos mira.

—Cre…tino.

—Zorra.

Ella se desliza lejos, intentando escapar, pero la sigo de cerca, sonriendo con suficiencia.

Nunca fui fan del patinaje artístico, y la idea de un entrenamiento doble las próximas semanas era lo último que quería.

Pero, sinceramente… estoy encantado de tener más horas al día junto a cierta rubia.

**Marcador: Winter 2, Sebastian 3.**



**Capítulo 17**

S e b a s t i a n  M a x w e l l




El ruido ensordecedor de la Yost Ice Arena me enciende como siempre. Los pies golpeando al ritmo de Thunderstruck de AC/DC son la banda sonora perfecta para que nuestra afición grite: «¡Vamos, Wolverines!».

Jugamos en casa y toda la presión está sobre Minnesota. Solo con mirar al otro lado ya siento la sangre hervir. Pocas veces me pasa, y depende mucho del rival. Más aún cuando uno de los jugadores es un imbécil.

Busco a mi derecha y, en cuanto lo encuentro, ahí está el pedazo de mierda: Blake Donovan, el hijo de puta que disfruta poniéndome a prueba. Desde el primer partido contra Minnesota siempre ha intentado sacarme de quicio. Y hoy no será diferente.

El disco cae sobre el hielo y me lanzo hacia adelante, decidido a dejar claro quién manda aquí. Austin está a mi izquierda, Kyle un poco más adelante, abriendo camino. Todo fluye… hasta que Blake se cruza en mi campo de visión.

Ni siquiera lleva el disco. El cabrón solo está esperando la oportunidad para provocarme. La primera que tiene, se acerca y me

empuja levemente.

—¿Listo para perder otra vez, pollito? —suelta. Y claro, su empujón no es suficiente para que el árbitro pite falta, pero sí para dejarme el mensaje.

—¡Pollito, mis cojones, Donovan! —me giro rápido, golpeando el hielo con fuerza con el stick, intentando controlar el disco… y la rabia que me sube por el pecho. Finge que no le ha sorprendido mi reacción, pero lo vi en ese parpadeo—. ¡Más te vale estar atento, idiota!

Paso el disco a Kyle, que avanza con velocidad, y antes de que pueda cubrirlo, siento el peso de Blake encima. Me golpea con el hombro, descargando todo su cuerpo contra mí. Pierdo el equilibrio un segundo.

La sangre me hierve y, sin pensarlo, le meto un choque de hombro que lo manda directo contra la pared. El golpe resuena fuerte, el hielo cruje bajo sus patines y veo cómo tambalea. La ovación de la grada retumba a nuestro alrededor. Por un instante, lo veo intentar reincorporarse con esa sonrisa de sabandija… y sé que acabo de caer en su trampa.

Doy un paso hacia él por instinto, pero la voz del *Coach* Williams retumba en mis auriculares:

—¡Maxwell! ¡Concéntrate en el jodido juego! ¡Controla esa mierda!

Respiro hondo, intentando enfriar la cabeza. El control no es lo mío cuando enfrento a alguien que juega sucio.

La última vez pasé más tiempo en la penalty box que en el hielo. Esta vez no. No voy a dejar que Blake me quite el partido. Ya he pasado bastante tiempo en el banquillo.

—¡Entendido, *Coach*! —asiento.

Cuando entré a la arena estaba inquieto, con el temor de que el *Coach* se echara atrás. Pero debería saber que eso nunca iba a pasar. Seguro que ya había hablado con el rector… y que luego ambos tendrían que lidiar con el senador Maxwell. Pero eso sería después. Ahora estaba en el hielo, en mi sitio, junto a mis gladiadores.

El disco vuelve a mi línea y avanzo, sintiendo la mirada de Blake clavada en mí. Esperando. Sé que lo intentará otra vez.

Y lo hace. Vamos al choque por un disco en la banda, y me mete el cuerpo con más fuerza de la necesaria. Pierdo la paciencia y le suelto un codazo en el pecho, sintiendo el impacto hasta el hombro. Él retrocede, sonriendo como si hubiera ganado.

—¿Eso es todo, pollito? —me gruñe, alto para que lo oiga entre el ruido.

—Cállate, Donovan —le escupo entre dientes—. ¡Pollito tu culo!

La historia me jode cada vez más. El imbécil se cruzó con nosotros en una fiesta y se enteró de que no conduzco desde el accidente. Empezó a burlarse ahí mismo… y su dentista debe adorarme, porque se fue con una sonrisa nueva, llena de huecos donde antes había dientes.

Ahora, cada vez que puede, me llama pollito. Y a veces lo consigue, porque me recuerda de inmediato ese día de mierda.

—¡Pollito! ¡Pollito! —canta, y otros dos se unen al coro.

Kyle y Jordan, que están cerca, patinan hasta chocar con esos dos. Kyle empuja al número 34 con tanta fuerza que el sonido del impacto retumba en el hielo. Antes de que el tipo se levante, el árbitro ya tiene el brazo levantado.

Su mirada va directa a Kyle, que ni se molesta en disimular la sonrisa. El pitido corta el aire y el árbitro lo manda a la penalty box. Mi amigo levanta las manos como diciendo que no ha hecho nada y patina hacia el banquillo. Suelto una risa por lo bajo y niego con la cabeza.

—Si otro más pisa ese banquillo, mañana van a rogar que no llegue el lunes, ¿me oyeron? —grita el *Coach*. Y nadie le responde, porque todos sabemos que su amenaza es hueca. Contra Minnesota siempre vamos a pasar más tiempo penalizados de lo que él quisiera.

El partido sigue y, milagrosamente, solo sumamos ocho penalizaciones más. Sí, yo también calenté el banquillo un rato. No

pude evitarlo. Pero… el hijo de puta de Blake sigue con todos sus dientes.

Lo importante: el *Coach* Williams se fue de la arena sonriendo de oreja a oreja. Primera victoria. Cuatro a tres. Un partido ajustado, pero el gol final fue una obra maestra. Obra mía.

La victoria siempre es dulce. Y hoy… dulce y gloriosa.

—¿Fiesta de la victoria en casa? —Austin nos abraza a Kyle y a mí, poniéndose en medio. Reímos y asiento sin pensar.

Prince se adelanta dando saltitos, con el móvil en la mano, organizando las bebidas. Jordan lo sigue negando con la cabeza, pero sonriendo. Todos estamos encendidos por la victoria.

—¿No es cosa de Mason? —le pregunto al grandote.

—Estará cuidando de Logan, ¿recuerdas? —dice Kyle, hablando del patinador lesionado que es novio de nuestro compañero—. No tendrá tiempo de ver nada de bebidas. Salió antes que todos y dijo que estaría con él.

—Si ese tipo se recupera rápido, ¿crees que nos libramos del entrenamiento con las chicas? En serio, caps, pensé que sería más fácil, pero Brooke me enseñó la coreografía pasada y… carajo.

—¿Se vieron fuera de los entrenamientos?

—Claro. ¿Y tú no? —Niego.

—Sebs, tú y la Gelito tienen que ensayar una canción. Si no te esfuerzas, el *Coach* lo va a notar y… —duda un segundo antes de mirarme fijo—. Por favor, hermano. Hazlo bien, ¿sí? Nuestro entrenador no suele amenazar por nada.

Bufé, molesto. Pero que Kyle estuviera un paso por delante significaba que todos lo estaban. Y que esa rubia demonio ya estaba tramando algo contra mí.

—Elegiré una canción y presentaremos algo, ¿ok? No voy a dejar que un cubito de hielo joda nuestra temporada.

Y no lo haría.

Media hora después, estábamos entrando a nuestra fraternidad con buena parte del alumnado. Otros jugadores, de

todos los deportes, llenaban la casa, la mayoría con vasos rojos en la mano.

El salón central se había convertido en pista de baile. Solo las luces laterales estaban encendidas, dándole ambiente de pub. La mesa del comedor estaba llena de vasos y gente jugando beer pong. Las puertas al patio trasero estaban abiertas y vi a unos cuantos metidos en la piscina.

Sí… la noche sería larga.

—¿Habitaciones cerradas? —le pregunto a Jordan.

—Si quieren follar, solo si los novatos olvidaron cerrar sus puertas. Arriba puse un guardia en cada piso.

Asiento y seguimos entrando, saludando a la gente. Chicas con sonrisas de segundas intenciones pasan junto a nosotros. Una morena de top blanco y falda vaquera me agarra el culo. La miro, evaluando si podría ser la presa de la noche… piernas bonitas, buenas tetas, pelo largo, perfecto para tirar de él… tal vez.

La música cambia a un ritmo latino y escucho ovaciones en una esquina. No puedo ver qué pasa, demasiada gente delante. Una botella vuela girando por el aire y me apresuro, apartando gente para abrirme paso.

Y entonces me quedo helado.

Detrás de una barra improvisada, dos chicas hacen malabares con botellas como profesionales. Luego sirven el contenido en cocteleras y las agitan al ritmo. La gente está hipnotizada.

Parecen dos diosas del bartending. Pero yo las conozco. Brooke y… Winter. ¿Qué coño?

—¿Qué hace la Gelito aquí? —le pregunto a Austin, que me mira divertido, esperando mi reacción.

—¿Bebidas? —dice.

—Prince… —tono de advertencia.

—Me enteré de que son unas cracks como barmaids, Sebs. Riley me lo contó y pensé en ponerlas a prueba —responde como si nada.

—Es un problema, Prince.

—Es tu problema. Y, sinceramente, después de los tragos que ha hecho hoy, la pelea será solo tuya —dice, bebiendo con pajita—. La Gelito es una jodida máquina, tío. ¿Quieres probar?

—¿Estás loco? Seguro que tiene veneno.

—Ni sabe que iba a ofrecerte. Está bien. Y está buenísimo. Este se llama Tesón de bikini. —Ríe y bebe otro trago.

—A ver —Kyle le quita el vaso y prueba—. Tío… —pone cara de aprobación—. Está muy bueno.

—Estáis de coña… —resoplo.

—Suéltate por una noche. La rubia es tu pareja, vamos.

—¿Con un trago ya te pones de su lado?

—Este es el tercero. —Frunzo el ceño, pero me acerco a la barra. Austin me agarra del brazo—. Vamos, Sebs. Nunca tuvimos esto en una fiesta y a la gente le encanta.

Miro alrededor. Todos se divierten. Si acabo con esto, saldré perdiendo. Mierda.

—Si me prepara un trago, se queda. Si se niega, se va.

—¿Seguro que quieres algo de la Gelito? —confirma Austin. Asiento y abre paso.

Me siento en la barra y Winter se congela. Inclino la cabeza, sonriendo.

—No pensarías que ibas a venir a mi fraternidad sin verme, ¿verdad, Gelito?

—Pues sí. Pensé que te mantendrías a kilómetros de mí.

—¿Y perderme la mayor atracción de la fiesta? —niego con la cabeza—. Nah. Quiero uno de tus tragos. —Me contengo la risa al ver cómo se le cae la mandíbula.

—¿Qué? —Brooke se mete en la conversación—. ¿No te da miedo que te ponga algo raro?

—Voy a estar mirándola. Imposible.

—Puedo haber traído algo preparado para tipos como tú… —suelta Winter, y Brooke sonríe cómplice.

—Entonces admites que pensaste en prepararme uno antes. —Ah, Gelito… no me des armas.

Parpadea varias veces, buscando una réplica.

—Supongo que vine preparada. Sí.

—Haz lo mejor que puedas. —Abro los brazos.

—¿No vas a pedirme algo en especial?

—Sorpréndeme, Gelito.

Ella sonríe, agarra hielo y empieza a preparar rápido con vodka y fruta. Me distraigo mirándola… top rosa, minifalda vaquera de tiro bajo, ombligo perfecto. Carajo… ¿estoy chequeando a la Gelito?

El gesto presuntuoso en su cara me dice que me ha pillado mirándola. Le devuelvo la mirada, levantando las cejas como si nada.

—Aquí. Prueba. —Me empuja un trago amarillo.

—¿Con miedo?

—Nunca. —Quito la pajita y bebo. Dulce y ácido, perfecto. El maracuyá me sorprende, pero el toque de azúcar lo equilibra. Ese tipo de acidez que te hace vibrar la lengua… como si el trago estuviera hecho para provocarme.

—¿Y bien? —pregunta, ansiosa.

—Bien hecho, Gelito. ¿Cómo se llama? Prince dice que sois creativas con los nombres.

—Meo… —tarda en completar. Frunzo el ceño—. de ángel. —Brooke se parte de risa.

—¿Me has meado el trago, Gelito?

—¿Soy un ángel para ti, Maxwell?

—Caído. Un ángel caído al infierno, Gelito. —Me lo bebo entero. Si era meo o no… no lo sé. Pero estaba jodidamente bueno. El meo de la Gelito era una delicia.



No sé cuánto tiempo pasó cuando decidí volver a la barra de las chicas. Intenté mantenerme lejos, lo juro. Pero quería ver qué estaba haciendo. Después de sabe Dios cuántos vasos de cerveza, ya ni siquiera me preocupaba en negar que sí quería verla. Quién sabe, tal vez follar con odio no fuera tan imposible como Prince dijo.

Mi mente me estaba volviendo loco: ora imaginando esos pechos perfectos y erguidos delante de mí, ora ese vientre liso. ¿Cómo sería el resto de su cuerpo? ¿Tendría el coño depilado o con vello? Parecía rubia natural… Mierda.

Estoy a un metro de la barra cuando escucho una voz que no debería estar ahí. No. No tendría las pelotas.

—Quiero un meo de ángel, nena. Y que esta vez salga mejor, ¿eh? —Blake Donovan le pide a Gelito, que masculla una palabrota, pero luego le regala una sonrisa sin dientes.

Ah, no. No le está preparando mi trago a este imbécil.

Avanzo sin pensar, agarrando el brazo del idiota.

—¿Qué coño haces en mi fraternidad, Donovan?

—¿Qué pasa, Pollito? —sonríe con sarcasmo—. ¿El problema es que eres tan especial que no aceptas la visita del equipo que perdió en su casa?

Miro a Winter, que parpadea una y otra vez, mirándolo a él y luego a mí, sin entender del todo que estaba sirviéndole a un jugador del equipo rival de hoy.

—Ay, mierda… —Brooke murmura para sí, captando la situación primero.

—No me importa confraternizar con colegas del hockey, siempre que no sean unos hijos de puta.

—Pollito, Pollito… deberías cuidar cómo llamas a la gente.

No contengo la segunda oleada de rabia en cuanto lo escucho llamarme así otra vez. Retraigo el puño y le doy de lleno en

la nariz. Donovan retrocede por el impacto.

—¡Carajo, Maxwell! ¡Me has roto la nariz!

—¿Aprendiste mi nombre, hijo de puta? —digo, dando un paso hacia él, hasta que siento que alguien me agarra en una llave por detrás.

—Tranquilo, Sebs… No vino a pelear —es Kyle quien me habla al oído—. Solo está aquí porque es hermano de Logan. Le dio un aventón al novio de su hermano, tío.

—Ni siquiera debería haber entrado. Él sabe que soy el puto presidente de la Alpha —escupo, dándome cuenta de que me pasé. ¿Y encima tenía que provocarme fuera del hielo? —Y tú… —señalo a la rubiecita que tiene ambas manos tapándose la boca—. No deberías haberle servido mi trago.

Winter tarda un momento en reaccionar.

—¿Qué? —pregunta, indignada—. ¿Estás loco, Maxwell? ¿Desde cuándo crees que tienes un trago tuyo?

—Desde que tu meo se volvió mi vicio, Gelito. —Sonrío con descaro, viendo cómo el rubor sube por sus mejillas. Todos a nuestro alrededor se ríen.

—Esa bebida se llama meo de ángel. Y no soy ningún ángel para mear en un vaso.

Levanto una ceja, con una sonrisa de provocación en los labios.

—Entonces usa mi boca, Gelito. Seguro que hay cosas mejores que "meo" para salir de ti.

La explosión de carcajadas la pone aún más furiosa. Winter salta por encima de la barra, pasa las piernas al costado y aterriza delante de mí. Cuando está tan cerca, recuerdo lo pequeña que es. Esta rubiecita es tan intensa, que cuando estamos a varios metros me da la impresión de que es gigante.

—Eres un cretino, un hijo de puta y… —Tiene la pésima idea de mirar a Blake, que empieza a alejarse del lío—. ¡Un pedazo de pollo que solo se mete con quien es más pequeño que tú!

—¿Me llamaste qué?

—PO-LLO. —Para colmo, pronuncia las sílabas mientras me clava el dedo en el pecho.

Ah… no, Gelito. No vas a salir ilesa de esta.

No espero más y la cargo sobre mi hombro. Empieza a gritar que está enseñando las bragas.

Hasta pienso en poner la mano para tapar, pero creo que preferiría exhibir la lencería a que mi mano toque su coño. Al menos… no ahora.

—¡SUÉLTAME, SEBASTIAN! ¡SUÉLTAME YA!

—Ah… te voy a soltar. —En cuanto estamos frente a la piscina, la lanzo al centro. Espero solo para asegurarme de que sabe nadar.

Sabía, ¿no?

Cuando sale a la superficie, con el rímel corrido por las mejillas y el rostro más enfadado que minutos antes, me queda claro que sí.

—No vuelvas a llamarme pollo, Gelito. O la próxima vez tendrás mucho más que un simple baño en la piscina —amenazo, saliendo del patio y poniendo la mano en la primera rubia que parece dispuesta a subir conmigo a la habitación.

Le follaría hasta hacerla gritar, tirando de su pelo. Así quizá la furia por querer meterla en un coño enemigo se me pasaría de una vez.

Eso… era lo que esperaba.



**Marcador: Winter 2, Sebastian 4.**



**Capítulo 18**

S e b a s t i a n  M a x w e l l




—Tío, en serio… ¿qué coño te pasa hoy? —pregunta Kyle después de que pierdo por tercera vez el puck en una jugada contra Zack J. —Estoy empezando a pensar que tu suplente te está superando.

¿Cómo decirle que no tengo ni idea de qué está pasando? Mi percepción de distancia debe estar jodida por la resaca del sábado, que todavía no he superado, seguro.

Después de lanzar a Gelito a la piscina, me fui a mi cuarto prácticamente arrastrando a la rubia que descubrí que se llamaba Samantha. La toqué en todos los lugares correctos, sintiendo su cuerpo delicioso. Una pena que mi polla no acompañara ni mi vista ni mi tacto.

Como una maldición, apenas me puse a medias porque mi cabeza no dejaba de gritar que Samantha no era ella. Claro que no lo era. Lo sabía perfectamente. De hecho, la intención era justamente poner mi stick en acción para sacar a Winter Grace de la pista de mi mente.

Pero mi polla tenía otra idea. Una que ponía el rostro de Gelito sonriendo —algo que nunca ocurrió conmigo—, aburrida —esa cara la vi mil veces en las clases de marketing— y enfadada —esa la conocía con precisión de detalles, ya que era la única expresión con la que solía mirarme.

Aun así, no conseguí follarme a la rubia llamada Samantha. Acabé dándole solo unos besos y la despaché diciendo que estaba demasiado cansado por el partido. Por suerte, ella se dio por satisfecha. Contarles a sus amigas que estuvo conmigo en la habitación ya era una victoria enorme para la María-patines.

Reconocer que Gelito había pasado a ocupar una parte de mi atención que involucraba mi vida en la cama… era demasiada humillación. Y ahora, estando en mi peor forma en el entrenamiento, indicaba que había tomado un lugar en el que no debía permitirle estar.

La pista era mi espacio exclusivo, donde podía controlar y prever cada movimiento. Las jugadas no se salían de la fuerza ni del ángulo correcto. Mi mente veía dónde debía ir y mis patines alcanzaban la velocidad necesaria para llegar al puck. Aquí todo tenía sentido. Y me sentía en éxtasis cada vez que enviaba un disparo a portería.

Incluso cuando el portero lo detenía. No importaba. Sabía que podía intentarlo una, dos, las veces que hiciera falta… mi insistencia y la victoria dependían de mí. No de otra persona marcando mi camino.

Sin embargo, algo estaba mal. Muy mal, hoy.

—¡Maxwell, concéntrate! ¡Pon ese maldito stick en la línea o sal de la jodida pista! —Ahora es el *Coach* quien pierde la paciencia. Ni él soporta mis errores.

Levanto el brazo, aceptando la bronca, y me preparo para la siguiente jugada.

Austin empuja a Theo, captura el puck que desliza rápido sobre el hielo. Ve a Mason y a mí en la zona de ataque. Me hace un gesto con la cabeza para que retroceda un poco, como habíamos entrenado varias veces.

Freno los patines cuando cambio de dirección y voy al punto para recibir el pase. Prince eleva rápido el stick hacia atrás y lanza el pase en mi dirección.

Todo parece ir a cámara lenta por un segundo. Veo el puck venir rápido, mi stick listo, pero al momento de dominarlo, pasa de largo, deslizándose otra vez como si tuviera vida propia y decidiera esquivarme.

Mierda.

— ¡Sebastian! ¡Fuera de la pista ahora! — ordena el *Coach* Williams. Ni siquiera pienso en quejarme, porque hasta yo mismo quiero sentarme en el banco. — ¡¿Qué estás haciendo?! ¡Parece que olvidaste cómo golpear el puck!

Exactamente así me siento. Como si mi cerebro estuviera en cortocircuito y colocarme en la posición de siempre no sirviera para nada.

—Eh, tío, ¿estás bien? —Austin se acerca, sentándose a mi lado con la excusa de beber agua. —No estás distraído, pero no has acertado una, caps.

Nuestro *Coach* se da cuenta de que los otros dos, Kyle y Jordan, están en la pista más mirándome a mí que al juego. Por eso, hace un gesto para que se acerquen.

—No sé qué está pasando… es como si pusiera el stick en la posición correcta, como siempre, y… —Apoyo el stick en el suelo entre mis piernas, Austin imitando el movimiento.

Kyle y Jordan están delante, aún en la pista.

—Sebastian… —Jordan mira por encima de mi cabeza y luego hacia Austin. Después clava la vista en Kyle, que observa lo mismo. —Tío… o cogiste el stick de otro, o el tuyo se ha encogido.

—¿Qué? —frunzo el ceño mirando mi stick.

Austin empieza a contener la risa mientras Kyle y Jordan se ponen serios, examinando el objeto como si fuera una prueba de crimen. Kyle se inclina, lo toma y lo gira en sus manos.

—O alguien decidió cortar un trozo de tu stick y lo hizo sin que te dieras cuenta —concluye Jordan.

—Hostia… estás fallando porque alguien te ha recortado el stick, Caps. Menos mal que solo el de hockey. ¿O no? —Le suelto un manotazo a Prince por la pregunta.

—¿Estás loco? ¡Ni de coña dejaría que alguien me cortara la polla, idiota!

—No sé… quién sabe. Últimamente andas tirando hielo a la piscina de casa cuando en realidad quieres enfriar otra cosa —hace el juego de palabras imbécil sobre Winter y se echa a reír. Solo le lanzo una mirada asesina.

—Seguro que ha sido ella, Sebs. La rubita no iba a dejarlo pasar —confirma Jordan, como si leyera mis sospechas.

Kyle niega con la cabeza, incrédulo.

—No puede ser, tío. Ni siquiera tiene acceso a nuestro equipo.

—Siguen entrenando aquí —constato.

—¿Y estuvo aquí el domingo? —pregunta Prince, cubriéndose la boca con la mano. — Gelito es cada vez más interesante.

—¡Interesante mis cojones! Es una maldita zorra que todavía no ha aprendido que no debe meterse conmigo.

La sangre me hierve, y la sonrisa burlona de Austin solo empeora las cosas. Él sigue soltando esas risitas irritantes, provocándome.

—¿La próxima jugada va a ser como una acción individual, no? ¿O todos vamos a tener que meternos otra vez en el bullying? —pregunta Austin, con esa ceja arqueada y mirada maliciosa, pinchándome.

—¿En serio, Prince? —mi voz sale fría, casi amenazante. Él ni se inmuta, sonríe como una hiena.

Jordan y Kyle permanecen callados, sin saber si reír o si ya me pasé de la raya.

—Quiero otra vez servicio de barmaid en pareja, Sebs. Brooke es increíble, pero con tu Gelito… ¡Wow! Fue de lujo— dice,

levantando las manos de forma exagerada, como si estuviera en un escenario.

— Traidor —gruño entre dientes.

Pero Austin solo se encoge de hombros, con ese aire de invencible, y remata con un brillo de picardía en los ojos:

—Nunca, tío. Pero hazme caso, me lo vas a agradecer. Y pronto. —Hace una pausa y añade, con una sonrisita: —Ni siquiera negaste que es tuya.

Gruño bajo. Y escucho a esos que se dicen mis amigos escupir la risa que intentaban contener. ¡Qué cojones!

Estoy a punto de responder cuando el tiempo muerto del *Coach* se acaba y su grito retumba:

—¡Volved al juego antes de que os mande al banco para siempre!

Kyle y Jordan patinan, alcanzando a los demás por ya estar en la pista. Austin se levanta y los sigue con una sonrisa torcida que pienso borrarle durante el entrenamiento.

Resoplo, tiro el stick recortado en la banda y pido el de Mason que está en el banco. No es el mío, pero es del mismo tamaño y servirá.

Después me ocuparé de cierta rubita leñadora. Por ahora, tenía que demostrar que Sebastian Maxwell no es un gladiador del hielo por casualidad.

**Marcador: Winter 3, Sebastian 4.**



**Capítulo 19**
W i n t e r  G r a c e




Camino a toda prisa por el pasillo de la biblioteca, con el peso de la prisa y la irritación sobre mis hombros. Necesito

encontrar el maldito libro de Marketing Estratégico Contemporáneo, el que la profesora Daustin exigió para el trabajo.

Todo el mundo está detrás de él y, como llegué tarde hoy, aquí estoy, corriendo contra reloj en busca del tesoro escondido. O de la estantería fantasma, porque hasta ahora no la había encontrado.

Doblo una esquina y, cuando por fin veo el número que pensé que no existía aquí, noto que la estantería está vacía. Suspiro, intentando calmar la rabia que empieza a subir. No es que este sea el único problema de mi vida, pero lo último que necesito es fallar en este ensayo.

Con esfuerzo, me obligo a seguir caminando. Tiene que haber otro ejemplar en algún lugar. Me siento como en la estación de tren buscando la plataforma 9¾, ¡lo juro!

Por fin, ahí está. Mi premio. Marketing Estratégico Contemporáneo. Extiendo la mano, casi saboreando la dulce victoria… hasta que Chloe y Avery, las chicas malas con "M" mayúscula, aparecen de la nada y simplemente se llevan el libro delante de mis narices.

—¡Hola, Gelito! —El apodo suena raro en su boca. Chloe sonríe con ese tono falso. —¿Este es el libro que querías? Qué pena… nos llevamos el último.

—Avery ya lo tenía, Chloe. No necesitan dos si el trabajo es en pareja.

—Ya, pero pensamos que es mejor que cada una haga su parte, ¿sabes? Así terminamos más rápido.

— Están en la misma hermandad —digo entre dientes.

— Verdad. —Chasquea la lengua. —Entonces es simplemente porque queremos ponerte las cosas difíciles.

Mierda.

—Difícil, nunca. Disfruten del libro. —Fuerzo una sonrisa.

Sigo caminando hacia el otro lado, intentando contener mi frustración. Que prendan fuego al puto libro y se coman las cenizas.

Mantengo la atención, escaneando cada rincón de las estanterías. La profesora Daustin dijo que había suficientes ejemplares para todos. No es posible que no haya alguno por ahí, aunque sea de una edición anterior.

De repente, veo otro, medio escondido entre dos libros más grandes. ¡Uhuuu! Lo celebro mentalmente. La vibración interna es enorme. Toma esa, Chloe, reina de las víboras.

Pero antes de que pueda cogerlo, una mano grande, con dedos gruesos, aparece delante de la mía y, adivina…

Se lleva el libro.

Doy un saltito en el sitio, dejando que la rabia esta vez salga en un siseo irritado que me raspa la garganta.

Lo peor es cuando me giro y constato que se trata de mi karma personal: Sebastian Maxwell, el rey de los idiotas.

Está con el libro en las manos, levantándolo con una sonrisa irritante.

—Ah… qué mala suerte, Gelito. —Mueve el libro delante de mí. —Parece que vas a tener que inventarte una teoría increíble para ese trabajo. Al fin y al cabo, la profesora quiere algo original, ¿no?

Respiro hondo y empiezo una cuenta muy lenta de cero a diez para no saltarle al cuello. No. Me niego a darle el gusto de verme perder la compostura.

—¿No puedes simplemente darme el libro, Sebastian?

—¿Y dónde estaría la gracia en eso? —Da un paso atrás, hojeando el libro, claramente divirtiéndose.

—No tiene ninguna gracia. Solo soy una alumna que quiere el material para hacer un trabajo.

—Y yo soy un alumno que también necesita el mismo libro. Mira tú… —Suena irónico. Intento arrebatárselo con un salto y él es más rápido.

—Tú también vives en la misma casa que otro alumno que ya lo cogió, Maxwell. No necesitas este. —Señalo hacia arriba, porque ahora ha decidido levantarlo por encima de su cabeza.

—¿También vivo? ¿Por qué? ¿Hay alguien más que viva conmigo y yo no lo sepa?

—Tú y tu noviecita parecen hacer las mismas bromas idiotas. Solo dame el libro. Puedes pedirle el de ella prestado, ya que ella y Avery también lo cogieron.

Sus cejas se fruncen, como si lo hubiera pillado por sorpresa. Noto un destello de incomodidad. Me da igual. No voy a justificar la actitud de esa víbora siendo mala conmigo.

En ese momento, como si el destino esperara para salvarme, la profesora Daustin aparece a nuestro lado, cruzándose de brazos.

—Sebastian, Winter —dice con ese tono de autoridad que hace que cualquiera enderece la espalda. —Veo que están discutiendo por el último ejemplar, ¿no?

—Lo encontré yo primero, profesora. Winter puede usarlo después de mí.

—Podría, si el tiempo fuera mayor, Maxwell. —La bruja sabe muy bien que la tarea es prácticamente inhumana. Qué bien. —Creo que la solución es simple: harán el trabajo juntos.

Abro los ojos de par en par y Sebastian ya no parece tan satisfecho.

—¿Juntos? —mi voz sale una octava más alta.

—Exacto. —La profesora le quita el libro de la mano con un movimiento rápido. —El trabajo es en pareja y, como tú, Maxwell, aún no has elegido con quién hacerlo, ya está decidido.

Sebastian intenta protestar, lanzando una mirada desesperada.

—Iba a hacerlo con Prince…

—No te preocupes por eso —interrumpe Prince, apareciendo de la nada detrás de una estantería con una sonrisa más grande que la del gato de Cheshire. —Yo lo hago con Eric. Sin problema.

—Hijo de puta —murmura Sebastian, con los ojos entornados de rabia.

—De nada, por adelantado, colega —responde Prince, guiñándole un ojo, en una broma interna que no entiendo.

La profesora nos lanza una mirada de "se acabó la discusión" y se aleja, dejando el libro en nuestras manos.

Parpadeo varias veces y cierro los ojos un momento, intentando despertar de la pesadilla. No puede ser que vuelva a estar atada al gladiador del dulce de mierda. No puede ser.

Nada. La realidad está delante de mí, con una sonrisa ladeada que promete algo que no voy a disfrutar.

—Bien, Maxwell —digo, tomando la iniciativa ya que él ha decidido admirarme, pienso con ironía. Saco mi móvil del bolsillo, desbloqueo la pantalla y abro contactos, con la intención de apuntar su número. Mierda. No puedo creer que voy a guardar el número del sujeto que se dedica a hacerme la vida imposible. Aprieto los dientes, aferrando el móvil con fuerza. —¿Cuándo y dónde vamos a hacer esto?

—Te aviso desde ya que no tengo novia, Gelito —suelta, engreído, y me quita el móvil de repente, sin pedir permiso.

—No necesito esa información para un trabajo, idiota.

En un segundo, está sobre mí, presionándome contra la estantería a mi espalda. Contengo la respiración sin darme cuenta. Su perfume me invade, provocando sensaciones muy extrañas que tienden a bajar hacia el centro de mis piernas.

—Ah… Gelito. Créeme… sí la vas a necesitar. —Se aparta de golpe y casi me caigo por el desequilibrio, apenas sosteniéndome sobre unas piernas débiles. —Aquí. Toma. Me envié un mensaje desde tu número. Te escribo yo.

Empieza a caminar por el pasillo y vuelvo a pensar con claridad por un instante.

—Aún falta la música de la presentación —apunto.

Sebastian ni siquiera se gira, solo levanta la mano para despedirse. Qué imbécil.

—¡Tenemos que ensayar! —insisto, más enérgica, y él me mira por encima del hombro, con aire de superioridad. Lo odio.

—Te escribo, Gelito. Ahora me tengo que ir. —Me guiña un ojo, claramente coqueteando. No puedo evitar que mi mandíbula se

afloje y que salga un sonido confuso de mi garganta.

¿Qué demonios estará planeando Maxwell esta vez? ¿Habrá descubierto que fui yo quien le cortó el stick?

No fue fácil entrar temprano al vestuario de ellos. Y casi que las chicas y yo fuimos atrapadas por todo el equipo. Había cortado tres centímetros para que fuera imperceptible. Sin contar que tuve que enrollar esa cinta muy bien para que no lo descubriera antes de tiempo.

Y se suponía que sería para el partido del viernes. Pero me adelanté y no pensé que sus amigos fueran tan perspicaces. Mierda. Nos quedamos escondidas en el hueco de las gradas viendo el espectáculo. Casi me hice pis de la risa.

Pero él se enteró.

Y sabe que fui yo. Sin duda.

Ahora viene con esa actitud demasiado rara para nuestras interacciones habituales. Debe estar loco.

Si piensa que voy a derretirme por él como sus María-patines, está completamente equivocado.

¿No me apodaste Gelito, cabrón?

Entonces, prepárate… porque te voy a armar una nevada.

**Capítulo 20**
S e b a s t i a n  M a x w e l l




Jordan es quien está con el coche en la puerta de la fraternidad esperándome para llevarme a la terminal de autobuses.

Kyle y Prince tenían otra clase a última hora de la tarde. Pero cualquiera de ellos me habría llevado.

Ellos lo saben. Y guardan mi secreto.

El resto de los chicos de la fraternidad piensa que se trata de algo relacionado con las empresas. Al fin y al cabo, mi abuelo se encarga de garantizar mi aparición en la prensa en los eventos a los que estoy obligado a asistir.

El *coach* Williams suele ser tomado por sorpresa. Pero nunca se ha quejado. En realidad, sé que lo descargará en el próximo entrenamiento.

—¿Tienes la dirección del hotel, Sebs? —pregunta Jordan, recordándome los detalles que ya he olvidado antes. Digamos que mi abuelo es minucioso al extremo. Por eso, solo puedo pasar la noche en los lugares que él indica con antelación.

Una vez perdí la maldita dirección y dormí en un banco de la terminal hasta la hora de volver.

Si dejara de mandar a mi padre de un lado a otro, yo sabría exactamente dónde quedarme.

—Todo aquí. —Agarro la mochila colgada de un hombro. Luego le dedico una sonrisa discreta.

—Prince dijo que va a hacer un trabajo con Winter —Jordan inicia una conversación para aliviar la carga que llevo. Lamentablemente, tocó otro tema. No que tuviera el mismo peso. No. Pero Winter Grace provoca en mí un sentimiento de rabia. La confusión en mi cabeza ha sido tan grande que la de arriba decidió compartir el problema con la de abajo.

Ni me creo que le haya guiñado un ojo antes de salir de la biblioteca. Lo peor fue sentir su aroma dulce, de esos que recuerdan al algodón de azúcar de feria. Es muy difícil de explicar. Pero mi memoria afectiva tiene una conexión intensa con esa nube azucarada. Y el perfume de la Hielito tocó de lleno la herida de mi pasado.

Un pasado que volvería a ver hoy.

—¿Ah, sí? —suelto el aire con desdén—. Era para hacer el trabajo con el idiota. Pero acabé enredado con ella.

—Estar enredado con una tía buena nunca ha sido un problema para ti, Sebs.

—Si la tía buena no es una rubita buscapleitos, soplona y más fría que un glaciar, tal vez…

—No sé si es tan fría. La gata demostró tener fuego en las venas cuando se subió a la mesa de billar —comenta Jordan, sin apartar la vista de la carretera—. Y te ha estado plantando cara.

—Y ese ha sido su mayor error. Si fuera caliente, ya estaría en mi cama y… —chasqueo la lengua para darle énfasis—. No lo está.

—Tal vez no quiera tu… Si quitas el cartel de fuera de límites…

—¡No! —lo niego tan rápido que hasta yo me sorprendo. Me aclaro la garganta y continúo—: Quiero decir… no voy a quitarlo. —Miro por la ventanilla, sintiéndome raro al admitirlo en voz alta—. Tengo otros planes.

—¿Planes que incluyen poner hielo en tu polla dulce, Sebs? —se burla—. ¿O sería poner la polla dulce en el hielo? No sé.

Es tan absurdo que termino riéndome de la broma que marcó mi primer encuentro con la Hielito. Debí saber que mis amigos usarían la información para burlarse de mí.

—Voy a chupar ese hielo primero. Y mientras esté en mi vaso, no voy a compartirlo con nadie, ¿entendido?

—Como hielo cristalino —replica con una sonrisa traviesa.

Seguimos el resto del camino prácticamente en silencio. Confesar mi interés por Winter no era fácil. He admitido desde el principio que está buena de la misma forma que repito que no es mi tipo. Y de repente… digo que la Hielito es mía.

Tío… ni yo mismo me entiendo. Lo bueno fue que el trayecto hasta la terminal pasó en un abrir y cerrar de ojos.

—Gracias, Jordan —agradezco, bajando del coche al llegar a la terminal—. Nos vemos mañana.

—Dale un "hola" a Emis —dice, y sé que lo hace con la inocencia de un amigo. Él y todos los demás ven a Emory como la hermana pequeña que nunca tuvieron.

Jordan tenía dos hermanos mayores. El mayor, Mark, llevaba una vida tranquila en el campo con su familia, lejos del bullicio de las grandes ciudades. El del medio, Dylan, era jugador profesional de hockey, habiendo sido seleccionado en el draft de la liga hace algunos años. Mientras que Kyle y Prince eran hijos únicos, Jordan estaba acostumbrado a compartir la atención y lidiar con las comparaciones inevitables. Y algunas comparaciones con su hermano mayor, cuando estaba sobre los patines, le molestaban muchísimo. No era el mejor de nosotros para expresar sus sentimientos, pero sus gestos lo decían todo.

Asiento con la cabeza, me despido de él y sigo hacia la plataforma de embarque. Encontraría a Emory en mi destino, es decir, en la terminal más cercana a la pequeña ciudad. La información que tenía era que desde allí un chófer nos llevaría hasta la clínica.

Mi hermana tenía más dificultad que yo para inventar excusas, ya que además de la escuela y las amistades, tenía que mentirle a nuestra madre. Creo que esa era la peor parte. Dejar que mamá pensara que él realmente se había ido.

Si Gregory Maxwell alguna vez tuvo corazón, este fue consumido por el poder. La política le arrancó del pecho todo sentimentalismo y respeto hacia su familia.

Y pensar que uno de los pilares de sus campañas era exactamente eso, me daba náuseas.

Me reclino en el asiento del autobús, acomodándome para el viaje de cuatro horas. Esperaba que no se sentara nadie a mi lado. No tenía ganas de charla vacía.

Al fin y al cabo, no era como si pudiera decir nada.

El mismo sentimiento asfixiante volvía a aparecer mientras esperaba volver a verlo. ¿Cómo estaría? ¿Habría mejorado algo? ¿El lugar tendría buenas instalaciones? ¿Mi abuelo habría cumplido su

palabra llevando al médico y a la enfermera que lo acompañaban todo el tiempo?

Y la pregunta que más dolía: ¿Esta vez me reconocería?

Cerré los ojos y respiré hondo. No quería sufrir por adelantado. Solía imaginar las diferentes jugadas que mis amigos y yo habíamos estado practicando, así como la información sobre el próximo equipo al que nos enfrentaríamos.

Sin embargo, lo que vino a mi mente fueron dos orbes azules que me devolvían la mirada con pura pasión y furia. La intensidad de sus ojos me atrapó en una nube densa, repleta de rayos y relámpagos, en una tormenta de emociones que libraba una batalla interminable entre el odio y el deseo.

Ella entra con ese aire desafiante en el aula de la Sra. Daustin, pasando junto a mí igual que el otro día. Pero en cuanto se sienta, me giro hacia atrás y le dedico una sonrisa sincera, con una emoción genuina de alegría por verla. Y como reflejo, creo que recibiré una mirada de reproche por atreverme a sonreírle, pero no. Hielito me devuelve la sonrisa, mordiéndose la comisura del labio, tímida y seductora a la vez. Me confunde tanto. Mantengo la sonrisa, observándola sin ninguna de las barreras que habíamos puesto entre nosotros.

La clase empieza y estoy tomando notas concentrado en mi portátil cuando la siento en mi cuello, depositando pequeños besos húmedos. Su lengua caliente recorre mi piel y me mordisquea el lóbulo, provocando escalofríos que bajan por mi espalda y envían una descarga eléctrica directa a mi polla.

Una mano se desliza por detrás, levantando el borde de mi camiseta, yendo directa al botón de mis vaqueros. Me acomodo para que consiga su propósito. Mi Hielito está atrevida y no quiero detenerla. No ahora que ha asumido de una vez por todas que me desea tanto como yo a ella.

El botón duro se suelta y mi cremallera baja; mi polla late con la dureza que necesita de su calor. Quiero entrar en ella y hundirme en el lago antes helado que ahora arde, quema y me

consume. Hielito envuelve mi circunferencia y aprieta, pasando el pulgar por la punta, esparciendo la gota de preseminal.

—Ah… Hielito… me estás matando —susurro hacia atrás, sintiendo su rostro tan cerca. Me inclino un centímetro para que por fin nuestros labios se toquen—. Amo tu olor, baby. Amo que huelas a algodón de azúcar.

Frunzo el ceño por lo fácil que me resulta confesar que amo algo de ella. Nunca había usado la palabra amor antes. No con una chica. ¿Qué me pasa?

Winter suelta una risa suave, soplando sobre mi boca. Luego aprieta mi polla entre sus dedos, subiendo y bajando. Antes de que un gemido se me escape, me come la boca, tragándose cualquier sonido que pudiera emitir. Su sabor también es dulce.

Se aparta y sus labios empiezan a moverse, pero la voz está mal, completamente mal:

—¡Chico! Eh, chico, despierta, hijo. —La oigo con una voz grave y masculina. ¡MIERDA!

Parpadeo varias veces, sacudiendo la cabeza y sintiendo cómo el ambiente del aula se transforma en el interior del autobús.

—Vamos, chico, esta es tu parada. —Veo al conductor darme la espalda para que me recomponga. Me había quedado dormido durante el viaje.

Yo… yo había soñado con mi karma en forma de gnomo rubio. Me limpio la baba que se me escapó mientras dormía y me doy cuenta de que estoy empalmado. Mierda. Me acomodo la erección dentro de los vaqueros y, al levantar la vista, veo a una señora mayor, con el pelo blanco rizado, gafas de montura más grande que su cara, y un jersey rosa, mirando fijamente mi entrepierna.

¡Carajo!

Pongo la mano de inmediato delante y, en ese instante, decide fijarse en mi rostro. Le sonrío incómodo, sintiendo las mejillas arder. Lo peor llega cuando abre la boca en una ‘o’ perfecta y se pasa la lengua por todo el labio, sonriendo de lado e inclinando la cabeza. ¿La abuelita me estaba ofreciendo una mamada? ¡Ah… no!

¡Hostia puta! ¡Esto está tan mal! ¡No, no, NOOOO!

Tiro de la mochila hacia delante y salgo disparado del autobús. Casi me caigo al bajar los escalones, huyendo desesperado.

No tenía ninguna tendencia de lobo feroz que se come primero a la abuelita y luego a Caperucita Roja. Me estremezco entero con el pensamiento, y no de una forma buena. Acelero el paso, sacudiendo el cuerpo y soltando un sonido de miedo.

—Corriendo así parece que huyes de un fantasma. —La voz delicada, con un vibrato cristalino, me saca del estupor de puro pavor.

—Tal vez sí. — La agarro del brazo, mirando por encima del hombro para asegurarme de que he despistado a la abuelita.

—Espera, Sebs… —Se ríe de mi actitud al ver a la viejecita bajarse del autobús buscándome con la mirada—. No me digas que esa ancianita te hizo una mamada.

—¡Claro que no! —Mi voz suena como la de una niña gritando—. Quiero decir… NO. —Vuelvo a engrosar la voz—. Y no deberías decir la palabra mamada. Es más, ni deberías saber qué coño es eso.

—En realidad… primero se hace la mamada para que luego salga la corrida —explica, como si fuera una profesora de primaria, con las manos gesticulando como si indicara un tamaño que… Dios… juro que no quiero imaginar que mi hermanita haya visto algo que quepa entre sus palmas.

—Lo estás empeorando todo. Pa-pa-para ya —tartamudeo, el nerviosismo apoderándose de mí. Le sujeto ambas manos.

Mi día estaba siendo muy, pero muy difícil.

Emory sigue riéndose de mi cara, mezcla de miedo y… no es asco, pero, tío… no. No tengo esa fantasía con ancianas y mucho menos quiero imaginarme a mi hermana pequeña con alguien. Y menos con alguien con una polla grande.

Caminamos hacia el aparcamiento, que parecía siempre el mismo en todas las terminales. Las risas y las situaciones incómodas quedando atrás en cuanto vemos un coche negro con un tipo de

traje y gafas oscuras esperándonos. Simon Jones, el brazo derecho de mi abuelo. El tipo no debía tener más de cincuenta años, pero aparentaba cuarenta por su postura y musculatura fuerte. Sabíamos que era el hombre para todo de Gregory Maxwell, desde seguridad hasta asuntos confidenciales, como el que implicaba nuestra visita.

Mi hermana me mira, meneando la cabeza con los labios apretados, indicando que el momento de relajación para ella —y de terror para mí— había terminado. Caminamos hacia el hombre, que abre la puerta trasera para que entremos sin decir una palabra.

En cuanto el coche arranca, Emis apoya la cabeza en mi hombro, acurrucándose contra mí y agarrándose de mi brazo como solía hacer.

—El abuelo dijo que él no recuerda nada —comenta en un hilo de voz.

—Es mejor así, Emis…

—Lo sé. Es que… me gustaría saber qué pasó, ¿sabes?

—Él no ve el mundo como nosotros. Es… simplemente diferente —intento consolarla. Pero ni yo puedo lidiar con la salud mental de nuestro padre.

—Nunca me había hecho daño antes… —susurra tan bajo que siento que está librando la misma batalla de siempre.

Le sujeto el rostro, acariciando su mejilla y levantando su cara para encontrar sus ojos, de un tono azulado distinto al mío.

—Emis… él no te estaba viendo. Era… era otra persona. No eras tú. —Apoyo su rostro en el hueco de mi cuello, abrazándola de lado, queriendo mecerla como cuando la rescaté. Ella estaba a salvo… y… mi padre también lo estaba. Él… él no sabía lo que estaba haciendo. No lo sabía.

**Capítulo 21**
S e b a s t i a n  M a x w e l l




La clínica en Willow Creek quedaba lo suficientemente lejos como para parecer otro mundo. Permanecimos en silencio cuando el coche entró en un camino sinuoso.

Cuando llegamos, Simon se detuvo frente a un portón de hierro antiguo, y por un momento pensé que estábamos llegando a la casa de la familia Adams vestidos con ropa casual. Creí que para venir aquí al menos debería parecerme más al conde Drácula.

Las rejas chirriaron mientras se abrían lentamente. La entrada estrecha de grava se extendía hasta el edificio principal. Respiré aliviado al comprobar que al final no había una mansión embrujada, sino una construcción de piedra que parecía un híbrido entre una gran casa y un hospital.

Bajé del coche primero y ayudé a Emis a salir.

—Es mejor que la otra clínica —concluí, analizando el edificio.

Ella no sabía de mis constantes discusiones con nuestro abuelo para, al menos, mantener a nuestro padre en un lugar decente. El hospital anterior era un mausoleo, cayéndose a pedazos y con poca higiene. A la semana siguiente de aquella visita, me negué a firmar uno de los contratos más ventajosos del año para Gregory Maxwell.

Él dejaría de ganar millones en un acuerdo para proveer tecnología de vigilancia de última generación a ciertas agencias privadas. Al fin y al cabo, yo era el presidente de Titan Defense Corporation; sin mi firma, los contratos no se concretaban.

Desafortunadamente, la presidencia estaba vinculada al acuerdo de voto que mi querido abuelo se encargó de camuflar, colocando las acciones de Titan en un fideicomiso ciego. Me necesitaba, pero aún era el curador del fondo. Así que yo podía ser la figura pública, el presidente, pero el senador Gregory Maxwell controlaba la distribución de las ganancias. Tenía a los accionistas en sus manos. Y también a mí. Me chantajeaba constantemente con la tutela que tenía sobre mi padre.

No por mucho tiempo. Faltaba poco.

—Venimos a ver a John… —vacilé al pronunciar el apellido falso—. John Maison, por favor.

—Ah… los estábamos esperando —respondió la recepcionista, con un impecable traje verde agua—. Vengan, está en

el jardín.

Miro a Emis, que mantiene los hombros erguidos y la respiración constante, en ese modo que parecía tenerlo todo bajo control. Un mecanismo que aprendió en terapia. Esperaba que se aferrara a las memorias en las que papá realmente estaba con nosotros y no en su mundo aparte.

Seguimos a la mujer de sonrisa fácil hacia el interior del edificio y nos sorprendimos con el amplio jardín en el corazón del mismo. Había incluso árboles frutales, arbustos bien recortados y macetas distribuidas con flores de varios colores. Bancos se encontraban a lo largo de un camino que conducía a un paseo entre plantas y colores.

La primera sensación era de plena paz, a medida que los distintos aromas se expandían, ofreciendo una experiencia de libertad… libertad mental de todas las ataduras creadas por el ser humano.

Respiro hondo, dejando que el aire suavice la tensión que hasta entonces guiaba todos mis movimientos. La cautela de vigilar de cerca a Emory, queriendo protegerla, no de nuestro padre, sino de ella misma.

La culpa que cargaba porque John Maxwell había muerto para la sociedad en aquel trágico accidente.

Las últimas palabras que escuché de mi padre solo cobraron sentido después: "El balance de agosto, hijo. Asegúrate de que lo conseguí… van a matar a tu abuelo. Protege a nuestra familia."

En aquel momento no tenía idea de lo que era un balance, mucho menos de por qué debía proteger a mi abuelo.

Lo descubrí demasiado tarde. Gregory ya había tomado el control. Y yo… solo era un adolescente. El senador asumió la presidencia hasta mi cumpleaños número dieciocho. Fue entonces cuando puse mis condiciones. Quería ver a mi padre y, en la primera visita, me encontré con un hombre atormentado. Me quedé confundido.

La pregunta que se volvió mi tormento era si John Maxwell había sido manipulado por su propio padre o por la esquizofrenia.

Esta última lo acompañaba desde siempre, aunque controlada con medicación. Mi padre buscó ayuda por sí mismo y aprendió a convivir con su condición, sin mostrar síntomas aparentes.

El trastorno mental controlado no le impidió asumir sus responsabilidades como presidente de Titan Defense cuando mi abuela falleció. Mi abuelo nunca ocultó su disgusto por ceder la presidencia a su hijo. Pero no tuvo opción.

Mi abuela dejó claro en su testamento que la presidencia siempre sería de sus herederos consanguíneos. Creo que ella notó el cambio en su marido a lo largo de los años, contaminado por un poder que no sabía manejar. O tal vez siempre fue así. Hay personas que solo muestran su verdadero rostro cuando les dan poder sobre otros.

La empresa pertenecía a la familia de mi abuela. Gregory Maxwell creció dentro de ella gracias a su matrimonio. Era uno de los accionistas, pero no quien la dirigía… hasta que se casó con la heredera. Durante el matrimonio, gobernó la empresa a su antojo.

No sé si agradecerle a mi abuela o enviar toda mi rabia al más allá.

Finalmente llegamos a un banco de madera bajo un manzano. Mi padre estaba leyendo un libro, distraído. Con ropa casual —jeans, zapatillas y camisa con las mangas dobladas hasta los codos— lucía juvenil. No parecía abatido. Su rostro incluso estaba más sonrosado. Suspiré aliviado.

—¿Papá? —Emory fue la primera en hablar. Los ojos verde agua, del mismo tono que los de mi hermana, se alzaron hacia nosotros, al principio inseguros—. ¿Papi?

En un movimiento rápido, cerró el libro, lo colocó en el banco y se levantó de golpe. Di un paso al frente, con el instinto protector alerta, pero me desarmé cuando vi a mi padre abrazar con un gesto cariñoso a su hija.

—Hola, mi Arcoíris, ¿cómo estás? —El apodo cariñoso, seguido de una caricia al rostro de Emis, llenó mi pecho de ternura y alivio—. Has crecido tanto…

—No se puede crecer en tres meses, papá —respondió sin pensar, revelando así su ausencia de espíritu en las últimas veces que nos vimos. Rápidamente le rodeó la cintura con los brazos, apoyando la cabeza bajo su barbilla. Nuestro padre soltó el aire profundamente y la envolvió en su abrazo.

—Perdóname, Arcoíris. Perdona a tu papá —su voz, quebrada, confirmaba que sí, mi padre estaba aquí—. Y tú, ¡amigote! ¿No habrá un abrazo colectivo?

Lo miré, sintiendo el rostro húmedo por unas lágrimas rebeldes. ¡Era mi padre! El hombre que estaba ahí no era un espectro de quien había sido.

Me tomó tiempo darme cuenta de que en ciertas clínicas, mi padre se mantenía estable, sin crisis. En la última visita logré poner de mi lado a una de las personas bajo el mando de Gregory. Esa persona era mis ojos, observando todo lo que ocurría con mi padre: si tomaba sus medicinas a tiempo y con regularidad.

Ese abrazo era la confirmación de que mis sospechas eran correctas: el trastorno, cuando estaba medicado, le permitía convivir en sociedad.

John Maxwell era consciente de su condición. Tomaba sus medicinas. Algo pasó.

Recordé el pasado, cuando de repente empezó a ver cosas que no existían. Fue entonces cuando encerró a mi hermana en su habitación, diciendo que hombres malos iban a atacarla. Ella se escondió bajo la cama. Mi padre empezó a rociar gasolina en su despacho y en todas las habitaciones.

Cuando llegué a casa, el fuego ya había consumido buena parte del lugar. Escuché a Emory gritar y, ese día, adquirí poderes de Spider-Man: escalé hasta el balcón del segundo piso, alcancé la ventana de su habitación —por suerte, entreabierta— y rompí el vidrio para entrar.

Mi padre ya estaba fuera, sin recordar que había dejado a su hija adentro. Solo se preocupaba por los documentos que incriminarían a mi abuelo y lo pondrían en la mira de gente peligrosa. Trabajar en seguridad tenía sus riesgos.

—Vengan, siéntense. Quiero que me lo cuenten todo —nos condujo hasta el banco—. ¿Tendremos presentación este año? ¿Volverás a ser la bailarina principal?

Emis sonrió, ansiosa por contarle sus victorias en aquello para lo que había nacido. Era una bailarina talentosa y el próximo año iría a la universidad conmigo, en uno de los programas que ofrecía la institución.

—Raquel sigue siendo una piedra en mi zapato, pero sí —dijo, erguida—. El papel es mío.

—Mi Arcoíris brillando en los escenarios —regocijó, con una sonrisa abierta—. Y tú, grandullón, ¿cómo va el hockey? ¿Los Gladiadores siguen dándole problemas a la directora Thompson?

—Papá… —Me rasqué la nuca, pues aún hablaba en pasado. ¿Cuánto tiempo habría perdido en su mente?—. Ahora estamos en Michigan, también somos Wolverines.

Su expresión de sorpresa seguida de una sonrisa orgullosa disipó todo miedo e incertidumbre de mi pecho.

—¡Mi hijo… un Wolverine! —Un enfermero pasó junto a nosotros y mi padre, orgulloso, le dijo—: ¡Oiga, mi hijo es un Wolverine!

—Lo sé, señor John. Sebastian Maxwell —respondió el hombre, y mi padre me miró asombrado de que me reconocieran fuera del hielo.

—Creo que le gusta el hockey —encogí los hombros, con una leve sonrisa.

—Me alegra, hijo. Me alegra que estés cumpliendo tus sueños. Y tú también, Arcoíris… —Atrajo a Emory por los hombros, en un abrazo torpe—. Estoy muy orgulloso de los dos.

Permanecimos allí un buen rato, hablando de trivialidades, de nuestras rutinas. Papá preguntó por Austin, Kyle y Jordan, recordando a mis amigos con detalles y mostrando interés por nuestra dinámica en el hielo.

—Creo que ya puedo tener una televisión en mi cuarto. Voy a pedírselo al doctor Stevens. Así podré ver tu próximo partido —

comentó, alegre, pero con tristeza en los ojos. Ver a mi padre limitado era demasiado doloroso.

—Me aseguraré de que la tenga —le prometí. Él me devolvió una sonrisa leve.

Al atardecer nos despedimos con abrazos cálidos y declaraciones de afecto. Cuando tenía a mi padre cerca, nunca prestaba atención a las despedidas, evitando cualquier gesto cariñoso. Era un adolescente, y en mi inocencia, pensaba que lo tendría siempre… hasta que no fue así.

—Dale un abrazo a tu madre de mi parte, hijo. Y aunque no lo sepa, dile "te amo" por mí.

—Papá… —La emoción me cerró la garganta y quise gritar, contarle mis planes, decirle que estaba cerca de acabar con la pesadilla…

Pero no podía.

—No recuerdo que papá estuviera tan bien como hoy —comentó Emis en el coche, camino al hotel—. Claro que algunas veces parecía mejor… más lúcido. Pero así…

—Era así todo el tiempo, un año antes del incendio —respondí, con la mirada perdida en las pequeñas casas alrededor de un lago.

Ella guardó silencio, buscando en su memoria momentos en los que nuestro padre parecía el hombre que habíamos visto hoy. Yo tenía catorce años y ella diez, cuando todo se vino abajo.

Entramos al hotel, las sonrisas de la tarde convertidas en meros fantasmas en nuestros rostros. Quería eternizar el momento, quería tener la certeza de que tendría tiempo, quería encontrar la pieza que faltaba en el rompecabezas.

**Capítulo 22**
W i n t e r  G r a c e




Estoy a unos metros de distancia, en el hueco entre los casilleros que da paso al baño femenino, clavando la vista en el

mismo punto desde hace media hora. La uña del meñique ya fue, y ahora estoy trabajando fielmente en triturar la del anular.

—No puedo creer que hayas conseguido un bicho de esos, Win —Brooke está recostada conmigo contra la pared, mirando por encima de mi cabeza de vez en cuando también—. Nunca imaginé que existiera una página llamada "Fresquitos delivery".

—Ni siquiera tuve que ir al mercado —sonrío, convencida de mi idea brillante—. No pienso dejarlo así. El marcador sigue a favor de Sebastian Cretino Maxwell.

—Cómo este bicho no ha hecho ruido todavía es un misterio para mí —vuelve a mirar, bajando esta vez mi cabeza. Ser la bajita del grupo a veces te convierte en apoyo de barbilla. Afff...

—Aprendí una manera de que se queden dormidos. No es difícil. Y si ya se despertó, ni se nota con este alboroto —señalo el pasillo repleto de estudiantes yendo y viniendo, riendo y hablando a gritos.

—Estoy loca por ver esa venganza ya —dice Sid, frotándose las manos—. ¿Cuánto falta para que llegue?

—Ya debería estar aquí… —comento, mirando el reloj en la pantalla del móvil—. ¿Dónde estás? —murmuro hacia el pasillo, buscando a mi objetivo.

De repente, el hijo de su santa madre —porque insultar a su madre todo el tiempo me empieza a parecer muy mal— aparece conversando con una rubia enganchada a su brazo. Ella es alta, de piernas largas y preciosa. La reconozco de la última fiesta en la que terminé lanzada a la piscina.

Seguro que quiere un remember. Debe de estar tan borracho que ni recuerda que ya se la tiró, pienso.

—¿Por qué estás enfadada? —Brooke indaga, buscando pelo al huevo.

—No estoy enfadada —respondo a la defensiva, cruzando los brazos.

—Te oí gruñir —apunta Sid.

—No soy un perro para gruñir.

—Si empiezas a ladrar y morder, vamos a tener que hablar —añade Brooke, con una preocupación divertida.

—Rrrrr… —acabo gruñendo de verdad.

—¿Ves? —me clava el dedo en el pecho. Aparto la cara hacia el pasillo, sabiendo que discutir sería inútil.

Las voces graves invaden el pasillo, y veo a los Gladiadores y a otros jugadores de hockey. La rubia no se despega de su cuello. Que se joda. Vamos a ver si la Barbie aguada aguanta el susto.

El corazón me late más rápido, y por muy poco no empiezo a dar saltitos en el lugar, como una niña esperando su regalo de Navidad.

Entonces, él gira la combinación de su casillero. No fue difícil descubrirla. Sinceramente, Sebastian tiene algo con el número 23. Atiné en el segundo intento: 23 tres veces y listo, su casillero abierto para mí.

Tiene el rostro girado hacia sus amigos, luciendo esa sonrisa fácil llena de dientes blancos. ¿No se suponía que los jugadores de hockey eran medio desdentados?

Me quedo congelada en el tiempo al verlo girar lentamente el cuello hacia el casillero… y me ve. Un parpadeo con los dos ojos, la comisura izquierda de la boca elevándose un poco más, y ahí está la misma guiñada descarada del otro día en la biblioteca. Antes de que pueda pensar en su nueva forma de abordarme, mi sorpresa para él cobra vida.

En el instante en que abre la puerta, el pollo blanco salta sobre él, batiendo las alas y esparciendo plumas por todas partes.

—¿¡QUÉ COÑO ES ESTO!? —Sebastian grita, defendiéndose del ave que trepa por su pecho, quizá reconociendo a un igual. Era un pollo en varios sentidos. La forma en que Blake Donovan, jugador de Michigan State, lo llamó y su reacción lo delataban.

El pollo se transforma en un verdadero tornado de plumas y cacareos, sus alas golpeando frenéticamente mientras intenta equilibrarse en el pecho de Sebastian. Él agita los brazos, pero el ave se aferra como si estuviera en misión de ataque.

No puedo contener la carcajada que me estalla en el pecho, Brooke sujetándose el estómago de tanto reír y Sidney apoyándose en el casillero, igual de desternillada.

—¡FUERA, FUERA DE AQUÍ! —Sebastian grita, intentando apartar al pollo con movimientos bruscos, pero cuanto más lo intenta, más decidido parece el bicho a quedarse ahí, picoteando el aire como si estuviera listo para pelear.

Los amigos de Sebastian se doblan de la risa, incapaces de ayudar mientras él gira en círculos intentando quitárselo de encima. El pollo ahora le picotea las manos y las alas frenéticas le golpean la cara.

—¡AYUDADME CON ESTA MIERDA! —les pide, mientras ellos tratan de dejar de reír y enfrentarse al pollo gladiador. Río con la comparación: un pollo que, en la arena, también luchaba hasta el final. Pollo Gladiador: la pareja perfecta para él.

La rubia, que antes colgaba de él como un perchero, está ahora a varios metros, apretando los labios para no reír. Algunas fans acérrimas de los Gladiadores miran la escena, incrédulas y con cara de vinagre.

Yo estoy en el paraíso, disfrutando a lo grande de mi venganza emplumada. Sebastian, que llegó con una sonrisa confiada, está sumido en el más puro caos cómico.

Tres de sus amigos lo rodean, y Kyle tiene la idea de coger al animal por el cuerpo, ayudando a Maxwell en la batalla.

—¿¡Quién metió un maldito pollo en mi casillero?! —por fin consigue agarrar al ave, sosteniéndola por las patas, boca abajo, como si fuera un trofeo.

Luego, barre el lugar con la mirada, buscándome. Es como si estuviera seguro de quién fue la culpable. Sus ojos me encuentran de inmediato, lanzando flechas incandescentes en mi dirección. Cruzo los brazos a modo de escudo y sonrío, extasiada.

¿Te gustó probar tu propio veneno y ser humillado en público, idiota? No lo digo en voz alta, pero está implícito en mi cara.

—Túuuu… —arrastra la acusación con voz grave, imponiendo furia.

—¿Yo? —replico, irónica, llevándome la mano al pecho, en falsa indignación—. Jamás. —Giro el rostro hacia un lado, sin preocuparme de ocultar la sonrisa burlona—. Pero admitámoslo, has acertado con tu bichito de mascota, Maxwell. Un pollo para otro pollo. Tu error fue traerlo de paseo por la facultad.

—No tengo un pollo de mascota y todo el mundo lo sabe — se queda quieto un momento, dándose cuenta de que se estaba defendiendo de una ridiculez y de una ofensa—. ¡Y pollo las pelotas!

Bajo la mirada hacia su entrepierna.

—Hasta tus pelotas son de pollo. No sabía que la cobardía se irradiaba por todo el cuerpo.

Avanza hacia mí, quedando a un metro de distancia, con el pollo levantado al costado del cuerpo. No le tenía miedo al ave, al fin y al cabo yo misma la había dormido en su casillero. Sin embargo, tan agitada como estaba, y siendo sostenida por su compañero de equipo, me dio cosa que me picara.

Sebastian da otro paso, inclinándose sobre mí, pero manteniendo el pollo lejos con el brazo extendido.

—No, Gelito. Mis pelotas no tienen nada de pollo. Son muy valientes… tanto que quieren meterse en tu laguito congelado. ¿Qué opinas? —su voz suena grave y maliciosa, y lo dice lo bastante alto para que todos lo escuchen. El apodo de virgen de hielo sube desde el fondo de mi subconsciente hasta la superficie.

¡No soy un bloque de hielo, maldita sea! Solo que todavía no encontré a la persona indicada. Por el rabillo del ojo noto que tenemos público. La idea de que todos lo sepan me deja atónita. Siento las mejillas arderme de vergüenza. Y sin saber qué hacer, hago lo impensado.

Mis manos se mueven solas, agarrando su camiseta y tirando de él hacia mí. Nuestros rostros quedan tan cerca que siento su aliento caliente en mi piel. La cabeza me da vueltas en un conflicto de odio y deseo por el cretino.

¿Por qué tiene que ser tan guapo? ¿Y tan bien oliente? Mierda… huele tan bien. Por un segundo quedo atrapada en su

mirada, que promete lujuria y desenfreno. Quiero gritarle y, al mismo tiempo, quiero besarlo. ¡Qué mierda!

—Mi laguito… no está congelado. Es puro fuego. Lava ardiente. Pero nunca vas a saberlo, cretino —lo empujo con una fuerza sobrehumana, escuchando al pollo cacarear por el movimiento brusco.

Le doy la espalda y empiezo a alejarme con pasos duros.

—¡Eh! ¿Y qué hago con tu pollo? —grita.

—El pollo es tuyo, Maxwell —digo por encima del hombro—. Salió de tu casillero. Yo no tengo nada que ver.

Camino por el pasillo, alcanzando a Brooke y Sidney, que saludan con una sonrisa traviesa a los Gladiadores antes de seguirme. El cuarteto había aumentado. Me pregunto si llegarán a hacerle una camiseta al pollo.

—¿Qué crees que harán con él? —Sid comenta a mi izquierda.

—¿Será que saben preparar un buen guiso de gallina?

—Sé que Kyle cocina —revela Brooke.

—¿Y cómo lo sabes? —Sid se apura a preguntar.

—Llevó unos cupcakes a clase el otro día. —Se encoge de hombros—. No me miren así. Los repartió a un montón de gente, ¿vale? Yo solo estaba ahí.

—¿Fue antes o después de que estuvieran juntos? —nuestra amiga insiste en el interrogatorio. Brooke había contado que salió con un jugador de hockey e incluso dijo el nombre, pero no me había dado cuenta de que Kyle era ese Kyle, ¿entiendes? Todavía no había tenido mi encontronazo con Sebastian para fijarme.

Brooke suspira, aburrida, cansada del tema.

—Mira, amiga. Se besó con otra chica el mismo día que estuvimos juntos. No quiero nada con un tipo tan mujeriego. Si quiere estar con todas, que lo haga. —Levanta las manos en señal de rendición—. Su insistencia es solo culpa por haber sido un imbécil. Es del tipo que quiere remediar la cagada.

—O del tipo que solo quiere lo que ya no puede tener —planteo yo—. ¿Debería hacer un artículo sobre eso para el periódico del campus?

—No es mala idea. Podría titularse: Cómo no caer en la labia de un patán —anuncia, imitando la voz de un locutor.

—Sería un buen gancho —Sid aprueba.

—Voy a presentar la idea al equipo. Quién sabe, quizá salga en la próxima edición. —Mira hacia arriba, como si guardara la idea en su "disco duro mental"—. Peeero… ahora que resolvimos el asunto "venganza del pollo", ¿podemos pasar al siguiente?

—¿Cuál? —pregunto, intentando recordar si hablamos de algo que se me escapó.

—Tu cumpleaños, reina —Sid lanza el tema—. ¡Faltan diez días! Y podemos hablar con Riley. Ella quiere una fiesta con temática, de verdad. La de Halloween del año pasado fue un desastre, pero sospecho que este año será top. —Me empuja con el hombro.

—¿No es porque estoy aquí que podría ser buena, Sid?

—Amiga, será buena justamente por eso. Estarás aquí con nosotras y no del otro lado del Atlántico —aclara Brooke.

Sonrío, halagada por el cariño de ellas.

—Si las chicas no quieren fiesta de cumpleaños, podemos pedir una pizza y listo, ¿vale? —añado, pensando en la posibilidad de que mi bronca con Sebastian influya en la decisión de las Kappas.

—Ahora, más que nunca, la fiesta está garantizada, amiga.

—¿Pero ellos estarán invitados? —replico, dudosa—. Porque, porque… acabo de meter un pollo en el casillero del Gladiador Mayor, y…

—Y no hará nada en nuestro territorio —puntualiza Sid—. La casa es enorme, puedes estar de un lado y él del otro. No pasará nada. Y a medianoche del 1 de noviembre, cantamos "Feliz cumpleaños".

—Por poco no nace una brujita, ¿eh, amiga? —Brooke bromea con la fecha—. ¿Te imaginas si hicieras magia?

—Entonces sería una maga… —añade Sid.

—¿Quién dijo que no lo soy?

—Ah… Sebastian Maxwell está seguro de que sí eres, gata —Sid suelta una carcajada, señalando con el pulgar hacia atrás—. Solo que en vez de un conejo, sacas un pollo.

—Blanco, al menos. Ya cuenta —encogo un hombro y le guiño un ojo, sonriendo.

Seguimos nuestro camino, cada una hacia sus clases del día. Por la noche, hablaríamos con las chicas sobre la idea de la fiesta. No quiero ilusionarme, pero sería sensacional que mi primer cumpleaños en Michigan fuera inolvidable.

**Marcador: Winter 4, Sebastian 4.**






Mis pasos pesan hasta la cocina. Siento que no descansé nada anoche. Dormí, sí… pero, a las cuatro de la mañana, la maldita gallina —proyecto de gallo— empezó a cantar desafinado.

Le lancé una almohada a la jaula que compramos en la pet store cerca del campus, y pareció entender el mensaje. Pero se le olvidó otra vez a las cinco de la mañana… y luego a las seis.

Sinceramente, ¿los pollos nacen con un reloj interno? ¿Por qué carajo canta cada hora?

Llego a la cocina y, antes de sentarme, noto el movimiento alrededor. Kyle está de pie preparando el desayuno con la ayuda de Jordan y Mason, mientras charlan relajados sobre el partido del fin de semana. El olor a huevos y bacon friéndose en la sartén inunda el ambiente.

En la mesa, algunos de los otros chicos conversan animadamente, soltando chistes aleatorios, todavía con ese aire de pereza matutina. La cocina, abierta al salón, hace que todo se sienta más cercano… y más ruidoso.

Me siento en el taburete de la isla y presencio una escena inédita: Prince acaricia al pollo debajo del brazo, como si el desgraciado fuera de verdad una mascota.

—¿Podemos quedarnos con él? —pide como un niño que quiere un perro.

—Quedamos en que hoy nos deshacíamos de él —protesto, todavía con la voz ronca de sueño. El pollo alza el cuello al instante y gira la cabeza, como si así me viera mejor.

—Ah… ¿lo ves? Reconoce a papá —añade Austin. Cojo una manzana y se la lanzo, él la atrapa al vuelo mientras el gallo cacarea asustado—. ¡No hagas eso, que asustas a tu hijo!

Kyle, que hasta entonces estaba callado, girando unas tortitas en la sartén, suelta una risa por lo bajo, seguido del resto de los chicos.

—¡No es mi hijo, Prince! —aclaro, sacando pecho—. Deja de decir gilipolleces.

—Si no quieres asumir la paternidad, la asumo yo. Me gusta el pollo. Y no tenemos mascota.

—Sabes que esto es una fraternidad y no una casa de campo, ¿verdad? —añade Jordan, que al menos parece ver la situación con lógica.

—Pero tenemos un jardín enorme. Puedo hacerle una casita.

—No es un perro, Austin. Es un pollo —ahora Kyle también está de mi lado. Menos mal…

—Le hago un palo para posarse, yo qué sé… lo buscaré en internet. Es pequeño y no molesta a nadie. Mira, ya hasta come de mi mano. —Coge un puñado de cereales y el pollo picotea sin parar.

—Carajo, Austin, ¿hablas en serio? —Kyle se ríe, pero pronto el ambiente se pone competitivo. Mason se gira desde la encimera, donde estaba exprimiendo zumo, y observa al pollo con expresión pensativa.

—Pues… hasta es gracioso —comenta. Y antes de que pueda procesarlo, los demás en la mesa empiezan a murmurar de acuerdo.

Jordan niega con la cabeza, pero la sonrisa lo delata: también está entrando al juego.

—La verdad, molaría tener una mascota. No es lo que habíamos pensado, pero… es buena idea.

—Si voy a compartir la paternidad, todos tendrán que cuidar del hijo —replica Prince, imponiendo su condición. ¿Qué mierda está pasando? ¿Ahora todos quieren ser padres del pollo que Gelito me regaló?

—Estáis de coña… —bajo la cabeza, negando y pasándome la mano por la nuca. No me creo lo que está pasando.

—Hablo en serio —Jordan se gira hacia los demás—. Creo que deberíamos votar. ¿Quién quiere compartir la responsabilidad del pollo? Hacer turnos para cuidarlo.

—La votación debería ser si el pollo se queda —propongo.

—Vale, que sea la primera votación. A ver… ¿quién quiere que el pollo sea nuestra mascota? —Estoy en una pesadilla cuando veo que todos levantan la mano. ¡Carajo!—. Listo. Votación unánime.

—Gelito metió el pollo en mi taquilla para humillarme, ¿sabéis? —todavía intento explicar.

—Tú le hiciste de todo, y el pollo fue majo. Hemos ganado mascota.

¡Carajo, Gelito! Mira la mierda en la que estás convirtiendo mi vida.

—¿Un pollo como mascota de la Alpha? —mi voz sale aguda —. ¿En serio?

—Dentro de un tiempo será un gallo precioso —defiende Prince, abrazándolo más fuerte y apoyando su cabeza en el pecho—. Mi hijo… —Lo eleva frente a él.

—Será hijo de todos, Prince. Las mascotas son de todos — replica Mason.

—Yo soy el principal, que fui el primero en quererlo después de que su padre lo rechazara.

De repente, la cocina se convierte en un gallinero de voces, cada uno reclamando su parte en la custodia del pollo. Yo miro la escena con expresión cansada, intentando entender cómo el día empezó con un pollo cantando como gallo y terminó en un debate sobre quién será el "padre" del desgraciado.

Suspiro, rindiéndome. La fraternidad Alpha Tau Omega tenía nueva mascota: un pollo.

Por fin, el tema se va apagando mientras todos desayunan. Hasta que empezamos a escuchar notificaciones simultáneas en todos los móviles.

Mason, apoyado en la isla con el teléfono delante, es el primero en mirar.

—Fiesta de Halloween en la Kappa, gente —anuncia—. Y… —levanta la vista directamente hacia mí—. El cumpleaños de cierta rubia.

No puedo evitar sacar el móvil del bolsillo al instante para comprobarlo.



—Mira, hijo. Mamá va a cumplir años —comenta Austin mirando la pantalla del móvil.

—¡Cierra la boca, Prince! No es la madre de una mierda —ladro. Un segundo después me siento idiota. ¿Acabo de sonar como si quisiera al pollo?

—Tienes razón. Una madre no abandona a su hijo. —Chasquea la lengua y vuelve a darle cereales al pollo.

—Es la primera invitación que llega de Halloween —comenta Jordan—. ¿No?

—¿Estás considerando ir a la fiesta de cumpleaños de Gelito? —pregunto, frunciendo el ceño, sintiendo rabia de que mi amigo siquiera contemple la idea… hasta que… —Ah… vamos a ir, sí. —Mi humor empieza a cambiar a medida que varias ideas se me ocurren.

—Es de disfraces. ¿Montamos lo de gladiadores? —recuerda Kyle, ya que hemos ido varias veces así.

—Por mí bien. Creo que quiero ir enmascarado —Austin mira hacia arriba, pensativo.

Él lo "creía"... y yo lo tenía clarísimo. Porque yo iría enmascarado a esa fiesta. Y Gelito solo lo descubriría en el momento justo.

—Creo que hasta voy a comprarle un regalo por adelantado a Gelito —comento, cruzando los brazos sobre el pecho y recostándome en el respaldo de la silla, más relajado.

—No vayas a comprarle una gallina, tío —devuelve Jordan, y todos se ríen, soltando tonterías distintas.

—No, no… será una sorpresa.

—¿Y le va a gustar? —Prince se interesa.

—Ah, con muchísimo gusto… puedes estar seguro.

**Capítulo 24**
W i n t e r  G r a c e




No tenía nada mejor para ocupar mi mente y por eso estoy tecleando, furiosa, uno de los capítulos del libro que compito con Sebastian. ¿Podría estar haciendo algo más productivo con mi

tiempo? Claro que sí. Pero mi cabeza está demasiado ansiosa como para razonar.

Toda la semana he parecido una idiota esperando la represalia de Sebastian.

Nada.

Hasta ahora no ha hecho absolutamente nada. Lo que significa que está planeando algo. No pensará que, al final, me dejará en paz… ¿verdad?

En estos días, he sentido incluso una confusión extraña… como una frustración ante la posibilidad de que haya desistido de molestarme. Ese era el objetivo desde el principio, después de todo.

Entonces, ¿por qué estoy aquí, maltratando mi portátil para concentrarme en no parecer otra vez una idiota que busca atención cada vez que lo ve, eh?

Yo pedí esto. El pollo fue mi jugada final para ganar la partida. Sebastian había reculado. Incluso en esta clase, en la que solía sentarse cerca de mí, ha mantenido las distancias.

Me equivoco en una letra y empiezo a apretar la tecla de retroceso con más furia, borrando todo el párrafo. ¿Qué demonios estoy haciendo?

Respiro hondo, soltando el elástico del cabello para liberarlo de la coleta. El dolor de cabeza quizá sea por la fuerza con que lo até. También estoy nerviosa por la fiesta de Halloween.

Las chicas están demasiado emocionadas. Están convencidas de que nuestra fiesta tendrá más gente que la de Delta gracias a las dotes de barmaid de Brooke. Pero lo que me preocupa es que en la invitación pusieron que era mi cumpleaños.

¿Y si es mi culpa que nadie aparezca?

Recibí varios comentarios maliciosos por haber dejado al capitán del equipo de hockey en el banquillo; podrían no ir por mi culpa.

Pero Riley estaba segura de que pasaría lo contrario. Sobre todo después de la historia del pollo. Muchos estudiantes se divirtieron y dijeron admirar mi valentía. Empezaron a ver mi

interacción con Sebastian como el nuevo entretenimiento de la universidad.

La escena del pollo atacando al imbécil me viene a la mente y no puedo evitar sonreír. Realmente fue gracioso.

Miro el párrafo que acabo de escribir y lo analizo desde otra perspectiva. Necesito interpretarlo para responder el cuestionario de la Sra. Daustin. El trabajo que debo hacer con mi enemigo y víctima al mismo tiempo consiste precisamente en eso: 20 preguntas que deben responderse basándose en el libro que tengo en el regazo.

Cojo el móvil, abro la app de mensajes y pienso en enviarle una sugerencia. Como hasta ahora me ha evitado, podríamos dividirnos el cuestionario y luego juntar la conclusión. Así, cada uno hace su parte sin mucho contacto.

Por lo visto, su distancia es la prueba de que soy mejor en el bullying que Sebastian Maxwell.

No quiero crear más problemas. Levanto la vista para ver dónde ha decidido sentarse esta vez. Yo he mantenido mi lugar en la penúltima fila. Él, en cambio, ha variado su sitio en todas las clases últimamente.

Suelto el aire al constatar que todavía ni ha llegado. Típico.

La profesora Daustin empieza a divagar sobre un nuevo tema, proyectando unas diapositivas en la pizarra. Estoy tan concentrada que me sobresalto cuando la puerta se abre de golpe y Sebastian, con otros tres gladiadores, entra en la sala… con gorritos de cumpleaños en la cabeza y cantando "Cumpleaños feliz".

Lleva una cesta con un montón de objetos de colores, rematada con un gran lazo. ¿Es el cumpleaños de alguien?

Mi corazón empieza a galopar cuando sus ojos se clavan en los míos y veo esa sonrisa ladina que indica que todo eso es… ¿para mí?

¿Qué?

—Sr. Maxwell, ¿qué es esto? —la Sra. Daustin intenta contener la interrupción. Pero él sigue su camino sin vacilar.

Camina hacia mí, sonriendo diabólicamente, y los pelitos de mi nuca se erizan, reconociendo el peligro que se acerca. ¿Qué pretende con todo esto?

Cuando me doy cuenta, estoy rodeada por él y sus amigos, que siguen cantando el "cumpleaños feliz".

—Sé que tu cumpleaños no es hoy, Gelito. Pero como me diste un regalo, decidí adelantarte el tuyo. —Aparta mi portátil y deja la cesta sobre mi mesa. Todos los alumnos se giran, comentando y riéndose al ver de qué se tratan esos objetos de colores. ¡Ay, mierda!

Vibradores. Vibradores de todos los colores y tamaños y, lo peor… mucho peor… la mayoría está encendida, haciendo que mi pupitre vibre.

Por instinto pongo las manos debajo cuando él suelta la cesta, sintiendo mi cara arder de vergüenza y rabia.

—No sabía de tus preferencias. Por eso puse un poco de todo. Este de aquí es para el parquecito de atrás —dice, sosteniendo lo que creo que es un plug anal, por el comentario. ¡No! No está haciendo esto. ¡Dios!

—Maxwell, salga de aquí inmediatamente y llévese esa cesta con usted —vocifera la profesora, señalando la puerta.

—Los regalos no se devuelven, Sra. Daustin. Solo quise sorprender a mi compañera —replica con su sonrisa de seductor.

Estoy fuera de mí, oyendo susurros y carcajadas mientras todo mi cuerpo hierve de vergüenza y odio.

—Yo compré las bolitas, ¿eh? Mejor que tengas cuidado con la roja, que calienta mucho —Austin, hijo de puta número dos, señala algo en la cesta.

—¡Fuera de mi clase! ¡Todos ustedes! —la profesora insiste, intentando echarlos y calmar la situación.

No puedo moverme. Estoy en shock. Paralizada por la vergüenza.

Maxwell es el primero en alejarse.

—Por si no lo sabías, me gustó el pollo —añade Austin antes de seguir a su líder.

—Tú empezaste, Gelito —murmura Kyle, saliendo después.

—Ríndete, rubita. Puede ponerse peor —Jordan es el último, y encima me da consejos.

Parpadeo varias veces, aturdida. Los vibradores siguen zumbando en mi mesa mientras las risas me rodean. Llamas del odio más puro palpitan dentro de mí, creciendo a medida que recupero el sentido.

¿Y uno de los gladiadores incluso quiso aconsejarme? ¿Es que todos son idiotas?

—¡Winter! —Levanto la vista al llamado de la Sra. Daustin.

—Pero yo… yo no hice nada. —La elegante mujer se pone las manos en la cintura e inclina la cabeza. Es como si toda la universidad ya supiera la historia del pollo.

—No importa si lo hiciste o no. Solo quiero que te lleves esos… esas cosas de mi clase —su voz suena rara por el carraspeo. —¡AHORA!

Meto el portátil y el libro en la mochila, me levanto y salgo cargando… penes de goma de todos los tamaños. Algunos con otras formas, e incluso había uno que brillaba. Los alumnos siguen riéndose de mí sin parar. Debo estar roja como un tomate.

—Aprovecha bien los de goma. Dudo que consigas uno de verdad antes de graduarte —la venenosa de Chloe se burla en voz alta, provocando otra ola de carcajadas.

Trago saliva y no salgo corriendo solo porque parecería Hansel y Gretel dejando migas en el camino. Solo que, en mi caso, las migas serían vibradores… y mi dignidad.

**Marcador: Winter 4, Sebastian 5.**


WINTER 04
A PATINADORA
VS
05 SEBASTIAN
O JOGADOR

**Capítulo 25**
W i n t e r  G r a c e




*Halloween*

La botella de vodka gira en el aire y Brooke la atrapa por el cuello, sirviendo la medida en su nueva coctelera. Tal como prometí, le compré una en tono morado metálico. Ella estaba radiante, agitando su nuevo juguete al ritmo de la música animada. Parecía incluso que era otro accesorio más de su disfraz de bruja gótica.

El vestido negro tenía bordados que iban del morado al rojo. Las lentejuelas formaban ondas alrededor de su cintura, haciendo que la parte superior pareciera un corsé, mientras la falda acampanada, levantada por el forro de tul negro, daba el toque final. Sin olvidar las medias de red y las botas negras de caña baja. Su máscara tenía el diseño de una araña, con patas finas alrededor de los ojos. El cabello alisado lucía un pequeño sombrero de bruja con los mismos bordados del vestido.

Sí. Estaba perfecta.

—Aquí tienes, guapo. ¡Disfruta! —le entrega la bebida a otro jugador de fútbol americano. Muy original, ¿no?

—Gracias, preciosa… —él le guiña un ojo y, antes de irse, lanza la misma propuesta que ya le han hecho unos diez. —¿Quieres…?

—Cuando dé una vuelta, te busco, grandote —ella le coquetea de vuelta como toda una barmaid profesional, despachando al cliente y empezando la bebida del siguiente.

—No sé cómo puedes hacer eso —comento.

—Ni yo lo sé… pero creo que la coctelera cambia mi personalidad, ¿sabes?

—¿Como en la peli de La máscara? Que cuando se la pone, sale a la luz su personalidad más cruda.

—Algo así…

—¿Hola? —Una chica, vestida de diablita, acompañada de otras dos con el mismo disfraz, nos llama. —Queríamos el "Hechizo Prohibido", ¿puede ser? —pide amable y animada. No son de primer año y parecen entusiasmadas con la fiesta.

—Se han lucido con la carta —comenta una de ellas—. Creo que es la primera vez que vengo a una fiesta con barmaid

profesional. —Sostiene el papel plastificado con los nombres y el contenido de cada cóctel.




Brooke sonríe y hace malabares con dos botellas de colores. Cada una tenía un LED fluorescente en el fondo para que el efecto visual fuera mayor.

—No soy profesional, cariño. Lo hago por diversión —dice, vertiendo un poco de cada botella en la coctelera.

Yo ya tengo el zumo de uva listo y lo vierto en la cantidad exacta. Brooke toma el licor de cacao para añadirlo.

A continuación, agita la coctelera un poco más y la ayudo a servir en las tres copas de acrílico que las chicas reciben sonrientes. Cada invitado recibía una de esas copas al entrar en la fiesta. Riley y Paige mandaron personalizarlas con el logo de la fraternidad y una brujita sensual. La misma del convite.

Cuando ellas se alejan, me vuelvo hacia mi amiga.

—Guau… pensé que no vendría nadie —declaro, impresionada por la cantidad de gente que ya había allí y que seguía entrando por la puerta.

El salón principal de la Kappa estaba totalmente en el ambiente de Halloween. Las chicas se habían esmerado en la decoración. Había mesas colocadas en aparadores con aperitivos y dulces, todos siguiendo la temática del Día de las Brujas.

Las lámparas eran globos con forma de calabaza en LED amarillo, lo que dejaba la atmósfera macabra y acogedora a la vez. Vaya combinación. Y telarañas… En esa parte, Cameron se había pasado un poquito. Había telarañas en todas las mesas, en las paredes, decoradas con pequeñas arañas.

Ah… y no puedo dejar de mencionar la nueva versión del "beso bajo el muérdago" que inventaron. Había una calavera sin piernas cubierta con un manto negro raído y con ojos que parpadeaban en rojo cuando alguien pasaba por debajo, colgada estratégicamente en un pasillo. Al lado habían puesto un cartel: beso de la muerte, y en letras más pequeñas, las instrucciones:

**"Quien bese bajo el manto de la muerte,**
**se entrega al destino y a la suerte,**
**en las sombras de la noche se encontrarán,**
**y en la habitación secreta se devorarán".**

La habitación secreta era uno de los cuartos de la planta baja que normalmente tenía escritorios y una estantería enorme en la pared del fondo, repleta de libros. Hoy estaba cubierta con sábanas negras que tapaban todos los muebles y más telarañas. Las chicas habían dejado solo uno de esos sillones enormes para que las parejas jugaran a sus siete minutos en el infierno. Porque en Halloween, claro, no se podía ir al paraíso, ¿no?

Bueno… las chicas se encargaron de forrar el dichoso sillón con mucho film transparente y una sábana morada. El tapizado estaría protegido de las parejas más impetuosas, digamos.

—Riley te dijo que estuvieras tranquila. Ella estaba segura de que la fiesta sería un éxito.

—Pero Chloe envió ese mismo día también la invitación de Delta Zeta. Yo pensé… pensé que a la gente le gustaba la fiesta de allí.

—Les gustaba antes de que cierto angelita cayera del cielo aquí —bromea, sujetando mi aureola sobre mi cabeza—. Ese disfraz tuyo es muy mono.

Miro mi ropa, agradeciendo lo talentosa que es Paige. Tomó uno de mis leotardos blancos y le cosió cuentas plateadas y doradas formando dibujos de flores. No sé de dónde sacó una falda tutú blanca. Y claro que fuimos a una tienda a comprar los demás accesorios. Las alas de ángel con el arco dorado acoplado sobre mi cabeza daban el toque final.

Estábamos en completo contraste detrás de la barra. La bruja y el ángel.

—¿Será que Sid ya salió de la habitación? —Señala con la cabeza hacia la puerta de la habitación secreta.

—Creo que todavía no ha encontrado a su sombra de la noche. Perdí la cuenta de cuántas veces se ha quedado debajo de ese cacharro.

—Yo también… —Nos reímos juntas.

Nuestra amiga decidió no ponerse máscara, sino pintarse la cara y montar su propia versión de Harley Quinn. Ya había arrastrado a dos Jokers para ver si había química hasta la famosa calavera. Pero debió de no funcionar, porque sigue intentando.

La música sube y más gente se acerca a pedir sus bebidas. Allí bailamos, bromeamos e interactuamos con todos. Estar en la barra no era una carga, sino pura diversión.

Por suerte, cuando la gente se amontonaba a nuestro alrededor, siempre aparecía alguien a nuestro lado para que la situación no se descontrolara.

—¡Eh, Gelito! ¡Quiero un beso mortal tuyo! —La voz familiar resuena entre los golpes de la música alta. Levanto la vista para ver

a un Capitán América muy sonriente. Tardo un momento en darme cuenta de que no era él. No… no podía ser. Sus ojos no tenían la misma fuerza que siempre me provoca él. Suspiro, viendo el hoyuelo en la mejilla.

—Hola, Austin… —lo reconozco, aburrida.

—¿Cómo sabes que soy yo? Podría ser Sebastian.

—Imposible —digo… y me arrepiento enseguida, viéndolo inclinarse sobre la barra y acercarse más a mí, estudiando mi rostro.

—Cuidado, Gelito. Reconociendo a Sebs así, parece que te estás enamorando.

—Otra cosa imposible de que pase. —Chasqueo la lengua y empiezo a preparar su cóctel. Luego lo agito tres veces antes de verterlo en la copa que me pone delante.

—No parece el Beso Mortal que pedí. Probé el de Katy y era azul. —Bebe un sorbo—. Definitivamente no es. Pero está bueno, Gelito. ¿Me cambiaste el pedido para darme algo mejor, eh? Quieres conquistar primero al mejor amigo. —Sacude la cabeza con una sonrisa que me dan ganas de borrarle de un puñetazo. Pero solo respiro hondo.

—Es Veneno de Vampira —revelo, forzando la sonrisa—. Si no puedo envenenar de verdad, puedo imaginar que lo hago con la bebida, ¿no?

Austin entorna los ojos mientras sorbe por la pajita, con una sonrisa astuta dibujada en la comisura.

—Hoy el veneno está de lujo, Gelito. Pero te equivocaste de víctima. Quien lo está disfrutando no soy yo… —replica rápido—. Ah… y tu disfraz está mal.

Por instinto llevo la mano a mi aureola, pensando que podría estar hablando de que estaba torcida. Él sonríe aún más.

—Tendrías que llevar cuernos y cola, Gelito. Lo de ángel no va contigo. —Me guiña y se va, riendo, abrazado a una chica. Noto que era mi excompañera de cuarto.

Ni me di cuenta de que ya había pasado por la barra. Fue tanta gente que ni presté atención a si conocía a alguien o no. Al

final, la mayoría está enmascarada.

—Creo que los gladiadores vinieron a nuestra fiesta —concluye Brooke a mi lado—. Estoy casi segura de que acabo de servirle a Kyle y a Jordan hace unos minutos.

Mi cuello gira noventa grados tan rápido que escucho un crujido agudo.

—¿Será que él vino?

No hace falta mencionar de quién hablo. Brooke me mira por encima del vaso, sorbiendo por la pajita.

—Si están esos tres… entonces… —Deja la frase en el aire.

¡Carajo! Presiono las sienes, masajeándolas para aliviar la sensación extraña. El viernes me morí de vergüenza atravesando el campus con aquella maldita cesta.

No sabía si sentarme en el suelo y fingir que no existía, tirarla directamente a la basura —aunque ni siquiera cabía— o empezar a deshacerme de uno en uno. Media hora con todo el mundo mirando. Quien no hubiera visto el show de Sebastian en clase, pensaría que estaba desechando vibradores que no me habían gustado en plena universidad.

Mierda. Al final decidí salir corriendo. No lloré. No. Pero la vergüenza me invadió por completo. Llamé a Sidney, que voló con el coche para recogerme donde estaba.

Cuando llegué a la Kappa y subimos a la habitación, fue cuando me derrumbé. Lloré con el zumbido de fondo de aquellos malditos cacharros, oyendo las quejas de Brooke y Cameron mientras intentaban apagarlos. Lo peor es que algunos tenían varios modos y hasta que pasabas por todos, el ruido no paraba.

Esa maldita cesta era la venganza del pollo. Habíamos subido el nivel del juego… y Sebastian iba un paso por delante. Maldita sea. Lo peor fue enfrentarme a todo aquello que solo había visto por internet, porque nunca tuve el valor de comprarme un vibrador. Virgen. Tenía 19 años y seguía siendo la virgen de hielo.

Media hora después, tumbada en mi cama con mis amigas, empecé a mirar la cesta de otra forma. Con curiosidad.

—Algunos son hasta monos —dijo Brooke, levantando una bolita con carita de cerdito y una lengua diminuta—. Este es un vibra clitoriano —analizó, girándolo en la palma—. ¿Puedo quedármelo?

—¿Eh?

—Bueno… te lo dio a ti, ¿no? Y… no tienes por qué tirarlo todo. —Después fue Sid la que comentó, sosteniendo uno con forma de pene y un conejito en la base, rosa chicle.

—¿Están hablando en serio?

—Venga ya, Win. Somos todas chicas. No hay que tener prejuicios si quieres un vibrador. Es normal —afirmó Cameron, cogiendo uno verde—. Podríamos ver quién de las chicas quiere alguno.

—¡Mira este! —Sidney alzó la cajita—. Es de esos de braguita con control remoto.

—Déjamelo ver. —Brooke se lo quitó enseguida—. Amiga, si no lo quieres, ¿puede ser mío?

Levanto la vista, viendo que mi desgracia se había convertido en un mercadillo. Pero entonces reparo en la cajita y noto que era justamente el vibrador pequeño, con una elevación para la vagina, que había estado buscando el otro día. No puede ser. Soplo el aire, enfadada, debatiéndome entre quererlo y alejarlo.

—¿Hay otro? —pregunté, y Brooke me miró un segundo antes de volver a hurgar en la cesta.

—Sí… ¡hostia! Es otro modelo, pero tú quédate con ese que no tiene forma de polla y yo me quedo con el otro. —Me entregó la cajita y sacó otro de la cesta, mostrando un vibrador de braguita con una protuberancia mayor para penetración vaginal.

—No me creo que estemos haciendo esto. —Negué con la cabeza.

—Nadie tiene por qué saber que te quedaste con nada —me animó Cameron—. Y si lo saben, pues que se jodan. Eres una mujer adulta que le regaló un pollo al cabrón. —Se rió—. Estos vibradores van a hacer a las chicas de la Kappa mucho más felices de lo que el pollo habrá hecho a la Alpha.

—Eso sin duda. —Reí también y mis amigas me acompañaron.

La cesta desapareció en minutos. No quedó nada. Ni siquiera el lazo que Sebastian había puesto.

Un sonido ensordecedor me sacó del recuerdo, devolviéndome al Halloween que se vivía en toda la planta baja de la fraternidad. Vete tú a saber quién había empezado a apretar una bocina para cambiar las parejas en el cuarto de los secretos.

—Vamos a dar una vuelta y cerrar un poco el bar. Quiero bailar —Brooke señaló la pista de baile, y colgamos el cartel de Cerrado con una calavera. Debajo ponía: ¡Peligro! Si tocas algo serás maldecido.

Bailamos, comimos un poco y empezamos a recorrer la fiesta. Todos parecían haberse olvidado de los incidentes entre Sebastian y yo, saludándome sin rastro de rencor por el capitán del equipo de hockey.

Habíamos bebido algunos tragos mientras preparábamos para los demás detrás de la barra. Tal vez probar un poquito de cada uno no fuera la mejor combinación. Pero mis nervios se pusieron de punta al notar que había visto a tres de los gladiadores y todavía no al líder.

Necesitaba relajarme… y no iba a ser con el vibrador que había decidido guardar. Bueno… tal vez más tarde. Por ahora, me quedaba con el baile y la bebida.

Estamos en la pista, bailando juntas al ritmo de "Savage Love" de Jawsh 685 & Jason Derulo, cantándonos una a la otra cuando Sidney se acerca y seguimos una coreografía ridícula con muecas y poses en medio del estribillo. Me estoy divirtiendo tanto que hasta olvido la tensión de hace un rato.

Mi cuerpo se balancea ahora al compás de Shivers de Ed Sheeran. La sensación de anestesia sigue ahí, y me siento ligera, encajada por primera vez entre otros alumnos, y no solo con las chicas de la Kappa.

Brooke es abrazada por uno de los jugadores de fútbol americano, girándose hacia él y bailando con los brazos alrededor de

su cuello. Sidney se está devorando la boca de un Beetlejuice, y lo único que veo es la peluca del tipo moviéndose con el ritmo de los besos de mi amiga.

Sonrío por la sensación familiar de la escena, algo que siempre pasaba: ellas divirtiéndose con los chicos, como en el instituto, cuando Summer estaría pegada a Josh en algún rincón y yo… suspiro… estaría bailando sola. Mi sonrisa se apaga poco a poco hasta que… un brazo me rodea la cintura y me pega contra un pecho duro.

—Nunca he sido santo, pero después de verte bailar, muero por entrar en el paraíso. —La frase es barata, lo sé. Pero el cuerpo que se erige detrás de mí, tan posesivo, susurrándome al oído, no me provoca apartarlo… sino pegarme más.

—Puede que esté disfrazada, ¿sabes? —Levanto la vista para intentar verlo. Su rostro está cubierto con una máscara negra, pero la sonrisa seductora me deja las piernas como gelatina. Y el perfume… ¡Dios! Ese olor es demasiado bueno. Cierro los ojos intentando recordarlo y…

—Solo si el disfraz es de sirena, porque estoy encantado.

—La sirena encanta con su canto.

—¿En serio? —Frunce el ceño con una confusión divertida—. Pensaba que era cuando bailaba. Pero aquí… no podría oírte, angelita. Solo si fuera en otro lugar. —Mira en dirección al cuarto secreto.

Pienso en apartarme, como siempre hago. Entonces, una serie de imágenes chisporrotea en mi cabeza: el apodo de virgen de hielo parpadeando como un letrero luminoso, los vibradores temblando en mis manos el viernes, Sebastian llamándome Gelito una y otra vez… todo encajando con la situación que quiero cambiar. Aunque sea aceptando, por fin, el avance de alguien en una fiesta.

Lo miro y… está buenísimo. Lleva un pantalón ajustado de satén y una camisa blanca estilo pirata, cubierta por un chaleco rojo.

—¿Cuál es tu disfraz? —pregunto, sin apartar sus brazos de mi cintura, apoyándome en ellos para verlo mejor.

El seductor saca una rosa roja de no sé dónde, la coloca sobre sus labios y me la muestra. ¿Se supone que debo adivinar?

Niego con la cabeza.

—Don Juan DeMarco, el apasionado —declara, dándome la rosa.

—¿No sería Don Juan DeMarco, el gran amante?

—Gran amante… —Se humedece el labio inferior con la lengua sin apartar sus ojos intensos de los míos. Luego aprieta mi cintura, pegando mi espalda a su pecho y se inclina hasta mi oído—. No sé si puedo afirmarlo con certeza, pero puedes comprobarlo si quieres. —Besa justo debajo de mi oreja y un escalofrío me recorre la columna como una ola descendente.

La saliva se me espesa y me siento atrapada en la atmósfera que él crea a nuestro alrededor. ¡Dios santo! ¿De verdad este tipo se metió tanto en el papel del disfraz?

—Entonces, angelita…

Me quedo quieta unos segundos intentando reconocerlo, pero recuerdo que yo también llevo máscara. Tal vez él no sepa quién soy, igual que yo no sé quién es.

El disfraz y todos los tragos que he probado hasta ahora me hacen sentir absurdamente valiente. Así que entrelazo nuestros dedos y lo tiro de golpe hacia adelante, sin aviso. Él da un paso brusco, sorprendido. Suelto una risa involuntaria que parece molestarle. El momento pasa rápido cuando se da cuenta de que estamos bajo la calavera de ojos rojos.

—¿Qué va a ser, Don Juan? —lo desafío, levantando la cabeza para alinear nuestros rostros. Él me aparta un mechón detrás de la oreja, admirando mi cara bajo la máscara.

—¿Quieres que te bese? —pregunta, inseguro—. ¿Estás segura?

La pregunta golpea mi inseguridad y pienso que lo estoy haciendo todo mal. ¿Será que no es así como funciona? La garganta se me cierra y empiezo a retroceder despacio. Entonces, él me tira

de nuevo, esta vez de frente. Don Juan me sujeta la nuca, obligándome a levantar el rostro.

—Estoy loco por besarte, angelita. Solo quería estar seguro de lo que quieres —susurra a un centímetro de mi boca—. Solo pestañea y sabré que es un sí.

¿Quién en su sano juicio condiciona un sí a una pestañada? Es imposible no pestañear.

No me da tiempo a protestar, porque el parpadeo llega antes… al igual que la boca de Don Juan, que choca con la mía.

Me chupa el labio inferior con suavidad, succionando y deslizando la punta de la lengua de forma sensual. Lo siento contornear mi boca, explorando cada rincón con minuciosidad. Es una sensación extraña de posesión, como si el beso fuera una especie de reconocimiento.

La mano en mi cintura me empuja más hacia él. Enrosco los brazos alrededor de su cuello buscando equilibrio. Algo crece entre nosotros y, cuando lo noto, me doy cuenta de que es su erección. Gimo sin pensarlo, con ganas de frotarme aún más contra el enmascarado.

El beso se vuelve más intenso, su lengua se desliza dentro de mi boca, tocando y acariciando la mía, encendiéndome, haciéndome sentir viva. Su mano, que estaba en mi cintura, baja hasta mi trasero, y contengo el impulso de apartarla. Necesito dejar que fluya… necesito sentir. Misteriosamente, él percibe mi incomodidad y la devuelve a mi cintura. Es como si estuviera esperando que el beso se tornara más feroz para continuar con los avances.

Nuestros labios se mueven y las lenguas luchan, buscando espacio antes de enroscarse una con la otra. Es perfecto. Es pleno. Y si a él no le está gustando, me da igual. Porque yo estoy adorando cada segundo de este beso.

Mis manos se deslizan por su pecho, sintiendo la ondulación de los músculos. Mi vientre se retuerce con una necesidad creciente mientras mis dedos recorren la dureza del abdomen, cubierto por el fino tejido de la camisa.

En ese momento, la puerta del cuarto secreto se abre y la pareja que estaba dentro sale sin mirarnos. Cada uno camina en direcciones opuestas, como si fueran dos desconocidos.

—Si entramos ahí… ¿vamos a salir así? —pregunto, dudosa. Sin saber si quiero un contacto más íntimo solo por unos minutos.

—¿Me quieres solo para ti, angelita? —Muerde la comisura de sus labios con una media sonrisa.

—No es eso… es que… —Respiro hondo, sin saber explicar que no he tenido buenas experiencias en el pasado. Cuando alguien avanzaba, algo en mí se sentía mal. Nunca me sentía preparada, y los que elegía… ni siquiera sabían besar bien. Cosa en la que este tal Don Juan parece ser especialista. Me da miedo avanzar y después sentirme incómoda… o usada.

—No voy a apartarme de tu lado. Me quedaré contigo mientras esté en esta fiesta —promete, sujetando mi barbilla.

No debería. Lo sé. Pero confío en él. Por eso, otra vez, lo tiro con brusquedad hacia el interior de la habitación. Si pienso demasiado, me voy a echar atrás.

Es hora de demostrarle a Sebastian que está completamente equivocado sobre mí. Le dije que era lava, y no un lago helado. Y… es hora de demostrarme esa verdad también.

**Capítulo 26**

S e b a s t i a n  M a x w e l l




Ella no me está reconociendo.

No. La idea de venir enmascarado era justamente esa. Pero aun así, no pensé que funcionaría.

Me mantuve a distancia, con miedo de que en algún momento pudiera ver a través de la máscara. No pasó. Pasé buena parte de la fiesta aguantando a algunas chicas que me descubrieron solo por los demás.

Austin se encargó de revelarse quitándose la máscara de Capitán América. Y Kyle decidió complicarle la noche a unas cuantas viniendo de cocinero sexy, con un pantalón y un delantal de cocina. Jordan fue un poco más creativo y se vistió de mecánico con un mono. Así que no era difícil adivinar que yo estaba detrás de la máscara de Don Juan.

Solo que yo no quería que ella lo supiera. No…

Mientras todos iban a la barra, donde ella y Brooke se divertían preparando tragos llamativos, me mantuve lejos. Y sí… bebí algunos de sus cócteles que los chicos traían para mí. Brooke

tenía un don, y Winter la acompañaba en cada movimiento. Desde ahí podía ver que la rubita no era la actriz principal.

Esperé toda la noche la oportunidad perfecta para acercarme. Quería aprovechar el anonimato para jugar con ella. Solo bailar y seducirla en mi órbita, como ya hice con tantas otras. Sin embargo, no pensé en besarla. Nunca.

Soy demasiado orgulloso como para esconderme detrás de una máscara para conseguir la atención de alguien. Incluso si fuera un plan para luego humillarla, llegar al extremo de tocarla estaba fuera de mis planes.

El pollo fue el límite que ella cruzó, borrando cualquier rastro de deseo enterrado que pudiera tener por ella. Tenía claro que ya no la quería. Ese coqueteo en la biblioteca terminaría ahí.

Y entonces se puso a bailar con sus amigas.

Mis ojos revisaron a todos los idiotas a los que les prohibí acercarse a mi Gelito, y sentí un odio puro, unas ganas de partirle la cara a cada uno. Lo peor fue ver a Theo dar un paso en su dirección justo cuando sus amigas se divertían de un modo que la dejaba fuera.

La chica que había estado integrada toda la noche se quedó perdida por un momento, hasta que volvió a bailar con los ojos cerrados. Un ángel bailando entre fantasmas y demonios. Sonreí ante la comparación literal con la fiesta.

Empujé a Theo y tomé posesión de su cintura. Estoy acostumbrado a que las chicas me atraigan hacia ellas, pero no sabía qué esperar de ella. Era como si mis nervios estuvieran hirviendo, deseando que me aceptara y no me rechazara como siempre.

La quería. Carajo. La quería mucho.

Mis pies perdieron el suelo cuando ella me llevó hacia el esqueleto. Ella también me quería, y esa constatación hizo que mi polla palpitara dolorosamente dentro de mi ropa interior.

Cuando me retó a tomar la iniciativa, me bloqueé. Necesitaba su aprobación para besarla. Aunque no supiera quién era, quería oírla decir que sí.

Entonces me di cuenta de que, si decía que no, me volvería loco. No le di opción. Bueno… le di una imposible de negar. Ni siquiera me fijé si había o no parpadeado: ya estaba chupando su labio, queriendo saborearla.

Winter ni siquiera oyó la bocina sonar; solo cuando la pareja abrió la puerta del cuarto para dejar entrar al siguiente fue que me miró… decidiendo.

No pensé que fuera insegura. De hecho, cada gesto suyo hasta ahora era una novedad bienvenida. Winter estaba sorprendiéndome… y yo más aún al darme cuenta de que quería cumplir mi promesa. Me quedaría a su lado todo el tiempo que ella me quisiera ahí. Al menos, esta noche.

—Ven aquí… —la conduzco por la habitación. Vi la butaca en el centro, la típica de estas fiestas. Por lo general era eso o un sofá destartalado.

Sin embargo, la idea de tantos otros usando el mismo lugar me incomodó. No quería que fuera en el mismo sitio que todos los demás. La idea de mezclar su aroma con el perfume que debía de estar impregnado en esa tela me molestaba.

No estaba bien. Y era demasiado extraña mi necesidad de tratarla de forma diferente. Creo que Winter Grace me había demostrado que no era como ninguna otra. Ella se enfrentaba de frente, sin agachar la cabeza. Por más que la insultara todas las mañanas desde que puso el pollo en mi taquilla, también había conseguido que la respetara como rival.

Mis ojos recorren la sala, encontrando unas cuantas mesas de escritorio al fondo, y hacia allí decido llevarla.

—¿Adónde vas? —pregunta, divertida. La miro, comprobando de nuevo que me está sonriendo. Tengo que aprovechar cada vez que eso pase.

— En un lugar donde no voy a mancharte con la suciedad de nadie. — La tomo por las axilas con facilidad y la acomodo sobre una de las mesas.

— ¿Estás loco?

— Después de hoy… estoy casi seguro de que sí. — Susurro, viendo cómo se confunde. Pero no le doy tiempo de pensar más. Consumido por el deseo, devoro su boca, encajando nuestros labios y buscando de nuevo su lengua dulce y delicada.

Carajo… ¿cómo una lengua así puede ser tan felina y atrevida?

— Deliciosa… — murmuro, sintiendo su sonrisa por el elogio que se me escapó sin querer. Desciendo los besos por su mandíbula, ansiando la piel de su cuello. Chupo en la curva antes del hombro, mordiendo con suavidad.

— Eres realmente Don Juan DeMarco — comenta, con la voz empapada de deseo. Ahora soy yo quien no esconde la sonrisa. Le están gustando mis besos. Ah, Gelito … si supieras quién te está besando, ¿estarías así de derretida?

Cierro los ojos, sin querer que el momento termine. Sin querer que lo descubra. Aún no.

Sus piernas me atraen más cerca y mi erección se presiona contra su centro. El tutú no es el único obstáculo, ya que la chica lleva unas medias blancas. Si me dejara rasgar un pedacito…

Deslizo mis labios, dejando besos húmedos por su clavícula. Ella inclina la cabeza hacia atrás, ofreciéndose. Frunzo el ceño, sabiendo que está mal, pero mi polla hinchada, palpitando, está al mando de mis pensamientos. Engancho un dedo en la tira del body, tirando de ella lentamente mientras beso cada pedacito de piel.

Mi lengua roza el límite de la tela, queriendo bajar más y encontrar esos pechos firmes que me atormentan desde la noche del bar 213. Quiero chuparlos hasta oírla gritar mi nombre… Alzo la mirada, viendo su rostro encendido de deseo. Bueno… no mi nombre. No hoy. Me conformo con Don Juan esta noche.

— Mmm… Juan… — balbucea, humedeciéndose los labios. Sí… el "Don" ya murió. Me quedo con el Juan. Froto mi erección contra su centro, sintiéndola vibrar con el contacto. La chuparía de rodillas aquí mismo. Me elevo para atrapar sus labios mientras mi mano trabaja con sigilo para bajar la tela sin que se dé cuenta de lo que está pasando… y de lo que me está ofreciendo.

La quiero perdida, rendida… mía. Carajo. El deseo que siento por su cuerpo es sobrenatural. Nuestras bocas se encuentran en un beso hambriento. Por fin logro bajar la tela y sentir el bulto de piel expuesta. Toco el pezón duro, excitado por lo que estamos haciendo.

Me aparto para admirarla. Winter es un completo desastre. La aureola de ángel caída hacia atrás, los dos pechos al aire y la boca hinchada y entreabierta, pidiéndome a gritos.

Pongo ambas manos sobre sus pechos, mordiéndome el labio inferior mientras pellizco los pezones que sé que son rosados, incluso con la poca luz. Jamás olvidaría su forma. Y ahora los tendría en mi boca.

— Preciosa de mierda… — murmuro antes de atrapar el primero entre mis labios. Ella no me aparta. Winter enreda los dedos en mi nuca, presionando mi rostro contra su piel. Chupo el pezón, saboreando la delicadeza de la punta pequeña, recompensado con gemidos bajitos.

Mi lengua trabaja alrededor, y todo el tiempo la miro, queriendo ver su reacción a mi toque. Su boca está entreabierta, los párpados entrecerrados, y su mirada anclada a la mía. La succiono con ganas y, cuando lo tiro suavemente entre los dientes, sus piernas friccionan mi cadera, impulsándome para rozar su intimidad.

Quiero tanto hundirme ahí… Carajo.

Avanzo un poco más, tanteando el terreno al sostener su rodilla y deslizar los dedos de una mano por el interior de su muslo. Ella se abre más, y estoy perdiendo la cabeza junto con mi Gelito. Lo peor sucede cuando siento su calor. Mi palma cubre toda su entrepierna, tapada por las medias y probablemente por su ropa interior.

— Juan… esto es…

— Si es demasiado, puedo parar… solo tienes que pedirlo — digo, subiendo hasta sus labios y manteniendo una mano en un pecho y la otra en su centro. La froto despacio, ajustando la posición para saber si estoy donde está su placer.

— Y-yo… quiero más… — susurra.

Carajo, Gelito … vas a ser mi perdición.

— ¿Cuánto te gusta esa media? — pregunto, y sus ojos parpadean, confusos.

— Tengo varias… es solo una más…

No espero otra respuesta. Encuentro un punto por donde tirar del tejido fino. Bajo ambas manos y lo rasgo a la altura de la entrepierna. Mi mano invade, reclamando su territorio y por fin sintiendo la suavidad de su piel. Ella jadea, sorprendida. Retomo un beso lento y tierno, una forma de seducirla un poco más. Winter se derrite en mis brazos.

— ¿Qué quieres, Ge…? — Casi digo su apodo y me muerdo la lengua — Angelita… — corrijo rápido. Carajo. No. Ahora no. La necesito. Es una urgencia latente, dolorosa. Que me pida mi boca. Necesito saborearla.

— N-no sé… y-yo… nun… — titubea, y me confunde un segundo. Sé que me quiere ahí, pero está insegura.

— Nada de lo que pase aquí saldrá de aquí, angelita. No soy de ese tipo. Solo tienes que pedírmelo y te lo daré. — Su cabeza se inclina hacia un lado, y luego apoya los talones en el borde de la mesa, separando las rodillas. La falda de tul queda como una nube alrededor de su cintura.

Maldigo la luz tenue que no me deja disfrutar bien de la visión del paraíso. Sonrío de lado y hago lo que cualquier hombre haría si se encontrara con un ángel: me arrodillo.

Aparto el tejido fino y descubro otra barrera: unas bragas de encaje. Las corro a un lado y me encuentro con su coño suave y depilado. El aroma dulce de su piel es una invitación al pecado.

Me va a matar cuando lo descubra. Oh, sí… pero no me detengo en el pensamiento. Le doy una primera lamida a lo largo de toda su hendidura. Winter se deja caer hacia atrás, diciendo algo incoherente. Sonrío y sigo explorando. Abro sus labios mayores con una mano mientras sostengo su muslo abierto sobre mi hombro con la otra. Beseo sus labios mayores, salivando como si estuviera devorando un dulce que he querido durante días.

Su coño pequeño y delicado está empapado. Trazo un círculo alrededor de su entrada, probando su excitación agridulce.

— Rica… eres tan jodidamente rica… — murmuro, arrancándole un gemido. Beso, lamo y doy pequeñas mordidas, recorriendo con la lengua toda la extensión de sus labios menores. Rodeo su clítoris, sin prestarle aún demasiada atención.

Quiero que se ponga más ansiosa… más necesitada. A la cuarta vez que escucho su quejido frustrado, lo succiono de golpe, haciéndola incorporarse sobre la mesa. Ella grita y yo sonrío por dentro, chupando su clítoris en succiones suaves y continuas. Luego muevo la lengua arriba y abajo, presionando el pequeño nudo de nervios, mientras deslizo un dedo hasta su entrada.

Es tan estrecha. Empujo el índice con cuidado, tanteando hasta dónde puedo llegar. Winter se relaja en mi boca, pero aun así siento cómo me aprieta solo un dedo. Tendría que darle un orgasmo para poder meter dos… y ni hablar de mi polla. Aspiro aire entre dientes, imaginando sus paredes calientes cerrándose alrededor de mi grosor.

Chupo con más ganas su clítoris hinchado, invadiéndola poco a poco con el dedo. Ella gime, confusa.

— Juan… ah… espera un momento… — Detengo el dedo y me concentro en el clítoris, girando la lengua y succionando hasta que noto cómo su cuerpo cede. Entonces entro y salgo con el dedo, buscando más espacio, hasta que… lo siento. Lo sé al mismo tiempo que Winter gime alcanzando el orgasmo.

Frunzo el ceño, pero sigo chupándola para prolongar su placer al máximo. Ahora estoy seguro de que quizá este momento sea único. Quiero guardar sus gemidos en mi memoria y la imagen de su rostro encendido sin su habitual cara de pocos amigos.

Su espalda se arquea hacia arriba, los pechos erguidos apuntando al techo, tan sexy que merecería un cuadro.

Mi Gelito es preciosa.

Demasiado preciosa y… realmente virgen. Carajo.

Cuando su espalda vuelve a la mesa y su respiración empieza a calmarse, aparto mi boca, coloco de nuevo sus bragas y bajo la falda de tul. Al ponerme de pie, subo las tiras de su body, guardando sus pechos perfectos y maldiciéndome por hacerlo.

Su cabello está revuelto y la aureola torcida hacia la izquierda. Moldeo algunos rizos con los dedos y acomodo la diadema que completa su disfraz de ángel.

— Parece que tienes práctica en esto — dice, medio en broma, medio decepcionada.

— La tengo. Pero no por el motivo que estás pensando.

— ¿Cómo así?

— Nunca había arreglado a una chica después de comerle el coño, angelita. Esto de aquí es la primera vez. — Su cara de sorpresa me provoca una satisfacción extraña en el pecho. Quería que supiera que este momento fue único. Solo suyo. — Tengo una hermana menor.

— Algunos chicos no tienen problema en aprender cosas de chicas… — acusa, dejando entrever la ala masculina y machista.

— Yo no soy cualquiera. Y amo a mi hermana.

— Además de habilidoso con la boca, por lo visto también lo eres con las manos.

— Pensé que ahora ya lo sabrías muy bien. — Sonrío con picardía.

— Sí… pero… — suspira, desviando la mirada. — No sé si elegiste a la chica correcta, porque no sé si tengo la misma habilidad que otras para devolverte el favor.

La confesión solo confirma lo que ya había concluido antes. ¿Será que nunca ha hecho una mamada?

Sus hombros caídos y la mirada avergonzada responden a la pregunta.

— Eh, angelita… En ningún momento te pedí que lo hicieras. — Le tomo el mentón para que me mire. — Quise comerte y fue un puto placer.

— Pero todavía estás… — señala mi entrepierna.

— Hoy será tu día, ¿vale? La próxima vez, descubriremos juntos qué puedes hacer para que mi polla se ponga bien. — Le doy la salida.

— ¿Y vamos a salir de aquí así? ¿Tú… duro?

— Basta con que te quedes delante de mí hasta que baje a medio gas. Así no se notará tanto. — La bajo de la mesa y la acerco. — Vamos a bailar otra vez y te quedas así conmigo. — La abrazo por detrás. — Y nadie va a ver nada.

— ¿Seguro que estarás bien?

La respuesta es "no". Sé que no voy a estar bien. Primero, porque dudo que mi polla se calme, sobre todo sintiendo su aroma. Segundo, porque voy a querer revivir esta noche, y sé que será imposible.

Exhalo, dándole mi mejor sonrisa tranquilizadora. Esa que aprendí a fingir durante años para calmar a mi madre y a Emory, pero en otras circunstancias.

— Sí, angelita. Voy a estar bien.

— Tú… — siento que aprieta mis brazos alrededor de su cintura. — ¿Me vas a decir tu nombre?

— Al final de la noche, ¿qué te parece? Mantengamos el misterio un poco más. — Sonríe, aunque sé que no era lo que quería escuchar. No se puede tener todo, Gelito.

Salimos del cuarto secreto y algunos estudiantes nos observan con caras de asombro. Encaro a cualquiera que pueda arruinar mi momento, haciéndoles señas para que se aparten.

Austin, Kyle y Jordan nos miran con duda. Prince es el primero en sonreír con malicia, seguido por Kyle. Jordan niega con la cabeza, pero no interviene. No sé si están a favor o en contra de lo que estoy haciendo, pero como amigos se convierten en mi escudo, impidiendo que nadie se acerque y rompa este instante de paz junto a Gelito.

Por fin, es medianoche. No hay reloj, pero suena por todo el salón un audio con campanadas de catedral, fuerte y profundo. A la undécima, Brooke y Sidney aparecen por un rincón con un pastel de cumpleaños lleno de velas. Las luces se atenúan aún más.

Todos empiezan a cantar "Cumpleaños feliz" para Winter. Le doy un último beso en la mejilla y me aparto. La siento aferrarse un

poco más, como si no quisiera dejarme ir.

Pero señalo hacia el pastel, indicándole que ahora le toca disfrutar de su cumpleaños. Le digo "después" solo con los labios, en una mentira silenciosa. No habrá después.

Esa es mi señal para marcharme y guardar en mi memoria todo lo que pasó entre nosotros: la suavidad de su piel, sus besos, sus gemidos, su sabor… El pecho se me contrae con una extraña punzada por querer lo que no puedo tener. Mierda.

— ¿Te vas? — Kyle aparece a mi lado.

— Me voy.

— Vamos, te llevo.

— ¿No te vas a quedar para "cocinar" a alguien? — bromeo, haciendo referencia a su disfraz.

— Ya tuve suficiente. — Sus ojos se desvían hacia Brooke, que sigue cantando el cumpleaños con entusiasmo.

— Qué mierda… — Por primera vez, entiendo a mi amigo.

— Sí… ni me lo digas.

Salimos discretamente hasta la puerta y nos vamos. Solo cuando estamos en el coche enviamos un mensaje a los demás diciendo que ya no estamos en la fiesta. Ellos tendrán sus propias citas, que les darán un buen rato y los dejarán en casa.

Kyle y yo, en cambio, vamos acompañados por quien nos seguirá y nunca nos abandonará: el recuerdo de lo que tuvimos y las ganas de tener lo que no puede ter.

**Capítulo 27**
W i n t e r  G r a c e




Estoy otra vez frente a su casillero, intentando abordarlo para marcar una fecha y de una vez hacer la maldita tarea de marketing. Mierda.

Si a Sebastian Maxwell le importaba un carajo aprobar o no esa materia, debería saber que yo no era así. Summer me haría trizas si supiera que me fue mal en una asignatura por orgullo de no haber hablado con mi "compañero" para sacar una buena nota.

¡Argh!

¿Por qué carajos no responde mis mensajes?

¿Acaso puso mal el número en mi celular?

Miro la pantalla otra vez, viendo que debajo del número estaba escrito Sebastian M., lo que significaba que no. Sí lo puso bien. Incluso durante la clase, o después, cuando corro para alcanzarlo, siempre pasa algo y termino impedida de acercarme. Parece un maldito espíritu pegado a mí.

¿Por qué se hace el difícil? ¿Todavía estamos en lo del pollo?

Enseguida aparece por el pasillo junto a Austin, que habla hasta por los codos mientras Sebastian solo asiente con la cabeza.

Prácticamente corro a interceptarlo, cerrando de golpe la puerta de su casillero en un intento de ser más persuasiva. Lo malo es que el ruido llamó la atención de todo el mundo.

Miro por encima del hombro y aprieto los párpados con fuerza, respirando hondo.

— No vamos a pelear. No hay pollo. Y vendí todos los vibradores — miento. — Así que… lárguense. Fuera, fuera… — Hago un gesto con la mano, espantando a los curiosos.

Por increíble que parezca, finalmente me respetan y ya no me joden como antes. Incluso me obedecen y nos dejan en paz. Enderezo la postura, cruzando los brazos sobre el pecho y levantando la barbilla para encarar al que buscaba.

Él tiene una expresión divertida, mirando al pasillo y luego a mí.

— ¿Ahora te convertiste en la Reina del Hielo?

— Jamás. Tendría que involucrarme con el rey y dijeron que ese eres tú. Así que, paso. — Hago un gesto con la mano, girando el rostro con desdén. Por el rabillo del ojo noto que frunce el ceño, molesto. ¿Por qué estaría? ¿Solo porque lo estoy "rechazando"? Se

supone que me odia. Bueno… me da igual. — Estás huyendo de mí — concluyo.

— No. No lo estoy.

— Yo no quiero meterme, y ya me voy como ordenó su majestad — suelta Austin con sorna, manteniendo el apodo de Sebastian como si yo sí fuera la reina. Pero qué… — ¿Y por qué piensas que Sebastian está huyendo? — Inclina la cabeza con cara rara, como el gato de Alicia en el País de las Maravillas. Ese que sabe todo y encima te toma de tonta.

— Pues… porque cada vez que le mando un mensaje no responde. Tenemos un trabajo que hacer y en cuanto termina la clase, se esfuma. — Vuelvo mi atención al susodicho, que me observa con la misma curiosidad que su amigo.

— Hum… — Austin aprieta los labios en una conclusión que no entiendo. — Bueno entonces. Te veo luego, bro. No te olvides de comprar Doritos picantes, ¿eh? O Kyle se va a cabrear.

— Dile que me mande la lista por Whatsapp, si no seguro me olvido de algo — responde, instruyéndolo.

— Ah… entonces tu Whatsapp sí funciona — lo acuso. — Si funciona, ¿por qué no respondiste para que marquemos de una vez hacer la puta tarea? Y sin contar que hasta ahora no ensayamos nada para la selección de la señora Williams. ¿Tu entrenador sabe eso?

Sus ojos tormentosos se clavan en mí por un momento y siento un calor recorrerme por dentro con la intensidad de su mirada. Mi cabeza da vueltas, con las ganas de jalarlo como hice el día del pollo.

Es como si mi cuerpo reconociera su cercanía. Quiero dar un paso hacia él, pero la razón me mantiene clavada al suelo. Estoy loca, no hay otra.

Sí. Loca. Resultado de la primera vez que dejé que un idiota me pusiera la boca encima y desapareciera de la faz de la tierra. Mierda. Quedé como una tonta buscando al Don Juan después de que cantamos mi cumpleaños y comimos el pastel que hicieron las chicas.

El tipo me devoró y me tocó de una forma tan buena y… tan exacta. Sabía qué hacer, cuándo y cómo llevarme hasta perder la cabeza. Su disfraz realmente le quedaba perfecto. Pero después… se esfumó. Y me demostró que en una fiesta de Halloween los fantasmas sí existen y él era uno más en la multitud.

No voy a decir que he mirado a algunos chicos de manera diferente, intentando encontrarlo otra vez. Naaah… sería demasiada humillación. Aunque, si apareciera con una excusa decente, quizá yo podría… Carajo. ¿Podría qué?

Sebastian suspira fuerte, trayéndome de vuelta. Mete el libro que sacó del casillero en su mochila colgada al hombro y dice:

— No tengo tiempo. Y el que tengo lo paso entrenando, Gelito — suelta, sin mirarme.

— ¿Y quieres que haga la tarea sola? — De verdad consideré la posibilidad. — Si quieres… está bien. Yo la hago y…

— No — responde enseguida. — No soy ese tipo de chico.

La frase retumba en mi cabeza con un recuerdo reciente: "No soy ese tipo de chico, angelita."

Ay, mierda. Por instinto presiono un muslo contra el otro.

— Vamos a marcar, ¿vale? Y también ensayar… — Hace un gesto en el aire. — Te mando un mensaje.

Pasa a mi lado y no consigo moverme. Ay no, mierda. Si se va otra vez, no me va a mandar nada y se acabó la tarea.

— ¡Sebastian! — lo llamo. — Si no quieres ser mi compañero en el trabajo o en la pista, dímelo que busco cambiar. Solo por favor, no arruines más mi primer año de universidad.

Lo veo negar con la cabeza, soltando una risa sin humor.

— No quiero arruinarte nada, Gelito. No más. — Se queda un poco, mirándome con un pliegue entre las cejas. — ¿De verdad vendiste todos los vibras? ¿Sabes que los elegí uno por uno para ti, no?

Y ahí estaba la maldita sonrisa maliciosa que siempre me provoca, dejando claro que Sebastian Maxwell seguirá siendo, siempre, el Gladiador idiota.

Gruño para él y salgo delante, marchando con la rabia hirviendo dentro de mí.

La novedad era que ahora esa rabia estaba dirigida a mí misma. ¿Por qué me afecta tanto?

**Capítulo 28**
W i n t e r  G r a c e




Eran las ocho de la noche y yo estaba con mi mochila a la espalda, haciendo una locura.

—¿Estás segura, Win? —pregunta Brooke por la milésima vez—. Sabes que no se puede confiar en él.

Sí. Lo sabía. Pero estaba cansada de esperar y pensar en todas las posibilidades antes de actuar. Fue sin pensar que guardo en la memoria uno de los mejores momentos de mi vida con un fantasma.

Mi Don Juan DeMarco, que me volvió loca, cuando le dejé avanzar como nunca antes con otro chico. Y entonces… del mismo modo que apareció, desapareció de la nada. No pidió mi número de celular, mucho menos se reveló para que lo encontrara después.

Él era un recuerdo… un humo, o sea, un fantasma, ya que ninguna de mis amigas supo decir quién era. Hicimos una lista con los nombres de todos los Don Juan que las chicas de la fraternidad recordaban.

Me puse de stalker el lunes, yendo detrás de cada uno. No me preguntes cómo, pero de algún modo supe que ninguno de ellos era él.

—Austin mandó el mensaje con una foto, Broo. Él no puede hacer el trabajo sin mí. Está mal. Si lo está haciendo ahora, significa que tiene tiempo a esta hora, y yo también —respondo, intentando sonar firme.

—Bueno… menos mal que hacen esta noche de póker con chicas también, o sería raro —comenta.

Noche de póker. Por eso Austin pidió Doritos. Inspiro aire y lo expiro con fuerza, tocando por segunda vez el timbre.

Uno de los Alpha abre. No sé su nombre, pero Brooke lo saluda y yo apenas sonrío. Entramos y mantengo la postura de Pingüino de Madagascar hasta encontrar al Gladiador de sonrisa fácil.

Austin percibe nuestra presencia y se acerca con una bandeja de aluminio llena de Doritos.

—¡Hola chicas! Qué bueno que vinieron. ¿Dónde está Sidney? —pregunta, mirando detrás de nosotras con la esperanza de verla.

—Se quedó estudiando —Broo replica rápido con la mentira. Sin embargo, el Gladiador entiende. Puede parecer una hiena constantemente, pero no es tonto.

Si nosotras estamos aquí y Sidney no, significaba que sí estaba estudiando. Pero anatomía humana.

—Ah… está bien entonces. Pónganse cómodas. —No parece importarle demasiado. Tal vez era solo un polvo casual mismo. Cómo quisiera ser así…—. ¿Quieren Doritos? Estos no pican, pero allá en la esquina sí. —Indica una mesa lateral repleta de fiambres y snacks—. Bebidas en la heladera de la cocina, ¿ok?

Había dos mesas de póker y muchos estaban alrededor, jugando o mirando. No eran solo chicos. Chicas apostaban y se divertían, agarrando las fichas que ellos debían usar en el juego.

—Vine a hacer un trabajo, Austin —digo—. ¿Dónde está?

—¿Sebs? —indaga, y yo ruedo los ojos. Lo escucho soltar una risita—. Último piso, tercera puerta a la izquierda, Gelito.

Miro hacia las escaleras, viendo que la gente se concentraba solo en la planta baja.

—Pero… ¿no hay problema en que suba?

—Ya liberé tu paso, guapa. Podés ir.

—Yo me quedo aquí, ¿vale? Cuando quieras irte, avísame —Brooke advierte. Asiento y sigo, subiendo los tramos de escaleras.

De hecho, ninguno de los chicos parados en los siguientes pisos me detuvo. Fue raro.

Llego al pasillo, y cuento las puertas hasta la tercera. Hay un cartel con una calavera que dice peligro justo debajo. Soplo una risita baja y luego doy tres golpecitos en la puerta.

—No voy a bajar, Prince. Ya te dije —lo escucho gritar desde dentro. Insisto con los golpes. Vuelve a gritar, y a la tercera vez, abre de golpe la puerta y se topa conmigo.

Sus ojos parecen estar viendo un fantasma. Después de unos segundos, asoma la cabeza al pasillo para ver si había alguien más.

—¿Cómo subiste aquí?

—Con las piernas —respondo. Sí. La respuesta es idiota, pero convenimos… mira con quién estoy hablando.

—No es eso… —Se pasa las manos por el pelo, claramente cansado—. No deberías estar aquí, Gelito. —Sus ojos encuentran los míos en una mezcla de frustración y algo más. Lo difícil para mí es tener certeza sobre el algo más.

Termino chequeándolo sin querer, porque el maldito está solo con un pantalón de chándal negro. ¡Mierda! Realmente me había olvidado del cuerpo de dios nórdico. El torso y abdomen definido, y la maldita línea en "v" que baja hasta la base del pantalón es una tentación para la humanidad.

El carraspeo hace que mis ojos suban rápido hacia su rostro. Y me siento completamente avergonzada al notar la sonrisa traviesa en sus labios. Carajo. Ni cómo pelear con él, porque lo repasé completito. Hasta vi los dedos largos de los pies. ¡Arg!

—Austin dijo que estabas haciendo nuestro trabajo —justifico con voz chillona mi presencia allí.

—Voy a matar a Prince —se queja al techo—. Bueno… Ya que estás aquí. Pasa, Gelito. —Sebastian abre la puerta y yo entro por debajo de su brazo. Él cierra con llave y, automáticamente, lo encaro con reproche.

—Es para que nadie entre, ¿ok? No voy a matarte ni nada. Tranquila —dice en tono de broma, rodeándome y caminando hasta su cama, donde veo su notebook, una edición del libro que llevo en mi mochila y varios papeles desparramados—. Si quieres ayudar, mejor siéntate y empezamos. Yo agarré las primeras preguntas. Tú puedes hacer las últimas. Luego debatimos las respuestas y armamos la conclusión. ¿Qué te parece?

—Yo dije que hiciéramos eso antes.

—No. Tú dijiste solo que cada uno respondiera las preguntas. No íbamos a debatir y la conclusión iba a quedar una mierda —replica, seco y serio—. Anda, vamos. Ya estoy en la cuarta.

—¡Hunf! Ni deberías haber hecho la primera sin hablar conmigo.

—Pensaba ver tus respuestas y comparar con las mías, Gelito. Fue mal, ¿vale? —¿Sebastian disculpándose? Mi boca se abre sola. Él resopla y vuelve la mirada al notebook, apoyándose en el cabecero y colocándolo sobre sus piernas cruzadas en la cama.

—¿Dónde me siento?

Me mira, luego al cuarto.

—Hay un escritorio ahí. —Muestra el mueble pegado a la pared bajo la ventana—. Pero si prefieres, podés quedarte aquí en la cama conmigo.

Giro el cuello demasiado rápido, mirándolo desconfiada, con los ojos entrecerrados.

—Mi cama es grande, Gelito. No te estoy invitando a follar en ella, solo a sentarte del otro lado, si te gusta escribir así —dice, con voz aburrida, y yo me siento completamente infantil.

Borro el puchero y elijo la segunda opción. Desde hace un tiempo estudio en la cama, y si quería tener acceso a los papeles que al parecer estaba revisando, quedarme allí sería más fácil.

Pasamos un buen rato en silencio, hasta que, sin darnos cuenta, empezamos a discutir las preguntas. Sebastian es sorprendentemente inteligente, y en algunos momentos me sentí un poco perdida. Pero fue un verdadero profesor, explicando pacientemente y animándome todo el tiempo.

—Terminamos, Gelito. —Cierra el notebook y yo lo imito—. Lo envié a tu correo y ya subí el archivo para la señora Daustin.

—Ok —digo bajito, suspirando al verlo tan relajado y… guapo. Si nada hubiera pasado entre nosotros, tal vez también sería una de sus admiradoras, lo confieso.

No que fuera a caer en su cama —sonrío por la ironía de estar sentada en ella— pero… sí. Babearía por el chico.

Él me mira unos segundos, manteniendo mi atención presa en la suya. Luego, se inclina sobre mí como un felino acorralando a su presa, muy despacio. Contengo la respiración, sabiendo que debería apartarlo, pero mi cuerpo no responde a la razón.

El perfume cítrico y amaderado invade mis narices, provocándome a rozar mi nariz en su cuello. ¡Dios! ¡Cómo huele este cabrón! Su cabeza se aleja milímetros y nuestras bocas están tan cerca que siento cuando sopla el aire caliente.

Cierro los ojos, tomada por el espíritu de la locura. ¿Qué estoy haciendo?

De repente, el calor se vuelve frío y me doy cuenta de que se apartó por voluntad propia, regresando a su lugar.

—Mi celular estaba a tu lado. —Levanta el aparato, mostrando que solo se acercó para agarrar la puta del celular. ¡Winter Grace, compórtate!—. Voy a preguntar a Kyle si aún hay comida. Iba a hacer tacos. Si no, pido pizza. ¿Qué sabor te gusta?

Su gentileza me sorprende aún más. Dice algo después de eso, pero yo estoy perdida en una nube que me revuelve la cabeza.

—¿Winter? —Peor aún. Es el apocalipsis. ¡Seguro! ¿Acaso Sebastian acaba de llamarme por mi nombre? Lo peor fue cómo reaccionó mi cuerpo al sonido de las letras vibrando en su voz.

—¿Eh?

—¿Estás bien? —Inclina la cabeza, estudiándome—. ¿ Gelito?

—Ca-California —balbuceo—. Me gusta la pizza California.

—¿Con piña? —Suelta una risita.

—Sí… ¿por qué?

—Nada. —Teclea algo en el celular—. Tenemos que esperar media hora. Es lo que suele tardar. ¿Quieres bajar? Brooke está con Kyle en la cocina.

—Ok. —Otra vez no consigo decir más que eso.

Sebastian se desliza de la cama y va hasta un armario al lado de una puerta que supongo es su baño. Sale de allí con una camiseta blanca que se ajusta perfectamente a su cuerpo. Luego se pone unas chanclas y abre la puerta, esperándome.

Arreglo mis cosas rápido, peleando con el cierre de la mochila. Luego ato mi pelo de cualquier forma en lo alto de la cabeza.

—Está mal.

—¿Qué?

—Tu pelo. Lo ataste torcido —dice, caminando hacia mí relajado—. Gira. Te lo arreglo.

—Sí claro. Dudo que sepas hacer una coleta. Solo debes saber despeinar a tus chicas.

—No voy a mentir que suelen quedar despeinadas. Pero también sé amarrar un pelo.

—Todavía no lo creo.

—Gira y te muestro. Anda. No voy a arruinar tu lindo cabello. —Toma la gomita de mi mano y, hábilmente, desliza los dedos entre los mechones, recogiendo mi pelo en lo alto y atándolo más rápido de lo que esperaba—. Listo. Puedes mirar. Hay un espejo allí.

No había notado, pero sí hay un espejo en la esquina junto al armario. Voy hasta allí y compruebo que realmente sabe hacer una coleta.

—¿Cómo tú…?

—Tengo una hermana —lo dice rapidísimo—. Ahora ven. Le dije a Kyle que bajábamos. Si tardamos, tu amiga va a pensar que escondo tu cuerpo.

Exhalo una risa ligera, imaginando a Brooke subiendo las escaleras desesperada.

—Sí… tienes razón. —Lo sigo, después de colgarme la mochila.

En cuanto llegamos a la planta baja, Sebastian toma la delantera guiando hacia la cocina. En el instante en que veo el salón siguiente, con una mesa enorme de comedor y una cocina de concepto abierto, busco a mi amiga.

La fraternidad parecía tener más gente que antes, no como si fuera una fiesta grande, pero se notaba que había personas que no vivían exactamente allí. Bueno, las chicas sentadas en la punta de la mesa y otras conversando con los chicos, no eran.

—¡Ey Sebs! —lo saluda un tipo—. ¡Hola Winter, todo bien? —me saluda también, como si fuera lo más normal del mundo vernos

allí… juntos. Sebastian hace lo impensable, colocando la mano en mi cintura baja con una postura que juraría era de posesión.

La situación es tan rara que no reacciono, solo sigo el flujo, caminando en busca de Brooke. Necesito encontrarla, porque a cada segundo que paso aquí, siento que el fin del mundo está cerca.

—¡Gracias a Dios! —Austin grita desde la esquina y escucho un ruido extraño al mismo tiempo—. Calma, hijo. Calma… —le habla al… ¡Ay Dios! ¡Al pollo que está debajo de su brazo!

—¿Sebastian? —Lo tiro más cerca, sin sacar mis ojos de la escena.

—¿ Gelito?

—¿Estoy viendo cosas o Austin tiene el pollo? —susurro, poniéndome de puntitas para llegar a su oído.

—Tú me lo diste, ¿recuerdas? —me susurra de vuelta.

—Sí. Pero…

—Austin lo adoptó. De hecho, se volvió nuestra mascota. —Se encoge de hombros.

—¿Qué? —Ahora, mi voz se eleva y él se aparta, sacudiendo su oído con el dedo, que fue víctima de mi tono agudo.

—Pensé que ya se habían matado ahí arriba —Jordan dice, sentado en una banqueta de la isla de la cocina. Tiene un plato delante, con la mitad de un taco.

—¿Quieren un taco? Creo que aún hay —Kyle va hasta el horno, sacando una bandeja con dos rollitos de carne.

—Puedes comer, Gelito. Yo espero la pizza —Sebastian dice, sentándose al lado de Jordan.

—Prueba, Win. Está riquísimo —Brooke dice mientras pone unos platos en el lavavajillas, pareciendo muy cómoda.

—Ustedes se quedaron con el pollo —consigo decir, demasiado asustada con la situación.

—Te dije que me encantó el pollo —Austin explica—. Solo no le pusimos nombre. Entonces todos lo llaman… Pollo.

—No fue nada bonito cómo me diste nuestra mascota. Pero creo que ya estamos a mano, ¿no, Gelito? —Sebastian me guiña,

recordando lo de los vibradores—. ¿De verdad vendiste todos? Me gasté una pasta en tu regalo.

Mi cara se pone roja y estoy a punto de contestar.

—Cambia de tema, Sebastian. Winter parece incómoda —Kyle interrumpe, defendiéndome. Ah, no. ¿Ahora uno de los Gladiadores me defiende?

—Perdón, Gelito. Tranqui. No quiero arruinar nuestra tregua.

Debo estar pareciendo una muñeca poseída, porque mi cuello gira de un lado al otro mecánicamente, mientras mi cerebro oscila entre la realidad y la locura.

—¿Estás bien? —Brooke se acerca, llevándome hasta otra banqueta, al lado opuesto de los chicos—. ¿Quieres irte ya?

—N-no sé… —Levanto la mirada, notando que Sebastian estaba distraído, conversando con Jordan—. Sebastian pidió pizza California, y…

—La pizza de piña, ¿no? Solo come esa. Por eso tiene la puta dulce —Austin dice, alimentando al pollo con la mano en forma de cuenco.

Entonces, el recuerdo del primer día en Michigan viene en flashes, ya con los cuerpos pegados en mi cama, ya con la visión del Gladiador Mayor limpiándose con el moletón de Summer. Aprieto los ojos fuerte y sacudo la cabeza, sin querer revivir esa sensación de vacío. Estoy lidiando con demasiadas emociones conflictivas en mi pecho. No puedo tener un ataque de ansiedad. No aquí. No ahora.

—¡Cállate, Prince! —Sebastian ruge, pero él continúa.

—Ay, vamos. Ya superaron eso. Y ella te jodió con el rector, ¿recuerdas? —el amigo sin filtro insiste.

—Sí… ahí sí la cagaste, Gelito. Solo era un moletón. Sebs hasta había comprado uno nuevo para ti —Jordan añade, abogando contra mí. Y siento el furor que intentaba controlar crecer como lava dentro de un volcán.

—Pero ni le diste tiempo de darte y ya corriste a delatar al Caps… —No sé de dónde salió la frase. Tal vez Mason, o alguno de los jugadores que parecían brotar de la nada.

Aprieto la correa de la mochila con más fuerza, cerrando los ojos. Me siento acorralada y no soy buena lidiando con la inseguridad, mucho menos con la falta que me hace Summer en este momento. Ella mandaría a callar a todos y a dejarme en paz.

—¡Un moletón no iba a arreglar lo que él hizo, idiota! —me descontrolo, mi voz elevándose cada vez más.

—Tranquila, amiga. Vámonos ya. Basta —Brooke me abraza de lado.

—Están haciendo un drama, Broo. ¿Quién no se tiró una chica en el dormitorio femenino antes, eh? —Ahora es Kyle, que no entiende la actitud de mi amiga al consolarme. Lo peor pasa cuando algunos otros empiezan a murmurar de acuerdo.

Mi pecho se rompe en dos, y mi garganta se seca, ardiendo con la furia y la decepción de creer que habían entendido el mensaje.

—¡ESE MOLETÓN ERA DE SUMMER, IDIOTA! ¡MI HERMANA GEMELA!

—¿Cómo que? ¿Winter y Summer, en serio? Tu madre tenía un rollo con las estaciones del año. ¿Tienes más hermanos llamados Fall y Spring? —Austin Prince, futuro cadáver en mis manos, bromea.

Brooke no logra detenerme y avanzo hacia él, lista para atacarlo. Solo me detengo cuando unos brazos fuertes me rodean.

—Ey, Gelito… solo está bromeando —Sebastian me dice al oído—. Si el moletón es de tu hermana, ya compré otro. Solo tienes que dárselo.

Mis ojos arden y no contengo las lágrimas que bajan como cascada. Soy un caos de sentimientos contradictorios. Ira, furia y… decepción conmigo por desear a este cabrón que empezó todo esto.

—¿Y cómo hago eso, eh? ¿Cómo? —lo enfrento. Él me estudia, confundido, sin entender nada—. ¿Lo llevo al cementerio? ¿Y lo tiro EN SU TUMBA? —grito esta vez, soltando un llanto doloroso.

El murmullo de todos allí descubriendo una parte de mí era lo que menos quería. Ahora todos me mirarían con lástima.

Empezando por él.

Siento sus brazos perder fuerza y sus ojos bajar, comprendiendo lo que realmente hizo.

—Yo…

—Lo siento, Winter —Es Austin quien declara rápido su pesar. Mierda. Aprieto los puños a los lados de mi cuerpo y me doy la vuelta de golpe, dándole la espalda.

Necesito salir de aquí. Corro. Corro fuera de la casa en busca de aire y de sentir que todo por lo que luché para un nuevo comienzo estaba destruido.

—¡Win! ¡Espera! —Brooke viene detrás de mí. La dejo alcanzarme y abrazarme fuerte, otra vez—. Estoy aquí amiga. Estoy aquí.

La sensación en mi pecho es de desesperación y derrota. Pero esta vez el marcador no fue contra Sebastian Maxwell, sino… contra mí misma. Yo creé la expectativa de que podría vivir lejos de la sombra del pasado, pero el peso del luto me acompañaba a cada paso. Siempre allí.

La falta de Summer era dolorosa de más y la mirada de lástima de las personas que convivieron con nosotras, un recordatorio diario de que jamás volvería a estar entera. No sin ella. Sin la gemela que era el reflejo del verano en un día soleado, mientras yo… yo era una nevada, turbulenta, fría y helada. Sebastian se equivocó en mi apodo, pues un cubo de hielo es demasiado fácil de derretir.

Y yo… nunca fui, ni nunca voy a serlo.

**Capítulo 29**

S e b a s t i a n  M a x w e l l




*Ella tenía una hermana gemela.*

*Ella tenía una hermana gemela que está muerta.*

Peor. La sudadera con la que me limpié era de ella. Un recuerdo de alguien que ya no estaba. La reliquia para quien quedó y sobrevivió.

Mierda.

Los pensamientos se mezclan en oleadas constantes, dejándome mareado con el exceso de información sobre el Gelito. Me apoyo en la nevera, con la cabeza baja y los brazos cruzados. La postura perdida refleja exactamente mi interior. Estoy completamente perdido en la sensación avasalladora de culpa.

Ella tenía motivos para querer vengarse, llevando las fotos al rector Hathaway. No debería haber fotografiado, pero la propia Winter dijo que fue sin querer. Una jugada para garantizar, de alguna manera, devolverme mi actitud grotesca al limpiarme con su ropa. Paso las manos por el pelo y tiro de los mechones de la nuca, intentando controlar la sensación de impotencia. No se puede volver al pasado.

Mi arrogancia de ser deseado por las chicas todo el tiempo me dejó ciego y hecho un hijo de puta del carajo. Ni me importó de quién sería la sudadera que estaba ahí. Me puse furioso con Katy y lo único que pensé fue en limpiarme con el primer pedazo de tela que encontré. Y resultó ser la sudadera de la hermana gemela del Gelito.

¡Carajo!

Comprar una sudadera nueva jamás iba a cambiar el hecho de haber profanado algo tan valioso.

—¿El Gelito tenía una hermana? —Austin pregunta al aire.

—Por lo visto, sí. Y gemela —añade ahora Jordan.

—Su rabia no fue desproporcionada, tío. Perdió a su hermana hace menos de dos años. —Kyle levanta la pantalla del móvil sobre la isla, y todos los chicos se amontonan para ver la noticia.

"La patinaje artístico hoy se despide con mucha tristeza del sol sobre los patines. Summer Grace será enterrada en el cementerio municipal, dejando a su pareja y hermana amada Winter Grace.

Nuestras estaciones favoritas nunca más se encontrarán en el hielo. Una triste pérdida."

—¿Lo ves…? —Austin muestra la noticia. —Hasta el columnista habló de las estaciones del año —justifica la broma de antes.

—¡Cállate, Prince! Eso era el apodo de las chicas cuando se presentaban —Kyle desliza la pantalla, mostrando otras noticias sobre la promesa del hielo. La categoría de parejas estaba dominada por ellas.

Winter tenía un pasado que no quería revelar. No quería la mirada de lástima que recibiría en el momento en que lo descubriéramos. Fue fuerte y se plantó, sin agachar la cabeza ni victimizarse. Sé muy bien lo que es huir de nuestros fantasmas del armario. Pasé meses oyendo los pésames de los compañeros del cole y la mirada cautelosa de mis amigos. Siempre que parecía estar bien, olvidando por un instante la falsa muerte de mi padre, alguien aparecía con una palabra de consuelo que me devolvía de golpe al

agujero. Tenía mucho más en común con el Gelito de lo que ella podía imaginar.

—Sí, Sebs… no era solo una sudadera, tío. —Jordan me pone la mano en el hombro. No consigo decir nada. Presiono los labios aún callado.

La situación con Winter había cambiado drásticamente. Me rendí a la atracción en la fiesta de Halloween, lo que empezó con el baile no era para terminar en la habitación secreta. Solo que… no hubo manera. La idea inicial de exponerla después de un rato en la fiesta, mostrando que ni ella resistiría al Don Juan del hielo, se fue al carajo. Al final, el Don Juan cayó en su encanto y huyó para no ser desenmascarado y arruinar aquel recuerdo.

Solo que no sabía cómo iba a cambiar la rivalidad entre nosotros. Me mantuve alejado a propósito. No estaba con cabeza para lidiar con el asunto Gelito en los últimos días. Mi abuelo venía dándome por culo para que firmara algunos contratos de la empresa sin que Richard, el abogado y la única persona en la que confiaba, los analizara primero.

El abogado era leal a mi padre. Eran amigos desde la facultad y por eso, Richard sabía de su condición. Nunca tuvo prejuicios. Y cuando asumí como presidente, sabía que podía contar con él. Gregory Maxwell no conseguiría comprarlo, porque el sentimiento de amistad sincera era inconmensurable.

En fin. Ella vino hacia mí, sorprendiéndome. Miro a mi amigo traidor que le envió una foto mía haciendo nuestro trabajo. Austin parecía prever que mi intención con la rubita iba a cambiar tarde o temprano.

—¿Y ahora, caps? —Mason, que estaba allí con su novio Logan, entra en la conversación. Es cuando me doy cuenta de que el comedor estaba abarrotado de gente, lo que lo empeoraba aún más. Carajo.

—Contener el chisme no va a colar… —Prince suelta para mí, gesticulando con una mano mientras con la otra mantiene firme al pollo bajo el brazo.

—Ella no quería que nadie supiera. Y así es como vais a actuar —doy la orden—. Nada de comentar nada sobre su hermana ni de querer husmear en su pasado. La hermana gemela del Gelito es un caso cerrado.

La gente murmura entre sí, intentando comentar aquí y ahora todo sobre las gemelas, porque después saben que será un tema prohibido. Todos empiezan a dispersarse hacia los rincones, algunos volviendo a las mesas de póker, otros yéndose.

—¿Y tú? —Kyle me mira, guardando el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros que llevaba. —¿Qué vas a hacer, Sebs?

—No lo sé… —Suelto el aire, vaciando el pecho lo máximo posible. Luego paso una mano por el rostro como si desempañara el cristal condensado en que se había convertido mi mente. —Pedir disculpas es tarde. Una sudadera no lo va a arreglar, y… —Respiro hondo otra vez con fuerza.

—Mi madre siempre dice que el tiempo lo cura todo —señala Jordan.

—El tiempo no es algo que Sebs tenga… —Prince argumenta y lo miro confuso. —Todavía no entrenaste con el Gelito, tío. Todo el mundo aquí ya tiene una música para la presentación, ¿y tú?

—Mierda…

—Exacto.

De nuevo estaba cagándola con el Gelito.

—Si te sirve de consuelo, ella se está esforzando más en el solo —revela Kyle mientras recoge algunos platos y los lleva al fregadero. —El lavavajillas está lleno, quien perdió la primera mano en el póker está convocado.

Una chica y Theo caminan derrotados, asumiendo el resto del desmadre de mi amigo cocinero.

—¿Quién pidió pizza California? —Zack aparece con la caja sobre la cabeza, comiéndose un pedazo. —Tío, está brutal. —Tira del queso con trozos de piña.

—Quédate con ella. Se me fue el hambre —respondo, pasando a su lado y regresando a mi cuarto.

Necesitaba cambiar mis tácticas. Mañana sería un nuevo día, y una nueva temporada me esperaba. No soy un Gladiador del Hielo por nada. Soy Sebastian Maxwell, y fui entrenado para luchar sobre el hielo. Pero, esta vez, no es solo una disputa por victorias. Voy a luchar para que ella vea que estoy dispuesto a arreglarlo todo, a hacer las paces. Porque, por primera vez, no es solo el juego lo que está en juego… es ella.



Mi día no salió como esperaba. Dormí fatal, ansioso por encontrarla y hacer el reconocimiento de la zona de batalla. Pero no estaba en ningún sitio. Por la mañana, Brooke y Sidney se hicieron las desentendidas cuando pregunté por el Gelito. Tuve que correr hasta la pista Ann Arbor Ice Cube que ahora estaba funcionando.

Me pegué una ducha rápida y corrí para encontrarla antes de la primera clase. Solo encontré a sus amigas… locas. Yo preguntaba una cosa y ellas respondían otra. La conversación fue tan absurda que tuve que confirmar la payasada cuando Kyle, que me acompañó hasta allí, dijo lo que ya sabía: no soltarían nada sobre su amiga.

La busqué todo el día. Era como si mi Gelito hubiera pedido prestada la capa de invisibilidad. Fue a entrenar por la mañana, porque la señora Williams no mentiría ni tendría una charla de locos como esas chicas. Solo faltó a la clase de marketing. En esa no tenía cómo esconderse de mí. Por eso, ni apareció.

Hoy tuvimos entrenamiento por la noche, y estoy saliendo de la pista cuando Kyle me aborda:

—¿Quieres ir detrás de tu chica?

—No es mi chica, Kyle… —murmuro. Pero solo el sonido de la palabra "mía" refiriéndose a Winter nunca pareció más cierto.

Debo estar enloqueciendo. Soy el tipo que no tiene novias y estoy aquí, posesivo por la rubita a la que le jodí la vida.

Mierda. Dios, me jugó una broma de mal gusto.

—¡Carajo, Sebs! Deja de hacerte el idiota. ¿Quieres o no quieres saber dónde está?

Cruzo los brazos sobre el pecho y asiento con la cabeza.

—En Ann Arbor. Brooke lo dejó escapar en un mensaje, y aunque lo borró, yo alcancé a leerlo —dice, orgulloso.

—Voy hasta allá. —Camino apurado, medio torpe con los patines, quitándome las protecciones y dejándolas junto al banco. Si ella estaba allí y Brooke largó la lengua, en nada le iba a avisar a Harry Potter y listo. Otra vez bajo el manto de invisibilidad.

—¿Ni te vas a bañar, Sebs?

—Si lo hago, la pierdo. Me baño después de hablar con ella.

—¿Y qué vas a decirle?

Me detengo en seco, sin saber al cierto cuál sería la respuesta.

—No sé… pero quiero disculparme de alguna manera…

Kyle asiente con la cabeza, comprendiendo.

—¿Llevas mi mochila a la Alpha? Y… ¿guardas mis cosas? —pido y él asiente.

Me pongo las zapatillas, cuelgo los patines sobre el hombro y corro hacia la otra pista del campus. Atajo por el césped, y todo alrededor parece un borrón. Cada paso retumba en mi mente. Algunos alumnos me miran, quizá intentando entender qué hacía yo corriendo con tanta prisa, pero me da igual.

Llego a la pista con las piernas ardiendo, pero no me detengo. Empujo la puerta pesada y la adrenalina me lanza hacia dentro. El crujido del hielo bajo las cuchillas me devuelve a la realidad, pero la tensión no cede. Ella está aquí. Lo sé.

—Vamos, Win… cinco, seis, siete y ocho… —Sidney chasquea los dedos mientras Brooke controla la música desde una

cajita apoyada en la baranda a su lado. Está subida a la protección de la pista, y la otra amiga está en el hielo con Winter.

Mi Gelito hace movimientos coreografiados con los brazos, siguiendo el ritmo indicado y luego se desliza al compás de la música. Un riff de guitarra de "Misery Business" de Paramore explota en la caja de sonido, y el ritmo parece latir al mismo tiempo que mi corazón.

Camino en su dirección, magnetizado, queriendo que me vea allí. Cada desliz, cada giro… Es perfecta. Pero no para mí. No todavía.

Y entonces, como si sintiera mi presencia, se detiene en seco. Sus ojos se encuentran con los míos y casi puedo sentir el impacto. El aire entre nosotros se vuelve denso. Sidney y Brooke se colocan de inmediato entre los dos, como un escudo humano. Claro. Están protegiendo a su amiga.

—¿Qué haces aquí, Maxwell? —pregunta Sidney con esa mirada de quien ya no me soporta. Perfecto.

—Solo quiero hablar —digo, levantando las manos—. Y pedir disculpas.

Winter suspende el movimiento de la mano y, por un segundo, no dice nada. Está analizando cada palabra, cada detalle. El frío del hielo sube por mi espalda, erizando la piel caliente. Finalmente cede, pero la tensión sigue ahí.

—Está bien —responde, su voz baja pero firme—. Vayan adelante. —Hace un gesto con la barbilla hacia la salida—. Ya voy.

Brooke duda, mirándome y después a Winter, pero Sidney es la primera en apartarse, arrastrando a la amiga con ella.

—Si la haces llorar otra vez, te pico en pedacitos y te frío en aceite caliente, Maxwell —amenaza Sidney.

Cuando quedamos solos, el Gelito cruza los brazos y me encara.

—Habla de una vez, Sebastian.

Trago en seco, sin saber por dónde empezar. Estudio su ropa y el pequeño altavoz que Brooke dejó en la baranda.

—Todavía no elegimos nuestra música. —Señalo el aparato. Ella me mira incrédula, luego vuelve la vista hacia el lugar que indiqué.

—¿Viniste aquí para elegir una música para la presentación? —No respondo de inmediato, pero sacudo la cabeza rápido. —Claro que sí… —Levanta las manos en derrota—. Estás cagado de miedo por el entrenador. No tiene nada que ver con disculpas. El hockey primero —dice con un tono aburrido. No me da tiempo de reformular ni de intentar otra cosa. Así que sigo la corriente.

—*Coach* Williams preguntó a todos por los ensayos y le dije que todo estaba bien entre nosotros.

La rubita patina hasta su mochila y vuelve hacia mí.

—Pensé en esta… —Saca el móvil y de inmediato "The Sound of Silence", en la versión de Disturbed, retumba a todo volumen para el tamaño de la caja.

—Buena elección. —Me siento y me pongo los patines. Ella se queda estática, observándome. No soy bueno con palabras, pero en la pista… soy un maestro. —¿Ya pensaste en algunos pasos?

Winter me mira como si me hubieran nacido dos cabezas. Un minuto después, suelta el aire y deja de intentar comprenderme. Perfecto. Porque yo tampoco podría explicarlo.

—Pensé en algo así. —Patina hacia mí, con el móvil en la mano, mostrando un video de una pareja haciendo una coreografía parecida. —Pero aquí podríamos dejar los movimientos menos complicados, y yo añadir algunos saltos individuales.

—¿No se supone que somos pareja, Gelito? —Parpadea varias veces, dejando la boca abierta. La cierro con mi dedo bajo su barbilla. —Vamos… muéstrame y voy a intentar seguirte.

Ella sacude la cabeza, saliendo del trance, y mete el móvil de nuevo en el bolsillo del pantalón holgado. La chica, incluso en la sencillez, sigue linda. Lleva pantalones y un sudadera, con el cabello recogido en una coleta. El aroma dulce de su perfume de algodón de azúcar me saca de foco un segundo. Carajo. Vine aquí sin ducharme. Mierda. Debo apestar.

—Ya que insistes. —Winter va hacia el centro de la pista, cortando mis pensamientos.

Empieza con movimientos fluidos, deslizándose de un lado a otro con esa ligereza que solo ella consigue. Sus brazos se mueven en el aire como si pintara el espacio alrededor, cada gesto dibujando una línea invisible sobre el hielo. La coreografía es intensa y llena de giros rápidos, con la elegancia que combina fuerza y delicadeza. Dobla las rodillas, hace una pirueta perfecta, y cuando sus ojos se cruzan con los míos por un instante… el mundo se detiene. Es increíble.

Antes de darme cuenta, estoy en el hielo con ella. Me acerco despacio, calculando, pero algo dentro de mí explota y me lanzo al ritmo. Ella me mira, sorprendida, con ese brillo en los ojos, porque nunca imaginó que yo pudiera patinar así. Que pudiera seguirle con tanta precisión y confianza. En cierto modo, yo tampoco lo creía. Pero como dijo *Coach* Williams, los Gladiadores saben bailar.

En cierto momento, doy un paso demasiado cerca. Winter se asusta y pierde el equilibrio, cayendo.

—Puf, Gelito. Perdona. —Le ofrezco las dos manos y ella las toma sin pensarlo. En la poca confianza que me da, hago algo más atrevido: la levanto en alto, sujetándola de las axilas, obligándola a enroscar las piernas en mi cintura.

—Sebastian, ¿qué estás haciendo? —susurra. No estoy pensando bien. Tenerla tan cerca me descontrola. Es como si la distancia entre nuestros cuerpos fuera una tortura. Seguí el impulso de tenerla de nuevo en mis brazos, con una excusa barata… no importa. Voy a seguir hasta donde ella me deje.

—Voy a ver si no te hiciste daño. —La siento en la baranda donde antes estaba Brooke. Nuestros cuerpos, demasiado cerca. Ella está tensa, pero la atracción entre nosotros es palpable. El aire se vuelve denso, cargado de deseo y palabras no dichas.

—Di-dijiste que ibas a ver si me lastimé…

—Sí… creo que te lastimaste el labio, Gelito. —Por favor, rubita, pienso. No me apartes.

—¿De verdad? —Su voz sale ronca, bajita. Siento el calor de su respiración en mi rostro.

—Sí… necesito tocar para asegurarme. —No espero más. Hago lo que deseaba desde ayer, cuando sentí la punta de su nariz en mi cuello, y la beso.

Nuestros labios se encuentran en una mezcla caótica y deliciosa, mi lengua explora cada rincón de su boca mientras sus dedos tiran de mi nuca acercándome más. La sensación es que encajamos perfectamente. Todo cobra sentido. Y lo que enciende más el deseo son nuestras preliminares nada convencionales.

El beso se intensifica. Una mezcla de labios, lenguas, mordiscos y lamidas.

El sonido apagado de sus gemidos solo alimenta la necesidad de tenerla más, de sentirla toda. Su sabor me invade, y cada movimiento es una descarga eléctrica que baja directo a mi polla, endureciéndola sin control.

El olor de su perfume dulce se intensifica, provocando mis sentidos. Nunca un beso fue tan correcto, tan completo, tan jodidamente bueno…

Estamos completamente perdidos el uno en el otro.

—Carajo… cuánto extrañaba esto —murmuro sin pensar, bajando con besos por su mandíbula. Y entonces siento cómo se tensa y me aparta de golpe, mirándome como si tuviera un signo de interrogación gigante en la frente.

—¿Extrañabas? —me estudia, y cuando coloca la mano sobre mis ojos, apenas para ver parte de mi rostro, sé que la cagué. El sonido de indignación seguido de un gruñido muestran que la cagada fue monumental. —Tú…

—Gelito… puedo explicarlo —digo, siendo empujado. Como está con patines, entiendo que no es momento de enfrentarla cuerpo a cuerpo. Ella gira y se dirige a la salida. —Tú también quisiste besarme.

—¡Yo pensaba que no eras… tú! —grita, quitándose los patines y poniéndose unas zapatillas.

—Pero yo sí sabía que eras tú, Gelito. Mi angelita…

—¡Mi angelita, una mierda! —Levanta la mano en el aire, corriendo hacia la salida.

—¡Necesitamos hablar, Winter! —grito, pero ni voltea. —¡Perdón por la sudadera! —chillo en la desesperación, viéndola alejarse.

Cada paso suyo hunde más cualquier oportunidad que tenía. La distancia crece rápido y la realidad me golpea como un puñetazo: quizá la perdí. Quizá nunca tenga otra oportunidad de arreglarlo.

El sonido de sus zapatillas resuena en el pasillo vacío, y yo me quedo allí, paralizado, viendo cómo la única persona que quiero me deja tirado.

¡Carajo, Gelito!

**Capítulo 30**
W i n t e r  G r a c e




Está comprobado: Sebastian Maxwell es un cretino.

Un cretino que me dejó completamente confundida y fuera de mí, queriendo probar un poco más. Pero aun así, un cretino.

¡Dios! ¿Por qué justamente cuando siento que encontré al chico correcto, el Señor me revela que es el equivocado, eh?

¡Mira la locura que está mi cabeza! Ni mis pensamientos tienen sentido.

En los días siguientes a mi descubrimiento, me volví especialista en evitar al capitán del equipo de hockey. No iba a poder lidiar con él y su sarcasmo, sabiendo que… ¡Ay, Dios! Él me puso la boca encima.

¿Dónde quedó la Gelito frígida, eh?

Ganas no me faltaron de preguntarle eso cuando lo dejé atrás allí en la pista.

Sebastian fue el primero que me hizo un oral y yo estaba loca por repetir la dosis… hasta descubrir de quién eran los labios y la lengua habilidosa. Mierda.

Lo peor fue que dejé que me besara, y él estaba sin la máscara. Entonces, ni daba para usar la excusa de que fui engañada la segunda vez.

No soy normal. ¿Cómo una persona puede sentir este deseo descontrolado por su verdugo? ¿Está bien eso?

Claro que no.

Me desperté sintiéndome aún más rara, porque no podía dejar de pensar en la sensación de sus labios sobre los míos. La boca suave rozando despacio y moviéndose poco a poco hasta dejarme sentir e intensificar el beso. Es bueno. Muy bueno. Está explicado por qué tantas chicas se derriten por él… literalmente.

Mi cuerpo está demasiado caliente y la imagen del pecho de Sebastian tan cerca de mí cuando hicimos el trabajo ha sido otra tortura mental. Sus ojos tan concentrados en el notebook,

semitumbado en su cama era un cuadro. Recuerdo que a veces, sonreía levemente, entonces yo volvía mi atención a mis preguntas.

Él ya me había besado ese día. Y ya me había besado allá abajo también… ¡Arg! ¡Mierda!

Debo estar ovulando, solo puede ser eso. Esta mañana, mi imaginación fue más allá. Mucho más allá. Yo realmente no podía estar pensando en continuar desde donde paré con mi Don Juan, sabiendo quién era.

En el intento de aplacar el deseo, cometí una locura: agarré el único vibrador que quedó conmigo y lo puse en la braga antes de venir a la facultad. Solo la idea de tenerlo allí me dejaba encendida y audaz.

Mierda.

El problema fue que el control remoto del juguete era tan pequeño que se perdió dentro de mi mochila. Terminé solo con el pequeño mouse presionando mi clítoris, pero sin cualquier acción más allá de eso. En un momento, era como si no hubiera nada.

Entré en la biblioteca y elegí una de las mesas al rincón, todavía en la misión de evitar a Sebastian Maxwell. Lo vi de lejos, incluso dando pasos en mi dirección. Antes de que me alcanzara, conseguía esconderme en algún agujero. Ser pequeña tenía sus ventajas.

Era para tener clase de marketing ahora, y estaba usando todas mis posibles faltas para esta semana. Arriesgué incluso en fingir un resfriado para tener un justificativo. Sería una buena.

Empiezo a sacar algunos libros, y mi cuaderno de apuntes. La mesa estaba vacía, por eso terminé adueñándome del espacio, poniendo mi mochila sobre ella. Algunos ítems se deslizan de su interior como el estuche y los apuntes sueltos.

Tendría que ordenarla pronto, caso quisiera encontrar alguna cosa allí, como por ejemplo, el control del vibra, pienso.

Enseguida, suspiro fuerte y empiezo a estudiar contabilidad básica. Solía ser buena en matemáticas, pero estoy viendo que lo que veíamos en la secundaria es muy diferente de lo que estoy estudiando aquí.

—Gracias, señora Woodin. Es ella mi compañera —la voz grave, responde bajo y gentil a la bibliotecaria. Suspiro, frustrada por haber sido descubierta.

Levanto la mirada, viendo a Sebastian saludar con la mano a la funcionaria, que sale mirándolo con cautela.

—¿Qué haces aquí? —susurro, en cuanto él arrastra la silla y se sienta a mi lado.

—Hola Gelito, ¿todo bien? —responde con una sonrisa traviesa, mirándome brevemente y empezando a sacar un cuaderno de su mochila. —No imaginas lo que pasó… —comenta con ironía. —Mi compañera de clase, que debía presentar el trabajo de marketing conmigo, faltó otra vez a la clase. ¿Lo crees?

Pongo los ojos en blanco, bufando enseguida. No le doy atención e intento escribir cualquier párrafo, de nuevo prefiriendo copiar antes que darle atención.

—Dijiste que ya habías enviado el e-mail. No recuerdo a la señora Daustin mencionar nada sobre presentación.

—Lo habrías oído si estuvieras yendo a clase y dejaras de evitarme, Gelito —retruca, menos bromista. —Es en serio, Win. No te perjudiques por mí así. Puedo sentarme lejos. Pero deja de faltar a clases.

No sé decir si el torbellino en mi estómago fue por la preocupación o por la forma en que usó el apodo normal de mi nombre.

—No voy a faltar más. Creo que ahora, solo con justificativo —explico, sintiendo de nuevo otra sensación rara de habitualidad. ¡Winter! ¡Él no es tu amigo!

—Genial. Para tu gobierno, sacamos un 10 —declara, con una sonrisa tan linda que me quedo hipnotizada. Su rostro gira hacia mí, y me pierdo en el delineado perfecto de su boca. Los labios tan suaves y con un toque ligero. Era como besar una nube, sintiendo llamaradas dentro de mí. Me doy cuenta de que está diciendo algo, pero no sé al cierto qué. Encantada por sus rasgos. — ¿Winter? ¿Gelito?

—¿Eh? — Sacudo la cabeza rápido para recuperar el juicio. Estoy segura. Estoy ovulando.

—¿Qué estás estudiando? — Consigue jalar el libro para leer el título. —¿Contabilidad, eh? Yo soy muy bueno. Si necesitas ayuda.

—¿Eres bueno en todo acaso? —indago, la voz ácida e irritada.

—No sé… Dímelo tú… — Pasa los ojos por mi cuerpo, mordiendo la comisura de la boca, claramente insinuando algo que no tiene nada que ver con cuentas.

Cierro los muslos, rozando uno con otro en automático, y siento el pequeño tirón por la presión a más en el clítoris causada por el vibra. Él me observa con atención, encarando mi boca demoradamente.

El libro siendo dejado a un lado por algunos segundos.

—Creo que puedo estudiar sola. Gracias —susurro, esperando camuflar el deseo con el tono bajo.

—Lo sé que puedes, Gelito. Pero puedes tener certeza de que es mucho más rico cuando alguien te ayuda —susurra de vuelta, y sé muy bien de que no está hablando de contabilidad porra alguna.

Mis neuronas se derritieron… lo sé.

Enseguida, arrastro el libro con brusquedad, queriendo alejarme de la tentación.

— ¿Qué es eso? — Sebastian encara un punto entre el libro y mi mochila.

Ah no… ¿ahora el maldito decide aparecer?

—Parece un control remoto. ¿Es de la cajita de sonido de Brooke? ¿La tienes contigo? —Y como si fuera mi mejor amigo, abre más la mochila para buscar la dichosa cajita. —Hunf… pensé que podríamos entrenar más tarde, ¿sabes?

Pasa el dedo lentamente sobre el peligro. La textura es suave y Sebastian fue seducido por el material como yo también lo fui la primera vez que lo sostuve.

—Ya te dije que no te preocupes. Puedo… — Y muerdo el labio, conteniendo el gemido asustado que escapa en cuanto él aprieta sin querer el botón de encender. Mierda.

—¿Win? ¿Está todo bien? —pregunta, preocupado al principio, pero recuerda que hablé de la inteligencia del capitán de hockey?

Mierda. Podía ser un poco tontito. Su mirada recorre de mi rostro al control y decide estudiarlo mejor.

—¿Gelito? — Sus labios se repuxan a un lado, subiendo en una sonrisa ladina.

—¿Eh? — Ya no consigo hablar.

—¿Segura que tiraste todos los vibradores que te di?

—Uh-hum… —Asiento con la cabeza.

—¿De verdad? —suena irónico. —Entonces creo que puedo apretar esto aquí, ¿no?

Y el maldito no aprieta una vez, sino dos, tres… y cuando me doy cuenta ya pasé por las ocho formas de vibración.

—Se-sebastian… —murmuro, ronca. —Para. Por favor…

—No los tiraste todos —constata. —Confiesa, Gelito. — Demoro un minutito y él aprieta la mierda del botón de nuevo. Ahora está en una vibración constante, pero intensa.

—Yo-yo… no los tiré, ¿está bien? — Me empujo en el respaldo de la silla, sintiendo el placer irradiando por el interior de mis piernas y subiendo hasta mi centro. —Ahora, por favor… apaga eso…

—¿Qué gano yo? — Abro los ojos de repente, viéndolo sonriente, jugando con el control.

—No tienes que ganar nada, y…

— Respuesta equivocada, mi amor… — Aprieta de nuevo y ahora estoy cayendo en una espiral, sintiendo impulsos eléctricos fuertes y rítmicos en mi coño. La sensación de placer crece y estoy muy cerca. Cuando pienso que voy a aliviarme, aprieta de nuevo y caigo, pero no del paraíso sino en un precipicio llamado frustración.

—Estás de broma… —reclamo. —Devuelve ya esa mierda.

Él sacude la cabeza con la sonrisa diabólica.

—¿Qué darías para recuperar el control, Gelito? Quiero saber…

—¿Qué quieres?

—Ahora, un beso. Mañana, una cita.

—Estás pidiendo dos cosas, Sebastian. Elige una.

—Creo que no estás en condiciones de negociar. — Muestra el controlcito y me dan ganas de destruirlo.

—La cita lo pensaré… —Sebastian no parece satisfacerse.

—Voy a conseguir la cita de todas formas. — Entonces, me jala de la nuca para pegar nuestras bocas. Solo que no contaba con que el hijo de puta apretara otra vez el control. — Córrete para mí, Gelito. Córrete aquí con la porra del vibrador que te di metido en ese coño rico, vamos.

Las palabras crudas son un remolino para mi cerebro derretido. Listo. Es el fin. Estoy cayendo de nuevo y esta vez no veo el fin de la caída.

Los labios suaves rozan mi boca, tragando mis gemidos, que aumentan conforme el placer se expande por toda mi ingle. Siento que mi bajo vientre se expande en una sensación de plenitud y la expectativa de satisfacción me consume poco a poco.

— Hum… Sebastian… — murmuro entre los besos.

— Qué rico escuchar gemir mi nombre, Gelito. — Profundiza aún más el beso, chupando mi lengua en un vaivén, en una promesa de lo que podría hacer allá abajo. — Solo concéntrate y córrete, rica. Antes de que nos atrapen.

¿Y tenía que añadir más adrenalina al momento?

Ya estoy enloqueciendo, controlándome para no gritar en cuanto el orgasmo me golpea, fuerte y feroz, explotando en espasmos de placer como fuegos artificiales. En seguida, soy tomada por un alivio avasallador que recorre mi espina y me deja sin aliento.

Y… todo a mi alrededor desaparece. Estamos solo nosotros dos, las respiraciones desreguladas, mirándonos en un reconocimiento de que cruzamos un camino sin retorno.

Los labios de Sebastian acarician los míos lentamente. El toque suave aún era un contraste con el rebollo que causaba dentro de mí. No consigo esconder los pequeños temblores que recorren mi cuerpo, exponiendo mi derrota.

—Te hice correrte con mi boca. Con un vibrador. Y pronto será con mi polla, Gelito.

—¿Es una amenaza? — Él suelta una risa baja.

—Una promesa. — Sebastian besa la punta de mi nariz, y coloca el control sobre mi cuaderno. —Guarda eso. Y no olvides cargarlo. Me gustó el jueguito.

—Tú no… no vas a contárselo a nadie, ¿verdad?

—¿Qué tipo de tipo crees que soy? —No respondo, apenas arqueo las cejas sugestivamente.

— Ok. No causé una buena impresión antes. Pero vamos a cambiar eso. Si nunca hablé de ninguna chica, mucho menos hablaría de ti, Gelito.

— Wow… ¿debo sentirme especial?

Sebastian me mira con una arruga entre las cejas, hasta que su expresión cambia a divertida.

—Mucho. Nunca pensé que sentiría tanto deseo por una chica que me cortó el stick. — Soplo la risa, confesando mi crimen. Él también ríe. —Ahora, ¿qué te parece dejar que te ayude con esta materia, eh?

—¿Qué te hace pensar que necesito ayuda?

—El hecho de que erraste las dos primeras respuestas, Gelito. — Tapo rápidamente el cuaderno. —No tienes que avergonzarte. Nadie nació sabiendo y yo ya me equivoqué varias veces también.

—Lo dudo…

—Bueno… no tantas veces, pero…

Le doy un manotazo en el hombro, divirtiéndome un poco con nuestra interacción menos agresiva.

—¿Vas a dejarme enseñarte?

—¿Vas a cobrar algo a cambio?

—Ah… con certeza sí… — Sonríe con malicia, y termino sonriendo también. —Dame tu cuaderno.

En seguida, él realmente me enseña sobre los principios de la contabilidad y pasamos a hablar de los profesores con los que yo estaba teniendo clase y por los que él ya había pasado.

Nuestra conversación fluyó animadamente, y casi, digo casi, olvidé con quién estaba lidiando.

No conseguí olvidar, porque sentía la humedad existente en mi braga arruinada todas las veces que cruzaba las piernas. Pero jamás lo admitiría.



**Capítulo 31**
S e b a s t i a n  M a x w e l l




O cronómetro marca los últimos dos minutos de juego, y el marcador está clavado en 2 a 2. Estoy en el círculo central, esperando la oportunidad de hacer que algo pase. El hielo parece

más duro bajo mis patines, y la presión es palpable. Nadie quiere una prórroga, especialmente después de una semana de entrenamientos infernales.

Nosotros, los gladiadores, teníamos carga extra de entrenos por culpa del patinaje artístico. Todavía estábamos pagando el castigo impuesto por el *coach*. Algo que para mí dejó de ser castigo cuando pude usarlo como excusa para molestar aún más al Gelito.

Ella estaba cada vez más cómoda a mi lado.

Nunca más toqué el tema de su hermana, pero todavía quería disculparme con ella.

Parecía que todo lo que hacía era demasiado poco.

Siempre me gustó despertar sabiendo que pronto estaría en la pista para jugar hockey. Sin embargo, últimamente, mis ganas de estar en el hielo cambiaron de juego.

Reviso las gradas, queriendo ver si había venido a verme. La invité varias veces. Pero nunca me dio una respuesta segura.

En realidad, el gnomo rubio todavía me daba trabajo y fuertes dolores de pelotas azules. Después de aquel día en la biblioteca, no conseguí avanzar otra vez.

Cada vez que dábamos tres pasos adelante, ella retrocedía dos.

Era consciente de que no sería fácil.

Solo que nunca pensé que fuera tan difícil.

Nuestra coreografía estaba prácticamente perfecta para la competición en la que supimos que estábamos inscritos como pareja. Su entrenadora saltó la parte de la selección, porque ya no había tiempo. Prefirió inscribir a las cuatro parejas y jugar con la suerte.

Winter estaba ansiosa, y yo quería decirle que todo saldría bien. Sin embargo, en cuanto al patinaje artístico, mi experiencia en la pista bajo la mirada de jueces era cero.

—¡Prince! —grito, mientras veo a Austin posicionarse más adelante. Él me mira de reojo, y sé que ya entendió.

El disco viene volando en mi dirección, y el sonido de los patines cortando el hielo es lo único que oigo. Jordan está en la otra punta, y si paso bien, consigo abrir espacio para él. Aseguro el disco, engaño al defensa de Wisconsin y hago el pase. El cronómetro ya está en los segundos finales.

—¡Vamos, Jordan! —oigo a Prince gritar del otro lado.

Jordan recibe el pase y dispara como un rayo. Su portero ya se mueve, intentando prever el tiro. El disco sale de su stick en un movimiento rápido, preciso... y ¡BUM! La sirena suena en el mismo segundo en que el disco toca la red. ¡GOOOOOL! ¡3 a 2 para nosotros!

Me tiro al hielo en celebración, los brazos abiertos, deslizándome mientras los otros vienen corriendo. La arena explota en gritos, y yo solo busco esos ojos tempestuosos.

Es cuando finalmente la encuentro. Está de pie riendo y abrazando a sus amigas, celebrando nuestra victoria. Espero ansioso que su atención vuelva hacia mí en la pista, y cuando lo hace, beso la punta de mi dedo índice y apunto como si fuera un revólver en su dirección. Hago la mímica de un disparo, viéndola sacudir la cabeza con esa sonrisa tímida.

Carajo. El Gelito debería dar un curso de cómo volver loco a un jugador de hockey.

—¿¡Viste eso!? —Jordan grita, tirándome del cuello del uniforme.

—¡Claro que lo vi, tío! —respondo, regulando la respiración.

Prince llega último, con esa sonrisa de siempre. —Pensé que sería yo el que marcaría el gol, pero está bien. Voy a dejar que brilles, Jordan.

—Modesto como siempre, Prince —replico, riendo. —Pero admito, esa fue de maestro.

Nuestro equipo está en segundo lugar en la tabla, solo detrás de los Golden Gophers, de Minnesota, el equipo del hijo de puta de Blake Donovan. La pelea por la cima está más apretada que nunca. Cada punto cuenta, y ese gol de Jordan nos dio el impulso que necesitábamos para mantenernos en la pelea por el título.

Si seguimos jugando así, tenemos todo para darle la vuelta a este campeonato.

Salimos de la pista tras saludar a nuestros adversarios. Y le lanzo una mirada de pocos amigos a Blake, que pasó más tiempo en el banco que en el hielo. Luego caminamos al vestuario, riendo y abrazados, celebrando la victoria. Al entrar, cada uno va a su taquilla, cogiendo las cosas para ir a la zona de las duchas.

Estoy secándome el pelo cuando escucho la agitación de voces masculinas y risas fuertes. Me acerco con la otra toalla atada a la cintura.

—¡Hoy hay fiesta en la Kappa! Riley acaba de mandar mensaje —Austin berra cuando llega a mi taquilla. —Vamos a celebrar con estilo. —Me rodea el cuello con un brazo. —Nada de lanzar al Gelito a la piscina, ¿eh?

—No tengo la menor intención de hacer eso, idiota. —Lo empujo y vuelvo a mi cubículo donde estaban mis ropas.

—Claro que no. Tu intención es mojar a la gata de otra manera —Theo, que no tenía instinto de supervivencia, dice, burlón.

Por suerte ya tengo puestos los vaqueros cuando lo agarro de la camiseta, porque sería raro amenazar a un tipo estando desnudo.

—Nunca hables así de ella, ¿vale? —Me mira confuso. Y noto que causé una conmoción al constatar que todos se quedaron en silencio. Genial. Lo suelto y aprovecho para dejar claros los límites: —El aviso es para todos. Respeten a mi chica, o se las verán conmigo.

—Tranquilo, tío… Solo estaba bromeando —Theo se aleja con las manos levantadas. —Nadie quiere ofender a tu chica.

La entonación en la palabra de posesión fue lo que me despertó del trance. ¿Qué mierda estaba haciendo? Ella no era mi chica. Yo no tengo chicas. Paso una mano por el pelo, con ese sentimiento contradictorio entre el querer y lo que siempre prediqué como regla.

Una regla idiota, por cierto. Pero que me libró de muchos problemas en el pasado. Solo que ahora… quiero el problema para

mí.

Suelto el aire, cansado de intentar entender lo que esa rubita estaba haciendo conmigo. El asunto es que estos idiotas no tenían límites. Nunca me gustaron las burlas hacia las mujeres, pero esto… este sentimiento extremo, era otro nivel.

—Hermano… en serio… —Prince se acerca, hablando bajo, seguido de Kyle y Jordan. —De verdad necesitas controlar tus nervios. ¿No será el caso de follar con otra chica y olvidarte de esta obsesión con la rubia?

Vuelvo el rostro rápidamente hacia él, frunciendo el ceño con la sugerencia que suena absurda incluso para mi consciente. Todo porque no consigo pensar en otra chica que pueda aliviar mi tensión. No cuando todo lo que quiero es a ella.

—No quería estar de acuerdo con Austin, Sebs… pero tiene razón. Estás dando golpes contra la pared. Winter no quiere nada contigo —Kyle añade con cautela. Me quedo estático, oyéndolo sin creer que él también piensa eso.

—Llevas más tiempo detrás de Brooke y no digo nada, tío —me defiendo, mientras me levanto y visto una camiseta negra, echando la chaqueta del equipo por encima.

—Es diferente… yo no tenía un historial de bullying con ella y solo metí la pata una vez. Tú y Winter estáis en eso desde el primer día de la gata en Michigan.

Suelto una risa sin humor, sin creer que mis amigos están contra mí.

—No saben de qué hablan. Y si son mis amigos, deberían estar a mi lado —les señalo a los tres. Jordan todavía se mantenía callado, pero su cara impasible decía que pensaba lo mismo que los otros.

—Estamos cuando no te pasas de la raya. Y esto… —Kyle continúa, mientras viste una chaqueta igual a la mía. La mayoría del equipo estaba sacando una del armario. —Es tú persiguiendo a una gata por puro capricho. Brooke dijo que ella no es del tipo "solo un polvo", Sebs. —Hace comillas en el aire para enfatizar. —Mejor deja a la gata en paz.

—¿Y quién dijo que quiero solo un polvo? —Los cuellos giran demasiado rápido hacia mí, explicando la discusión. Todos están sorprendidos.

Sí… lo sé… la sensación es nueva para mí también.

—¿Y no es así? —Prince pregunta, asustado. Da un paso adelante y coloca el dorso de su mano en mi frente. —Enfermo no estás. —Después me agarra de los hombros, de un lado al otro. —Y tampoco parece que te hayan abducido los ETs.

—Cállate, Prince —replico, apartándolo con el brazo. Jordan y Kyle todavía esperan una explicación, que no tengo. Me froto la cara, intentando poner en palabras la confusión que siento. —Es raro… pero… siento que es diferente, ¿está bien?

—¿Diferente del tipo que la vas a invitar a salir? —Finalmente Jordan habla.

—Ya lo hice.

¿La vez de la biblioteca cuenta, no?

Vale que estaba sosteniendo el control del vibrador, pero…

—¿Y dijo que sí? —Kyle parece sorprendido.

—Eh… no. Pero dijo que lo pensaría.

—¡Dios mío! ¡Vámonos ya a la Kappa! —Prince habla con cierto desespero en la voz. —Necesito beber antes de que acabe el mundo. Tengo la impresión de que vamos a salir de aquí y ser recibidos por una plaga de langostas. El apocalipsis empezó y se olvidaron de avisar.

—¡Cállate, Prince! —Ahora es Kyle quien manda. —Sebs tiene derecho a enamorarse, tío. Una hora iba a pasar.

Estoy en shock. La palabra "enamorarse" se repite en mi cabeza, resonando como un trueno en medio de una tormenta. No era algo que esperaba oír, mucho menos de Kyle.

La verdad es que el tornado de emociones dentro de mí solo crece. ¿Rabia? ¿Deseo? ¿Confusión? Ya no consigo separar las cosas. Cada vez que pienso en Winter, parece que algo en mi pecho aprieta, pero me niego a aceptar que es… eso.

¿Enamorado? ¿Será eso de verdad?

Intento encontrar algún equilibrio, pero el pánico es casi tangible. ¿Será que el Gelito consiguió derretir mi corazón de hielo?

Mi cuerpo entero se tensa, como si mi cerebro estuviera luchando contra una verdad que no quiero admitir.

Que se joda. Voy a dejar que el instinto me guíe y ver qué pasa. Desde que Winter llegó, aumentó mis preocupaciones de manera divertida, haciendo que el otro lado de mi vida fuese más fácil.

Prefiero lidiar con un Gelito enfadado que con la mierda de mi familia. Esa es la verdad.

—Tampoco exageres, Kyle —Jordan se encarga de poner razón en esta discusión loca. —Enamorarse es mucho. La gata apenas lo deja acercarse. No hay cómo enamorarse así…

—¿Y quién eres tú para saber algo de eso, eh? Nunca estuviste con una chica más de un mes como para saber.

—Sí estuve —Jordan contesta.

—Fueron 32 días, hermano —Prince recuerda. —Sí… pasó de un mes. —Le guiña a Jordan como si la cuenta ayudara en algo. El otro solo lo mira de mala gana.

—Que se joda. No sé qué está pasando entre el Gelito y yo, ¿ok? —argumento, aburrido. —Solo sé que no es solo un polvo. Ella… ella me vuelve loco.

—Ah… lo sabemos, Caps. —A veces me pregunto cómo nunca me peleé a golpes con Austin.

—¿Podemos seguir burlándonos de Sebs en el coche? —Jordan pregunta. —Todo el mundo ya salió de aquí y están yendo a la Kappa. Si tardamos mucho, el coche va a quedar demasiado lejos de la casa.

Miramos alrededor, viendo que solo quedábamos nosotros allí. Mierda. Cogemos nuestras mochilas y seguimos al estacionamiento en dirección a la pick-up de Kyle.

No es que me importara aparcar lejos o cerca de la fraternidad, porque esta noche, nada sería obstáculo para acercarme a esa rubita… nada.

**Capítulo 32**
W i n t e r  G r a c e




— ¿Por qué la Abeja Reina está aquí mismo? — me pregunta Brooke en un susurro, sin quitar los ojos de Chloe que circula naturalmente en nuestra sala de estar.

— Porque Riley quiso hacer la fiesta de la victoria para el equipo de hockey, ¿recuerdas? La fiesta incluye a todos los hinchas de los Wolverines — responde Sid, girando el vaso rojo con cerveza en un trago que haría envidiar a mucho macho. — Necesito otro vaso para soportar la visión.

Veo a mi amiga alejarse hacia la mesa donde estaban los barriles de cerveza.

— ¿Quieres un vaso también? — pregunta Brooke, sosteniendo el suyo. Yo aún no había agarrado ninguna bebida porque tardé en bajar. No quería participar en la fiesta. Pero fui prácticamente arrastrada por Cameron y Paige. Me convencieron al mencionar que estaba con miedo de Sebastian.

¿Miedo? ¿De él?

Bueno… en cuanto al miedo tenían razón, pero era de las reacciones que mi cuerpo venía teniendo cuando el capitán del equipo de hockey estaba cerca.

El día de la biblioteca se había vuelto un hito para mis sueños eróticos. No podía dejar de pensar en cómo permití que me hiciera todo aquello, y todavía querer más.

Mierda. Estaba cansada de despertar excitada después de una noche caliente en los brazos de Sebastian — en sueños, dicho sea de paso. Y así quería que continuara.

Mi rutina de entreno estaba equilibrada entre la presentación individual y la de pareja, en la que éramos compañeros. La entrenadora Williams quedó tan sorprendida con el don que tenían los Gladiadores para el patinaje artístico, que inscribió a las cuatro parejas sin selección previa.

Así que necesitaba crear una barrera enorme para que la situación de la biblioteca no volviera a suceder y me hiciera perder el control… como ya había pasado, literalmente.

Sebastian puede tener el mejor beso y la mejor pegada que ya experimenté. Pero sigue siendo el tipo del porro dulce, mientras yo sigo siendo… yo.

Al menos, ya no podía mantener el apodo Gelito con la connotación de frígida. Yo correspondí a su avance… dos veces.

¡Dios! Necesito ayuda profesional… en serio.

Nuestra rutina de entrenamientos para el Sectional Championships ha sido una verdadera prueba de fuego. En cada ensayo, resistir se hacía más difícil. Él no perdía la oportunidad de provocarme. Y ahí está mi miedo. No puedo evitar el calor que recorre mis venas cada vez que el desgraciado me agarra de una forma más íntima.

Que la señora Williams nunca escuche, pero la maldije mentalmente por incluir más elevaciones en nuestra performance.

Después pasé a maldecir a Sebastian, por aprovecharse y dejar la mano en ciertos lugares inapropiados más tiempo del necesario.

— No sé si quiero beber hoy — respondo a la pregunta de Brooke. Era mejor mantener mi discernimiento ya que iba a enfrentar a la serpiente del Jardín del Edén. Y si el volumen que me recordaba la fiesta de disfraces correspondía a la verdad, era la serpiente. Sin contar que yo prefería destilado a cerveza. Pero hoy, no tendríamos el servicio de la barmaid. Riley dijo que si lo hubiera siempre perdería el encanto.

Nuestros ojos siguen a la chica arrogante al mismo tiempo, viéndola desfilar tranquilamente.

— Ella no parece preocuparse de que la fiesta sea aquí — digo, alzando el mentón en su dirección.

— Increíble cómo da vueltas el mundo. Tanto la Delta como la Kappa dijeron que harían la fiesta de la victoria. Y Austin declaró que vendrían acá — revela Broo, bebiendo la cerveza. — No tuvo otra opción que adherirse. Confieso que la admiro en este punto. Supo perder.

— Sinceramente… tengo la impresión de que vive en un mundo solo suyo, ¿sabes? — Continuamos nuestro análisis, viéndola saludar a algunos compañeros y comentar algo, probablemente una excusa por el hecho de que la fiesta sea aquí y no en la Delta Zeta.

Cuando me vio, me miró de arriba abajo como lo haría una inspectora de moda.

No estaba mal vestida, pero no hice una súper producción. Llevaba un short vaquero, sudadera azul clara y holgada que mostraba el hombro, y unas zapatillas blancas. Me hice un maquillaje básico para quitarme el aire de cansancio.

— Que se joda ella.

Casi me sentí intimidada por su mirada amenazadora. Chloe tenía esa aura de poder que le concedía muchos súbditos. Yo no tenía tendencia a bajar la cabeza, y tenía problemas más grandes que lidiar con celos mal curados.

Porque… no quería formar parte de su manada de cuernos. Estaba huyendo de la razón que le daba todos ellos, eso sí.

Y como si hablara del diablo… la puerta doble de entrada se abre de golpe y el equipo de hockey entra al recinto.

Austin es el primero en aparecer, como si condujera a la manada. En lo que se trata de fiestas, él lo hacía realmente.

Los jugadores empiezan a brotar, entrando en la fraternidad. La mayoría estaba vestida con la chaqueta del equipo en un tono de azul oscuro y vaqueros.

El ambiente fue tomado de inmediato por el aroma masculino de hombres recién salidos de la ducha. Y entonces… siento la energía electrizante que me rodea todas las veces que estoy en el mismo lugar que él. Por instinto, levanto la nariz para afinar el olfato, buscando su perfume.

El calor de su cuerpo llega antes.

— ¿Esa ropa es para mí, Gelito? — La voz gruesa y ronca tan cerca me hace un escalofrío recorrer la espalda. La sensación de tener su cuerpo gigante tan cerca es conocida, pero ese olor… está… mal.

Abro los ojos, encarando a Sebastian con una mueca.

— ¿Qué perfume es ese? — pregunto completamente sin filtro.

La ausencia del olor característico de su perfume me incomoda al punto de alterar mi humor. Y no me doy cuenta de lo que estoy haciendo hasta que es demasiado tarde.

— ¿Hum? — murmura la pregunta, inclinando la cabeza confuso. Un minuto después, sonríe ladeado. — ¿Reconoces mi perfume?

— Y-yo… nooo. ¿Estás loco? — replico, tartamudeando y cruzando los brazos sobre el pecho. El rubor revelando mi mentira.

Él sigue sonriendo.

— Qué bueno, Gelito. — Me jala por la cintura, y siento su nariz hundirse en mis cabellos. — También adoro tu olor a algodón de azúcar.

Mi perfume era suave y con un toque dulce, pero nunca lo vinculé a la nube azucarada.

— Y solo para que sepas… olvidé mi perfume en el cuarto y tomé prestado el de Kyle. Pero como noté que te gusta, voy a asegurarme de dejar uno en el casillero del vestuario, ¿ok? — Me besa la mejilla, en un gesto tan normal que ni siquiera lo rechazo. Debe ser el contacto por los ensayos y entrenos diarios. Seguro.

Cuando me doy cuenta, doy un paso atrás, alejándome del peligro. Él suelta una risa, con el rostro tan relajado que me siento completamente infantil.

— ¡Hola, baby! Hoy arrasaste… felicidades — Chloe aparece a nuestro lado, envolviendo su cintura con uno de los brazos. Siento esa arruguilla testaruda presionar mi frente, incómoda con la escena.

Estudio la postura del cuerpo de Sebastian, y espero su aceptación ante la dominancia de la chica. Solo que él se mantiene inerte, con las manos en los bolsillos de los vaqueros. Mis ojos suben a su rostro, y noto que él me está estudiando de vuelta.

— Vale, Chloe — responde sin emoción, manteniendo la mirada fija en mí. — Todos jugaron bien.

— Tú eres el mejor siempre, capitán. — Suelta una risita tonta. — Entonces, ¿qué tal celebrar tu victoria a lo grande, hum? — Se ofrece descaradamente, frotando las tetas en su costado.

— Gracias… — Mi corazón se aprieta con la idea de que él se vaya con ella. Qué mierda. — Solo que no. Quiero quedarme. — No

consigo disimular el suspiro de alivio. Levanto la mirada rápido y siento rabia al ver la sonrisita ladeada de él.

Hago un puchero enseguida, emburrada, haciendo que la sonrisa se amplíe de oreja a oreja. Gruño bajito. Chloe, por fin, nota mi presencia.

— Ah… todavía divirtiéndote con la novata — la Abeja Reina habla con desdén. — ¿Ya no te cansaste?

— No — responde rápido. — Y entonces, se vuelve hacia ella. — Pero estoy cansado de tu actitud.

Ella ríe, como si le hubiera contado un chiste.

— ¿Qué pasa, Sebs? — Chloe se aleja solo para poner la mano en la cintura y mirarme de pies a cabeza. — Siempre es lo mismo. Pruebas y luego vuelves conmigo.

Sebastian me analiza, de un modo que hasta pienso que está preocupado por mi opinión al respecto. Cuando me quedo impasible, él suspira y encara a la chica convencida.

— No vuelvo contigo, porque no tenemos nada, Chloe. Nunca dije que teníamos algo y si demostré cualquier cosa diferente de un polvo contigo… lo siento. Nunca lo fue.

— ¿Conmigo? — Ella se lleva la mano al pecho, todavía dueña de sí. — No, querido… con las otras. — Sebastian pasa una mano por el rostro, mostrándose agotado de argumentos sin sentido.

— Chloe, por lo visto no me necesitas. Ya tienes una relación contigo misma. Inventaste algo en tu cabeza y no quieres ver la realidad.

— ¡No! No quiero. Yo te quiero de vuelta.

— Nunca me tuviste para perderme.

Es posible ver la alteración de humor de la chica, no aceptando la derrota. Su rostro se contorsiona en una mueca de rabia, antes de soltar un grito agudo, nerviosa. Es como si activara la sirena para que quien no estuviera prestando atención, pasara a mirar el drama.

— Soy mejor que esa rubia aguada, Maxwell. ¿Qué tiene ella que yo no tenga?

El capitán del equipo de hockey percibe que somos el centro de la fiesta y respira hondo. Me clava los ojos, luego a sus amigos, y después a los demás alumnos que forman un círculo para la típica película adolescente.

— Ella tiene… — se aclara la garganta, vacilando ante lo que está a punto de decir. Enderezo tanto la columna para mantener la compostura, preparada para responder a la altura del insulto de turno. — Mis pensamientos… — se señala la cabeza. — Mi tesón… — Baja la mano y aprieta el paquete, haciendo que algunos chicos rían y hasta asientan. Él los mira un poco cabreado, como si estuviera celoso. Y luego retoma la locura: — Y si algún día quiere… tendrá mi corazón.

¿Qué?

El sonido alrededor se llena de risas, exclamaciones, conversaciones cruzadas, en un volumen casi insoportable de tan alto.

¡Carajo!

Nadie cree lo que dijo. Mucho menos yo.

— ¿Estás loco? — Entro en la pelea de la pareja, sin siquiera saber cuál es mi papel en todo esto. — ¿Qué voy a hacer yo con tu corazón, Sebastian? — pregunto incrédula, moviendo la cabeza en negación. Luego suelto una risa irónica y nerviosa. — Ten cuidado, ¿eh? Porque si un día me das tu corazón, lo voy a picar y freír para alimentar a perros callejeros.

— Qué es esto, Gelito — suena dolido.

¡Dios mío! El mundo está del revés. ¿El arrogante capitán del equipo de hockey está dolido porque rechacé su oferta?

— Me humillaste desde el primer día de clase. Has sido un completo imbécil conmigo. Encima me engañaste con aquel disfraz. ¿Crees que basta con hacer una declaración cursi para que olvide todo?

— No hice tantas cosas así… — se defiende, y lo fulmino con la mirada. — Vale. Metí la pata el primer día. Pero después, tú devolviste.

— ¡Me regalaste una cesta de consoladores en plena clase! — replico, queriendo enumerar sus pecados.

— No sabía qué regalarte de cumpleaños — sonríe lascivo. Nuestro encuentro en la biblioteca me viene a la cabeza como un tráiler de película. Lucho para ocultar el estado en el que está quedando mi braguita con el recuerdo.

Él solo inclina la cabeza, moviendo las cejas y señalando que me leyó el pensamiento. Espero cualquier comentario malicioso… que no viene. No sé si respiro aliviada, o me preocupo aún más. Este nuevo Sebastian es peligroso. Por eso, sigo con las acusaciones.

— También me troleaste para ser musa en la clase de arte. — Sebastian cruza los brazos, poniendo una mano sobre la boca, ocultando la risa. — Siempre me estuviste probando, y dejándome desnuda delante de todos. Si me quieres para ti, ¿te gusta tanto compartir?

— No estabas desnuda. Tenías una sábana.

— Que pisaste…

— Pero nadie vio nada. Tú tapaste. Nadie vio tus tetas — declara, muy seguro.

— Si las vieran, no sería novedad, ¿no? Me hiciste bañarme en cerveza y enseñar las tetas a medio mundo en aquel bar — argumento furiosa, señalando a la rueda de personas que estaban a nuestro alrededor.

— ¿Eso es lo que te preocupa? En eso puedo empatar el marcador, Gelito. — Se quita la chaqueta y la camiseta.

¿Qué mierda está haciendo?

¿Le dio calor, o qué?

— No hay cómo volver al pasado — insisto, mi voz saliendo una octava más alta.

— No. Pero puedo cambiar el presente. — Hace un movimiento muy rápido, desabrochando el pantalón y bajándolo

hasta las rodillas, quedándose prácticamente desnudo en medio de la sala.

Ay. Mi. Dios.

— Perdón por estar a medio palo. — Mira su miembro, luego a mí. — Pero tú en ese shortcito diminuto matas, Gelito.

Analizo la imagen de su abdomen que baja en ese "v" que admiré tantas veces, con el inicio del vello recortado y un rabo casi erecto.

Ay carajo… no creo que Sebastian me esté dando la primera experiencia de ver un rabo en vivo, en medio de la multitud.

Quiero gritarle mientras una rabia desconocida me sube por el torso hasta hacerse nudo en la garganta. No sé cómo lidiar con la situación.

Él permanece frente a mí, desafiándome con su desnudez. La histeria de hace poco desaparece, dando paso a otro tipo de reacción. La que quiere cubrirlo y no compartirlo con nadie.

Es karma, seguro.

No puedo dejar que gane, no cuando estoy en mi fraternidad. Entonces decido por mi lado infantil, intentando ofenderlo con lo que todo hombre más aprecia, aceptando temporalmente la tregua.

Respiro hondo y me pongo la máscara de indiferencia.

— Todo el mundo va a comentar que me lié con el Gladiador de rabo pequeño. Qué mierda… — comento, mostrando puro sarcasmo.

— Opa… ese no soy yo. Kyle gana a todos, claro. Pero si quieres, me la saco ahora y te dejo orgullosa, ¿quieres? — Aprieta la circunferencia, moviendo arriba y abajo. Pero qué carajo. La situación solo empeoró y me dejó todavía más incómoda. Echo un vistazo alrededor, viendo que todos lo observan con los pantalones bajados, esperando su proeza de ponerse duro. ¡Ay no!

— ¡NO! ¡No quiero! — grito antes de que lo consiga. Si se iba a poner duro para mí, no sería con espectadores, pienso. Después me peleo conmigo misma por pensarlo.

¡Dios! Estoy tan confundida. No es hora para eso, ahora tengo que contener el desastre. Corro hacia él, y le subo yo misma los pantalones, cerrando la cremallera como sea.

— Eh… calma con ese trasto, o vas a arruinar el parque antes de jugar en él — dice Sebastian, burlón, alejando la cadera para proteger el rabo de los dientes del vaquero.

— No sé si quiero jugar en un parque tan usado — digo, queriendo convencerme. Sebastian sujeta mi rostro con ambas manos.

— Sí que quieres, Gelito. Y estás más enfadada por eso. — Cierro los ojos, queriendo que el perfume equivocado engañe mis sentidos y me haga retroceder. Solo que el aroma de Sebastian no se define por el líquido de un frasco, sino por él entero.

La sensación de tenerlo tan cerca me deja atontada, envuelta en una niebla de deseo y expectativa por lo desconocido. Sebastian Maxwell demostró ser capaz de llevarme del cielo al infierno. La adrenalina a su lado es adictiva.

— Tengo miedo… — susurro, confesando mi inseguridad.

— Yo también. Pero prefiero un tiro a ciegas que dejar el puck sin rumbo.

— ¿Y si digo que no quiero?

— Estarías mintiendo y soy terco de cojones. Voy a insistir hasta que cedas. — Entonces, Sebastian echa un vistazo rápido alrededor, recordando que estamos en medio de la sala común de la Kappa, con la fiesta de fondo.

— Vamos a salir de aquí — dice, la voz baja pero firme. No es una sugerencia. Es una decisión. — ¿Dónde está tu cuarto?

— ¡No voy a llevarte a mi cuarto! — contesto, aún más firme.

— No quiero follarte, Gelito. Solo hablar.

Vacilo un segundo, mi mirada va de Sebastian al caos de la fiesta alrededor.

— Confía en mí — murmura, sus dedos rozando mi mejilla y deslizando hacia mi hombro descubierto.

Me ablando con su toque. De ese modo, no me deja otra opción.

¿Debería resistir? Claro.

Pero ¿qué puedo hacer si perdí la razón? Entrelazo nuestros dedos y mis piernas parecen moverse solas hacia la escalera.

— ¡Eh, Sebs! — Jordan lo llama, tirándole la camiseta y la chaqueta, que él atrapa en el aire. — Si necesitas un aventón, llama. — No miro a su amigo, porque no quiero enfrentar ningún tipo de burla. Sin embargo, noto la dinámica de que todos los gladiadores ofrecen transporte para él y nunca al revés.

¿Será que no tiene licencia de conducir?

Debe tener coche. Dinero no le falta. Y a todo tío le gustan los coches, ¿no?

Tropiezo en mis pies y regreso a la realidad, siendo sostenida por Sebastian para no caer. Lo miro por encima del hombro, esperando alguna gracieta que indique al tipo con quien me acostumbré a lidiar. De nuevo, nada. Al contrario, susurra una pregunta si estoy bien. Asiento con la cabeza y continúo.

Algunas personas hacen comentarios cuando pasamos junto a ellas y me tenso, repensando si estoy tomando la mejor decisión.

— Solo vamos a hablar — puntualizo, al llegar al primer tramo de escaleras.

— Sí, Gelito. Pero… si quieres abusar de mí, no voy a objetar. — Me detengo en seco y él se ríe. — Tranquila… Solo quiero terminar esta conversación sin distracciones.

Y, a pesar del miedo, continúo hasta estar frente a la puerta de mi cuarto.

**Capítulo 33**

W i n t e r  G r a c e




La habitación no está desordenada, aun así me siento incómoda al ver la ropa que Sidney dejó en su cama hasta decidir el modelito de la noche. Voy hasta allí y recojo todo, abriendo el pequeño armario que compartimos y tirando todo dentro. Después lidiaría con ella y su ropa de marca esparcida por el suelo.

— ¿Todo aquello era para escoger una ropa para mí, Gelito? — dice Sebastian, burlón. — Sabía que estabas cayendo en la mía.

— Esas ropas son de Sidney — afirmo con vehemencia, echando los hombros hacia atrás y camino etérea, sentándome en mi cama. — Ni pensaba que vendrías.

— Una fiesta de la victoria de mi equipo y yo no vendría… — Sonríe, expirando una risa convencida hacia un lado. — Si quieres mentir, sé más convincente.

— No mentí sobre la ropa.

— Pero mentiste sobre no arreglarte para mí.

— Yo… — Se acomoda a mi lado, interrumpiéndome con una mirada acogedora.

— No quiero pelear, Win. Solo estoy jodiendo, porque me gusta provocarte. — Dobla una rodilla, girándose hacia mí. — Me encanta esa arruguilla en tu frente. — Paso la mano por el lugar que señaló. — Creo que me encantan muchas cosas de ti…

Sus ojos se deslizan por mi cuerpo y se lame los labios, claramente provocándome.

— Dijiste que querías conversar, Sebastian. No intentar llevarme a la cama.

— En realidad, ya estamos en una, Gelito — constata, impulsando el cuerpo en un saltito y haciendo que el colchón se mueva. — Solo no estamos haciendo lo que quiero, pero un paso a la vez.

— Me estoy arrepintiendo de haberte traído hasta aquí… — digo entre dientes.

— Paro, ¿vale? Quiero empezar de nuevo. — Sebastian arregla la postura, poniendo las manos entrelazadas en su regazo. Luego, se aclara la garganta para empezar: — Primero, quiero pedirte disculpas. Sé que no va a remediar lo que hice, mucho menos disminuir mi culpa. Pero realmente lo siento — lamenta, cabizbajo. — Ya había folla… — se traba y me encara. — Ya había estado en el cuarto de Katy antes, y ella decía que no lo compartía con nadie. Ni imaginé que esa cama podía ser tuya.

Respiro hondo, tardando más en expirar el aire de los pulmones.

— Ella lo sabía… — murmuro.

— Ella sí, Gelito. Yo, no. Y mucho menos que había estropeado algo tan valioso. — Alzo la mirada, estudiando su rostro. — Si lo supiera, podía haberte facilitado más la vida.

— ¿Te arrepientes de todo, entonces?

— Bueno… — Se frota la nuca. — Me arrepiento de que otros vieran tus tetas en el baño de cerveza. Pero en cuanto a los vibradores… — Ríe zafado. — No puedo decir lo mismo.

Lo ocurrido en la biblioteca salta en mi mente y mi cuerpo refleja de inmediato las sensaciones de aquel día. Mi interior se

aprieta en una contracción deliciosa, recordando el orgasmo causado por las vibraciones y por él. Sebastian me condujo hasta el precipicio y me empujó a una caída libre en el valle de la lujuria.

Y me gustó.

Me gustó cada palabra obscena, cada provocación, y especialmente la emoción de estar en un lugar público. No debería pensar en repetir, pero Sebastian me llevaba a cometer locuras.

— Pervertido.

— ¿Por ti? Mucho…

— Sebastian… — Cierro los ojos, queriendo encontrar mi juicio. — No sé si vas a encontrar en mí lo que buscas.

— ¿Y qué es exactamente lo que busco?

Debe estar de broma…

— ¿Una follada fácil? ¿Una María Patines? ¿Alguien que sepa hacer una mamada perfecta? — Gesticulo en el aire, mientras parloteo sin parar.

— ¿Sabes hacer una mamada?

— Claro que… — Estoy a punto de responder que no, cuando me trabo, mi cerebro frenando la boca en cuestión de segundos. Presiono los labios, dándome cuenta de lo que podría haber soltado.

Sebastian sopla una risita baja, divirtiéndose.

— Fue broma, Gelito… — dice de un modo gentil.

Quiero rebatir con un carajo, pero su mirada no es de burla. Me mira más con… ¿devoción?

Siento el rostro arder, y él alza una mano a mi mejilla, acariciándome suavemente.

— Sé que eres virgen, Win. Y no me importa lo que sepas o no hacer.

— ¿L-lo sabes? — tartamudeo, mi cara en llamas de vergüenza. — ¿C-cómo?

Sebastian suspira, mirando al techo antes de sujetar mi mano y mirarme.

— No quiero que te sientas avergonzada. El que actuó mal fui yo y no debí apresurarme, ¿vale? — Trago en seco y asiento con la cabeza. — Lo sentí aquella noche de Halloween. Además de que tu coño es apretado, lo que me vuelve loco, noté una piel delicada. Y sentiste incomodidad cuando fui un poco más hondo.

Suelto un gruñido bajo y me cubro la cara con ambas manos. La única cosa que quiero es meterme debajo de la cama.

Ay, Dios… Mi Don Juan… quiero decir… él, Sebastian, sintió que yo era virgen.

— No es para tener vergüenza, Gelito. Pasaste por muchas cosas. Y por lo que vi, vivías para los entrenos — él mismo justifica mi vida amorosa deplorable.

Qué mierda.

Está difícil decidir qué es peor: saber que Sebastian sabe que soy virgen, o que encuentre motivos para que todavía lo sea.

— No dejaba que nadie se acercara demasiado… — susurro, confesando más para mí. — Tenía miedo de que buscaran en mí a Summer, ¿sabes? Ella era alegre y extrovertida. Segura de sí. — digo, sin querer sonar despechada, porque no lo es. — Yo nunca tuve aquel brillo. Tenía miedo de decepcionar a la gente. Entonces, prefería quedarme en su sombra. Era… cómodo.

— Tú brillas, Winter. Brillas tanto como tu hermana ya brilló — habla con tanta propiedad que me pierdo en su mirada acogedora. — Ninguna estrella es igual a otra. Cada una es el reflejo de la luz proyectada en una superficie rocosa. Algunas tienen ondulaciones, otras más huecos, pero todas brillan juntas.

— ¿Te volviste filósofo, Gladiador? — Sonrío, derritiéndome con su declaración.

— Depende… si puedo besarte de nuevo, empiezo a recitar a Kant — devuelve. No contengo la risa floja. — Gelito, no quiero solo una follada. Y… — Sopla el aire por la nariz, buscando palabras otra vez. — Nunca intenté quedarme con alguien antes. Solo que contigo… quiero intentarlo.

— ¿Aunque yo sea la "Virgen del Hielo"?

— El hielo es mi pasión y ni me importa la virginidad. — Oscila y me mira de súbito, tragando un nudo con dificultad. — ¿Y tú te importas? O sea… ¿quieres esperar hasta el matrimonio o algo así? — Su voz sale estrangulada.

Suelto una risita por su desesperación.

— No… no pienso en casarme virgen. Solo quiero que sea especial. — Él respira aliviado.

— Qué bueno… Pero si quisieras, Gelito. Yo no te iba a forzar a nada, ¿vale? Sufriría de bolas azules y tendría que aumentar el lavado de mis calcetines, pero me las arreglaría — declara, soltando soluciones que hacen que mi corazón dé un salto.

— Eh… qué bueno… — Empiezo a mirar al techo, sin saber bien cómo actuar ahora. La imagen de él masturbándose y pensando en mí agitó mi cuerpo de un modo que me llevó de vuelta a la fiesta de Halloween y su boca hábil.

La forma en que me chupó y usó los dedos, haciendo que cada músculo de mi cuerpo lo sintiera en el momento del orgasmo. Siento la excitación escurrir, mojando mi braga.

— Ya que pasamos la etapa de lo que quiero, necesito saber de ti, Gelito. ¿Qué quieres tú? — Sebastian me toma desprevenida.

¿Qué quiero?

¿Será que se lo digo?

— Y-yo… quiero otra vez.

— ¿Hmm? — Sebastian arquea una ceja, su cuerpo tomando postura de quien espera algo.

— Quiero tu boca otra vez… en mí — confieso bajito, mordiéndome la comisura del labio.

Un minuto se arrastra, estirando el tiempo como una eternidad. Finalmente, Sebastian se mueve, indicando que no era una estatua. Sus hombros se relajan levemente, y un brillo indescifrable aparece en sus ojos.

— Pensé que dirías otra cosa, pero adoré esa respuesta. — Rodea mi cuello, acercándome a él. Sus labios tocan los míos, y cedo

al beso que empieza gentil, aumentando las chupadas y lamidas hasta que nuestras lenguas se encuentran.

Jadeo y Sebastian profundiza aún más el beso.

— Quiero el otro beso… — pido, perdida en el deseo. — Quiero que bajes a mí, Sebs.

— Ay carajo… llámame Sebs otra vez, que voy a chuparte hasta el alma por el coño, Gelito.

— Sebs… mi Gladiador… — digo entre besos. Él inspira hondo, exhala despacio, riendo con una ligereza que nunca vi antes. Luego chupa mi labio inferior antes de empezar a besar mi mandíbula, bajando del cuello a la clavícula.

— Esta blusa es sexy… — Tira del cuello hacia abajo.

— Es solo una sudadera — declaro, jadeante.

Sus ojos encuentran los míos, llenos de promesas profanas.

— Todo en ti es sexy… — Retoma las caricias con la boca sobre mi piel. Apenas noto cuando se desliza de la cama al suelo, quedándose de rodillas entre mis piernas. — Incluido ese shortcito diminuto.

Sebastian acaricia la piel del interior de mis muslos, justo debajo del tejido vaquero.

— No se puede rasgar, si es eso lo que piensas.

— Sé que no… pero quiero atender tu pedido. Así que échate para que lo quite, ¿vale?

Sus manos empujan mi cadera hacia el centro de la cama. Repto hacia atrás hasta llegar al centro y Sebastian sube de rodillas, manteniéndose fijo en medio de mis piernas.

Sabía de su experiencia, lo que no disminuyó mi sorpresa con la facilidad con que me quitó el short. Las zapatillas cayeron al suelo en el proceso.

— ¿Juras de verdad que no te pusiste esta braga para mí? — pregunta, sujetando mi tobillo derecho y elevando la pierna hasta apoyarla en su hombro. Jadeo, soltando el aire despacio.

— Tengo varias bragas — devuelvo en un hilo de voz.

— Y todas ellas son de encaje y tanga, supongo. — Ríe y besa la curvatura de mi pie.

— Uh-hum… — confirmo, tragando el gemido cuando sus labios empiezan a trazar el camino por mi pantorrilla. Por donde pasa, Sebastian deja un beso húmedo, seguido de una mordidita.

— Pretendo verlas todas, Gelito. Y dejar algunas en mi cajón.

— ¿Por qué en tu cajón? ¿Piensas cambiar de estilo de lencería, Gladiador? — bromeo, y recibo un mordisco un poco más fuerte en el interior del muslo.

— Es para cuando estés en mi cuarto, amor. Por si necesitas… — Encoge un hombro y desliza la punta de la lengua hasta mi ingle. Gimo al sentir el beso, aún más húmedo en la zona.

Roza su nariz en mi raja por encima del tejido y luego muerde el monte de Venus.

— No voy a ser noble y decir que no quiero entrar aquí, porque es mentira. — Alza la mirada. — Pero voy a esperar tu tiempo.

— ¿G-gracias? — No sé bien qué decir. Y no tengo tiempo para pensar, porque siento su lengua presionar el tejido, justo sobre mi clítoris.

Mi cadera se eleva, necesitando más.

Sebastian baja hasta mi entrada, tirando con una mano de la tela hacia arriba. Mis labios mayores abrazan la lencería mientras él lame mi excitación alrededor. Su lengua hábil retorna al botoncito, mezclándose con la fricción del tejido áspero.

Mi respiración hace que mi pecho suba y baje en un movimiento que eleva mi torso. Sebastian sigue con sus besos, y cuando abandona mi coño me quejo en un murmullo mimoso. Sin embargo, se concentra en lamer el interior del otro muslo, bien despacio. En el instante en que alcanza la rodilla, me doy cuenta de que ya me ha quitado la braga.

Delicadamente, coloca mis piernas sobre uno de sus hombros y pronto estoy desnuda de cintura para abajo, acostada

boca arriba en mi cama, con un Gladiador mirándome fascinado. Abre mis piernas, deslizándose con las manos por dentro, haciéndome abrir un esparrancado perfecto.

— Ay carajo… qué coño tan lindo, Gelito. Y todo mojadito para mí. — Pasa el índice por mi abertura, deslizándose por fuera. Luego mete un dedo despacio, yendo de a poco para sentirme. — ¿Así es rico? — Me observa, entre excitado y preocupado. Aspira entre dientes cuando hace un vaivén superficial. — Porra… estás estrujando mi dedo.

— ¿Eso es malo? — La pregunta sale sofocada. Me siento tan expuesta. Aquella inseguridad amenazando con volver a mi pecho.

— Claro que no, amor. Es una delicia. Me imagino cómo será con mi polla…

No sé en qué parte me tranquilicé más, pero empecé a contar cuántas veces viene diciendo "amor". Si esto es una técnica de seducción, voy a aplaudirlo. Porque está funcionando.

Dejo la cuenta cuando Sebastian se quita la camiseta, mostrando el torso musculoso. Paso una inspección rápida, ya que enseguida se inclina para alcanzar mi coño. Se esparrama por el colchón, acomodándome un poco más arriba.

Después, me sujeta la cadera, envolviendo uno de mis muslos con un brazo, de modo que esa mano alcance mi pubis. Abre mis labios mayores con el índice y el pulgar, exponiendo mis pliegues y la piel delicada.

— Gelito, no es hora de decir esto, pero… — Me lame de abajo a arriba, haciéndome perder el raciocinio. — Estabas equivocada. — Su lengua circula mi clítoris.

— ¿En qué…? — Gimo, sintiéndolo alcanzar el punto exacto de mi placer, besándolo con los labios suaves.

— Tengo la boca en tu laguito caliente… — Sonríe, con los labios presionando mi carne. — Me equivoqué en decir que era congelado. Porque… ¡porra! Es caliente y delicioso para carajo.

¿Que tengo ganas de pegarle?

Claro que sí. Solo que no consigo mover un músculo con la chupada intensa que recibo después.

Él sabe cómo provocarme y elogiarme de un modo único. Sus labios envuelven mi clítoris mientras su lengua trabaja en un movimiento vivo. Siento temblores que parten de mi ingle y se expanden por todo mi cuerpo.

Pronto, un dedo tímido entra de nuevo en mi abertura, girando y exigiendo espacio. Mi musculatura interna se contrae y escucho un murmullo de aprobación.

Echo la cabeza hacia atrás, dejando que las sensaciones me dominen. Entonces otro dedo se introduce con cuidado. Miro hacia abajo, encontrando sus ojos analizándome. Asiento con la cabeza y él entra un poco más. Las chupadas toman un ritmo más intenso y estoy a punto de perder el control, queriendo gritar.

Sus dedos aceleran, siguiendo la boca que se mantiene concentrada en mi clítoris. Siento ondas eléctricas de placer expandirse desde mi centro hasta las extremidades de mi cuerpo. Mi vientre gira con más fuerza.

Entonces, grito su nombre, extasiada con el placer extremo que anestesia momentáneamente mi cuerpo, para seguir con ráfagas intensas en todas direcciones. Es como si algo explotara dentro de mí, apoderándose de todo a mi alrededor. No escucho nada, solo siento.

Poco a poco mi respiración vuelve a la normalidad y veo a Sebastian subiendo por mi torso, sobreponiéndose a mí. Nuestros rostros están alineados y me inunda una emoción de confort al ser besada por él.

No existen palabras que puedan describir esa conexión surrealista.

El beso se prolonga y me quedo sin aire, incluso cuando se aparta. Sus ojos fijos en los míos, como si intentara leer cada reacción mía. Intento recomponerme, mi corazón aún late rápido, pero mantengo una respiración larga para disminuir el frenesí.

— ¿Todo bien? — pregunta, su voz ronca, casi un susurro, rompiendo el silencio.

— Todo…

— No quiero irme, Gelito. ¿Me dejas quedar?

— ¿Aquí?

— Sí… Bueno… Compartes el cuarto, ¿no? Me olvidé de eso… — Se queda pensativo. — Pero no tengo intención de mirar a tus amigas. Solo quiero estar contigo.

Le doy una sonrisita tímida, intentando disimular la euforia por su pedido. Él pasa una mano por el cabello, como si intentara recuperar el control de sí mismo, y luego me mira con ese brillo suave en los ojos.

— Dormir toda la noche, creo que no. Pero puedes quedarte hasta que la primera entre al cuarto. ¿Puede ser?

— Si mantienen el patrón, sé que van a tardar. Entonces…

Soplo una risita baja, sintiéndolo cambiar nuestras posiciones, colocándome encima y envolviéndome en sus brazos. Me acurruco en su pecho, emocionada al notar que tira de una sábana para cubrirme.

— Me voy a ir de aquí sin que despiertes, Gelito. Y juro que quería ser una mosquita para verte explicar por qué estás sin braga a tus amigas. — Amenazo con levantarme para ponerme una. Pero él me sujeta. — N-no, bonita. Quédate así. Quiero salir de aquí con tu olor impregnado en mí.

— Puedo ponerme una braga antes de que despierten. — Me encojo de hombros. Él ríe.

— Buena suerte, amor. Solo cuéntame si lo lograste, ¿vale?

— Sigues siendo un cretino, Gladiador. — Sonrío, mordiéndole el pecho.

— Nunca dije lo contrario. — Sigue riendo. — Pero… — Alza mi rostro. — Soy tu cretino. Y quiero que seas solo mía también.

— ¡Qué suerte la mía! Gané un cretino exclusivo — bromeo.

— Y que te chupa rico, amor. No lo olvides.

Sonrío y apoyo la cabeza en su pecho. Sebastian podía haber pedido quedarse, pero al final hizo lo que yo quería.

Esa noche sería solo el comienzo de algo que ni nosotros entendemos bien, y la expectativa de lo desconocido trae una extraña sensación de libertad. Pase lo que pase después, estoy lista para descubrirlo.

**Capítulo 34**
W i n t e r  G r a c e




Todavía siento su olor y el perfume… Inspiro hondo hasta arrugar la nariz, constatando que es la combinación equivocada por ser otra fragancia. ¿No dijo que estaba usando el perfume de Kyle?

Aun así, la extraña sensación de confort aquieta mis sentidos como todas las veces en que desperté después de soñar con él. Sebastian era mi infierno durante el día; y de noche, en lo escondido de mi subconsciente, se convertía en mi paraíso.

Me estiro, extendiendo brazos y piernas y bostezando fuerte. Luego tanteo mi cuerpo, notando que sigo cubierta. ¡Gracias a Dios!

—Una pena que apenas te muevas cuando duermes, Gelito… estaba loco por ver tu culito rico —la voz ronca y grave de sueño resuena en mi oído, despertándome de inmediato.

—¿Qué sigues haciendo aquí? —grito en un susurro. —Las chicas… ellas…

—Ellas no durmieron aquí, Gelito. Tranquila. Solo estamos nosotros dos.

Parpadeo varias veces, tomando conciencia de la información. No era la primera fiesta en la que Sidney y Brooke dormían quién sabe dónde y después volvían a media mañana. Yo terminaba encontrándolas primero en la cocina y no en el cuarto.

—¿Y cómo estás tan seguro de que no van a entrar dentro de poco?

—Sidney, no lo sé. Pero Brooke está con Kyle. —Levanta el celular para comprobar. —Le pedí que me avisara cuando huyera de él de nuevo. Como aún no mandó mensaje, creo que tenemos tiempo.

—Brooke no huye de tu amigo.

Él suelta una risita sin humor.

—Ah… Gelito. Sí que huye. Y lo viene haciendo con una frecuencia enorme. No sé cómo el grandullón aún no se cansó. —Apenas lo dice, sus ojos caen en mi rostro, resbalando por mi cuerpo. —Olvida. Sí sé el motivo.

Tomo la respuesta como un cumplido y termino sonriendo. Paso a mirarlo descaradamente, viéndolo encogido en mi cama.

—Debes estar incómodo. ¿No es mejor ir a dormir un poco?

—Hoy es domingo, Gelito. No hay entreno y prefiero pasar más tiempo contigo. Sin contar que voy a tener que cazar un

aventón de vuelta a casa. —Empieza a teclear algo en el teléfono. —Rezar para que alguien se haya quedado con alguna Kappa y no haya bebido tanto —murmura para sí.

—¿Por qué no conduces? —La pregunta salta de mis labios, sin filtro.

Sebastian deja de teclear al instante, y me arrepiento al momento de ser invasiva. No me debe respuestas. De hecho, todavía estaba pensando cómo íbamos a funcionar para saber hasta dónde podía llegar. Su respiración cansada indica que no me pasé de la raya.

Se acomoda en una posición sentada, apoyándose en el cabecero de mi cama. Luego desliza los dedos por mi rostro, apartando algunos mechones hacia atrás. Su mirada es una mezcla de afecto y resguardo.

—Hace algunos años sufrí un accidente de coche —revela, sorprendiéndome. —Mi madre pidió que nunca más condujera, porque ya había perdido a mi padre. No quería perder al hijo también.

—Lo siento… yo…

—¿No sabías que también perdí a alguien? —encadena mis pensamientos. Como no se equivocó, asiento con la cabeza.

—Ahora me doy cuenta de que apenas nos conocemos, Sebastian.

—Pero esa no es la idea de todo inicio de relación? ¿Conocerse?

Nuevamente me sorprende con el contraargumento. ¿Inicio de relación…?

—¿Sabes que es muy raro escucharte decir eso, no? —Él se encoge de hombros y sonríe, jugando con un mechón de mi cabello.

—Imagino lo que dirá Emory… —dice, pensativo.

—¿Tu ex?

—No tengo ex, Gelito. Tú eres mi primera… —Mira mis ojos antes de decir: —Chica.

No contengo el suspiro enamorado. Fue más fuerte que yo.

—Entonces, ¿quién es Emory?

—Mi hermana pequeña. Ya te hablé de ella…

—Solo me contaste que tenías una hermana. No me dijiste su nombre. De hecho, fue una de las similitudes que revelaste mientras eras el Don Juan misterioso. —Él arquea las dos cejas como si recordara la falla.

—Mi hermana se llama Emory, Gelito. Más conocida como Emis. Ella ya sabe de ti, creo.

—¿Por qué dices eso?

—Fue ella quien me ayudó a comprar tu sudadera. Que… —Aprieta los labios al notar que habló de nuestro asunto delicado. —Que todavía voy a darte, aunque no compense lo que arruiné, ¿vale?

—No necesitas darme nada, Sebs. Estoy intentando lidiar con lo que pasó. Summer era más que solo una sudadera para mí. Ella era… —Mi voz se vuelve difícil de sacar.

—Lo sé… lo sé —susurra, acariciándome suavemente la cara con la punta de los dedos. La posición acostada se vuelve incómoda, por eso me siento a su lado, jalando la sábana para cubrir mis hombros.

Sebastian observa cada uno de mis movimientos, sus ojos calmos, pero con una intensidad que me desconcierta.

—No creo que ningún regalo vaya a sustituir lo que Summer significaba para ti —habla con voz baja, pareciendo elegir cada palabra con cuidado. —Pero, de alguna forma, quiero que sepas que me importas. Que no quiero borrar tu pasado, solo… formar parte de tu futuro. Si me dejas.

Trago en seco, sorprendida con la profundidad de sus palabras. Nadie nunca intentó entender esa parte de mí. La ausencia de Summer es como una sombra, algo que pocos tienen el valor de mirar de frente. Pero él lo hace, sin dudar. Quizás por sentir lo mismo respecto a la muerte de su padre. Una información que nadie se preocupó en contarme.

—Parece que sabes qué decir todo el tiempo…

—¿No te lo dijeron antes? Soy perfecto, Gelito.

—Tan humilde… —Pongo los ojos en blanco.

Se inclina, apoyándose en un codo mientras sus dedos trazan un camino sutil por mi brazo, de leve, como si intentara captar cada reacción mía.

—Quiero que sepas que no tienes que lidiar con eso sola. Quizás no entienda todo, pero… estoy aquí, ¿ok?

—Tú también debes extrañar a tu padre… —concluyo. —Deberías saber que no soy la única que perdió a alguien en el mundo.

Sebastian se queda sin reacción por un segundo, parpadeando varias veces. Es como si le sorprendiera mi reacción de empatía. Extraño. Yo perdí a mi hermana, y él reveló que ni siquiera conduce porque su madre tiene miedo de perderlo. Su familia sufre del mismo mal que la mía, la añoranza de un ser querido que nunca volverá.

Suspira, como si cargara un peso invisible, algo que solo él sabe cuánto duele. Siento su mano apretar la mía, como si necesitara anclarse en algo. Hay un dolor en su mirada, una sombra que intenta esconder.

Por un segundo, la máscara de autosuficiencia se derrumba, y veo un lado de Sebastian que probablemente nunca muestra a nadie.

—A veces, parece que el mundo espera más de mí de lo que puedo dar —murmura, el tono de voz distante, como si hablara consigo mismo. —¿Sabes cuando sientes que tienes que ser algo… alguien… y todo en ti solo quiere huir de eso?

Se calla y desvía la mirada, la mandíbula tensa. Las palabras quedan flotando entre nosotros. Tengo ganas de romper esa barrera invisible y ver lo que esconde. Sus ojos perdidos en una neblina confusa indican que hay más fantasmas en su armario. Mi corazón se aprieta al verlo luchar solo.

—Yo también estoy aquí, Sebs… —murmuro, sin saber si va a aceptar eso.

Sebastian me mira, sus ojos reflejando una gratitud silenciosa, y, sin más palabras, siento que me deja ver un pedazo de

su dolor antes de cerrarse de nuevo.

—Creo que tenemos más cosas parecidas de lo que pensabas, Gelito —comenta, con una sonrisa triste.

—Qué gran dupla somos, ¿eh? —Lo empujo con el hombro.

—Prefiero pareja. El gladiador y la princesa del hielo.

—Reina. Si voy a tener un apodo de la realeza, quiero ser reina.

Él arquea una ceja, una sonrisa jugando en sus labios.

—Exigente, ¿eh? —provoca, acomodándose a mi lado con un aire de falsa reverencia. —Muy bien, Su Majestad Helada, acepto el título de gladiador fiel a tu lado.

Suelto una risa baja, la ligereza del momento aliviando el peso de lo que acabamos de compartir. Un minuto después, su mirada se vuelve más intensa, haciendo que mi corazón dispare. Alzo una mano y toco su rostro con cariño.

—No sé dónde va a dar esto, Sebs… —Mi voz casi un susurro. —Pero quiero ser tu reina. —Le doy un besito en la punta de la nariz.

Nuestros rostros están alineados y sin palabras, él envuelve mi nuca, pegando nuestras bocas. El beso comienza despacio, solo con labios.

—No nos cepillamos los dientes —constato, después de un rato.

—¿Dices eso porque tengo aliento, Gelito? —indaga, sonriendo.

—No es eso… pero yo… ¿yo no?

—No… no siento nada más que a ti. Y carajo. Quiero sentirte.

Y yo quería lo mismo. Era la necesidad de conectarnos lo que lo sobrepasaba todo.

—Esto es tan raro… —comento. —¿Levantamos la bandera blanca de los dos lados, fue?

—Dejé de luchar contra lo que siento, Win —dice, succionando mi labio inferior. —Solo deja fluir… estoy aquí para ti. Si

quieres, corro a cepillarme los dientes. —Amenaza con levantarse, pero yo lo sujeto.

—No quiero que salgas de esta cama. Quédate aquí hasta que alguien aparezca, ¿ok? Puedo llevarte después.

—¿Me estás ofreciendo una carona, hum? —Da un besito sonoro sobre mis labios.

Sonrío, jalándolo de vuelta antes de que intente realmente salir de la cama, acomodándome en su pecho como mi almohada.

—Sí, una carona exclusiva. Un privilegio que solo el gladiador aquí tiene.

—Entonces voy a aprovechar ese privilegio —su voz es baja y suave. Lo siento besar la cima de mi cabeza.

Por un tiempo, nos quedamos así, en silencio, solo disfrutando de la presencia del otro.

—Sebs… —digo, con la voz saliendo casi en un suspiro. —¿Crees que esto va a funcionar? Digo… nosotros…

Él ríe leve, el pecho vibrando contra el mío.

—Si no funciona, al menos lo intentamos. Pero, por ahora, estoy dispuesto a pelear esa batalla… por ti, Gelito.

Su respuesta me hace relajarme, una sensación de paz que es rara en mi vida últimamente. Sin pensarlo dos veces, me acurruco aún más en él, cerrando los ojos y dejando que el confort de estar a su lado me envuelva.

Quizás eso sea todo lo que necesitamos ahora: nosotros dos, juntos, sin promesas, solo viviendo el momento.

**Capítulo 35**
S e b a s t i a n  M a x w e l l




—Juro que si me lo contaran, diría en la cara que era mentira —dice Prince a mi lado, con su tono burlón y juguetón. Simplemente lo ignoro y continúo el dibujo en mi sketchbook.

—Es en serio, Sebs… estás obsesionado.

Respiro hondo, notando que no va a parar.

—¿Y si lo estoy? ¿Cuál es el problema? —respondo, un poco fuera de mí.

—Ya dibujaste a la Gelito de todas las formas posibles. ¿La tienes desnuda ahí…? —Intenta quitarme el cuaderno, que sujeto firme sobre el pupitre.

—¿Estás loco, Prince? ¿Quieres quedarte sin mano?

—Ah… entonces sí tienes dibujos de ella desnuda ahí —se burla, con una sonrisa maliciosa.

—Cállate —ordeno como advertencia. Y claro que tenía varios dibujos de Winter.

Nadie los veía y empecé a ponerle candado en cuanto mis garabatos pasaron a ser solo ella.

Austin y los demás lo sabían, porque era difícil ocultar cuando entraban de golpe en mi cuarto.

—¿Ella sabe que la dibujaste desnuda? Si conozco a la Gelito, se va a poner hecha una furia.

Él no la conocía. Mi chica posaba para mí desnuda, con su rostro angelical y mirada de pura tentación. Algunas veces la dibujé mientras dormía. Y se los mostraba cuando despertaba. Su sonrisa indicaba que le gustaba cada uno de ellos.

Entonces, me pidió que no solo la dibujara a ella, sino también a mí. Quería que yo estuviera en el papel a su lado en mi cuaderno. Decía que su figura estaba muy solitaria. Claro que mencioné que, para estar en uno de los muchos dibujos en los que la hice posar sensualmente, necesitaría inspiración.

Y mi Reina del Hielo me inspiró mucho. Con su boca y sus dientes. Los dientes fueron una parte un poco dolorosa, pero entendía su inexperiencia con una mamada.

Se mostró tímida al principio, pero yo me quedé tumbado, esperando a que explorara mi cuerpo cuanto quisiera hasta sentirse cómoda para meter mi polla en su boca. Por suerte no tardó demasiado.

El dibujo anterior a este es justamente la imagen de su rostro tragándose mi corrida. Le pedí que no lo hiciera, pero… mi Gelito confesó que tenía curiosidad por el rumor de mi dulzura. Qué gran mierda.

Me puse tenso y tardé en correrme por miedo a que se decepcionara. Mira cómo esta chica me desarma…

No podía dejar de pensar si había comido suficiente piña en la mañana.

—No tengo patrón para comparar. Eres mi primero… —me dijo tímida, limpiándose la comisura de los labios.

Hace dos días estoy comiendo más piña de lo normal para complacerla. Aunque sus palabras no indicaran desaprobación, si alguna vez baja de nuevo conmigo, quiero que note la diferencia.

No tuve valor de preguntarle qué le pareció. Ella misma dijo que se sintió poderosa al ver lo que podía hacerme. Y yo me engrandecí con su mirada llena de euforia por darme placer. Amaba verla correrse, y escuchar sus gemidos me estaba volviendo cada vez más loco.

—No escondo nada de mi chica, Prince. Ella ve los dibujos que hago de ella —retrucó a mi amigo, que estiraba el cuello hacia el pupitre a mi lado.

—Creo que puedes quitar la mochila de ahí. Tu rubiecita llegó —Prince dice, señalando la bolsa que dejé en la mesa al lado para Winter.

—Si sigues hablando así, voy a pensar que estás celoso de la Gelito —le digo con burla.

—¿Y lo dudas? —Abre los brazos, haciendo escena—. Yo era el único en tu corazón y ahora tengo que compartir.

No replico, porque Austin, Kyle y Jordan tenían lugar fijo en mi corazón igual. Solo que en un lugar distinto al de Winter.

—Buenos días —me saluda, jadeante, cuando se acomoda a mi lado—. Casi llego tarde.

Espero que termine de colocar el notebook en su pupitre. Enseguida, la tomo de la nuca y le doy un piquito.

—Buenos días, amor —le devuelvo, sonriendo al ver el rubor en sus mejillas—. Así es como deberías haberme saludado.

—Todavía me estoy acostumbrando a esto de ser novia, ¿ok? —Me da otro besito en los labios—. Al parecer tú llevas más maña que yo. ¿Seguro que nunca hiciste esto antes?

—Absolutamente. Y no se trata de costumbre, sino de hacer lo que tengo ganas. Tener mi boca en ti, aunque sea en un piquito, es lo mínimo. —Ella sonríe tímida.

Noté que Winter tenía cierta dificultad con estas muestras de afecto en público. Algo que empeoró gracias al veneno de Chloe, difundiendo a los cuatro vientos que ella era mi nuevo pasatiempo.

Empecé a hacer cuestión de andar con ella de la mano por todos lados, así como dejar claro que Winter era diferente. Siempre lo fue. Nunca caminé de la mano con una chica en el campus y, por increíble que parezca, con mi Gelito parecía correcto.

—¿Ves…? A ella le das besitos. Yo solo recibo patadas —Prince sigue quejándose.

—Ahí está explicada tu experiencia —Winter apunta a mi amigo.

—Claro. ¿Quién crees que le enseñó a besar tan bien? —Le doy un manotazo en la nuca—. Ay, carajo.

—Cállate, Prince. Ella puede creerse esa porra.

Escucho a mi Gelito reír.

—No estoy mintiendo… —Mi amigo idiota sigue intentando ponerme en aprietos.

—Austin… —lo advierto.

—Son graciosos. No puedo creer que nunca me había fijado —Winter comenta, y solo olvido las provocaciones de Prince porque ella entrelaza los dedos con los míos.

—Tu chica te está llamando payaso, ¿te diste cuenta?

—Ella puede llamarme como quiera… —respondo sin mirarlo a él, sino a ella, besando los nudillos de sus dedos.

—Bien saberlo, Gladiador. —Sus ojos maliciosos me remiten a un recuerdo que no quiero revivir.

—Menos pollo. Eso no, Gelito. Nunca más me llames así.

—No lo haré, Sebs. Has sido muy valiente estando conmigo incluso después de todo. Y en realidad… —Suspira antes de continuar— Nunca te creí cobarde. Solo usé las armas que tenía.

—Yo lo agradezco. —Prince se mete en la charla—. Ahora tenemos una mascota. La cresta ya le empezó a crecer.

No tengo más tiempo para refutar la historia del pollo, porque la señora Daustin entra al aula.

Ella ya notó el cambio de dinámica entre mí y la Gelito, y empezó a ponernos como blanco de sus preguntas más cabronas. En fin. Órdenes de un par que se odiaba y pasó de nivel.

En el instante en que Winter cruza las piernas, veo la falda de mezclilla subir un poco, revelando sus muslos torneados. Mi polla, que ya venía siendo masacrada por el vaquero, busca más espacio. Carajo… no veo la hora de subir otro nivel con mi Gelito.

**Capítulo 36**
S e b a s t i a n  M a x w e l l




El día termina y, sin querer, me encuentro frente al Ann Arbor Ice Cube, la pista de patinaje artístico. Ya había ensayado con Winter por la mañana, antes del entrenamiento de hockey, como

todas las demás parejas que van a participar en la Sectional Competition. Pero el lugar estaba iluminado y sabía que aún seguían otros entrenamientos por la noche.

Cada día más cerca de la competición, la entrenadora Williams exigía más de sus chicas. Faltaban menos de diez días. Mi Gelito no quería decepcionarla y estaba empeñada en dar lo mejor de sí. Eso era lo que pasaba ahora.

Estaban entrenando las coreografías individuales, pero la técnica nunca parecía satisfecha.

Entro con pasos leves y encuentro un sitio más alejado, que no delate mi presencia. Solo quería verla y, tal vez, acompañarla hasta su casa. O que ella me llevara a la mía y se quedara conmigo. Las dos opciones eran bienvenidas.

Winter está en la pista, terminando un doble giro que es el paso final de esa performance. Lo hace con tanta facilidad que me quedo hipnotizado. ¡Carajo! Es preciosa.

—Está muy bien, Grace… —comenta la entrenadora, aún con los ojos fijos en la libreta. Luego levanta la mirada hacia Winter—. Pero siento que estamos perdiendo algo, ¿sabes?

—Perdiendo tiempo… —masculla Chloe en voz alta, y algunas chicas idiotas se ríen. La señora Williams le lanza una mueca de reproche, pero eso no parece surtir mucho efecto.

—No sé si estamos con la música correcta, Winter. Falta emoción —añade la entrenadora.

—¡Eh, señora Williams! Creo que esta canción es perfecta, escuche —Chloe enseña el móvil y sube el volumen, dejando sonar un violín en el punto álgido de la melodía. Tardo en reconocer la música, hasta ver cómo el rostro de Winter se contrae levemente.

—Experience, de Ludovico Einaudi. Es una gran canción y tiene el ritmo ideal para la coreografía. ¿Puedes bailar con ella, Winter?

Mi Gelito ni siquiera tiene tiempo de responder, porque la señora Williams ya está buscando la canción en su iPad, conectado al sonido de la pista. Enseguida la melodía empieza a llenar el espacio.

—Pero entrenadora, la coreografía de Win está perfecta tal como está —argumenta Sidney, que estaba sentada en el banco. La entrenadora solo hace un gesto con la mano, desestimando el comentario sin siquiera prestarle atención.

Winter murmura a sus amigas que está bien y se prepara, concentrándose en el ritmo. Respira hondo, sacude la cabeza un par de veces, como si intentara alinear los pensamientos con el momento presente, y entonces levanta el rostro, deslizándose lentamente por la pista.

La música empieza suave, y Winter se mueve lentamente, los movimientos ganando fuerza a medida que el sonido se intensifica. Patina, acelerando, la pierna trasera elevada mientras inclina el torso, ambos alineados con el suelo, sostenida en un solo patín.

El compás de la música cambia y ella adapta sus movimientos, trayendo de vuelta la pierna mientras rodea el tobillo, girando sobre su propio eje con los brazos extendidos por encima de la cabeza.

Cuando el giro empieza a perder velocidad, vuelve a impulsarse por la pista. En el instante en que salta, contengo la respiración. Está insegura; su postura no tiene la firmeza de siempre, y eso se nota cuando regresa al hielo, desequilibrándose y tropezando hacia adelante.

Brooke y Sidney se levantan de inmediato, pero Winter las detiene con la mirada, pidiéndoles que no intervengan. Pero a mí no me pidió nada.

Sin pensarlo dos veces, saco mis patines de la mochila y voy hasta el acceso más cercano a la pista, me los pongo y ajusto los cordones. En segundos, estoy a su lado.

—¿Sebastian? —Winter me mira, sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—¿Ahora? Patinando con mi novia —me deslizo hasta ella, sonriendo—. Confía en mí, Gelito. Solo sigue.

Parece lo bastante perdida como para asentir sin discutir, lo cual ya es un logro raro.

Las notas de la música se aceleran y dejo que mi cuerpo fluya, como hago en el hockey.

Recuerdo las veces que vi el vídeo de Winter y Summer haciendo esa misma coreografía. La complicidad entre las dos era tan intensa que casi saltaba de la pantalla; se movían como una sola, la sonrisa de una reflejada en la otra.

Esa coreografía en particular me marcó, por la emoción cruda y verdadera que transmitían las gemelas. Con ella ganaron la medalla de oro, y ahora yo estaba allí, intentando ayudar a Winter a rescatar esa misma energía.

Winter parece recuperar la confianza. Juntos, ejecutamos una secuencia de giros, nuestros brazos entrelazados, con ella girando a mi alrededor en círculos cada vez más amplios.

La acompaño, realizando un salto toe loop, que termina en una serie de giros a su lado. Nuestros movimientos reflejan una armonía inesperada, sorprendiéndonos a los dos.

La música se acerca al clímax y Winter se desliza de espaldas hacia mí. En un movimiento rápido, la levanto por las caderas, mientras ella extiende los brazos hacia arriba, manteniendo el cuerpo en una línea perfecta.

En un último giro, nuestras miradas se encuentran, y todo a nuestro alrededor parece desaparecer; estamos solo nosotros dos, conectados de una manera que va más allá de la danza.

Cuando la música termina, un silencio se instala por un instante, hasta que la señora Williams lo rompe con una exclamación admirada:

—¡Bravo! —aplaude, con la mirada iluminada—. No esperaba otra coreografía de pareja para la competición, pero tengo que admitirlo, son perfectos juntos.

Miro a Winter y ella mueve los labios en un "gracias". Mi pecho se infla por haberla protegido de sí misma. Pretendía estar siempre a su lado, luchando contra sus miedos, si ella me lo permitía.

Después de la euforia, la señora Williams dio por terminado el entrenamiento. Ni me molesté en mirar a Chloe; aunque era difícil

ignorarla cuando se empeñó en pasar delante de mí con una expresión agria. Permanecí serio, con Winter pegada a mi pecho, protegiéndola de la mirada maliciosa.

Sus amigas entendieron que necesitábamos hablar y terminaron regresando a la Kappa con las otras chicas. Esta vez Winter era la que llevaba el coche. Tuve suerte, mi transporte estaba garantizado.

De camino a casa se instauró un silencio cómodo, pero yo sabía que ella intentaba juntar las piezas.

—¿Cómo sabías la coreografía?

Sonrío de lado, divirtiéndome con la demora.

—Tardaste, ¿eh? Pensé que el interrogatorio empezaría todavía en la pista.

Winter sigue conduciendo, girando en la calle de mi fraternidad. Cuando aparca frente a la casa, apaga el motor y se vuelve hacia mí, su expresión más seria ahora.

—Fue la última competición de Summer —dice, bajito, como si el simple nombre de su hermana aún trajera un dolor que resonaba en cada palabra—. Ella ya estaba...

Le sujeto la barbilla delicadamente, obligándola a mirarme.

—Eh… —Busco sus ojos—. No fue tu culpa. Nada de lo que pasó fue tu culpa. Fuiste una hermana maravillosa.

Winter suspira, pero sus ojos no se apartan de los míos, como si intentara creer en lo que digo. Es un proceso, y lo sé mejor que nadie. El duelo es un monstruo que se esconde en las sombras y aparece cuando menos lo esperamos.

—Lo sé —susurra, pero su voz se quiebra—. Solo que, a veces, siento que debería haber hecho más, ¿sabes? Que podría haber evitado...

—Winter —la interrumpo, intentando encontrar las palabras adecuadas—. No se puede vivir en el "y si". Luchar contra lo que ya pasó solo aumenta el peso. Y el duelo… no se va solo porque finjamos que todo está bien.

Asiente, y veo que el dolor en su rostro se suaviza un poco, como si empezara a entender. Tras un largo silencio, pregunta:

—¿Cómo puedes ser tan… firme con esto?

Cierro los ojos un momento, sintiendo el peso de un secreto que no puedo compartir. Los recuerdos de mi padre, de lo que se convirtió mi familia…

Todo eso me enseñó que algunos duelos nunca terminan, que a veces uno solo aprende a convivir con la ausencia.

—Vivir el duelo no significa olvidar —digo finalmente—. Significa aprender a cargar con lo que queda. Sé que es difícil, pero tienes que permitirte sentir, Winter. Hay cosas que no se superan, solo se aprende a dejar que formen parte de lo que somos.

Ella baja la mirada, procesando lo que acabo de decir.

—A veces pienso que, si me permito sentir todo esto, nunca voy a poder levantarme —confiesa, con la voz rota. Le tomo la mano, apretándola suavemente.

—Ya te estás levantando. Un día a la vez.

Winter levanta la vista, meneando la cabeza como si aceptara que era humana… y que estaba bien llorar. Es como si estuviera lista para enfrentar esa parte de sí misma que siempre intentó ocultar.

—Gracias, Sebs —murmura, con una sonrisa débil pero genuina en los labios.

—Siempre, Gelito. Siempre —respondo, acariciando su rostro con el pulgar. Luego la atraigo para sentarla en mi regazo. Se queda allí, encogida con la cabeza apoyada en mi hombro. Los ojos vidriosos, dejando que el sentimiento fluya poco a poco desde dentro de ella.

Mi teléfono vibra sin parar, sacándonos del momento.

—Juro que si es Prince pidiéndome algo, lo mato. —Mi gruñido la hace soltar una risita floja. Solo por eso, atiendo el teléfono.

—¿Sebastian? ¿Dónde estás? —La voz ronca por la edad indica que no es Austin. Ojalá lo fuera.

—En casa —respondo a mi abuelo, dejando claro mi aburrimiento.

—Deberías estar aquí. Faltaste a la reunión de hoy y mañana a primera hora cité a tu abogado de mierda —revela lo que ya sabía. Richard estaba al tanto de los papeles que mi abuelo llevaba tiempo intentando que firmara.

Al principio, las cláusulas eran favorables. Sin embargo, había resquicios en enmiendas que le daban amplios poderes al senador.

—Richard me estaba representando.

—¿Cómo eliges que él te represente y no yo, Sebastian? Yo soy tu abuelo.

Quería responder que era exactamente por eso. Pero lo tragué, como aprendí a hacer a lo largo de los años. Respiro hondo, calmándome con el perfume a algodón de azúcar de mi Gelito en mis brazos. Ella me mira, preocupada. Beso su frente, justo encima de esa arruguita.

—Estate aquí mañana, Sebastian. O no te van a gustar las consecuencias. —Mi abuelo cuelga el teléfono, demostrando su rabia al terminar la llamada con otra amenaza.

Me quedo un rato en silencio, con los labios apretados, calmando mi respiración. Winter entiende y solo espera, levantando la cabeza para observarme.

—¿Todo bien? —pregunta, con cautela.

—Voy a tener que estar fuera unos días, ¿vale? Reuniones… —Suspiro, cansado—. Reuniones familiares.

—Entiendo —responde, llevándose un mechón de cabello hacia delante—. Si puedo ayudar…

—Tengo que asistir a unas reuniones del consejo de la empresa de mi familia, Gelito. Mi abuelo está cabreado porque no fui y mandé a mi abogado.

—Ah… —resuena comprensiva—. Pensé que tu abuelo se ocupaba de todo.

—Y que yo solo disfrutaba, ¿cierto? —Ella baja la cabeza, avergonzada—. Mi abuela se aseguró de que él no tendría voto si alguien de su sangre no estaba en la presidencia. Y ese, en ausencia de mi padre, soy yo. Por eso…

—Tu abuela no confiaba en él —constata.

—Créeme. Cuando lo conozcas, vas a entender a mi abuela. Bueno… pero entonces disfruta de tu novio hoy, porque voy a estar algunos días lejos, amor. —Beso su rostro y luego la comisura de sus labios.

—No puedo quedarme, Sebs. Mañana tengo entrenamiento y un examen horrible de contabilidad.

—Está bien, Gelito. Hoy me conformo con unos besos en el coche —digo, sujetando su nuca para que no escape de mi avance.

Uno mis labios a los suyos y empiezo el beso lento como a ella le gusta, chupando sus labios suaves hasta sentirla derretirse para meter la lengua en busca de la suya. Intensifico un poco más, apretando su cintura.

Ella jadea, y nuestros labios se vuelven más exigentes. La sensación de su boca suave es deliciosa. Mis dedos buscan espacio en su abrigo, queriendo sentir el calor de su piel.

Pasamos más de una hora perdiéndonos el uno en el otro. Y por increíble que parezca, me contenté solo con su boca en la mía, porque no quería compartir la visión de mi rubia derretida en mis brazos con alguno de los tíos de la fraternidad.

Era raro pensar que tardamos tanto en llegar hasta aquí.

Winter es el puerto seguro que nunca supe que necesitaba, la pausa entre un caos y otro. Y, por más que los días que vengan me exijan más de lo que quisiera, hoy, en este instante, ella es todo lo que existe.

**Capítulo 37**
W i n t e r  G r a c e




Él no viene.

El pensamiento negativo no deja de gritar en mi mente a cada minuto que pasa en el reloj.

Estamos esperando la nota de Sidney en el individual y las próximas actuaciones son de parejas. Hoy es el primer día de la competición, y el programa corto de parejas es esencial para garantizar una buena colocación inicial. Si queremos tener alguna posibilidad de medalla, esta primera presentación es crucial.

Sebastian todavía no ha vuelto del viaje. Y por más que Kyle afirme que su amigo está en camino, me estoy preparando para lo peor.

El Gladiador faltó a las clases y a los entrenamientos. Por un milagro apareció en el último partido del viernes, pero volvió a desaparecer. Esa noche, solo recibí un beso de hola y adiós. Dijo que no podía quedarse más, pero que volvería a tiempo para la competición de hoy y que estaría conmigo para celebrar nuestra medalla.

Convencido, aún piensa que tendremos alguna. Llevamos prácticamente una semana sin entrenar. Ni siquiera estuvo en el entrenamiento de reconocimiento de pista aquí en Kalamazoo esta mañana.

El Kalamazoo Wings Event Center era más grande y se utilizaba para varios eventos.

Kyle intentó tranquilizarme diciendo que ellos habían jugado al hockey aquí y que Sebastian conocía el lugar. Pero una cosa era jugar al hockey, otra era dibujar movimientos rítmicos sobre el hielo.

Suelto un suspiro y muevo los brazos, intentando disipar un poco la tensión. Esta noche, cada pareja presentará el programa corto, con saltos y giros obligatorios. Necesitamos una buena puntuación para asegurar una buena posición para el programa largo, que será al final de la competición. Cada movimiento, cada segundo es crucial.

La nota de Sidney aparece en la pantalla: 6,7. La nota era buena, pero ya la alejaba del oro. Yo estaba un poquito mejor colocada, ya que mi nota era 7,3. La entrenadora seguía esperanzada. Sin embargo, la suma se haría en la secuencia de presentaciones que tendría lugar a lo largo de los días.

—Está en camino, Win… —Brooke intenta calmarme. Ella decía una cosa, mientras sus ojos estaban tan inquietos como los míos. El pobre Kyle aguantaba firme a mi amiga encima, preguntándole todo el tiempo por mi novio.

Sebastian envió mensajes durante la semana y dijo que estaría aquí. Algo importante estaba pasando, lo sabía. Pero él decía que no me preocupara.

Al principio fue fácil. Sin embargo, su ausencia, incluso en los entrenamientos de hockey, era un indicio de problema. Y de los grandes. Después de descubrir su mala relación con el abuelo, empecé a hacer preguntas sutiles a los chicos, buscando pistas.

Jordan y Kyle eran más difíciles de sonsacar. En cambio Prince... o era muy inocente, o quería que conociera a su amigo. Tomé como verdadera la segunda opción. El tipo no sacaría 10 en todas las asignaturas si no fuera un genio.

Él sabía que mis sentimientos por Sebastian eran verdaderos. Y sabía que, cuanto más supiera, más podría ayudarlo.

El luminoso que indicaba las notas empieza a cambiar en una secuencia de letras. La frase contenía las palabras "nueva etapa" y "parejas", ambas parpadeando como una alarma para mí.

—¿Me perdí mucho? —Austin aparece, jadeando, inclinándose sobre la valla que separaba al público del banco donde esperaba nuestro equipo. Todavía llevaba el cabestrillo que camuflaba su mentira para no presentarse con Chloe. No lo culpo. La chica llevaba tiempo haciéndole la vida imposible y por eso sus ensayos terminaban con ella gritando y él riéndose. Fue muy conveniente que la fractura ocurriera justo después del partido de hockey, ¿no? —Guau, Gelito… estás buenísima, ¿eh? —Silba, mirándome de arriba abajo.

Esa era la mirada que quería ver en otro rostro y no en el del Gladiador mujeriego.

—Gracias, Prince —agradezco, esbozando una leve sonrisa.

Mi ropa era un vestidito negro básico, pero lleno de personalidad. La transparencia en los hombros y la espalda daba un toque estratégico de "mira, pero no toques". Y los brillos… Nada

como una lluvia de piedritas plateadas para asegurar que nadie apartara los ojos de mí. Por último, la faldita con vuelo era el encanto extra para los giros.

Sebastian usaría un pantalón negro con las mismas ondulaciones de piedras en los laterales y una camisa blanca de seda. Era la combinación perfecta para mi pareja. El único problema era que él no estaba aquí...

Me llevo la uña del meñique a la boca, ya estropeada de tanto morder, y sigo royendo los bordes.

—Bien que Sebs dijo que eras guapa… —Una chica de cabello color chocolate y ojos que parecían dos zafiros me analiza con detenimiento. Sus labios se estiran en una sonrisa amplia. Estaba acompañando a Austin, y para mí, sería una más de tantas que se le colgaban como garrapatas.

—Ah, Gelito… conoce a nuestra pequeñita. —Austin señala a la chica, que cambia la expresión sonriente en el instante en que el apodo sale de su boca.

—No soy tu pequeñita. Soy hermana solo de Sebs, Prince. Y me basta con un único jugador de hockey en mi familia —responde, revelando su identidad, aunque de forma brusca.

Un minuto después, la hermana de Sebastian se vuelve hacia mí, con una mirada amistosa.

—¡Hola, Win! —Su sonrisa recuerda a la de mi gladiador—. Sebs me pidió que viniera antes para tranquilizarte. Está en camino, ¿vale? —La chica habla rápido, pareciendo más nerviosa que yo.

Si la intención era calmarme, mi reacción fue la contraria. Mi corazón late todavía más acelerado.

El locutor anuncia que va a comenzar la segunda etapa. No somos el primer equipo. ¡Gracias a Dios!

Los minutos pasan y mis ojos están cansados de rastrear el auditorio buscándolo.

—No va a llegar… —Me siento en el banco, presionando mis sienes.

—Tranquila, Winter. Hasta Emis dijo que Sebastian está en camino —Kyle habla mientras arregla una de las horquillas de strass del cabello de Brooke. Ella se lo había estirado todo hacia atrás, y algunas pinzas no daban abasto para sujetarlo.

Cada día se comportaban más como una pareja. Aunque Brooke todavía se resistiera a la idea. Una sonrisa involuntaria surge en mis labios, una mezcla de admiración e incluso un poco de envidia hacia ellos.

Kyle parece tan cómodo al lado de mi amiga, un verdadero gladiador en sus gestos atentos y en la manera en que sostiene la mirada cuando ella se vuelve hacia él con expresión contrariada.

—¿De verdad tienes que hacer eso, Sanders? —finge impaciencia. —Creo que puedo arreglarme sola.

—No quiero arriesgarme, Bennet —responde Kyle, con una sonrisa despreocupada, sin apartar los ojos de su trabajo de peluquero improvisado.

—Son tan empalagosos que dan hasta asco —bromea Sidney, haciendo un sonido fingido de repulsión. Reímos y Brooke le saca la lengua en respuesta.

La voz del locutor retumba en el auditorio, anunciando la próxima presentación, y mis nervios se encienden. La sensación de vacío a mi lado es casi palpable.

¿Dónde está?

Intento concentrarme en la actuación de la otra pareja, pero mi cabeza va a mil. Mis ojos buscan una vez más y me encuentro con la mirada de su hermana, Emory. Ella sonríe, encogiéndose de hombros como si pidiera disculpas de antemano.

El tiempo parece arrastrarse hasta que escucho un leve alboroto al fondo del auditorio. Mi corazón da un salto y es como si todo a mi alrededor desapareciera mientras lo busco, desesperada.

El alivio que se instala en mi pecho es un bálsamo sobre mis nervios. La figura imponente se abre paso, destacándose entre la multitud.

Sebastian.

Camina por el pasillo con una postura segura, lo que solo hace que mi corazón lata más fuerte. La camisa de seda blanca se ajusta a sus hombros anchos, cayendo con suavidad sobre el pecho definido hasta el pantalón con los detalles que combinan con mi vestido. ¡Dios! Está perfecto.

Su cabello está peinado hacia atrás con gel, destacando su rostro y dejando que sus ojos expresivos me golpeen como una avalancha de emociones. A cada paso, parece que el aire a mi alrededor se vuelve más denso, más difícil de respirar.

Finalmente se detiene frente a mí y sonríe. Esa sonrisa que me desarma y me irrita al mismo tiempo.

—Pensé que no ibas a venir —digo, con una voz que quería sonar molesta, pero salió temblorosa.

—Nunca te dejaría tirada, Gelito. —Sonríe de lado.

Mis hombros se relajan, y me doy cuenta de que había estado conteniendo la respiración todo este tiempo. Su presencia calma algo dentro de mí, aunque mi mente intente resistirse.

El locutor anuncia nuestro nombre y Sebastian me extiende la mano, sin apartar los ojos de los míos.

—¿Vamos a dar un espectáculo, amor?

Dejo que la sonrisa me invada y entrelazo nuestros dedos, entrando en la pista con la confianza que estar al lado de Sebastian me otorgaba.

Él sostiene mi mano con firmeza, notando el leve temblor que intenté esconder.

—¿Estás lista? —susurra, apenas moviendo los labios.

Asiento con un leve gesto, y juntos, nos deslizamos por el hielo en perfecta sincronía. Seguimos la coreografía al compás de la música que fue la última melodía con la que Summer ganó una medalla a mi lado.

La emoción se desborda en mi interior como un líquido caliente, llenando todos los espacios vacíos que había intentado ignorar desde que Summer se fue.

Cuando llega el momento del lift, él me eleva con una facilidad sorprendente, y por primera vez en la noche, me siento libre, como si estuviera volando.

Sonrío en cuanto Sebastian me devuelve a la pista, recibiendo una sonrisa cómplice que marca la evolución de nuestra relación.

Y pensar que lo odiaba tanto… pero ahora…

Ahora estaba completamente enamorada de él.

La última nota de la música suena y hacemos la reverencia final. El silencio en el auditorio dura apenas un segundo antes de estallar en aplausos, pero para mí es como si el tiempo se hubiera detenido. Siento las lágrimas amenazar con escapar, pero me contengo, respirando hondo, dejando que la sensación de ese momento me envuelva.

—Lo hiciste increíble, Gelito.

—No. Lo hicimos. —Me alza en brazos y enredo mis piernas alrededor de su cintura. Entonces, Sebastian se desliza conmigo aferrada a él hacia fuera de la pista.

Después de eso, todo lo que pasó fue como un borrón de imágenes en las que éramos felicitados por nuestros amigos y el equipo técnico. La entrenadora Williams intentaba no mostrar demasiado entusiasmo para no insinuar favoritismo. Pero su sonrisa era innegable.

Nuestra puntuación estaba entre las tres mejores, lo que nos daba grandes posibilidades en la suma final. Desde que Summer se fue, nunca me había sentido así de nuevo… con esperanzas de que todo era posible.

**Capítulo 38**
W i n t e r  G r a c e




Dos horas después, estoy sentada en mi cama del hotel, viendo a Brooke teclear algo en el celular, sonriendo de vez en cuando; mientras Sidney se pasa cremas por las piernas, tarareando

la canción con la que patinó más temprano. Yo estaba leyendo otra vez Jane Eyre de Charlotte Brontë.

La historia de Jane y Mr. Rochester siempre me emocionaba. De cierta manera, me identificaba con ella por sus pérdidas y la admiraba por la superación y resiliencia frente a las adversidades que el destino había puesto en su camino.

Releía mi post-it con una de las frases que más me gustaban: "Soy un ser humano libre, con una voluntad independiente, y ahora la ejerzo para dejarte."

La protagonista podía estar dejando a su gran amor, pero para mí, la interpretación era dejar atrás mi pasado.

Tres golpecitos en la puerta me sacan del ensueño.

—Si alguien pidió pizza, será mejor que la señora Williams no se entere —dice Sidney, sin apartar los ojos de la ardua tarea de deslizar otra capa de crema blanca sobre sus piernas.

—Nadie pidió. Ni siquiera se puede. Ella ordenó que todas nuestras llamadas fueran filtradas primero por esa asistente loca —Brooke comenta sobre la recién contratada, que parecía una bruja en cuerpo de modelo. La mujer ni parecía tener cincuenta años. Básicamente era una versión de Jennifer López con el cabello negro.

Más golpes, ahora más fuertes, indicaban que la persona del otro lado estaba perdiendo la paciencia.

Ninguna de mis amigas se movió, así que entendí que era mi deber hacerlo.

—Debe de ser alguna de las chicas queriendo esa crema milagrosa tuya —digo, recordando que más temprano escuché a una de las patinadoras preguntar por el tratamiento de piel que Sidney usaba para bajar la hinchazón.

Apenas abro la puerta, me sorprende que me tiren hacia afuera de un jalón. El aroma amaderado de su perfume, mezclado con su olor natural, invade mis sentidos, provocando el torbellino de sensaciones que solo él conseguía en mí.

—Sebastian… —mi voz sale bajita. Siento su nariz rozar la piel sensible bajo mi oreja, hundiéndose en mi cabello suelto. —

¿Qué estás haciendo?

—Cometiendo una locura —susurra con un timbre bajo y masculino. Un escalofrío delicioso recorre mi espalda, mientras otra sensación desciende hasta mi vientre bajo.

—No deberías estar aquí… —miro hacia los lados del pasillo, temiendo que alguien lo vea allí. —Si la señora Williams nos descubre, es capaz de sacarme de la competencia.

—No está tan loca como para apartar a su mejor patinadora —retruca sin dudar. —Te extrañaba, Gelito. —Besa la comisura de mi boca, rozando sus labios de forma seductora. —¿No me extrañaste tú también?

¿Cómo negarlo si mi cuerpo implora por su contacto?

Mi respiración se entrecorta, y mi mente lucha por mantener el control, pero es imposible. Sebastian está tan cerca, y cada movimiento suyo es calculado para desarmarme, para hacerme olvidar toda lógica, toda regla.

—Quizás un poco… —admito en un susurro, el calor subiendo a mis mejillas mientras intento no perder por completo la cabeza.

—¿Solo un poco? —provoca, deslizando la mano bajo mi camiseta de pijama y subiéndola hasta quedarse justo debajo de mi pecho.

Antes de que pueda responder, sus labios encuentran los míos, y todo pensamiento racional se evapora. Es un beso urgente, lleno de añoranza, como si hubiera estado esperando esto tanto como yo.

Su mano atrevida acaricia mi pecho, masajeando alrededor del pezón, mientras la otra se desliza hasta la base de mi espalda, atrayéndome más hacia él. Mi cuerpo responde de inmediato, un calor creciente se apodera de mí, expandiéndose por cada rincón de mi ser.

—Sebastian… —intento protestar, pero mi voz suena débil, rendida.

—No luches, Gelito. Solo siente… —murmura, sin apartar los labios de los míos. Su toque es firme, posesivo, como si supiera con certeza que este es exactamente su lugar.

Mi cuerpo cede a su control, a la intensidad del momento. Es como si el mundo se hubiera detenido y solo existiéramos nosotros dos.

—Esto es una locura… —susurro, apoyando mi frente en la suya, con nuestras miradas aún conectadas y el corazón desbocado.

—Entonces hagamos más locuras juntos, amor —propone, apartándose y ofreciéndome su mano para seguirlo.

Muerdo el labio, y en un impulso, agarro la palma extendida, dejando que mi gladiador me guíe por el pasillo. Entramos por la salida de emergencia y empezamos a subir hasta el piso de arriba.

—¿Adónde vamos?

—A mi habitación.

—Sebs… no… estoy en pijama y no quiero que me vean así. —Mi pijama era un conjunto de sudadera y pantalón de franela en un tono rosa claro. No era nada sensual, pero no quería que sus amigos me vieran con mi ropa de dormir.

—Ya te estoy viendo yo, Gelito. Y ya te vi prácticamente desnuda antes. —Me mira por encima del hombro. —Al menos algunas partes.

—No hablo de ti, tonto. Hablo de los demás.

—Estoy solo en el cuarto, amor. Si ese es tu miedo. Por favor… dime que solo es ese. —Su ruego suena casi como una exigencia.

Sonrío al ver en sus ojos la misma desesperación que siento en mi cuerpo. La necesidad de su toque grita más fuerte a cada segundo que pasamos lado a lado.

Antes de que pueda responder, abre la puerta de la habitación y entramos. Apenas la cierra, ya estamos besándonos.

—Te deseo, Sebs. Te deseo tanto que duele.

—Qué bueno, Gelito. Porque mi polla se está muriendo de tanto estar dura por ti. Creo que nunca en mi vida estuve tanto

tiempo así. Estoy desesperado por sentir tu boca de nuevo —confiesa, y no puedo contener la risa.

—Tan romántico… —bromeo.

—Puedo ser romántico… quiero saborearte, amor. —Su beso se intensifica, y una de sus manos se desliza por mi cabello, entrelazando los dedos con firmeza que me deja sin aliento.

Él eleva mi cuerpo con facilidad, y como un gesto instintivo enlazo mis piernas alrededor de su cadera. Lo siento caminar, sin dejar de besarme, hasta el centro de la habitación. Con suavidad, nuestros cuerpos caen sobre el colchón, él encima de mí.

—Eres tan hermosa, Gelito. Siempre estuve loco por ti… y por esos ojos enormes. —Sebastian besa las comisuras de mis ojos.

—¿Eso fue un cumplido o una crítica, Sebastian? —pregunto en tono juguetón.

—¿Tú qué crees? Siente esto. —Toma mi mano y la coloca sobre su miembro rígido. —Esto es todo por esos ojos azules que parecen una tormenta en la que quiero perderme.

—Definitivamente… un cumplido —jadeo, mezclando el gemido con una risa ligera.

Sebastian también sonríe, pero enseguida su mirada se oscurece con puro deseo. Comienza una línea de besos húmedos que bajan por mi cuello.

—Quiero quitarte el pijama, Gelito. Dime que tú también quieres —pide, con la voz ronca de excitación.

—Lo-quiero… —autorizo, levantando los brazos mientras él desliza hacia arriba la franela de mi camiseta. Mis pezones ya están endurecidos, y no es por el frío. Acerca el rostro, aspirando el olor de mi piel, y acaricia con la punta de la lengua alrededor.

Mi cuerpo reacciona con contracciones internas a cada lamida, respondiendo de inmediato a su contacto. Usa la lengua en un pecho, masajea el otro y aprieta el pezón entre el pulgar y el índice como una pinza. Alterna, repitiendo la misma tortura deliciosa.

Cuando creo que voy a enloquecer con su boca solo en mis senos, Sebastian baja más, besando de forma pecaminosa mi

abdomen. Mi coño late empapado, ardiendo de deseo.

Siento sus manos tomar el elástico de mi pantalón, junto con las tiras de mi ropa interior. Sigue dejando besos húmedos mientras empuja hacia abajo la lencería y el resto del pijama. Menos mal que seguí el consejo de Brooke y mantuve la depilación brasileña al día. Solo una ligera pelusa rubia cubre mi pubis.

Estoy desnuda, deseando a mi gladiador de una manera que duele.

—Sebastian… —alzo la mano y toco su rostro. Él acepta la caricia y besa mi palma. —Te quiero.

—Yo también te quiero, Gelito. Mucho…

—Quiero decir que realmente quiero. —Mi voz suena firme y él me mira fijo a los ojos.

—¿Segura, amor? Me conformo con una mamada, de verdad. Solo necesito sentir que me corro contigo, no importa cómo.

—Sí… lo quiero —asiento también con la cabeza. Sebastian suelta un "gloria" bajito mirando al techo, haciéndome reír. En el segundo siguiente se quita la camiseta y se acomoda para poner la boca en mi ingle.

—Te dije que quiero darte mi cuerpo, Gladiador. ¿Necesito dibujarlo?

—Lo entendí, Gelito. Pero necesito prepararte para que aguantes mi polla.

—Ya estoy mojada… mira. —Abro las piernas y escucho un resoplido bajo cuando sus ojos caen sobre mi centro. Sí… la timidez quedó atrás.

Sebastian roza con la yema del dedo mi abertura, esparciendo mi humedad. La expectativa de sentirme invadida provoca otra contracción nerviosa en mi útero. Él sigue allí, con el rostro cada vez más cerca de mi coño.

—Me encanta cuando te abres toda para mí, amor. Te lo juro. Pero si entro así, sin que estés más relajada, sé que después no me vas a dejar tocarte en una semana.

—¿Tan seguro estás porque ya desvirgaste a alguien antes? —Él guarda silencio, cierra los ojos y suspira, lo que ya me da la respuesta. —¿Y dices que nunca tuviste novia?

—Ella no era mi novia. Y prácticamente me arrastró para quitarme el sello, ¿ok? —gruñe, cortando un poco el momento. —Gelito… mi amor… tú eres la única persona que me importó lo suficiente como para esperar. Si quieres, puedo esperar más.

Inspiro profundo, soltando el aire en una exhalación larga. ¿Qué demonios estoy haciendo?

Él está intentando hacer todo bien para mí y yo buscando un motivo para discutir… otra vez.

—Ya sé de tu pasado, Sebastian. Entré en esto sabiendo de tu fama.

—Tuve varias chicas, Win. Pero nunca me enamoré antes. —Las palabras salen tan naturales que derriten la capa de hielo que trataba de poner alrededor de mi corazón.

—¿Es-estás enamorado? —tartamudeo, tragando en seco.

Sebastian cierra los ojos, asiente primero y luego me mira con ese verde oliva intenso.

—Estoy completamente enamorado de ti, Gelito. —Acaricia mis muslos con las yemas de los dedos, suspira fuerte y se aparta de entre mis piernas para sentarse al lado, dándome la espalda.

Observo un instante sus espaldas tensas, cada músculo firme y perfectamente delineado que me deja sin aliento. Una de sus manos pasa por su cabello en un gesto frustrado.

—Siempre me moviste de una forma distinta. Y después… de probar tus labios, tu sabor… quedé obsesionado —confiesa, aún sin mirarme. —Cada vez que estamos juntos, mi corazón se vuelve ligero. —Me mira por encima del hombro. —Te volviste mucho más que un cubito de hielo. Eres toda una pista de hielo dentro de mi pecho.

Me quedo momentáneamente sin palabras, encantada con su declaración. Aunque no aguanto la metáfora que eligió para decirme lo que siente.

—Si no fueras jugador de hockey, me molestaría que me llames pista de hielo y no volcán ardiente, ¿sabías?

Él suelta una risa suave, y en un movimiento fluido vuelve a estar encima de mí, sonriendo de lado.

—Yo amo la pista, Gelito. Es donde me siento en casa.

La última frase es tan intensa que le sujeto el rostro y lo beso con todo de mí. Nuestros labios se encuentran, llenos de promesas y una emoción nueva que brilla en cada célula de mi cuerpo.

—Continúa, Sebastian… —digo, recuperando el aliento. —Sigue con lo que estabas haciendo antes para dejarme bien relajada. —Empujo sus hombros para que baje otra vez entre mis piernas.

—¿Sabías que el apodo de Reina nunca te quedó tan perfecto como ahora?

—Tu reina ordena que te arrodilles y le comas bien rico la concha para que aguante tu palo, Gladiador. —Un leve escalofrío me percorre cuando su risa sale en una ráfaga de aire justo sobre mi hendidura empapada.

—Jamás voy a negar una orden así —responde, y desliza la lengua en una lamida lenta y prolongada desde mi entrada hasta el clítoris.

Enseguida acaricia con la punta de la lengua los labios menores, subiendo y bajando. Luego desciende de nuevo a mi entrada, rodeando la abertura para volver después al botoncito de nervios.

Alzo las caderas, rogando por más intensidad. Su lengua comienza un movimiento ágil de arriba abajo, golpeando mi punto de placer. Uno de sus dedos empieza a entrar despacio, mientras besa y chupa mi clítoris hinchado.

Gimo alto cuando la invasión se hunde un poco más, en un vaivén delicioso. La succión se acelera y enseguida noto la suma de otro dedo, ensanchándome. No hay incomodidad, solo placer.

Mis caderas cobran vida y empiezo a restregar mi coño en su boca. Él me sujeta fuerte por la cintura, intentando dominar la

situación. Otro chupón más intenso y un orgasmo feroz me sacude, haciendo que mi coño se contraiga con fuerza alrededor de los dedos de Sebastian.

La presión prolongada se disuelve en espasmos dulces, mientras un cosquilleo placentero se expande desde mi centro hasta mis muslos.

Los dedos de Sebastian giran dentro de mí como si probaran las aguas.

—¿Mi laguito ya está bien derretido para tu palo, capitán?

—Sabes que escucharte bromear así me vuelve aún más loco, ¿no?

Sonrío perezosa al verlo quitarse el pantalón y la ropa interior, sin apartar mis ojos de los suyos. Su polla está dura y gruesa, con las venas marcadas y la cabeza rosada brillando. Es realmente grande. Suspiro, decidida a mantenerme valiente.

—¿Última oportunidad para huir, Gelito? —pregunta, abriendo un envoltorio y sacando un preservativo. Lo desliza, mostrándose convencido. Niego con la cabeza, y él se coloca sobre mí, levantando una de mis piernas. —Voy a entrar despacio, ¿sí?

La punta de su polla corona mi entrada, y enseguida noto la diferencia entre dos dedos y esa circunferencia.

—Eres jodidamente grande —murmuro, sintiéndolo penetrar un poco más.

—La frase sería "la polla es grande, amor". Pero no voy a bromear. —Empuja un poco más y contengo la respiración, cerrando los ojos. —Tienes que relajarte, o no voy a poder entrar. Mírame —su voz grave y ronca es una orden que me embriaga.

Obedezco, intentando soltar el aire de mis pulmones. Sebastian chupa mi labio inferior y luego lo acaricia con la lengua.

—Déjame entrar en esta conchita deliciosa, amor. —Una de sus manos sube a mi pecho y comienza a girar mi pezón entre sus dedos. —Eres tan hermosa. Tan mía…

El beso se vuelve más exigente, la succión de sus labios se suma a la presión en mi pezón, y otro centímetro de su palo penetra

en mi laguito. Mierda. Tengo que dejar de hacer esa comparación.

El pellizco en mi pecho provoca una corriente de sensaciones que responden entre mis piernas. Gimo, y Sebastian aprovecha para invadir mi boca con su lengua y mi coño con su polla, en una embestida única que me desgarra por dentro.

—¡Carajo! —Clavo mis uñas en sus hombros, sin querer hacerle daño, pero lo hago, y él resopla bajo. —Perdón…, duele.

—Está bien, amor. Arañame, me lo merezco. Yo siento placer y tú dolor. Pero solo hoy va a doler.

—Si las chicas no me lo hubieran dicho antes, pensaría que me mientes. —Él consigue sonreír, mostrando preocupación por mí.

—Voy a moverme ahora. —Humedezco mis labios con la lengua, y Sebastian lo entiende como permiso para volver a besarme. Acepto, porque su boca calma la quemazón de allá abajo.

De hecho, el beso lascivo alivia el dolor, volviéndolo soportable. Sus embestidas se vuelven más largas. Sebastian mete una mano entre nuestros cuerpos, masajeando mi clítoris con la yema de los dedos. Lo hace de maravilla.

—¿Mejor? —pregunta, jadeante.

—Uh-hum…

Acelera, embistiéndome más rápido y preciso. Una sensación nueva se apodera de mi centro, una mezcla de ardor y placer. Siento contracciones rítmicas apretando su circunferencia. Las olas de placer comienzan suaves y pronto se imponen al dolor. Mi cuerpo entero arde, y cuando la explosión me sacude los sentidos, grito su nombre.

—Sebastian… Aaaah… —No controlo el arqueo de mi espalda cuando un orgasmo arrollador me golpea, estremeciendo todas mis terminaciones nerviosas. Lo escucho gemir grave y ronco, siguiéndome.

La sensación de ser envuelta por una nube acogedora que hace vibrar cada parte de mí es bienvenida. Me dejo llevar y simplemente sentir.

Nuestros corazones laten desbocados cuando nos miramos, reconociendo la conexión que llevamos desde el primer encuentro.

La terquedad que nos guió hasta aquí, cada provocación y cada juego, parecen ahora excusas para esconder lo que estaba claro desde siempre. Agradezco, en silencio, que Sebastian haya sido lo bastante obstinado como para venir a buscarme y hacerme ceder.

La emoción que late dentro de mí valió cada confrontación, cada palabra dura, cada defensa erguida.

—Gracias por seducirme, Don Juan —murmuro, aún sin aliento.

—Gracias por derretir el hielo, mi Reina —responde en un tono bajo y juguetón. Toma mi rostro con ternura y besa la punta de mi nariz, atrayéndome después a su pecho.

Me acomodo como en esas noches que dormimos juntos, de modo que puedo escuchar los latidos de su corazón.

Ya no hay barreras, solo nosotros dos, finalmente abiertos. Dejamos que lo que sentimos hable más fuerte que cualquier palabra dicha antes.

**Capítulo 39**

W i n t e r  G r a c e




*unas semanas después*

Ni siquiera puedo creer que esté haciendo esto.

No quiero parecer una de esas novias pegajosas. Pero me da igual. Anoche, Sebastian también dijo que me echaba de menos, y no veo nada malo en ir hasta su ciudad a falta de dos días para Navidad.

Por casualidad, siempre vivimos cerca. Solo que nunca nos habíamos fijado. Cerca, si cuentas como "cerca" las cuatro horas en coche que separan la Universidad de esta región.

El día en que vine con las chicas casi tuve un ataque de nervios. Sidney preguntó tantas veces cuánto faltaba para llegar que me arrepentí amargamente de haber sugerido que viniéramos juntas en coche. Lo hizo a propósito, lo sé. Siempre ha sido así.

Decidimos viajar el primer día de las vacaciones de Navidad. Me despedí de Sebs esa mañana y habíamos quedado en

reencontrarnos recién para pasar el Año Nuevo juntos.

La distancia entre la casa de nuestros padres era de apenas una hora en coche. Y por eso decidí enfrentar mi inseguridad y venir hasta aquí sin invitación, para entregarle su segundo regalo de Navidad. El primero había sido un juego de lápices. Me cansé de verlo dibujar, y mi gladiador tenía talento. Muchos talentos, en realidad.

Esta época del año estaba sacudiendo mi carencia, por eso el sentimiento de ansiedad me consumía al extremo.

Y la noche pasada, nuestra videollamada dejó claro que mi novio estaba tan molesto como yo por no estar juntos. Sería una sorpresa. Mi idea era pasar el día entero con él.

Conocí a su hermana durante la competición y ya hablé con su madre por teléfono. Según Austin, el tomate se puso celoso del rojo que me subió al rostro cuando Sebs, sin previo aviso, me pasó el teléfono para que hablara con mi futura suegra —palabras de él.

El segundo regalo era un nuevo palo de hockey, ya que le debía uno después de serrar su favorito meses atrás. También compré un colgante de bailarina para Emory y un jarrón de cristal para la señora Maxwell.

Cumpliría con el papel de buena novia, ¿no?

Bueno… eso esperaba.

Hacía muchísimo frío, y la nieve le daba ese aire peculiar y navideño al camino. El calefactor del coche estaba al máximo y aun así un escalofrío recorría mi cuerpo.

No era por el frío. Estaba nerviosa. Muy nerviosa.

Sacudí el pensamiento, aferrándome a la confianza que había construido con cada gesto de mi gladiador.

Nuestra conexión se había vuelto más fuerte después del Sectional Championships a finales del mes pasado.

Después del campeonato y su declaración de que estaba enamorado de mí, todo tomó un nuevo significado. Aún no he conseguido decirle lo que realmente siento. Pero las acciones valen más que mil palabras, ¿no?

Que lo diga mi coño.

No voy a negar que he disfrutado, y mucho, desde que rompimos el lacre. Además de descubrir que la corrida de Sebastian tenía un toque ligeramente dulce, también descubrí que puedo aguantar bastante tiempo en la posición de spagat.

En fin.

Ni siquiera me molestó haber quedado en segundo lugar en la competición y salir de allí con la medalla de plata en el individual. Para un regreso —y mi debut en el equipo de Elis Williams— lo consideré como un oro.

Sidney conquistó la medalla de bronce. Kyle y Brooke quedaron con la plata en el programa de parejas.

Y Sebastian y yo… bueno, terminamos en cuarto lugar en esa categoría. No voy a mentir, fue genial tenerlo como pareja, aunque fuera solo un sustituto. Nos salió bastante bien, la puntuación no estuvo nada mal.

Aunque, seamos sinceros… él es un jugador de hockey, y para él ha sido agotador soportar los dos entrenamientos.

Una fina capa de nieve empieza a caer, trayéndome de vuelta al presente. Finalmente aparece el cartel de bienvenida a Traverse City, y mi corazón late más rápido.

¿Habré hecho bien en venir hasta aquí?

¿Y si a su madre no le gusto?

¡Ay, Dios mío!

¿Y si él no quería que conociera a su familia de esta manera?

¿Y si me recibe con esa mirada de odio otra vez?

Es una pregunta tras otra.

Pero… cuando me doy cuenta, ya estoy atravesando una avenida principal repleta de adornos navideños. La sensación de nostalgia —porque era una de las épocas que más le gustaba a Summer— invade mis sentidos y me deja momentáneamente anestesiada.

—Gire a la izquierda. Luego conduzca trescientos metros y gire a la derecha —indica la voz robotizada de la aplicación de GPS.

Poco a poco el paisaje cambia y me encuentro rodeada de propiedades enormes que me recuerdan mucho al barrio donde vive Sidney. Mansiones.

Debería haberlo sabido… la casa de Sebastian no podía ser otra cosa que una mansión.

—En la próxima salida, gire a la izquierda y llegará a su destino.

Sigo la indicación y, en cuanto doblo la esquina, me recibe un extenso césped que parece ocupar toda la manzana.

La casa de Sebastian es más grande de lo que imaginaba: una construcción imponente, pero sin excesos. Las paredes son de ladrillos claros y las ventanas altas le dan un aire acogedor, adornadas con luces navideñas en el alero. A pesar del estilo clásico, había algo cálido allí.

Un pequeño sendero de piedras atraviesa el césped hasta la entrada principal, donde una corona sencilla pero bonita decora la puerta.

Aparco el coche justo en frente y respiro hondo.

El momento es ahora, Winter. Sé valiente.

Apenas abro la puerta del coche y veo a Emory corriendo hacia mí, con un suéter de lana color marfil que le cubría buena parte de la cadera. Parecía muy abrigada, con un cuello ancho

rodeando su cuello. La malla negra y las botas hasta la rodilla le daban un aire elegante.

—¡Winter! ¡Qué bueno verte aquí! Pero Sebastian no dijo nada de que vendrías. —Como la primera vez, habla sin parar, confundiéndome. No sé decir si está emocionada o preocupada. —¡Mamá! ¡Ven aquí! ¡Es Winter! —grita, y tengo que controlarme para no llevar el dedo índice al oído y sacudirlo para espantar el zumbido que quedó.

En cuestión de segundos, una mujer aparece en la puerta, secándose las manos con un paño de cocina, con una sonrisa acogedora. Lleva un suéter rojo oscuro y vaqueros. Me observa de arriba abajo, y su expresión es una mezcla de sorpresa y alegría.

—¡Ah, Winter! Qué placer conocerte en persona, querida. —Sonríe con calidez, y puedo ver de dónde Sebastian heredó los ojos. —¡Bienvenida! Pasa, pasa. Hace mucho frío ahí fuera.

Uno de sus brazos rodea mi hombro y Emory me ayuda con las bolsas que estaba cargando.

—Gracias —balbuceo, dejándome llevar hacia dentro. —Sebastian no sabía que vendría —digo, en cuanto cruzamos la puerta de entrada. Emory me ayuda a quitarme el abrigo pesado, colgándolo en un armario cercano.

—Lo imaginé… —su hermana murmura sin mirarme. —Pero puedes quedarte con nosotras, ¿no?

—No quiero molestar. Solo vine a traerle el regalo a Sebastian y también… —Abro la bolsa con sus regalos. —El de ustedes.

—Oh, querida. No hacía falta —la señora Maxwell toma el paquete, abrazándome enseguida. —Yo también compré un detalle para ti. Voy a buscarlo.

—No… hace falta. —Ella se va antes de oír mi última palabra.

—Creo que este es para Sebs, ¿no? —Emory señala el palo de hockey envuelto. Sonrío de lado, no sé hasta dónde conoce

nuestras desavenencias, pero no seré yo quien lo cuente.

—Sí. ¿Está en casa? —Recorro con la mirada, intentando imaginar la dirección de los dormitorios.

El vestíbulo era amplio, con muebles modernos, dividido por grandes aberturas que llevaban a otras estancias. El suelo de madera oscura contrastaba con las paredes claras, decoradas con cuadros abstractos. A la derecha, veo una chimenea de piedra con algunas medias navideñas colgadas. Al lado, un árbol decorado con adornos blancos y dorados.

Continúo inspeccionando hasta que descubro una amplia escalera con barandilla de hierro. Si estas mansiones seguían algún patrón, probablemente por allí se llegaba a los dormitorios.

—Él no te lo dijo, ¿verdad? —La pregunta me toma por sorpresa.

—¿Qué cosa? —Es imposible no sonar curiosa cuando la pregunta se me escapa de la boca. Mierda… Realmente no debería haber venido. Doy un paso al costado, sintiéndome algo fuera de lugar, y trato de disimular acomodando la bufanda.

Emory respira hondo y cierra los ojos por un breve instante.

—Hoy es 23, Win.

—Sí. Por eso elegí venir, para no interrumpir la cena de ustedes.

Ella niega con la cabeza.

—No es eso… —Aprieta los labios y eleva la mirada al techo. —Maldita sea, Sebs. Puedes enojarte conmigo después —murmura para sí misma.

—Emory, de verdad no quiero molestar, yo solo…

—Tal vez ya lo sepas… —suspira. —Hoy es el día en que mi padre… bueno… es la fecha en que anunciaron su muerte —dice, eligiendo las palabras con tanta solemnidad que me resulta extraño.

Más aún después de conocerla. Emis podía ser todo, menos una niña bien que midiera sus palabras al hablar de algo.

—Vaya… yo… no lo sabía —balbuceo, dándome cuenta de que realmente escogí el peor día para verlo. —No sabía que hoy era el día del accidente. Tu madre debe de estar destrozada.

—Ha estado bastante bien en los últimos días. Si te ofrece una galleta navideña, puedes decir que estás a dieta. Hazme caso. —Emory intenta quitarme la incomodidad, desviando el foco.

—Lo siento, Emis. No sabía la fecha, solo lo que pasó y cómo tu madre le pidió a Sebastian que no condujera más.

Emory me mira con una ceja arqueada, estudiándome.

—¿Qué te contó, Winter?

—Que tu padre murió en un accidente de coche. Y como tu hermano también había tenido uno, tu madre le pidió que nunca más condujera —respondo rápido, porque veo a su madre bajando las escaleras.

—Hum… —Ella aprieta los labios, y antes de que pueda decir algo, su madre se acerca.

—Aquí tienes, querida. —Me entrega una cajita envuelta en delicado papel verde con un lazo dorado. Sonrío y agradezco, tomándola casi sin pensar. Mis pensamientos todavía en la expresión de Emory.

En cuanto veo el interior del regalo, me quedo maravillada con las dos horquillas repletas de piedrecillas que formaban copos de nieve.

—Qué hermoso, señora Maxwell.

—Puedes llamarme Rachel, querida —dice, haciendo un gesto con la mano. —Es para tu próxima presentación. Me pareció tan lindo verlos a ustedes dos en la pista. Emory me lo grabó todo.

Miro a su hija, que sonríe a su madre, todavía con un aire enigmático.

—Gracias. Pero creo que Sebastian no piensa seguir en la carrera de patinador artístico —comento.

—Una lástima. Yo lo preferiría mil veces antes que verlo forcejeando detrás de un disco. Pero en fin… ya le prohibí tantas cosas… —Suena arrepentida.

—Mamá… A Sebastian no le importa.

—Pero a mí sí, hija. Sí me importa. Él no tiene por qué pagar por mis miedos. Tengo que confiar en que va a tener cuidado al conducir otra vez.

—Ya lo dijiste, mamá. Tanto que hoy salió solo, ¿ves? —Emory resalta algo que también es novedad para mí.

—¿Salió conduciendo?

Las dos me miran enseguida. Y mi sorpresa no es bien recibida por Rachel, que baja la mirada, entristecida.

—Siempre vuelve a esa casa. Todo empezó allí. En aquel maldito incendio. John salvó a Emory, que había tragado mucho humo, y luego el accidente de coche, en camino al hospital, me lo arrebató. Gracias a Dios, mi niña sobrevivió. —Le acaricia el rostro a Emory. —Pero, por desgracia… perdí al amor de mi vida. —Su suspiro dolido es tan profundo que me contagia, humedeciendo mis ojos.

—Lo siento mucho, Rachel —digo en voz baja.

Ella esboza una sonrisa triste y se seca una lágrima que rodó sin permiso.

—Lamentablemente… Sebastian sigue yendo allí. Quisiera que mi hijo lo superara. Sobre todo porque… —Toma mi mano entre las suyas. —Ha encontrado al amor de su vida, ¿no? —Ahora la sonrisa es menos triste. —Quédate con nosotras, querida. Mi hijo suele volver por la noche.

—Yo… pensaba regresar a casa al final del día.

—Ay no, Win. Quédate a dormir. ¿No quieres pasar más tiempo con nosotras? —Emory me sujeta del hombro.

—No, no… no puedo. Mis padres me matarían.

Ella reflexiona un instante, quizá recordando que no solo ellos sienten la ausencia de alguien. Yo necesitaba estar al lado de mis padres. Seguíamos en el proceso de aceptar la pérdida de Summer, y nuestra unión en esas fechas especiales formaba parte de ello.

—Pero entonces pasa la noche. Mañana temprano puedes irte y así seguro podrás darle el palo de hockey a mi hermano fugitivo. ¿Qué dices?

—No sé… tal vez sería mejor que me fuera…

—Ah, no —me interrumpe, llevándome hacia otra parte de la casa. Noto que vamos hacia la cocina. —Si no te quedas, le diré a mi madre que amas las galletas de Navidad —me susurra como amenaza.

—Acabas de decir que no las coma —le susurro de vuelta.

—Por eso mismo es mejor que no me lleves la contraria.

—Sebastian ha sido una mala influencia para ti.

—Ah… claro que lo es…

Y, por culpa de unas galletas, acepto quedarme en la casa de Sebastian, aunque sin su presencia.

**Capítulo 40**
W i n t e r  G r a c e




Era media tarde, y estábamos viendo Mi pobre angelito 2, tomando chocolate caliente con malvaviscos. La madre de Sebastian

estaba recostada en uno de los sofás de la sala de TV, cubierta con una manta llena de cuadraditos con dibujos temáticos.

Sus galletas podían ser terribles, según Emory, pero su asado era una delicia. Terminé almorzando con ellas, escuchando historias divertidas sobre la infancia de mi novio y sus tres amigos guerreros. Rachel siempre se confundía y los llamaba tanto gladiadores como guerreros.

En cada historia, sus ojos brillaban, y era difícil creer que esta mujer lidiaba con una fuerte depresión a causa del duelo. Pero ya escuché una vez que las emociones en ese estado son extremas, tanto la alegría como la tristeza.

Lo que sentí por la pérdida de Summer fue considerado un cuadro de depresión. Solo que yo nunca renuncié a mi vida. Rachel, en cambio, había tocado fondo. Por eso Sebs y Emory estaban tan preocupados por ella.

Ya había mirado varias veces los portarretratos dispuestos en un mueble lateral. Allí había una foto de mi novio con traje y una expresión seria. Emis comentó que fue tomada el día de la graduación.

—¿Él te contó que me salvó? —dice Emory sin apartar los ojos de la pantalla. Mi cuello gira rápido hacia ella. —Sebastian… ¿te lo contó?

—No…

—Yo estaba atrapada en mi cuarto cuando la casa se incendió. —Suspira, bajando la taza a su regazo. —Sebs trepó y bajó conmigo en la espalda. Si él no hubiera estado allí… yo…

—Él estaba. —Apoyo mi mano sobre la suya.

—Eres muy especial para él, Winter. Hacía mucho que no veía a mi hermano tan feliz. —Su mirada sube hasta mi rostro. —Solo quisiera que dejara esa tradición de ir cada 23 hasta allá.

—¿Es allí? Quiero decir… ¿en Traverse City?

Ella asiente.

—Prácticamente al otro lado. Pero sí. Mamá no quiso mudarse. Y yo… nosotras… decidimos respetar su voluntad. No

estuvo bien cuando intentamos vivir en otro lugar.

Asiento con la cabeza en señal de comprensión.

—¿Podrías…? —Vacilo, pensando si no estaría pidiendo demasiado. —¿Podrías llevarme hasta allí?

—¿A nuestra antigua casa?

—Uh-hum.

—Yo… —Mira a su madre. —Bueno… Bertha ya llegó de todas formas. Mamá no se quedará sola.

Por lo que entendí, Bertha era la ama de llaves de la casa y cuidadora de Rachel Maxwell.

—Vamos ya. Antes de que me arrepienta, porque estoy segura de que me van a despellejar viva cuando Sebastian descubra que te estoy llevando allí.

Empujo las mantas que estábamos compartiendo y le paso mi taza vacía, que coloca en la mesita al lado del sofá.

Antes de salir, Emory le pidió a Bertha que avisara a su madre cuando despertara.

—Espero que te gusten los clásicos, porque vamos a escuchar al menos tres sinfonías hasta llegar. —Era su forma de decir que no quedaba cerca. Soplo una risita, ajustando el cinturón de seguridad.

—Los clásicos son los mejores.

Emory era bailarina y se iba a Michigan para asistir a uno de los cursos de Bellas Artes. Su intención era tener algún día su propio estudio de danza. Y como yo, sus entrenamientos consistían en gran parte en música instrumental.

Hacemos el recorrido en un silencio cómodo y, como el barrio donde vivían ahora, entramos en otro con mansiones lujosas. La diferencia era que muchas de ellas estaban rodeadas por muros altos.

—¿Tu madre nunca quiso vender la casa? —pregunto, cuando doblamos una esquina.

—No es de ella para vender. —Emito un sonido de sorpresa. —Es mía y de Sebastian.

—¿Y ustedes…?

—Sebastian viene aquí todos los 23 de diciembre. Él todavía no lo supera y, sinceramente, yo tampoco.

Pasamos por muros de piedra, siguiendo un camino bordeado de pinos blancos por la nieve. Cuanto más nos acercamos al centro, es posible ver un resplandor en un punto específico de la propiedad.

Ya estaba anocheciendo y con ello, la temperatura bajaba aún más.

Salimos del coche en un sitio más apartado y seguimos a pie. En el instante en que vemos la pequeña hoguera, me detengo en seco. Sebastian estaba sentado en un tronco de espaldas a nosotras, con un abrigo y un gorro negro. Podía ver el perfil de su rostro, iluminado por el fuego frente a él, entre la casa y su figura.

—¡Pero qué carajos! —exclama Emory al ver a Sebastian echar algunas cosas al fuego. Ella parece perder el control cuando corre hacia él y empieza a lanzar nieve sobre la hoguera. —¿Qué mierda crees que estás haciendo, Sebastian? —le grita a su hermano.

Él parece ausente, aún en un mundo aparte, cuando al fin nos mira. Tarda medio segundo en reaccionar, viéndome justo detrás de Emory.

—¿Winter…? —su voz suena más grave, como si llevara mucho tiempo sin hablar. —¿Trajiste a mi novia aquí, Emis? ¿En serio?

—¿Y tú estás jugando a la fogata… quemando qué? ¿Más papeles? Eso no va a cambiar nada… —Emory me mira por encima del hombro y se detiene. Luego señala las llamas. —¿En qué estabas pensando?

—En nada… no estaba pensando en nada. —Camina hacia mí y presiento una discusión de las grandes. Cierro los ojos en cuanto se alza sobre mí. —¿Por qué estás aquí, Gelito?

—Yo… vine a verte —respondo, soltando el aire, agotada. —No sabía que hoy era el día de la muerte de tu padre y… —Alzo la

mirada, sin saber si debía usar un tono de reproche o de disculpa. Opto por lo primero, claro. —¿Y nunca me dijiste que pasabas el día en un luto eterno? ¿Dónde quedó esa historia de estrella y superación, eh? ¿Sirve para mí pero no sirve para ti?

Él desvía la mirada, pone una mano en la cintura y suelta una risa despectiva.

—La situación es diferente.

—¿Diferente cómo?

—Sí, Sebs… ¿diferente cómo? —Emory aparece a nuestro lado, todavía furiosa porque su hermano jugaba con fuego.

—¿En serio, Emis? Qué mierda… —le reprocha a ella.

—Pues… tus amigos lo saben. Y tú mismo dijiste que ella es la mujer de tu vida. Algún día lo sabrá. Cuéntaselo de una vez. —Debe de estar conmovida por haber visto a su hermano tan cerca de la llama en el lugar donde casi perdió la vida. No hay otra explicación. Porque está diciendo cosas que no tienen sentido.

Sebastian se pasa las dos manos por el rostro. Luego nos da la espalda, caminando hacia la casa. Golpea la pared con fuerza, como si intentara expulsar la rabia que lo consume.

Inclina la cabeza, los hombros rígidos, y por un instante parece a punto de explotar otra vez. Estoy tensa, asustada con su actitud.

Emory, en cambio, permanece impasible. Es como si esperara la reacción de su hermano.

Entonces, con un suspiro largo y profundo, parece buscar un hilo de calma. Poco a poco, sus hombros se relajan, y la mirada, antes perdida, vuelve hacia nosotras, como si hubiera tomado una decisión. Me clava los ojos, cargados de una verdad difícil de soltar.

Sus pasos son firmes, decididos, hasta llegar a mí. Sus ojos se hunden en los míos antes de que sus manos heladas alcancen mi rostro.

—Lo que voy a contarte es un secreto, ¿de acuerdo? Nadie puede saberlo… o la vida de una persona muy importante corre

peligro —Sebastian habla con tal seriedad que me pregunto si de verdad quiero saber.

—No necesitas contarme nada. Si no confías en mí…

—No es eso, Gelito —sisea, soltando una risa nerviosa. —Es mucho más que confianza. Involucra a otras personas. Pero… Emis tiene razón. Lo sabrás algún día de cualquier forma.

Sebastian me abraza y luego entrelaza sus dedos con los míos, llevándome al lugar donde estaba sentado.

—Realmente tenías un motivo para elegir el número 23 tantas veces. Pero nunca pensé que fuera por algo tan triste —digo, jugando con el cabello en su nuca.

Sebastian gira el cuello, dándome una sonrisa que no encaja con él. Entonces, cuando nos sentamos frente a frente, me doy cuenta de que Emis ya no está en ningún lado.

—¿Dónde está tu hermana? —miro alrededor buscando a Emory.

—Ella me llama masoquista. Pero cada vez que viene aquí, entra a su antiguo cuarto —responde, con el rostro vuelto hacia la casa.

—Está oscureciendo.

—Usa la linterna del celular. No te preocupes. Emis conoce esta casa de memoria. —Suspira, sus ojos aún con cierta dificultad para encontrar los míos. —Te conté que mi relación con mi abuelo es difícil.

—Sí. Que también es un hijo de puta narcisista. —Sebs suelta una risa breve, esta vez con un poco de humor.

—Eso también. —Por fin eleva la mirada, y puedo ver que sus ojos brillan en exceso, denunciando lágrimas que narran una historia triste. —Mi padre tenía una condición que avergonzaba a mi abuelo. —Inclino la cabeza, notando que su dolor es tan grande que acaba hablando de su padre en tiempo presente. —Él… está vivo, Win. John Maxwell no murió en ningún accidente de coche.

La bomba estalla y su caída parece programada para ser exactamente aquí, en este tronco donde estoy sentada.

—Él tiene esquizofrenia. Siempre la tuvo. —Sebastian aprieta mi mano como si fuera un ancla en medio del océano embravecido de sus emociones. —Pero siempre se mantuvo estable con medicación. Quienes convivían con nosotros no tenían idea de que mi padre luchaba contra demonios invisibles. Solo que el demonio de nuestras vidas era visible… y de nuestra propia sangre.

—¿Sebs… tu abuelo? —Él asiente con la cabeza.

—Con el tiempo empecé a armar las piezas del rompecabezas. Fue justo después de la muerte de mi abuela y la lectura de su testamento cuando mi padre comenzó a mostrar señales de que su medicación podía estar equivocada.

—¿El propio padre quiso perjudicar al hijo? ¿Es eso?

—El poder, mi amor. El poder ciega a las personas —lamenta, su voz cargada de una amargura que me eriza la piel. —Y mi abuela lo entendió a tiempo para proteger a su familia.

Suspira, la mirada perdida, como si reviviera algo que preferiría enterrar.

—Ella dejó en su testamento que solo un pariente consanguíneo podía ser presidente de Titan Defense. Pero no contó con la maldad del senador Gregory Maxwell.

Sebastian escupe el nombre de su abuelo con una expresión de puro desprecio, como si solo mencionarlo trajera a la superficie la rabia y el dolor acumulados.

—Mi padre asumió la presidencia, y mi abuelo mostró su oposición. Un año después, ocurrió el brote. Creo que el senador nunca imaginó que su plan funcionaría tan bien al punto de poder esconder al "hijo defectuoso". —Hace comillas en el aire con los dedos, y su voz sale cargada de sarcasmo y tristeza.

—Me convenció de mentir para proteger a Emory, diciendo que mi padre estaba fuera de control. En realidad, mi abuelo ya había previsto la forma de quedarse con la presidencia. Primero fue mi tutor legal, y cuando me di cuenta, ya había alterado todos los documentos de mi padre, convirtiéndolo en su curatelado. Así, me tiene en sus manos: aunque yo figure como presidente, es mi abuelo

quien toma las decisiones finales. Si me rebelo, tiene a mi padre en su poder para amenazarme.

—Qué cosa tan horrible, Sebastian. Pero, ¿por qué tu padre prendió fuego a la casa?

—Algo pasó aquel día, Winter, y algo muy malo ya venía ocurriendo.

Se pasa las manos por el rostro, como si intentara aclarar los recuerdos. Respira hondo antes de seguir, la voz contenida, pero aún temblando de rabia y dolor.

—Mi padre estaba más agitado y con miedo de todo. Decía que iban a atrapar a mi abuelo y que debía destruir las pruebas. Todo ocurrió porque quería proteger… a su propio villano. Qué ironía, ¿no? —suelta una risa corta, sin humor, y sus ojos se entornan. —Encerró a Emory en su cuarto y empezó a echar gasolina en el despacho. Le dijo que no saliera de allí.

Sebastian se queda quieto, la mirada perdida en un punto lejano, y traga en seco antes de continuar.

—Pero después… no logró alcanzarla o simplemente se perdió en su mente confundida. No lo sé.

Gira el rostro hacia mí, y el dolor en sus ojos me deja sin aliento.

—Yo estaba llegando del entrenamiento cuando vi la casa ardiendo y a Emis pidiendo ayuda desde la ventana. No pensé dos veces y fui por ella. No sé cómo logré sacarla de allí.

—Ella me contó que le salvaste la vida —digo, acariciando su mano. El calor tenue de la hoguera aún nos rodea.

—Solo que no puedo salvar a mi padre. Nadie sabe de él, Win. Ni siquiera mi madre, porque él, en un momento de lucidez antes de ser encerrado en la primera clínica, me lo pidió. —Su voz empieza a quebrarse más con el llanto contenido. Una lágrima resbala y la borra rápido. —Emis lo descubrió sola. Y entonces empezó a hacer las visitas que yo exigía a mi abuelo para asegurarme de que mi padre estuviera bien.

—¿Y lo está?

—Conseguí acercar a uno de los hombres de confianza de mi abuelo. La última vez que lo vimos… era como volver a ver a mi padre otra vez.

—Sebastian… él está vivo. Y eso es lo más importante. Vas a lograr salvarlo también. Lo sé.

—No sabes el alivio que siento solo por compartir esto contigo, Gelito. Los chicos lo saben, pero… —respira hondo— no tenía idea de cuánto necesitaba tu apoyo hasta ahora.

—¡Eh! ¡Ustedes dos! —grita Emory desde la ventana—. Encontré algo aquí.

Sebastian me lanza una última mirada, como si pidiera que atendiera a su hermana. Asiento con la cabeza y seguimos hacia lo que quedó de la casa quemada.

Al entrar, el olor a madera y cenizas aún flota en el aire, incluso después de tanto tiempo. Las paredes que permanecen en pie están ennegrecidas, algunas tomadas por el moho.

Atravesamos la sala, casi irreconocible, hasta llegar a la escalera de madera desgastada que conduce a los cuartos. Subimos en silencio, los pasos cuidadosos para evitar cualquier tabla suelta.

Cuando llegamos al dormitorio donde estaba Emory, compruebo que se trata de una habitación de niña. Probablemente la suya.

La chica está parada cerca de la ventana, sosteniendo una muñeca vieja con semblante serio. La muñeca es sencilla, con un vestidito de algodón descolorido y cabello de lana deshecho, el rostro con trazos pintados a mano ya gastados.

La imagen de Emory me aprieta el pecho. Ella sostiene la muñeca como si fuera su bien más preciado. En cuanto nos nota, la levanta y gira para mostrar la parte trasera del cuello.

—¿Ven esto aquí? —señala un agujerito en la nuca de la muñeca—. Me acuerdo cuando papá me pidió esconder esta muñeca. No dijo por qué, solo me pidió ponerla en un lugar seguro. Así que la guardé en el doble fondo de una de las tablas del suelo.

—¿Por qué tenías un doble fondo en tu cuarto?

—Porque tenía un hermano muy metiche al que le gustaba leer mi diario. Mierda, Sebs. No viene al caso, ¿ok?

—¿Qué podía hacer? —se encoge de hombros—. Te oí decir que te gustaba Prince y pasaban mucho tiempo juntos. Tenía que saber si se portaba bien.

—¡Tenía diez años, Sebastian! —rebate, furiosa.

—Peor aún…

Ella se da una palmada en la frente y niega con la cabeza.

—A la mierda. Presten atención: hoy, cuando caminé aquí, la madera cedió y la encontré. Solo que sentí esto. —Emory mete el dedo en el orificio y, con cuidado, saca un pendrive diminuto.

—¿Por qué papá nos pediría esconder esto? —Sebastian toma el objeto con una mirada intrigada, girándolo entre los dedos como si pudiera descifrarlo solo con ver.

—Quizás sea el comienzo de lo que necesitábamos, Sebs.

—Lo vamos a descubrir —dice, guardando el pendrive en el bolsillo del abrigo—. Bueno… ¿todavía queda el asado de mamá?

—Ella guardó un plato para ti antes de que Winter se lo comiera todo —responde Emory en tono burlón, aliviando el ambiente.

—¿En serio, Gelito? ¡Que la entrenadora se entere de que te pusiste fuera de forma y verás cómo serán los entrenamientos en enero!

—Creo que de cualquier manera voy a sufrir. Y tu madre no paraba de servirme comida.

—Seguro te vio demasiado flaquita.

—¿Tú me ves flaca? —pregunto, un poco insegura, mientras Emory hace un gesto de fastidio, avanzando delante de nosotros como si no quisiera escucharnos.

—Yo te veo deliciosa, Gelito. Y ya que estás aquí, esta noche quiero comer no solo el asado.

Sonrío, tan pícara como mi novio.

—¿Ah, sí? Pues espero que tengas buen apetito —respondo, sin disimular la sonrisa que se abre.

Sebastian me guiña un ojo y se acerca, susurrando en mi oído:

—Por ti, Gelito, soy un pozo sin fondo.

Es imposible contener la risa, y pronto estamos intercambiando miradas cómplices, como dos conspiradores planeando algo prohibido.

**Capítulo 41**

S e b a s t i a n  M a x w e l l




Codificado.

La palabra gritaba en alerta roja, flotando en el aire como un recordatorio de que aún nos esperaba un camino arduo.

El pendrive que Emis encontró tenía una especie de virus. Apenas lo conecté al portátil, apareció una cuenta regresiva en la pantalla, como si algo estuviera a punto de explotar.

Esperé como un idiota, con la esperanza de que milagrosamente surgiera algo que cambiara nuestras vidas. Pero, claro, no fue eso lo que pasó.

La cuenta regresiva terminó revelando un campo para ingresar una contraseña. Tenía que ser la correcta, o el sistema borraría todos los datos.

¿Qué esperaba, eh?

Perdí todos los archivos guardados en el portátil, el virus destruyó todo lo que no estaba encriptado.

Era obvio, ¿no?

Mi familia maneja un imperio de tecnología y defensa; cualquier información relevante estaría protegida. Tuve que formatear el disco duro y reinstalar todos los programas esenciales. Por suerte, había guardado gran parte en la nube.

Pasé el final del año intentando descubrir por mí mismo el código de acceso. En el proceso, terminé destruyendo algunas computadoras. Jordan me maldijo hasta la última generación y Austin escondió la suya. Y Kyle era de la vieja escuela: anotaba todo en su cuaderno, lo que le salvó.

Emory también lo intentó en la suya. Bueno, después del desastre del primero y de los siguientes, empezamos a guardar toda la información antes de probar de nuevo.

Cuando regresamos del receso de Navidad, decidí buscar ayuda.

Le pedí a Richard una lista de hackers que pudieran trabajar para mí y no para la corporación — entiéndase: mi abuelo.

La persona elegida era tan discreta que nunca apareció físicamente.

Estábamos trabajando con un fantasma. Pero mi abogado decía que era el mejor, y lo había demostrado en varios casos. Sin embargo, no se trataba de datos en la red, sino de un pendrive codificado.

Me orientaron a colocarlo en un sobre y enviarlo a una dirección que resultó ser un casillero de consigna en la terminal de autobuses. Estaba alquilado a nombre de una viejecita de 90 años. Imposible que fuera nuestro hacker misterioso.

El fantasma se quejó con Richard por mi excursión para intentar encontrarlo. Me da igual. De todos modos, tuve la certeza de que era capaz.

Abrí de nuevo mi correo para ver alguna respuesta sobre la evolución del hacker. Él mismo informó que se trataba de un código complejo, necesitaba tiempo para descubrir la clave correcta y abrir la puerta.

Estoy leyendo su último mensaje malcriado, que decía que esperara. Al menos aseguró haber hecho progresos y que pronto nos entregaría el archivo completamente decodificado.

Emory sugirió que le preguntáramos a nuestro padre. Pensé en la idea. Pero la próxima visita sería recién el mes que viene. Y el contacto con él estaba rigurosamente vigilado. No podíamos arriesgarnos.

Me levanto del escritorio tras cerrar el portátil y camino hacia mi cama, donde una rubiecita está releyendo la misma página desde hace media hora.

—¿Nunca te cansas de ese señor Rochester? —Me tumbo a su lado, inclinando la cabeza sobre su hombro para leer el pasaje tan interesante.

—No. Es un idiota por no confiar en ella, pero corre detrás para enmendarlo. —Toma de nuevo la obra y la coloca en la mesita de al lado. Winter está apoyada en la cabecera, con las rodillas dobladas y usando mi jersey como camisón.

Sus piernas desnudas son un pecado sobre la faz de la tierra. Mi Gelito tiene un cuerpo atlético, necesario para su desempeño en la pista, y sus muslos torneados, tan cerca de mí, me hacen salivar con ganas de besar cada pedacito.

—¿Sabes, Gelito…? Me encanta cuando usas mi jersey.

—¿En serio? ¿Y qué opinas de tu calzoncillo en mí? —La descarada levanta el tejido, mostrando mi bóxer holgado que abraza su cadera.

—Eso sí que es difícil opinar. No sé si me gusta porque estás usando todo lo mío, o si me da miedo tener que comprar más calzoncillos. —Recibo un manotazo en el hombro y atrapo sus dedos, tirándola para que caiga sobre mí. —Ya te dije que dejaras algo aquí, Gelito. ¿Por qué eres tan terca?

—Porque cuando me lo pediste no estábamos así… —responde, sonriendo y apoyando la barbilla en mi pecho.

—¿Así cómo? ¿Enamorados? —Veo que sus ojos brillan cada vez que hablo de sentimientos. Una pena que aún no logre

revelarlos en palabras.

Ella respira hondo, después desliza el pulgar por mi mejilla como si quisiera que leyera sus pensamientos.

Lástima que no tengo ese poder. Bueno, mejor dicho, por suerte… porque me mataría si tuviera que escuchar los pensamientos de Prince.

—Compré algo… —susurra. Mis ojos suben a su rostro, sin acompañar el cambio de tema.

Winter salta de la cama y va hacia su mochila. Admiro un instante su trasero, expuesto por la camiseta levantada de forma torpe. Busca algo, murmurando, hasta que suelta un gritito:

—¡Lo encontré! —Se vuelve hacia la cama con ambas manos detrás del cuerpo, ocultando algo. —Como tú fuiste a una tienda y compraste ciertos objetos para mí… y yo terminé repartiéndolos por ahí, pensé en comprar uno que quería probar, pero no pude guardarlo después de burlarme de la cesta de vibra.

—¿Hum?

Debo estar soñando, o mi novia está diciendo que fue a un sex shop.

—Compré una varita mágica. —Levanta el objeto justo frente a mi rostro. Tardo unos segundos en asimilarlo. Luego, dejo que la sonrisa maliciosa me domine.

—¿Quieres jugar a los magos, Gelito? —digo, arqueando una ceja.

—¿Así se dice? —Inclina la cabeza, confundida. Luego enciende el vibrador, con una cabeza redondeada y un mango del mismo color rosa. La veo probar las velocidades, quizá fascinada con la potencia de aquello.

— No, amor… solo estoy bromeando contigo — digo, y la jalo de la cintura, haciéndola caer sentada en mi regazo. — Voy a adorar probar tu nuevo juguete. Pero entrará en escena dentro de un rato, ¿vale? — Se lo quito de la mano y lo apago, dejándolo sobre la cama.

Ella solo observa y paso a hacer lo que quería desde que la vi con mis calzoncillos, o sea, quitárselos. Sinceramente, prefiero a mi Gelito desnuda, solo con la jersey. Lanzo su cuerpo al centro del colchón, viéndola rebotar y reír al mismo tiempo.

Deslizo la tela de la lencería improvisada, sin apartar los ojos de su hermoso rostro. Ella se lame los labios carnosos, dejándolos brillantes de saliva, como si quisiera provocarme con cada gesto.

Muerdo el interior de su muslo, lo que se convirtió en un código para que se abra para mí. Entonces soy premiado con la visión del paraíso: su coño rosadito y liso, brillando de lo mojada que está.

— No me digas que te excitaste con el señor Rochester, Gelito. Voy a empezar a tener celos de ese libro.

— Estás sin camiseta — confiesa bajito.

Sonrío, complacido con su nueva versión sin filtros. Le abrí una puerta a mi Gelito, y mato a cualquiera que intente cerrarla.

Beso despacio cada lado de su ingle antes de separar sus labios inferiores con una mano, mientras con la otra deslizo mis dedos de arriba abajo, empapándolos.

De inmediato, enrosco mi lengua alrededor de su clítoris, para luego succionarlo mientras introduzco un dedo en un vaivén rítmico. En cuanto siento que cede, meto otro más. Ella gime bajito, diciendo a veces mi nombre, a veces gladiador. Y sí, soy un maldito engreído por hacerla perderse así.

— Tan rica… gime para mí, vamos… gime, rica. — Lamo con más presión su carne. Mis dedos siguen invadiéndola mientras chupo y lamo, siguiendo cada uno de sus sonidos.

Me alimento de su clítoris con más intensidad hasta que arquea la espalda, gimiendo más alto. Siento las contracciones internas, seguidas de espasmos que recorren su cuerpo.

Antes de que el orgasmo la alcance, paro. Y ella se queja mimosa, haciendo un puchero. Paso mi barbilla por toda su extensión, rozando la barba incipiente en su piel sensible. Winter tiembla entera y tira de mi cabeza para volver a su entrepierna.

Me aparto, sonriendo pícaro, con otra idea en mente.

— Te quiero loca, amor. Igual que me vuelves tú a mí. — Giro su cuerpo sobre el colchón, poniéndola boca abajo. Luego alzo su cadera hacia mí y ella queda a cuatro patas. — Empina ese culo, rica. Déjame ver tu coño pidiendo mi polla.

Ella gime bajito, excitada por mis palabras crudas. Abro sus nalgas, admirando los dos agujeritos deliciosos de mi chica. Winter está chorreando de lo mojada que está.

Paso la lengua, alcanzando su clítoris y subiendo hasta su anillo arrugadito. La siento estremecerse cuando dibujo círculos alrededor y deposito besos húmedos después.

— Ya rompí el sello de tu coño y también quiero entrar en este agujerito, amor. — Hundí la punta de la lengua y ella se echó hacia atrás. Sostengo su cadera con fuerza para mantenerla en su sitio. — No huyas, Gelito. Solo siente.

— No quiero tu palo metido en mi culo, Sebastian. Ya dolió de la hostia cuando entró por delante.

— Y ahora ya no duele, ¿verdad? — replico, manteniendo una línea de besos alrededor de mi objetivo. Ella no responde, orgullosa. Meto la lengua en su coño, en un movimiento rápido. Ella jadea y empuja el trasero contra mi cara. — ¿Lo ves, amor? Yo cuido de ti. Y hoy solo voy a jugar. Prometo que solo me como tu culo cuando tú lo pidas.

— Lo que nunca va a pasar… — declara, y sonrío canalla.

Ah… Gelito. Ya deberías saber de mi poder de persuasión.

Retomo las lamidas, haciéndola arquear el trasero y ofrecerme el coño cada vez más necesitado. Muérdo sus labios mayores por detrás, abriéndolos con los dedos. Siento el montoncito de nervios hinchado cuando rozo la lengua varias veces, escuchando sus gemidos y sonidos incoherentes.

Mis labios están completamente empapados de su excitación y mi saliva. Introduzco un dedo y luego dos en su coño, probando un vaivén lento. Fuerzo un tercero, mientras beso su culito con la

boca abierta. Winter gime y susurra mimosa lo rico que es. Río, porque su placer la ciega de lo que realmente estoy haciendo.

Sigo provocando su anillo, deslizando la lengua por sus pliegues y mordiendo los laterales de su culo en forma de corazón. Mantengo el vaivén de tres dedos que ahora la invaden con facilidad. En cuanto siento que sus contracciones aumentan, indicando que va a correrse, detengo el movimiento.

— ¡Sebastian! — protesta furiosa. — Si no me haces correrme, voy a meterme esta varita mágica por tu culo.

— En realidad, vamos a meter otra cosa y no será en el mío… — bromeo, mientras bajo el pantalón de chándal y el bóxer de un tirón. Tomo un preservativo de la mesita de noche y enfundo mi polla. Enseguida estoy detrás de ella, enterrándome con una embestida firme en su coño. Ella arquea la espalda y suelta un gritito, sorprendida por la invasión bruta. — Esto es por pelear conmigo en la cama, amor.

— Entonces voy a pelear todos los días… — retruca valiente. Yo estoco con más fuerza, saliendo entero y metiendo hasta el fondo. Ella grita un gemido.

— ¿Ah, sí? Pues aguanta mi palo, amor. Quiero que mañana, cuando hagas un lutz, sientas lo mucho que me provocaste hoy.

Deslizo una mano por su espalda hasta su cabello y lo jalo en una coleta hacia atrás, haciéndola arquear más. Después me hundo en ella, sujetando su cadera y su pelo, moviéndome cada vez más rápido.

Siento que ahora el que está cerca del orgasmo soy yo, así que reduzco el ritmo. Ella gime, pero como no paro del todo, no me reclama esta vez. Tomo la varita mágica y enciendo el vibrador en un pulso continuo.

— Vamos a probar tu juguete, amor — le aviso, pegando su espalda a mi pecho y sujetándola del cabello en la nuca.

Coloco la cabeza redondeada sobre su clítoris y retomo las embestidas. Winter tiembla y gime más alto. Quiero oírla gritar, pero si alguno de los chicos se atreve a hacer bromas sobre mi chica, me volveré loco. Por eso tapo su boca mientras la follo rico. Sostengo la

varita delante de su cuerpo, y ella deja caer la cabeza hacia atrás sobre mi hombro.

Ella me mira en un ruego mudo para que libere su boca. Abro los dedos parcialmente.

— Haré menos ruido — su voz sale entrecortada, en un leve susurro. Asiento con la cabeza y deslizo la mano para sujetar su cuello.

— ¿Confías en mí, Gelito? — Ella asiente, sus ojos anegados de placer. Envuelvo su cuello fino con mis manos, apretando poco a poco, dejándola sin aire, al mismo tiempo que entro y salgo de ella. Ella rodea mi nuca con sus manos, buscando equilibrio. Activo una velocidad más intensa del vibrador y ahora la voz de Winter queda atrapada en su garganta, porque está segura en mi presión.

Mi cadera golpea con más fuerza, con embestidas firmes. Sus ojos se cierran y la veo morderse los labios conforme su cuerpo entra en combustión. Tiembla entera, libero su cuello y respira con fuerza. Sus brazos caen a los lados, sin fuerzas para soportar el orgasmo feroz que está sintiendo. La sigo, embistiéndola más rápido y dejándome arrastrar por el mismo éxtasis.

Salgo de dentro de ella, deposito un beso en su boca y, con destreza, retiro el preservativo, lanzándolo a un lado de la cama. Nuestros cuerpos cambian de posición, Winter se recuesta de espaldas mientras me coloco encima.

— Me encantó jugar a la magia, Sebs — declara, jadeante.

— Aún podemos jugar un poco más. — La beso de nuevo, chupando sus labios hinchados y suaves.

Nuestro beso se vuelve exigente y mi polla revive, sintiendo el calor de su cuerpo. Trazo una línea de saliva con la punta de mi lengua, pasando por el valle de sus pechos y atrapando uno de sus pezones endurecidos. Winter suspira, todavía recuperándose del primer orgasmo.

Dedico tiempo a cada pecho, chupando y mordisqueando la piel, para después descender por su abdomen liso hasta su pubis. Ella ronronea cuando mi boca toca la piel enrojecida, castigada por la varita mágica.

— Sebs… c-creo que no puedo más — suplica, pero me siento desafiado desde que empezamos y quiero demostrar un punto.

— Sí puedes, mi reina. Sé que vas a disfrutar lo que vamos a hacer. — Chupo con más delicadeza su clítoris, estirando el brazo para tomar el juguete que aún vibraba en medio de la cama. Cuando lo coloco en su abertura, levanto la mirada y veo a mi chica morderse la comisura mientras se aferra a las sábanas.

Su juguete era potente y decido probar todas sus velocidades, hundiéndolo en su coño. Mi boca continúa incansable, lamiendo y chupando su montoncito de nervios, aumentando la intensidad a la par que cambio la vibración de la varita.

Winter lleva una mano a la boca, conteniendo los sonidos que arañan su garganta descontroladamente.

Es ahora, pienso. Y le introduzco un dedo en el culo, esperando su reacción. Ella no dice nada. Lo tomo como autorización. Poco a poco lo muevo y siento su cuerpo estremecerse de placer. Su excitación aumenta, escurriéndose hasta mojar el colchón. Meto otro dedo y ella jadea. De nuevo, espero. Mi Gelito permanece atenta a mis movimientos, tan pasiva que mi ego se infla en el pecho.

La varita mágica sigue trabajando y aparto un poco la boca para alternar el juguete entre su abertura y su clítoris, mientras follo su culito con los dedos. Me siento sobre los talones, entre el triángulo de sus piernas, viendo a mi amor retorcerse de placer.

— Sebs… — gime bajito. — Sé que me voy a arrepentir después…, pero lo quiero.

— ¿Qué, amor?

— Quiero que me folles… — susurra las palabras como un secreto.

— ¿Dónde?

Sí… lo sé. Soy un cabrón de mierda.

— Si tengo que decirlo, no vas a meter nada más que los dedos ahí… — retruca. Y no espero más autorización.

Retiro los dedos despacio y alzo su cadera, encajando mi polla en el agujerito apretado.

— Sujeta la varita aquí, amor. — Indico para que mantenga la cabeza del vibrador sobre su clítoris. Ella obedece y aprieta los labios mientras entro despacio. — Abre la boca.

— Voy a gritar… mejor no… — declara, un poco tímida. Lo que es bastante contradictorio.

— Abre la boca, que duele menos. Solo abre… y trata de no hacer tanto ruido. Podemos decir que estábamos viendo una peli, qué sé yo. — Le doy una excusa y aprovecho para meterme un poco más. Ella abre la boca y gruñe bajito.

— ¿Cómo sabes eso?

— Anatomía del cuerpo humano, amor. Si abres un agujero, los otros siguen. — Le guiño un ojo.

Aumento la vibración de la varita y vuelvo a sujetar su cadera, empujando aún más.

— Carajo… — se queja y gime a la vez. — ¿Cómo me convenciste de esto?

Sonrío, pero no cedo. Sé que en cualquier momento va a empezar a disfrutarlo.

— Relájate, amor. Solo relájate y mejorará. Te lo juro. — Ella abre esos enormes orbes azules justo cuando me entierro del todo en su culo. Su boca abierta emite un gemido ronco. La varita presiona aún más su vulva y siento la primera contracción involuntaria, causada por el placer.

Winter muerde el labio y su expresión cambia a pura lujuria. Comienzo a invadirla, probando un ritmo que le guste. La estoco unas cuantas veces más y escucho los deliciosos sonidos que emanan de ella, junto con los espasmos que la sacuden.

El orgasmo empieza a invadirme antes de lo previsto y rezo para que me siga, porque ahora me sería imposible aguantar más. Veo sus ojos cerrarse, el gritito agudo escapar y su mano perder fuerza sobre la varita. Entonces me corro dentro de ella, sintiendo un placer feroz que me hace rugir alto.

La excusa de la peli solo sería plausible si dijéramos que estábamos viendo El Rey León ahora mismo, pienso. Luego río, desbordando la alegría de poder sentir algo tan intenso con ella… mi reina.

Todo mi cuerpo cede, cayendo a su lado en la cama. En el segundo en que la miro, mi corazón resplandece con un sentimiento tan puro que creo poder enfrentar todo. Todo lo que aún estaba por venir.

— Te amo tanto, Gelito… — confieso mis sentimientos en voz alta, desbordando el éxtasis de tenerla conmigo. — Te amo de un modo que jamás pensé amar a alguien.

Ella parpadea varias veces, regresando de su trance post-orgasmo. Sus labios entreabiertos me hacen pensar que va a decir algo. Pero no.

Winter se inclina sobre mí, uniendo sus labios a los míos de un modo cálido. Sus ojos cerrados y su respiración aún irregular. Chupa mi labio inferior, besándome despacio. Poco a poco nuestras bocas retoman una danza coreografiada cuyo significado conozco bien.

Su beso es profundo, y sus caricias muestran más que palabras: sus sentimientos.

Ella todavía no está lista para decirlo. Pero si esperé por su coño, también esperaré… por su corazón.

**Capítulo 42**

S e b a s t i a n  M a x w e l l




El frío del hielo nunca me pareció tan correcto. La arena está repleta, y todo a mi alrededor vibra con los gritos de la afición. Es un sonido ensordecedor. Pero al mismo tiempo me da la sensación de que estoy exactamente donde debería estar.

Nosotros, los Gladiadores, por fin lo conseguimos.

La batalla en los playoffs nos trajo hasta aquí, al Frozen Four. Estamos en Minneapolis, enfrentando a los Minnesota Golden Gophers. El equipo con más fama, tradición y una arrogancia que les sobra.

El disco cae y ya estoy en movimiento, ganando velocidad junto a Austin, Kyle y Jordan. Prince me lanza una guiñada con esa sonrisa engreída suya.

—Ahora sí, gente. ¡Hora de morfar!

—Cállate, Prince —replico, pero no puedo evitar sonreírle de vuelta.

Todos sabemos lo que está en juego. Y queremos la victoria.

El disco viene hacia mí y siento el peso del momento. Me deslizo entre los defensores como si fueran conos de entrenamiento. Mis músculos trabajan en perfecta sincronía, cada movimiento afilado y preciso.

Veo a Jordan libre por la izquierda y le paso el disco con fuerza. Lo recibe sin perder un segundo y dispara directo a la portería. Pero el portero de ellos, un tipo con brazos más largos que un poste, desvía con la punta del palo.

—¡Tomen esa, hijos de puta! —grita Kyle en cuanto recuperamos el disco. El marcador sigue en cero y nuestra afición se nota cada vez más impaciente.

Levanto la vista hacia la grada, buscando dónde está mi novia. Vino con Brooke y Sidney, y como tuvimos que estar aquí antes, nos desencontramos.

Mi pecho se infla al recordar que insistió en venir, aun en medio de sus propios entrenamientos. Distingo su coleta rubia, saltando en las gradas junto a sus amigas por nuestra jugada. Río de su entusiasmo.

Y pensar que esa chica que se adueñó de mi corazón de hielo un día me odiaba.

Es como un buen cliché de enemies to lovers: todo eran preliminares.

El hielo es mi lugar. Y ahora, Winter es todo mi hielo.

En una fracción de segundo, cruzamos miradas y ella sonríe. Siempre que la veo en la afición, todo parece tener más sentido, como si cada victoria tuviera un propósito mayor. Unos patines veloces pasan por mi lateral y regreso mi atención al hielo.

Estamos con la adrenalina por las nubes, y el logo de la NCAA en el centro brilla más bajo las luces. Minnesota es famoso por su juego sucio y, como era de esperarse, nos pegan a cada jugada.

Uno de los defensores intenta un bloqueo tramposo, pero lo esquivo rápido, lo suficiente para ver su cara de frustración mientras lo dejo atrás.

No me contengo y le enseño el dedo del medio, y enseguida escucho el silbato del árbitro. Penalización: dos minutos en la penalty box. Veo al *coach* Williams gritarme y hacer gestos, pero debería saber que no será la última. Antes de que acabe el partido, pasaré por este rincón varias veces.

El primer período pasa en un abrir y cerrar de ojos, con ambos equipos empatados. El segundo período comienza, y ahí es cuando el partido se enciende. Austin intercepta un pase en medio del hielo y lo lanza hacia mí. Ahora estoy yo, solo frente al portero.

—¡Dale, Caps! —escucho a Jordan gritar detrás de mí.

Me acerco lo suficiente, amago a la derecha y luego tiro a la izquierda, en un disparo preciso que pasa por debajo de la manopla del portero. Gol.

La afición enloquece y mis amigos me rodean, golpeándome los hombros.

Minnesota no se queda atrás. En el tercer período, empatan con un disparo directo que se desvía en Kyle. Nadie baja la cabeza; para esto vinimos.

Ahora es todo o nada.

En el último minuto, recuperamos el disco en nuestra zona defensiva. Kyle pasa a Prince, que se desliza como si estuviera solo. Al llegar a la zona de ataque, me ve libre a la derecha y me pasa el disco. Lo jalo hacia atrás, girando rápido para despistar al defensa que ya venía sobre mí.

—¡Estoy libre! —grita Jordan más adelante.

Le paso el disco. Jordan recibe y dispara directo. El portero intenta bloquear, pero el disco se cuela entre sus pies y termina en el fondo de la red. Gol.

La arena explota y suena la sirena marcando el final del juego.

¡Ganamos, carajo!

Los Gladiadores del Hielo vamos a la final del Frozen Four.

Nos abrazamos, eufóricos por el momento. Y entonces, entre la multitud, la veo: mi Gelito.

Winter sonríe radiante, bajando por las gradas hasta llegar al cristal. Patino hasta ella, con la capa fría separándonos. Y noto algo que me aprieta el pecho: lleva una jersey rosa con mi número.

—Si me dices que teñiste un calzoncillo mío de rosa, me voy a volver loco, Gelito —le digo, con tono burlón.

—Si quieres, me bajo el vaquero y te lo enseño aquí mismo. ¿Quieres ver? —amenaza, y frunzo el ceño al instante. Pero así somos nosotros: yo la provoco y ella me desarma.

—Ni lo intentes. —Ella sonríe, sabiendo que ganó la partida. Luego levanta su mano, justo donde la mía estaba apoyada. Nuestras palmas, unidas y separadas al mismo tiempo.

—No me hagas romper este cristal, Gelito. Si te pones tan tierna, me acabas. —confieso.

—Entonces voy a ponerme más tierna aún…

Sopla aire caliente y empieza a dibujar algo con el dedo sobre el vaho.

Intento descifrarlo, pero está al revés.

—¿Qué es "UMA"? —pregunto, haciendo mi mejor cara de tonto. Muy difícil, porque soy jodidamente bueno en todo.

Ella frunce el ceño, con esa arruguita de enfadada que tanto amo.

—Esto no es una M, Sebastian.

—¿Ah, no…? —inclino la cabeza.

—Es un corazón, idiota.

—¿Y qué se supone que estás escribiendo? —sigo provocándola, hasta ganar esta partida.

Winter mira de nuevo el cristal y repite el gesto, soplando otra nube de aire caliente. Esta vez dibuja bien el corazón e invierte las palabras.

—Estoy escribiendo que te amo, Sebastian.

—La afición grita mucho. No oí bien. —Ella señala el vidrio con esa cara gruñona.

—TE. AMO —grita.

—¡Aww, qué lindo! —la voz de Prince resuena a mi espalda. —¡Eh, chicos! ¡Miren esto! ¡La Gelito por fin se derritió!

—¡Cállate, Prince! —Winter le espeta, y mi amigo se aleja riéndose.

Antes de que el rojo invada su cara por completo, patino hasta la salida del rink y me quito el casco, ignorando todo lo demás.

En cuanto la alcanzo, levanto a mi chica por los muslos, haciéndola rodear mi cintura con las piernas.

—Yo también te amo, Gelito. Más de lo que pensé amar a alguien. —susurro, cerca de su boca. —Pero voy a hacerte gritar todos los días, para recuperar el tiempo que tardaste en decirlo.

—Ya sabías lo que sentía —murmura con una sonrisa tímida, los ojos brillantes.

—Sí. Pero no tiene precio escucharte gritarlo en la arena para que todos lo sepan. —Sonrío y ella se da cuenta de que somos el centro de atención.

—Te odio tanto, Maxwell —dice, con esa cara torcida que me encanta. Le beso la punta de la nariz.

—No vale retractarse, amor. Ya dijiste que me amas. —Le doy un beso rápido en los labios.

Siento una felicidad explosiva, tan contagiosa, que si pudiera, la esparciría por el mundo. Mi sonrisa es gigante cuando ella por fin tira la toalla.

—Te amo, Sebastian Maxwell —grita, echando la cabeza hacia atrás.

—Y yo también te amo, Winter Gelito Grace —grito también. Y somos recompensados con aplausos, silbidos y gritos eufóricos.

Nos miramos, apoyando nuestras frentes con la respiración entrecortada.

Al final, ella me arrastra a un beso caliente, urgente, donde todas las palabras sobran.

Winter no lo sabía, pero de ahora en adelante haré de todo para escucharla gritar que me ama después de una victoria.

¿Qué puedo hacer?

Provocarla se volvió un hábito desde la primera vez que la vi… y me derretí por ella.




**FIN.**


23
23
TTSUKIART

**Observación:** ¿Quieres saber qué pasará con el abuelo de Sebastian?

Espera un poco más… muy pronto tendrás la traducción de los demás Gladiadores.




W i n t e r  G r a c e

---

*3 años después*

---

Estamos en una pista de patinaje al aire libre, en el centro de una plaza, donde el hielo brilla bajo la suave iluminación de las luces nocturnas.

A nuestro alrededor, algunos niños patinan torpemente, riendo mientras se deslizan y tropiezan. La imagen de una hermana ayudando a otra me recuerda a los recuerdos que tengo de mi infancia junto a Summer.

Hoy, mis emociones cuando pienso en ella son más suaves, con la añoranza que siempre voy a sentir, pero también con la aceptación de que ya no está. Tengo fe en que algún día volveré a encontrarme con ella.

Estoy tan distraída que no me doy cuenta de una piedrecilla en el hielo. Pierdo el equilibrio y Sebastian me sostiene.

—Así van a pensar que no sabes patinar, amor —bromea, sonriendo de un modo cariñoso.

—Desaprendí después de empezar a salir con un jugador de hockey.

—Lo dudo. Creo que más bien mejoraste —retruca, riendo.

Seguimos patinando de la mano. Incluso a través de los guantes, siento su calor. Miro nuestros dedos entrelazados, recordando todo lo que vivimos hasta hoy.

No puedo contener la risa al recordar al pollo y todas las demás situaciones que nos causamos el uno al otro. De hecho, el pollo está muy bien. Austin lo ha cuidado con mucho cariño; incluso le compró una gallina para hacerle compañía.

—¿De qué te ríes, Gelito? —pregunta Sebastian, mientras sostiene mi mano y nos lleva al centro de la pista, cerca de la fuente.

—De todo lo que hemos pasado hasta aquí. Nuestra historia es… diferente, Sebs. —Levanto nuestras manos unidas—. Y mira dónde llegamos… tú siendo drafteado.

—Tenía que esforzarme. Mi novia es una medallista olímpica. —Sonríe, y luego me mira, su expresión poniéndose más seria—. Lo haría todo de nuevo, Gelito. Todo, si significara tenerte así… conmigo.

Las declaraciones inesperadas de Sebastian siempre son bienvenidas. Él tiene una forma única de calentar mi corazón.

De repente, la fuente en el centro de la pista comienza a funcionar, lanzando chorros de agua que, sorprendentemente, dibujan corazones en el aire.

—¿Viste eso? —pregunto, sorprendida.

Sebastian finge no percibir la fuente y se desliza, rodeándome y deteniéndose frente a mí. Se aclara la garganta, con pequeñas tosecillas, y antes de que pueda entender lo que pasa, se arrodilla sobre el hielo, sujetando mi mano.

El frío del hielo, el aire fresco de la noche y el brillo en sus ojos me dejan momentáneamente sin palabras.

Saca una cajita azul oscuro del bolsillo y la abre, revelando un anillo de oro blanco con un solitario en forma de corazón, rodeado de pequeños diamantes.

Siento una oleada de emociones invadirme. Es como si todos los años, todos los recuerdos —las peleas, discusiones,

desencuentros y reencuentros, las victorias, las caídas, cada momento entre nosotros— se unieran en este instante.

—Winter Grace, eres la mujer más increíble que un día me desafió y ganó mi corazón. Nuestra historia está llena de momentos intensos. Y aunque te odiaba, ya te amaba… solo que aún no lo sabía. —Entonces, mi Gelito, ¿quieres casarte conmigo? ¿Quieres ser mi reina del hielo… para siempre?

Suelto una risa nerviosa, con los ojos llenos de lágrimas de emoción.

—¡Claro que quiero, mi Gladiador terco! Quiero pasar mis días al lado del hombre más valiente y de corazón derretido que jamás conocí.

—Mi corazón solo se derritió por ti, amor.

—¿De verdad?

—Nadie podía atravesar el hielo. Yo estaba esperando por ti.

—Entonces… ¿derretí tu corazón de hielo?

—Exacto. —Se levanta, desliza el anillo en mi dedo y acerca la boca a mi oído, poniendo una mano en forma de concha para susurrar—: No había cómo mantenerme frío con tu laguito de fuego, Gelito. Es más… mi palo está con un frío de la hostia y necesita calentarse otra vez.

Le doy un golpecito en el hombro.

—Eres capaz de ser tan romántico… —Alargo la última palabra.

Él ríe y me atrae de la nuca, elevando mi rostro para alinearlo con el suyo.

—Te amo, Win. Y voy a amarte mientras respire.

—Yo también te amo. Te amo y quiero ser tu reina, tu esposa y tu Gelito, para siempre.

Sus labios encuentran los míos en un beso apasionado, que confirma nuestras palabras susurradas en medio de la pista de hielo.

Sebastian era el Gladiador y yo la Reina. Y juntos, patinaremos en la pista de la vida para siempre.




Finalmente, nuestro jugador de hockey ganó su espacio en el Silvieverso. ¡El primer Gladiador llegó al mundoooo!

Estaba gritando en el cajón desde el año pasado y ahora por fin está entre nosotros.

Esta historia nació de una chispa que no salía de mi cabeza: el contraste entre la frialdad de Sebastian y el calor de Winter. Espero que hayan sentido toda la intensidad entre ellos. Fue cada

momento de odio y atracción que viví durante la escritura, por lo que mi marido merece un agradecimiento especial por aguantarme.

No fue fácil. Tuve crisis de ansiedad intensas en el camino. Y he agradecido poco al hombre maravilloso que está a mi lado. Gracias por no soltar mi mano… incluso con tu forma bromista que me irrita muchísimo. Te amo.

Gracias a mis hijos, que saben que mamá escribe cosas de adultos, pero que también saben que son cosas del corazón —sus palabras. Gracias, mis bichitos lindos. Mamá los ama demasiado y agradece todo su apoyo.

Ahora, necesito agradecer a quienes me ayudan cada día y hacen que el camino desde la creación de un libro hasta las lectoras sea menos arduo. En realidad, es difícil… pero inmensamente gratificante y divertido.

Por suerte, encontré al equipo correcto. Ustedes son mi media naranja. Así que debo dejar explícito mi cariño por cada una.

Gracias por todo, mi maravillosa asesora, ¡Jackie!

Eres mi base, mi soporte, mi paz para enfocarme en la escritura sin preocupaciones. Gracias por estar siempre, asegurando que todo salga bien. Acompaño tus desbordes con nuestros personajes (risas), y me encanta saber que vibras tanto con cada uno de ellos como yo.

A mis queridas diseñadoras, Vitorinha y Fran, ¡qué talento tan maravilloso tienen! Cada post, cada detalle visual que crean hace que mi historia cobre aún más vida. ¡Este diseño continuo quedó hermosooo! 😍

Gracias por emocionarme con cada trabajo y por ser parte esencial de este camino.

Flavinha, mi beta oficial. ¡Has sido espectacular y una amiga querida!

Espero siempre leer tus comentarios y saber que la historia va tomando el rumbo correcto. Gracias por ir más allá e indicar los errores de una forma única. ¡Eres increíble!

A mis betas que leyeron el libro y enloquecieron con cada personaje. Gracias infinitas por darme feedbacks e incluso sugerencias para incluir en el texto. Aline (mi limoncito lindo), Daiane y Gle, gratitud por participar y por esas lecturas apasionadas, son combustible para mí.

A mi increíble revisora, Camila Brinck.

Brinck, eres impecable en cada detalle. Gracias por señalar los errores con tanta precisión y por entregar todo en el tiempo justo, permitiendo que el libro llegue a las lectoras tal como merece: perfecto. Estoy muy agradecida por tu cuidado y profesionalismo, que marcan toda la diferencia.

Y al equipo de Unicornbooks, que publicó Corazón de Hielo en físico y que siempre, siempre me trata con tanto cariño. Gracias a todos. ¡Son lo máximo!

Y a ti, lectora, que llegaste hasta aquí y acompañaste a nuestro primer Gladiador. Tu presencia y cariño son lo que hacen que cada libro valga la pena. ¡Gracias por hacer posible este sueño!

Gratitud siempre.

Un súper beso y hasta pronto,






Soy autora brasileña que durante mucho tiempo seguia caminos que no tenían nada que ver con quien realmente era. Hasta que un día, entre el caos de la rutina con mi esposo, dos hijos, cuatro perros y un gato, simplemente… escribí. Y nunca más paré.

Escribir se convirtió en mi hogar, mi pasión, mi punto de equilibrio. No fue una elección sencilla, pero sí la más honesta que hice en mi vida. Cada libro es un pedazo de mi alma, cada personaje

carga emociones que ya sentí o que soñé con sentir. Y, incluso en los días difíciles, ver mis palabras en el papel sigue siendo liberador.

Hoy me reconozco como autora de corazón y, ahora, de profesión — y eso lo es todo.

Sean bienvenidos al Silvieverso, donde el amor es intenso, los dramas son deliciosos y los suspiros están garantizados.

Acompáñenme en las redes sociales para estar al tanto de los lanzamientos, los entresijos y las confesiones literarias.



Instagram: @autorasilviebasset

Perfil Instagram

Facebook: Silvie Basset

Perfil Facebook